

Niebla de Sortilegios

Niebla de Sortilegios

Rufino Pérez

Copyright © 2010 por Rufino Pérez.

Número de control para la Biblioteca del Congreso:	2010902075	
ISBN:	Tapa dura	978-1-4500-4451-6
	Tapa blanda	978-1-4500-4450-9
	ebook	978-1-4500-4452-3

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma, o por ningún medio, electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopias, grabaciones, o con cualquier sistema de almacenamiento de información, sin la debida autorización por escrito del autor.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son el producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Este libro fue impreso en los Estados Unidos de América.

Para ordenar copias adicionales de este libro, favor contactar:

Xlibris Corporation

1-888-795-4274

www.Xlibris.com

Orders@Xlibris.com

*Una profunda fe en la bondad
intrínseca del ser humano nos crea
una gracia alrededor que nos
envuelve como aureola,
y es entonces cuando
podemos ver el lado
dulce del sufrimiento
y el peligro
en el gozo delirante,
hasta sentir una exuberante
paz orgánica en el interior*

A Nona

Ella me hizo mirar hacia el tope de la montaña,
y luego me mostró cómo llegar allá.

1

En el ocaso de una tarde tibia de un miércoles otoñal, Robertina apareció parada y taciturna en la puerta de la casa de Romelia. Por un instante, a Romelia la invadió una terrible sensación de miedo porque pensaba que se trataba del alma de su hermana Roberta cuando aún era una niña, pero quien tenía ya muchos años de haberse muerto. La niña tenía unas pantuflas de goma negras y un vestido de seda de color azul azucena con dibujos rojos en forma de mariposas. Su vestido no tenía mangas y le llegaba a la altura de las rodillas. Era evidente que venía de lejos porque la parte de su vestido que bordeaba sus axilas lucía húmeda y encartonada por la mezcla de polvo y sudor, mientras dos hilos de grasa derretida le resbalaban en sigilo por sus sienes. Romelia se asombró al verla parada en la puerta de la calle de su casa, como un ángel afligido, como si recién hubiera descendido del cielo. Parecía un maniquí triste perdido en su propio albedrío y aturdida por el sopor de la tarde. Pero aquel linaje angelical irradiaba una expresión que le era conocida a Romelia. “Esa catadura la conozco yo, venga de donde venga.” Pensó Romelia

“Yo soy Robertina, su sobrina.” Dijo la hermosa niña con la voz trémula, cabizbaja y recostada de un lado de la puerta, haciendo rayas en el suelo con la punta de la pantufla del pie derecho.

“¡Tú eres la hija de Roberta!” Clamó Romelia mientras apoyaba muy suavemente sus dos manos sobre los hombros sudorosos de Robertina. Se dobló para verle la cara de cerca.

El nombre ‘Robertina’ confirmó su premonición. De todos modos, no lo hubiera necesitado. Aquel linaje era el mismo suyo y sus rasgos genealógicos eran inconfundibles. Romelia sólo había tenido una hermana: Roberta. Al menos, que ella conociera.

Se fundieron en un abrazo extendido y en silencio, por aproximadamente un minuto. Hundidas en un torbellino de exaltación, ninguna pudo balbucear una palabra más por los siguientes cinco minutos. Sin poder soportar la intensa emoción que le revoloteaba las tripas como estampida abrupta, el peso de una nostalgia agobiante y los recuerdos casi de fantasía de antaño cuando ella jugaba con su hermana Roberta en los patios de una vieja casona ancestral, Romelia miraba a Robertina a través de sus ojos ahogados en llantos. La sujetó por una mano y la guió hasta sentarla en una de las sillas de madera con tejidos de palma de la pequeña sala. Allí se sentaron una frente a la otra. Robertina, timorata y cabizbaja con las dos manos sobre sus rodillas, movía suavemente sus piernas de un lado al otro. La aridez impávida de su piel y el sudor implacable abrigaban en complicidad el terrible bochorno que sentía la pobre niña frente a su tía. Tenía los cabellos peinados hacia atrás, sujetos a la altura de la nuca con un cintillo negro, y sostenidos en los lados con pinzas plásticas azules.

Romelia la miraba de pies a cabeza, sin poder contener la terrible añoranza. Pero se produjo una conexión emocional instantánea entre las dos. Instintivamente, Romelia entrecerró los ojos, se echó hacia atrás en la silla como si se preparara a contemplar la hermosa sobrina. Lucía como si estuviera hipnotizada. Involuntariamente trató de revertir el tiempo para transportarse treinta años atrás. Lo logró. Levantada por aquel silencio repentino, se abrió paso en el tiempo y comenzó a imaginar aquel pasado cuando tenía nueve años y su hermana Roberta tenía once. Ella y Roberta se pasaban los días jugando juntas con muñecas de trapo y cocinando con tierra mojada, simulando ser amas de casas y vecinas. Eran aquellos tiempos en los que ambas vivían a plenitud la pureza existencial, con el gozo pródigo propio de un albedrío inocuo y de la candidez exuberante de la vida campesina. Eran aquellos tiempos cuando caían rendidas ante la placidez de una libertad indulgente y ante el deleite a saturación de un modo de vida escueto con riqueza de ingenuidad y espíritu. Sus padres, Romelio Pirón y Robertina Sánchez, las criaron muy honradamente en Antón, en la planicie del Suroeste de La República. A pesar de los infinitos intentos de tener un hijo varón, Romelio y Robertina tuvieron que conformarse con la pareja de hembras, de lo que siempre se quejaron hasta que ambos murieron de viejos.

Romelia y Roberta, aunque la vida marital las había separado, se mantuvieron leales y muy cerca una a la otra, por toda una vida. Roberta, la mayor, se fugó de la casa aún en la adolescencia con quien fuera su marido de toda una vida, Tadeo De La Rosa, el padre de Robertina. Roberta tampoco pudo tener hijos varones, teniendo ella

y Tadeo que conformarse sólo con dos hembras, Robertina y Mila, la otra única hermana de Robertina hija. Aún cuando Roberta se casó, ella y Romelia mantuvieron una relación a distancia muy estrecha y de confianza. Se comunicaban por lo menos una vez por semana. Cuando una de ellas no podía visitar la casa de la otra, se producían arreglos para coincidir en el río, cuando ambas iban a caballo, en burro o a pies a buscar agua o a lavar las ropas o por cualquier otro pacto entre ellas.

Romelia luego terminó también fugándose de la casa con quien fuera su marido de por vida, el mujeriego y jugador de gallo Manuel Santana. Aquella relación de hermanas y de amigas muy íntimas continuó aún cuando ambas estaban casadas. Tanto Tadeo como Manuel Santana conocían de la relación entre las hermanas y se hacían el ojo gordo ante los pretextos, a veces muy mal concebidos y ejecutados, que ellas usaban para verse.

El día que Roberta murió, a los treinta y cinco años de edad, como consecuencia de un cáncer de ovario violento, Romelia casi muere también. Duró tres meses llorando sin parar, hasta llegar a enfermarse crónicamente, no por la congoja y el desaliento sino por la inanición y la deshidratación, por no comer y de tanto llorar. Desde la muerte de Roberta, cuando la pequeña Robertina tenía apenas ocho años, Romelia había soñado ininterrumpidamente todas las noches con su hermana, hasta la noche anterior a la aparición de la sobrina en la casa. Romelia había pasado ese día sumergida en una terrible congoja por no haber soñado con su hermana. Buscaba y buscaba en los lugares más recónditos de su sueño de la noche anterior la imagen de Roberta y no la había podido encontrar. En su proceso infructuoso de búsqueda entre

los escombros de ese sueño vacío, llegó a conciliar la idea de que a su hermana le pasaba algo en El Valle de la Sombra. Esa premonición la había estado torturando en silencio todo el día y albergó la esperanza que en el próximo sueño su hermana le contaría lo que le pasaba. En el ínterin, durante todo el día, Romelia había visitado catorce veces el altar de Santa Eloísa, el que mantenía desde que se casó con Manuel Santana para practicar sus poderes de curandera y adivinadora de suerte. En sus plegarias desesperadas de ese día, ella le había pedido a Santa Eloísa que iluminara a Roberta en la gloria y que le permitiera a ella seguir soñando con su hermana.

Sus invocaciones, sin embargo, no tuvieron del todo el efecto deseado, desde la llegada de Robertina. Jamás pudo soñar con Roberta de nuevo. Fue como si de repente su subconsciente hubiera cambiado de casetera. Su mundo nocturno apócrifo y su relación inverosímil de delirios lúgubres extravagantes se había, intempestivamente, redirigido hacia una relación más verosímil y virtuosa, pero igualmente intensa. Desde la llegada de Robertina, Romelia entonces soñaba con ella, viajando en el tiempo y regresando a aquella niñez quimérica. En sus sueños, a quien veía entonces era a Robertina, con quien compartía haciendo muñecas de trapo, pailas de légamo y corría en yunta como vaquillas alegres a comer golosinas hieráticas a la sobra de un bambú milenario, en el paraíso insólito y místico de un sueño que le traía luz y vida a una soledad exacerbada. Soñaba que debajo de aquel bambú con sombra de ermita y capullos vivos con colores astrales venían ángeles celestes a comer golosinas con ellas. Fue entonces cuando Romelia comenzó a interpretar la aparición de Robertina, y su coincidencia con aquella ruptura de su relación de fantasía con Roberta, como un producto

sacrosanto del vínculo entre ella y su hermana. Robertina se habría de convertir desde entonces en la hija que por veinte años Romelia había tratado infructuosamente de concebir con su esposo Manuel Santana y en la hermana que se había ido al Valle de la Sombra hacía seis años y con quien soñaba inquebrantablemente todas las noches, hasta la noche antes de Robertina aparecerse como ángel desamparado. Para Romelia, Robertina significaba un regalo beatífico que había llegado cargado de gracia por mandato sagrado de su hermana y Santa Eloísa.

Doce días después de la llegada de Robertina, Romelia sintió un extraño vértigo y una inaudita sensación de que su estómago quería salir disparado. De pronto buscó en su perturbada memoria algún celaje de razón detrás de aquella rara sensación en el vientre y no pudo identificar un motivo lógico de su malestar y le resonó la vaga idea de que tal vez entraría en una inesperada y prematura menopausia. Por otro lado, eliminó la idea de estar embarazada, pues ya hacer el amor con Manuel Santana era un evento singular y más bien para ella se estaba convirtiendo en algo peor que el mismo embarazo que nunca se había consumado y el parto doloroso que nunca habría de llegar. A los cuarenta años, veinte de los cuales había estado tratando de tener hijos, ya estaba concibiendo la idea de no parir. La llegada de Robertina había exacerbado su resignación y hasta se había alegrado de no haber parido. Manuel Santana en los últimos años había intensificado su delirio por los gallos. Con todo el contorno de la casa repleto de anaqueles y rejones con gallos de todas las pintas, colores y tamaños, los días y las noches no le eran suficientes a Manuel Santana para prestarle atención a Romelia en la cama o en cualquier otro lugar. Él se iba de retirada de provincia en provincia y de gallera en gallera desde los jueves y

regresaba los lunes a medio día, ya lívido, de tanto vociferar en docenas de peleas de gallos y de no dormir por su vida nocturna desenfrenada de burdeles. El resto del lunes lo pasaba durmiendo y se levantaba el martes a podar sus gallos y a rociarle alcohol para endurecerles la piel. El miércoles lo usaba para simular decenas de peleas en el patio para seleccionar los doce gallos que se llevaría a su siguiente gira semanal de cuatro días. Los miércoles, si el proceso de selección de los gallos de la semana terminaba antes de la hora de dormir, entonces era cuando Manuel Santana miraba a Romelia a los ojos y si una brisa de misericordia descendía del cielo ese día, entonces ellos hacían el amor, sin otra inspiración para Manuel Santana que no fuera el trinar pertinaz de sus gallos y para Romelia simplemente la fuerza de la costumbre. El jueves de cada semana, Manuel Santana reiniciaba su ciclo vicioso anacrónico, al que ya había incorporado aquella vida nocturna de derroche y de malos vicios en cada pueblo donde jugaba sus gallos. En la vecindad de cada gallera, él mudaba una querida, donde pernoctaba cada semana antes de moverse a la siguiente gallera. Esa práctica semanal incluía épicos encuentros románticos, por lo general inducidos por la fuerza de la embriaguez y la sapiencia mundana de sus múltiples concubinas, en las que Manuel Santana demostraba su pericia de gallero probo, pero a las que terminaba dándoles cualquier fortuna que le sobrase en la cartera.

Cada veintiocho días cuando Romelia tenía su menstruación eran días de purgatorio, de infortunio y arrebatos, por el dolor pernil y de cabeza y por el sangrado profuso. Esa vez al llegar la fecha de su período, poco después de la llegaba de Robertina a la casa, Romelia no había sentido ningún dolor y la secreción de sanguaza era mínima.

“Bendita y alabada sea Santa Eloísa; Gracias a su omnipotencia; un dolor menos todos los meses y una alegría más todos los días.” Dijo Romelia de rodillas frente a su altar con su creencia de que su malestar era el preámbulo de su menopausia prematura, como producto de su adormecida vida sexual y agradecida por la llegada de Robertina. Ella no podía creer aquellos celajes súbitos de buenaventura que se vislumbraban en el horizonte de su vida, con la llegada de Robertina. Sin embargo, a medida que pasaban los días, la sensación de pujo estomacal, ya combinada con náuseas y ausencia de apetito, había arreciado a niveles casi intolerables hasta que tuvo que sentarse y buscar de nuevo con mayor detenimiento en la penumbra de su memoria estresada y eliminar por completo la posibilidad de que ella y Manuel Santana hubieran hecho el amor recientemente.

El día que Robertina llegó, era miércoles, el único día en la semana que ella y Manuel Santana pudieron haber hecho el amor. Según sus propios cálculos, ese día ella debió haber estado en el mero centro de su fertilidad hormonal, dieciséis días después de haber menstruado por última vez. Ella se acordó que la llegada repentina de Robertina y la falta de explicación sobre quién la había traído y por cuánto tiempo se quedaría en la casa, fueron temas de conversación entre ella y Manuel Santana en la noche de aquel miércoles otoñal. Aquella epifanía la hizo convencerse que esa noche ella estaba aún despierta cuando Manuel Santana terminó de enjear al último gallo.

“Tenemos a Robertina en la casa.” Le dijo Romelia con voz sosegada a Manuel Santana, minutos después que éste entrara en sigilo por debajo de la red del mosquitero y se acostara a su lado.

“¿Quién es Robertina?” Preguntó Manuel Santana al exhalar un suspiro, por el cansancio y todavía con el tufo a gallos y a alcanfor.

“Robertina es la hija de Roberta, la difunta. Tadeo se casó con otra mujer y le pidió a Robertina que viniera a vivir con nosotros. Vino esta tarde cuando tú atendías los gallos.” Dijo Romelia en susurro para evitar que Robertina escuchara la conversación desde la sala, donde ella estaba acostada en una cama improvisada con ropas sucias tendidas en el piso, en una esquina.

“Una persona más en la casa no es el final del mundo.” Dijo Manuel Santana después de escuchar la explicación de Romelia.

Cuando Manuel Santana entró a través de la angosta sala, aturdido por el cansancio, sólo se percató, en la penumbra, que Feliciano, un adolescente hijo suyo que también vivía en la casa e hijo de una de sus concubinas, estaba ya acostado en una hamaca de dril, tendida de una viga a la otra en la sala.

Esa misma noche bendita y tibia, una brisa misericordiosa bajó del cielo, a la cama de Romelia y Manuel Santana. Eran las once de la noche. Los gallos habían hecho una pausa en su trinar perpetuo y el silencio se adueñó del predio. Los resoplos simultáneos dilatados y en vaivén de Feliciano y Robertina se escuchaban desde la sala, al caer vencidos por el sueño. El canturrear deavecillas nocturnas y el silbido de acordeón de los grillos hacían sincronización casi perfecta como música de sinfonía astral de musa divina. El concierto de la naturaleza nocturnal y el silencio de los gallos auguraban un momento de atenuación y tranquilidad. Esa noche, reposada dentro de sí misma, caliente como la sangre de animal en celo y poseída como consecuencia de un vendaval

hormonal bravío que agitaba con fuerza tempestuosa cada célula suya y empujada por un poder intrínseco y un deseo desenfrenado que no eran suyos, Romelia tendió su brazo izquierdo a través de la penumbra y lo dejó caer encima de un objeto carnoso caliente, erecto e impetuoso. Con la misma tenacidad, y sin desperdiciar un solo segundo, alzó el brazo derecho y lo extendió para alcanzar el hombro izquierdo de Manuel Santana y lo haló con ímpetu y se echó el cuerpo indispuerto y con el tufo a gallo de Manuel Santana encima. Con soberbia felina, alzó las dos piernas, una de cada lado del cuerpo con olor a alcanfor de Manuel Santana y le echó un nudo profano de anaconda belicosa. Romelia convulsionaba con arrebato volcánico. Lo exprimió como si le habría querido sacar la mierda y lo sumergió en su muladar hasta que el sudor con tufo a etanol le rodaba por la canaleta que formaban sus vértebras en la espalda. Al borde de la asfixia, en desespero, Manuel Santana sacó fuerza de donde no tenía, se revistió de coraje y se armó con el instinto varonil animal típico del hombre mulato, dispuesto a defender la honra. Se encrespó como antropófago salvaje para soltarse de aquel nudo mortífero. El crujido agitado del lecho y el resuello de animal feroz de ambos provocaban un estruendo en la casa como si temblara la tierra. La intrepidez de Romelia, el olor de aroma carnal y el calor de su fertilidad exuberante desafiaron a Manuel Santana hasta llevarlo al borde de la muerte, quien intrépidamente, con insólito y extraordinario brío, trató de responder a aquel arrebato de Romelia, hasta que perdió la noción de sí mismo por completo. Fue entonces cuando a las doce de la noche, exacta, de ese miércoles otoñal sacrosanto, un bramido a coro de desespero y frenesí, anunció la tempestad de una secreción resbaladiza viva y caliente que se abrió paso como soplo

de cañón y se asentó en el mero centro del útero de Romelia. En ese mismo instante, se quebró la noche y se escuchó el sonido sordo del tambaleo de los cambronales y los tunales, mientras la hora se llenaba de ánimas alegres que se esfumaban como centellas y fue entonces cuando detonó el clamor de un buey solitario cuyo sonido resonó en un eco ensordecedor que se diseminaba en ondulaciones magnéticas en todo el valle, hasta invadir cada esquina de la biósfera de una hipnosis tangible, tan fuerte que fue capaz de despertar los muertos, incluyendo al rey del cementerio a quien le derribó su cruz de hormigón y a quien le anunciara la fecundación de un gran varón. Al otro día, todo el mundo se preguntaba si en la noche antes había temblado la tierra y cuál era el significado de aquel bramido de buey solitario que se había adueñado de la troposfera.

Fue aquel raro y violento episodio en intimidad entre ella y Manuel Santana, el mismo día que llegara Robertina, del que Romelia se había olvidado por completo. Y tenía razón en no acordarse, pues ella y Manuel sólo hacían el amor tal vez una vez al año cuando una brisa de misericordia llegaba a la cama. Aquella noche no fue una noche normal, obviamente. Romelia lucía poseída e hipnotizada como si sólo había prestado su cuerpo para que se consumara un acto profético, al punto de casi matar de asfixia a Manuel Santana. Al acordarse, no tuvo la menor duda que la ausencia de su ciclo menstrual, la náusea y la sensación de un nudo en el estómago, unos doce días después de aquella noche mística y de providencias, eran los signos inequívocos de la preñez que tanto había buscado. Al llegar a esa realización, también tuvo la premonición que se trataba de un hijo varón.

2

Durante los primeros meses de embarazo, a Romelia le dio con comer golosinas a la sombra del bambú centenario, donde ella depositaba sus ofrendas a Santa Eloísa. Aquel bambú de follaje abundante, con el que tanto soñaba Romelia, estaba erigido a unos doscientos pies al Este de la casa, al lado del camino que daba acceso a la hacienda de Manuel Santana. Durante días calurosos, su sombra era espesa y en su refugio la brisa seca del valle se sentía como niebla fresca de rocío bendito. En las noches, con el soplo del viento en la penumbra, sus ramas entrelazadas solían crujir, produciendo un sonido polifónico que le daba vida a las tinieblas campestres. Su hojarasca seca se acumulaba en el tronco, como collar de patriarca anónimo y era custodia fiel y cómplice de las plegarias y ofrendas de Romelia, cuando ella depositaba golosinas y prendía velones de ofrecimientos a Santa Eloísa.

Romelia iba de compra al pueblo los miércoles y mientras se abastecía de comida por una semana, también adquiría los caramelos, mentas, dulces de leche y todo un rango de otras clases de confiterías para sus ofrecimientos. Las visitas al bambú se tenían que producir al despuntar la aurora del día, en ayuna y sin haber conversado con ninguna persona.

Romelia explicó el ritual a Robertina para que ésta le acompañara, los martes y los viernes. Al cantar el primer gallo, cada madrugada de ofrecimiento, Robertina despertaba con ojo avizor para acompañar, como monaguillo fiel, a Romelia. Parecían dos entelequias solitarias perdidas en la penumbra del alba, una detrás de la otra, cargadas ambas de golosinas y sin balbucearse una sola palabra hasta después del ofrecimiento.

El ofrecimiento era un riguroso rito que comenzaba con prender tres velones en vasijas cóncavas de barro en fila en el suelo, rociar en el entorno agua bendita con una rama de albahaca y dispersar las golosinas sobre una almohadilla de hojas secas de bambú. Luego, Romelia se paraba con los brazos tendidos hasta el codo hacia ambos lados haciendo una ele en cada brazo con el antebrazo, mostrando las palmas de las manos hacia adelante. Con los ojos cerrados, meciéndose en vaivén a ambos lados y con el semblante pasmado como si se transmutara, entonces comenzaba a cantar, en susurro y con la boca casi cerrada, las melodías cadenciosas de Santa Eloísa. Eran siete las salves de Santa Eloísa. Después de esas melodías astrales, seguían las peticiones a nombre de los enfermos, de los desdichados, de los infortunados en el sexo, de los que deseaban viajar a otros continentes, de los que querían multiplicar sus ganados, de los que querían sacarse la lotería, de los desventurados en el amor, de los solitarios, de los sordomudos, de los negociantes interesados en multiplicar ganancias, de los políticos ambiciosos, de los dueños de haciendas para multiplicar las cosechas, de los afectados de mal de ojo, de los dueños de burdeles para aumentar la clientela, y cualquier otro infortunio humano que le fuera traído al altar de Santa Eloísa, incluyendo inmovilizar la muerte en aquellos enfermos terminales.

Robertina, como títere frágil zarandeado, esperaba impávida, sentada sobre sus talones y con la cabeza hundida entre sus piernas trémulas por el frío del alba. Ella era la testigo más fiel de Romelia y quien conocía los nombres de pila de cada sufrido que buscaba las buenas providencias a través de los poderes altísimos y excelsos de Romelia y Santa Eloísa. Cuando el rito sacro terminaba y Romelia se santiguaba haciéndose la Señal de la Santa Cruz en la cara con la punta de los dedos unidos de la mano derecha, entonces era cuando ella reconocía a Robertina por primera vez en el día.

“Mi muchachita. Le agradezco que venga conmigo.” Le decía, mientras le pasaba algunas golosinas.

“No se las coma ahora sin haber ingerido alimento salado.” Le advertía, mientras Robertina asentía con la cabeza.

La llegada y la presencia fresca y angelical de Robertina habían traído un nuevo aire de buenas providencias a la casa. La soledad abrumante que cada día consumía a Romelia mientras Manuel Santana atendía su gallería, ya se había sosegado. Los sueños fantásticos que cada noche Romelia vivía en cuerpo y alma con su hermana Roberta, y que la iban carcomiendo, por el agudo delirio de recuerdos de una niñez solariega, los había sustituido por el candor vivo y casi bendito de una criatura extraordinaria, a la sombra mística de un bambú centenario y al saboreo delicioso de golosinas y hostias. Por otro lado, el crepúsculo de una esperanza muerta del engendro de un vástago varón desde sus entrañas y con los genes de gallero de Manuel Santana de pronto se convirtió en un milagro consumado, como profecía florida de la madre naturaleza y como regalo ignoto de una hora misericordiosa. Su poder intrínseco exacerbado de curandera proclive se había asentado en su

sangre, como dogma altísimo, capaz de revivir los difuntos, espantar las malas ánimas, amarrar la muerte, seducir a Manuel Santana hasta sucumbirlo en su muladar siniestro y doblegar los demonios.

“Usted me ha traído felicidad, mi hijita. Usted tiene una gracia especial que la hará siempre feliz y hará a otros felices. Lucharé para hacerla una mujercita de honra y buenas costumbres.” Le decía Romelia a Robertina pasándole la mano por la cabeza, mientras regresaban a la casa desde el ritual de ofrecimiento en el bambú centenario.

El rito del bambú era una de las varias ceremonias que practicaba Romelia para sustentar su reciprocidad apoteósica con Santa Eloísa. Ella también pasaba muchas horas arrodillada al frente del altar en su aposento, a donde no permitía la entrada de nadie cuando ella estaba poseída. Ni siquiera Manuel Santana podía entrar al aposento cuando ella encarnaba el espíritu todopoderoso de Santa Eloísa. Allí entraban sólo los desolados que venían en busca de mejor suerte, quienes profesaban fe deslumbrante en los poderes magníficos y extraordinarios de Romelia. Los lunes y los jueves eran días ajetreados en la casa. Venían parroquianos de cada rincón del país. La casa estaba ubicada como a medio kilómetro de la carretera pública. Romelia se había ocupado de mantener una trocha desde la carretera hasta la casa bien conservada y espaciosa lo suficiente para que cupieran dos vehículos, de encontrarse en dirección opuesta. Durante los días de consulta, la trocha se llenaba de un lado desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. Algunos feligreses simplemente venían en transporte público. En días de temperaturas inclementes y cuando el sopor aterrador doblegaba a cualquiera, algunos parroquianos esperaban sus turnos dormitando en sus propios vehículos prendidos, combatiendo el aturdimiento de

la hora atenuante con el soplo fresco del aire acondicionado de sus carros. Allí dormían, comían y lo que podían cantar cantaban. Otros rezaban hasta agotar sus últimas energías. Los que venían a pie, tenían que sobrellevar el sopor horrendo del día y se veían obligados a invadir cada sombra de los cactus, almendros, cambrones y guayacanes en el entorno de la casa hasta que llegase su turno. En promedio, cada día de consulta, Romelia atendía unas doscientas personas.

Los días de visitas, Romelia preparaba ungüentos y brebajes de hierbas medicinales y quemaba azafrán de aromas balsámicas para fumigar los parroquianos. Esos días, la casa asumía un olor penetrante a incienso. Todos los que visitaban la casa, ya fuese por motivo de consulta a Santa Eloísa o a ver los gallos de Manuel Santana, los lunes o los jueves, también salían con la ropa y la piel embadurnadas con una aroma de olor a remedio, la que le duraba no menos de tres días. Ese olor a remedio indeleble por varios días llegó a causar serios inconvenientes en algunos parroquianos, a quienes el olor les penetraba la piel hasta lo más intrínseco de sus anatomías y terminaban respirando incienso hasta el día de su muerte. Algunos terminaban suicidándose.

En una ocasión, un hombre llamado Abrahán Medina, de profesión albañil y de buena familia quien vivía en la ciudad, había acudido a Romelia para que ella le ayudase a reconquistar su esposa, Brunilda De Medina, quien le estaba siendo infiel y le había confesado su irrevocable desprecio, pero que él la seguía amando como el primer día cuando la conoció en el cabaret del Hotel Maguana, cuando todavía ella vivía la vida alegre. Romelia le prometió a Abrahán, con una certeza inequívoca, que Santa Eloísa le traería a Brunilda a sus pies y que se morirían de viejos amándose. El día de su visita, Romelia le

aplicó la friega acostumbrada y le preparó un resguardo para que él lo usase como amuleto, amarrado como un cinto. Romelia también le aconsejó varias maniobras incluyendo convertirse en un rinoceronte en la cama para lo que le recomendó ingerir manteca de tiburón, té de copey, miel de abeja y sangre de anaconda. Debía también llevarle flores, complacer sus pasiones de comida, vestimenta y música. El día del encuentro íntimo, él debía tomarse siete tragos de guaro fermentado de maguey y esperarla en la casa al regreso de su trabajo, con instinto felino. Abrahán procedió muy confiado en su plan de reconquista y echó los siguientes tres meses trabajando albañilería con empeño y honra hasta poder reunir plata para su plan de ataque. Abrahán había seguido escrupulosamente la receta de Romelia. Cuando la fecha de la noche íntima que él había planeado por tres meses llegó, limpió el cuartucho donde vivían, compró flores, roció fragancia de palos silvestres para atenuar el olor a orina fermentada del callejón de mala muerte donde estaba incrustado el cuartucho y por fin encontró aquella música de cabaret que le hacía recordar aquellas noches de parrandas cuando conoció a Brunilda. Apenas pasada la media noche, Abrahán sintió el sonido en eco de los tacos finos de los zapatos de Brunilda, quien entraba por el pestilente callejón y sosteniéndose con las dos manos sobre ambos lados de las paredes de las casas, bajo el aturdimiento lenitivo de la embriaguez. Brunilda llegaba del cabaret del Hotel Maguana donde todavía trabajaba de noche como mesera y como artimaña lúgubre y desolada de una vida nocturna que por los últimos veinte años ya le había carcomido el busto, las nalgas, el color, la dentadura y el nombre. Ebria como una cabra aturdida por la hartura de heno amargo, Brunilda entró al cuartucho donde le esperaba

Abrahán, y al percibir los signos de patetismo ingenuo de su marido se paró con una mano en la cintura y la otra sosteniéndose del marco superior de la puerta de entrada del cuartucho para no desplomarse, y mostró por primera vez, por los últimos dos o tres años, sus dos dientes laminados de oro de su dentadura postiza y dejó salir una carcajada de desparpajo como bruja de cachivache. Sentado en la cama como zorro fiel y en celo estaba Abrahán, en calzoncillo y sin camisa. Con una sonrisa, y mirándola de medio lado, trató de expresarle su morbo salvaje y delirante sin decirle una sola palabra. Al verla parada frente a él con su falda de seda sin refajo, apretujada a la piel y alcanzándosele a ver el ápice inferior del triángulo de su prenda interior, rojo como la sangre y al, por fin, divisar una sonrisa en la cara casi de extraña de su mujer, Abrahán sintió el mismo remolino interior que sintió aquella noche cuando la vio por primera vez en el Cabaret del Hotel Maguana. Un instinto felino le invadía el pecho, como se lo había recomendado Romelia, y se le formaba un nudo en las tripas, acompañado de una convulsión brutal irresistible como si de repente fuera a parir una criatura. Con las rodillas trémulas y el semblante petrificado, se quedó inmóvil, sentado al borde de la cama.

“¿Y eso?” Le preguntó Brunilda mientras se quitaba la faldita de conquista nocturna y los zapatos de tacos finos que Abrahán le había comprado como parte de la receta de Romelia.

“Esperándote.” Replicó Abrahán con una sonrisa a labios cerrados, ojos angustiados como lagarto enfermo y los brazos cruzados.

“Tú estás buscando lo que no se te ha perdido. Espero que tengas menudo para devolver.” Dijo Brunilda.

“Si me buscas me encuentras.”

La receta de Romelia hasta ese momento había funcionado a la perfección. Brunilda, detrás de su merluza y desvestida como Dios la echó al mundo, avanzaba en pasos firmes hacia Abrahán, asintiendo con la cabeza. Como loba feroz, lo empujó sobre la cama. El cuerpo de Brunilda ya estaba como brasa, rojo y ya estaba decidida a poner en despliegue sus habilidades mundanas inigualables, con su propio marido olvidado. Rápidamente comenzó a secretar saliva vaginal y a torcerse como loba salvaje. Fue entonces cuando ella inhaló el primer suspiro, y que hundiera a Abrahán en su muladar, que ocurrió lo inesperado. Cuando Abrahán intentó abrazarla en medio de la primera convulsión, el tufo a remedio de Abrahán golpeó el rostro de Brunilda como una niebla de maldición. Ella se alzó aparatosamente como ave rapiña enojada y golpeó a Abrahán en ambos lados de la cara con las dos manos.

“¡Tú hiedes a demonios! ¡Te me vas de aquí o te ahorco hasta asfixiarte!” Vociferó Brunilda ya en su tino normal y notablemente enfurecida.

Abrahán, ya desinflado y desarmado por el susto y el anticlímax no tuvo oportunidad de abrir la boca, pues Brunilda lo sacó a empujones del cuartucho. Se echó andar durante el resto de la noche por el pueblo, con el juicio al revés y su olor a sahumero, a peregrinar en el albedrío de su desventura. En calzoncillo, descalzo, sin camisa y todavía con el tufo a incienso del brebaje de Romelia, lo encontraron muerto al otro día debajo del puente seco a la salida del pueblo. `

3

A los ocho meses cumplidos, la barriga de Romelia le seguía creciendo como ojiva carnosa y ya sí que no le quedaba duda que se trataba de un vástago varón, por lo esférico que lucía su estómago, por las patadas y puñetazos en el peritoneo que el feto le propinaba cada vez que no sentía el sabor y el olor a golosinas y por su fe exacerbada en el poder omnipotente de Santa Eloísa, a quien ella le había invocado el favor para engendrar un pimpollo macho de atributos físicos y mentales portentosos. Como resultado de la carga de la barriga, ella había reducido el número de parroquianos que veía cada semana y en vez de dos días a la semana lo había disminuido a uno. La mayor parte del tiempo lo pasaba frente a su altar, parada con los ojos cerrados y sus brazos alzados con las palmas de las manos abiertas y mostrándolas hacia delante. El altar constaba de una mesa de caoba de tres pies de ancho, seis pies de largo y tres pies y medio de altura con patas torneadas a mano, en forma de trébol. Un lienzo nítido e inmaculado color blanco algodón se extendía sin el menor frunce en el tope, chorreado hasta el ras del piso de tierra, en pliegues simétricos y simulando cretonas cortesananas. Sobre el tope, al fondo, se erigía un Cristo blanco clavado en una cruz de ciprés de luna llena con plataforma en forma de pentágono, de la que colgaba

una ristra ceremoniosa. Le seguían dos cruces más pequeñas montadas en pedestales cuadrados y una paloma blanca de tamaño natural con la cabeza soslayada y su ojo derecho en alerta perpetua escrutando el crepúsculo y el espacio enigmático entre un misticismo subrayado y un espejismo patético. Había un vaso de vidrio transparente, tres cuartos llenos de agua bendita y un puñado de albahaca de hojas turgentes, con el que ella salpicaba a los afligidos, hasta hacer que sus temores extinguieran en la niebla de sus propias quimeras. Tres efigies plasmadas con rigor agudo quedaban enmarcadas en esbozos solemnes, siendo la mayor la imagen beatífica de Santa Eloísa, con corona pulcra enroscada con ribetes de diamantes y exhibiendo un corazón de esmeralda en el pecho, desde donde se refractaban los rayos de una luz divina y el poder altísimo. Las otras dos efigies, una era la de San Ramón, el protector de las embarazadas y la otra la de San Elías Del Monte Carmelo, el celador de la honra divina y quien mantenía el balance de espíritu durante la vida terrenal. En una esquina de la mesa, reposaba una pequeña campana negra de empuñadura de hueso de carey sobre un platillo cromático de barniz, usada para dormir a los enfermos entre gorjeo y gorjeo y bajo la abominación del sopor atenuante. Había dos mecedoras de caoba bien lustradas en una de las cuales se sentaba Romelia a hipnotizar los afligidos, quienes se sentaban erectos y con las manos sobre las rodillas en la otra mecedora. Entre las dos mecedoras, se estiraba una lanilla, roja como la sangre, donde caían los hipnotizados o donde se tiraban semidesnudos los enfermos, a la merced de Romelia y sus brebajes y bálsamos de vigor intrínseco.

Los escándalos, algunos de los cuales resultaban hasta en suicidios por el agobio del tufo a remedio de los feligreses ya no eran tan

frecuentes, desde que la misma Romelia se viera acusada de causar la muerte por envenenamiento cutáneo, e inhalación excesiva de fitoalexinas y alcaloides, de decenas de parroquianos, en toda La República. Como consecuencia, tuvo que cambiar de estrategia en la aplicación de sus brebajes. Las friegas no se les aplicaban a aquellos que no estuvieran dispuestos a esperar por lo menos dos horas después de ser administradas para luego darse un lavado meticuloso antes de abandonar la casa, que consistía primero en una limpieza epidérmica con esponja saturada de alcohol etílico a setenta y cinco grados, seguido por un enjuague con agua de tinaja y solución de hidróxido de sodio y manteca de coco. Para el baño, Manuel Santana había improvisado un tugurio, incrustado en la densa hojarasca y arboleda de cactus en el monte que bordeaba el perímetro Oeste del patio, a unos ochenta pies de la casa. Manuel Santana también instaló una pequeña plataforma de madera para un usuario y una puerta de hojalata sostenida de un poste de bayahonda. Una tinaja de barro fue soterrada hasta media barriga con un trozo de madera tallada con empuñadura metálica sirviendo de tapa a la tinaja y así evitar la entrada de cucarachas, lagartos y culebritas verdes. Robertina se encargaba de mantener la tinaja siempre llena de agua, una alcarraza aséptica para sacar el agua, un andrajo limpio colgando de la puerta y las soluciones de alcohol y sodio.

Cuando Romelia no estaba frente a su altar o atendiendo a algún parroquiano, se la pasaba renqueando con su panza tesa y deslumbrante de un rincón al otro de la casa y de una esquina del patio a la otra, dándole direcciones a Robertina, aunque ésta ya no necesitaba mucho de su dirección. Desde que llegara, aquel miércoles otoñal de buenaventuras, Robertina había ido poco a poco adueñándose de los

oficios de la casa y parecía ya parte de la familia. Físicamente también se había transformado, pues la anemia evidente que se le notaba cuando llegara, la aridez inclemente que le arropaba la piel y el semblante desamparado que denotaban un abandono y una desesperanza brutal, ya habían desaparecido. Ya había cumplido sus doce años, el veinticinco de agosto y había experimentado por primera vez aquellos horribles e injustos malestares menstruales típicos de las mujeres y los cuales experimentaría cada veintiocho días por los próximos treinta años, excepto durante las diez veces que habría de estar embarazada. Sus senos comenzaban a brotar como becerra amamantada y se notaba arisca y timorata.

Robertina se levantaba a las cinco de la mañana todos los días. A pesar de ya haber pasado a la etapa de la pubertad, ella continuaba durmiendo en la pequeña sala en su catre de madera de media plaza, pues en el pequeño aposento del bohío de lodo y excremento de ganado, sólo cabían la cama de Romelia y Manuel Santana, el altar de Santa Eloísa y un cordel de alambre tendido cortando una esquina del pequeño aposento, el que servía de ropero y el que siempre se mantenía atiborrado de ropas. Su hermano de crianza, Feliciano, también seguía durmiendo en la sala, en su hamaca de tafetán grueso, colgada de un lado de la sala al otro. Aunque se llevaban muy bien, Robertina y Feliciano, y se guardaban el respeto de hermanos como si se hubieran criado juntos por toda la vida, la pubertad había puesto a Robertina mucho más consciente de su propio cuerpo y más arisca. De modo que Robertina era la última que siempre se acostaba, cuando ya todos dormían y la primera que se levantaba antes que Feliciano se despertara, para evitar momentos embarazosos al desnudarse o vestirse. Feliciano

era el primero que se acostaba, a las diez de la noche. Luego se iban a dormir Romelia y Manuel Santana, quienes por lo regular se acostaban a las once de la noche y se levantaban a las ocho de la mañana.

Feliciano por su lado, era más tímido que Robertina y había estado cumpliendo al pie de la letra los horarios de dormida impuestos por Manuel Santana: acostada a más tardar a las diez de la noche y levantada nos más tarde que las seis de la mañana.

Ya a las seis de la mañana, Robertina había barrido el patio, buscado la leña en el monte que usaría para cocinar durante todo el día, alimentado con maíz a las aves y animales de la casa, rociado el entorno de la casa con agua para evitar la polvareda y crear frescura en la casa cuando el sol calentara, preparado desayuno de yuca o yautía con huevo y leche hervida para que Feliciano se llevara a la hacienda, preparado café. Ella dejaba el café sobre brasas ardientes para que permaneciera caliente para cuando Romelia y Manuel Santana se levantaran. Robertina aparejaba la burra bien temprano, con carapachos y tinajas para irse luego a buscar agua. Era también parte de su rutina mañanera, antes que despuntaran los primeros rayos de sol, poner las habichuelas en remojo para dejarlas ablandando durante su viaje a La Ceiba, donde estaba el río más cercano. Era tal la habilidad y destreza que Robertina había desarrollado en cada una de estas actividades y era tan intensa su concentración que parecía una pequeña Robot. *“Usted parece una maquinita, mi muchachita.”* Le decía Romelia. Era imposible imaginarse que dos o tres personas diferentes a Robertina pudieran hacer en igual tiempo y con tanta meticulosidad las mismas actividades. Ella no sólo había desarrollado tal asombrosa destreza sino que personalizó cada una de las actividades, al extremo que era muy evidente cuando otras personas las realizaban.

Por ejemplo, las gallinas cada día en la mañana se observaban muy alertas en espera del silbido distintivo de Robertina y se mantenían al asecho esperando que Robertina se apareciera con el macuto de maíz colgando de su hombro derecho, y todas corrían en desparpajo hacia la mata de almendro que se erigía al margen del patio y se arrimaban allí con un orden asombroso. En menos de tres minutos quedaban las más de doscientas gallinas, pavos y patos alimentados. El mismo proceso, con la misma comunicación característica y el mismo orden lo agotaba con los chivos, las ovejas y las palomas. El café y el desayuno tenían tal especificidad, sabor y color intrínsecos casi mágicos, que todo el que los consumía sabía distinguir cuando alguien diferente a Robertina los preparaba o los extrañaban cuando los consumían fuera de la casa. Algunas comadres y vecinas de Romelia, quienes alcanzaron a tomar del café de Robertina, llegaron a enviciarse de tal modo que le pidieron a Romelia que les vendiera café para dárselo a sus maridos. Una vez una de ellas le trajo a Romelia de regalo una cafetera moderna que había traído de su último viaje al extranjero y un anafe nuevo como compensación y agradecimiento porque su marido se había enamorado de ella de nuevo y las aventuras maritales nocturnas habían resurgido de nuevo entre ellos como si se hubiera tratado de un remedio prodigioso del desamor. En otra ocasión, una dama muy rica de La Capital, a quien Romelia había curado de insomnio agudo y de dolor de cabeza perpetuo, vino a visitarla con una prima suya y le dijo que ella nunca tuvo que tomarse el brebaje de hierbas que se había llevado en su última visita porque el café que se tomó ese día la había curado para siempre y aquella vez sólo había venido con su prima a quien le agobiaba la desesperanza y el desafecto para que también tomara de ese café de poderes omnipotentes.

“Ese café tenía un aroma y un sabor mágicos”. Dijo la dama rica.

“Fue parte del remedio.” Dijo Romelia a la dama rica, sin dar mucha explicación.

Robertina también había desarrollado una relación casi personal con la burra que usaba para cargar agua desde el río. La burra color cano ya conocía el olor a trapo limpio y a sudor de Robertina y cada día en la mañana parecían tener una conversación íntima. Cuando Robertina la abordaba bien temprano en la mañana para ponerle el aparejo y los capachos, Canuta, el nombre que Robertina le había puesto, daba dos vueltas, entraba su hocico entre las dos patas delanteras y emitía un sonido único con el soplo de la nariz y un mujo de garganta entonado, casi definiendo dicciones que de algún modo Robertina entendía, pues a cada balbuceo de Canuta Robertina respondía con frases dulces y de afición, al tiempo que le pasaba las manos por su crineja y le frotaba el lomo con ternura desde su omóplato hasta la anca, terminando peinando su cola con los dedos de la mano. Al final de aquel rito tierno, Canuta levantaba su hocico y, con los ojos cerrados, lo ponía sobre uno de los hombros de Robertina y por un instante Robertina abrazaba su cabeza y allí se ofrecían una a la otra la afección que ninguna recibía por otros medios.

En las mañanas, el siguiente que se levantaba era Feliciano. A las seis de la mañana exacta, como si tuviese un reloj despertador en la cabeza, Feliciano despertaba religiosamente todos los días. Era el horario que le había impuesto Manuel Santana. Parte de la rutina al levantarse incluía enrollar su hamaca y colgarla de un lado del techo de la casa, salir a un lado del patio a lavarse la cara con agua de tinaja en un jarro de aluminio, se limpiaba los dientes frotándoselos con aserrín de carbón y

ceniza con el dedo índice de la mano derecha y se secaba la cara con la parte inferior de su camisa. Luego se iba a la cocina. La cocina era una estructura separada de la casa, hecha de barrotes de madera clavados en el suelo verticalmente en paralelos como pared, un cobertizo de cana y una puerta de madera áspera. Entre los barrotes de madera siempre quedaban rendijas a través de las cuales escapaba la humareda cuando se cocinaba en su interior. En el interior de la pequeña cocina, en una esquina, se erigía una plataforma de madera, rectangular, con un metro de altura y un tope de dos por dos metros, sostenida por cuatro postes. El tope de la plataforma consistía de una caja de madera cóncava, rellena de arcilla humedecida, área que servía entonces para establecer dos fogones. Los fogones eran simplemente tres piedras poliformes ubicadas en forma de trebolillo, sobre las cuales se montaban los calderos para hervir los alimentos. La leña para provocar fuego y brazas se ubicaban entre las piedras de manera que las alcarrazas de hervir comida se pudieran montar sobre las piedras y encima del fuego. Cada mañana, cerca de las siete, por allí pasaba Feliciano con la seguridad que Robertina ya le habría preparado el desayuno que se llevaría a la hacienda. Con la misma seguridad que el sol salía todos los días, era la certidumbre con que Robertina ya tenía un cazo de yuca o yautía con huevo y un jarro de leche caliente para Feliciano. Feliciano, tragado en cuerpo y alma por su timidez, recogía su manjar y se retiraba sin decir una sola palabra. A los trece años, Feliciano no se dirigía a la escuela, sino a una hacienda de tamaño interminable, donde le esperaba siempre una yunta de bueyes para cultivar la tierra, por doce horas, seis días a la semana. Era la rutina que le había impuesto Manuel Santana y él la cumplía al pie de la letra. Robertina, como una maquinista, cuando le

pasaba el manjar a Feliciano simplemente le sonreía, y seguía haciendo sus actividades del día.

A las ocho de la mañana, entonces se levantaban Romelia y Manuel Santana. Al llegar a la cocina, Romelia siempre saludaba a Robertina pasándole la mano por la cabeza. “*Mi muchachita, tan trabajadora;*” le decía mientras Robertina siempre sonreía con los labios cerrados y seguía haciendo sus quehaceres. Manuel Santana se paraba por la cocina a buscar su café, en camino hacia sus innumerables rejonos de gallos. Con extrañeza para Romelia, porque era con la única persona con quien lo hacía, Manuel Santana siempre silbaba una melodía desconocida pero que él repetía cada mañana a Robertina y le cantaba luego una frase de cuatro palabras con la misma melodía: “*Chaaaaampliiaiiiiin, a la pranganaaaaaa.*” Era entonces cuando le preguntaba:

“¿Los ratones le dejaron la cabeza anoche, Tina?”

Robertina soltaba probablemente la única carcajada de todo el día y le pasaba un jarro de aluminio con café caliente.

“¿Es éste como todos los días?” Preguntaba Manuel Santana en broma, mostrando sin timidez sus dientes podridos a lo cual Robertina asentía con la cabeza y sonreía timorata arropada por el rubor.

4

Manuel Santana siempre mostraba gran afecto a Robertina y aquel silbido de melodía insólita y aquella frase que no se correspondía con ningún idioma conocido, eran sólo parte de los detalles con los que él le mostraba su cariño. Cuando se iba de gira de gallos y que regresaba los lunes todavía con el tufo a aguardiente y notablemente menoscabado por la resaca, Robertina era la que lo cuidaba. Como gesto de gratitud, él siempre le traía golosinas y confiterías, algo que nunca había hecho con la propia Romelia. Él siempre se acordaba del buen corazón de Robertina desde una noche que vino con una embriaguez tan grande que llegó a la casa parecido a un huérfano inerme, sin zapatos, con la camisa brotando por la bragueta, vómitos en todos los bolsillos y tambaleándose como un niño cuando comienza a caminar. Esa noche, Romelia no lo dejó entrar a la casa.

“Aquí no me entra usted, buen bandido; pues se va desde el miércoles con los bolsillos atiborrados de papeletas a costilla de todos nosotros, los desdichados que tenemos la mala suerte de tener un miserable, bandolero, libertino, mugriento, gorrón, cicatero y roñoso parasitando para sustentar una vida de derroche y desenfreno; imagínese ese pobre infeliz, Feliciano, quien se pasa los siete días de la semana derritiéndose

en el ramalazo de sol trabajando sin descanso en la hacienda; que no sé cómo Santa Eloísa o el mismo Lucifer permiten que un renegado como usted herede tanta tierra, las que termina vendiendo por botellas de ron cuando se emperra con todas esas mundanas miserables en los callejones de cada gallera, gastándose mi dinero, el que me gano sudándome las nalgas y hasta el alma; figúrese usted la pobre Robertina, quien no duerme y se pasa todo el día como esclava robótica alimentado gallinas, pavos, cerdos, ovejas y a usted mismo, quien se parece a uno de esos mismos animales, viejo sinvergüenza y charlatán, para venir ahora con la cara estrujada y sin un solo cobre en los bolsillos y, por el contrario, trae su tufo y sus vómitos envenenados, queriendo entrar a esta casa donde todavía hay dignidad y respeto, aunque vivamos en este bohío de lodo y caca de vaca cayéndose a pedazos todos los días y donde escampa la lluvia por lo agujereado que está el cobertizo por que ni siquiera de eso se ha preocupado usted y muy por el contrario sigue como sanguijuela chupando cada gota de sudor de estos tres desdichados, quienes deberíamos sentirnos avergonzados por miserables y torpes que somos al dejarnos maniobrar como títeres o como escarabajos a la mierda, porque eso mismo somos, una mierda.” Fue la gran retahíla que soltó Romelia imbuida en un arrebato de cólera cuando vio a Manuel Santana asomarse a la puerta, enjugado en vómito y tambaleándose por la embriaguez horrenda.

Romelia había derribado a Manuel Santana al suelo con la misma puerta de la casa, al instante cuando éste se apareció tragado por aquella embriaguez espantosa. Tirado al suelo, él trataba inútilmente de afianzarse con las manos para no caerse en el precipicio de su borrachera, agobiado por el desequilibrio del tímpano de sus oídos, mientras los

cuatro bolsillos del pantalón y los otros cuatro bolsillos de la mugrienta guayabera amarilla seguían emanando un líquido putrefacto, sus vómitos trasnochados. Parecería como si esa noche Manuel Santana hubiera servido de treta pública en el más sombrío espectáculo de vómito, en apuestas de borrachos y trasnochados. Empujada por aquel soberbio enfado, Romelia sacaba todas las piezas de vestir y artefactos personales de Manuel Santana y se los arrojaba encima, al ritmo de su prolongada retahíla de insultos, los cuales Manuel Santana no pudo escuchar por el aturdimiento del portazo cuando se asomó por primera vez a la puerta como un convaleciente. Manuel Santana quedó inmóvil debajo de aquella pila enorme de ropa y cachivaches, mientras Romelia cerró la puerta de la casa y ella misma se encerró en el aposento. A las dos horas de aquel espectáculo patético, Robertina, quien no había podido conciliar el sueño después del acto enfurecido de Romelia, se percató que aún no había escuchado ningún ruido, más que los ronquidos a coro de Romelia en el aposento y de Feliciano en su hamaca en la sala. De repente, le llegó la lúgubre imaginación que Manuel Santana debía haber estado muerto. Fue entonces cuando se levantó muy cuidadosamente para que aquel catre de madera en el que dormía no causara bulla y caminó erguida sobre los dedos de los pies para intentar salir en auxilio de Manuel Santana. Duró varios minutos tratando de quitar el garrote usado para retrancar la puerta, pues Romelia, bajo su arrebató, había retorcido bien el nudo de la soga que sujetaba la tranca de cerrar la puerta. Finalmente, Robertina pudo abrir la puerta y pudo ver, con la claridad de la luna llena, aquel montón de ropa y artefactos. Pero no alcanzó a distinguir si Manuel Santana todavía estaba allí, o si de estar allí debajo de aquel raudal de cosas estaría aún vivo. Descalzo

y en bata de dormir, Robertina se apresuró a la cocina, a buscar fósforo y una astilla de pino seca para prenderla y poder observar, sin tener que hurgar entre los corotos tirados por Romelia y provocar un ruido que fuera a empeorar las cosas. Cuando prendió la astilla de pino, ella caminó en círculo alrededor de toda aquella pila de chirimbolos, con su antorcha de pino a la altura de la cabeza. El escalofrío que ella sentía comenzaba hacerse insostenible. De repente, vio unos dedos con uñas ásperas y sucias, distintivas de los pies con hongos de Manuel Santana. El corazón se le quería salir por la boca, pues lo primero que pensó fue que, debajo de aquel monumento de ropas y trastos, lo que estaba era el cadáver de Manuel Santana y que de pronto saltaría de allí con aire de venganza y se abriese paso como borrasca. Sacó coraje desde donde no tenía y tocó aquellos dedos sucios y pestilentes y se dio cuenta que estaban aún calientes. Rodó sus dedos, trémulos y fríos por el miedo, sobre la pantorrilla árida derecha de Manuel Santana, hasta por encima de los tobillos, donde pudo por fin asegurarse con el tic-tic del pulso que Manuel Santana aún estaba vivo. Fue entonces cuando comenzó la tarea titánica de Robertina, quien fue quitando pieza por pieza aquel mogote de encima de Manuel Santana. Comenzó por la cabeza para prevenir que se asfixiara. Ya bien metida la madrugada, al despuntar el alba, Robertina había podido poner a un lado, sin hacer bulla que despertase a Romelia, los corotos de encima de Manuel Santana. Le volvió a tomar el pulso, esta vez en una de las manos y en el pecho encima del corazón para comprobar una vez más que no estaba muerto. Él no se miraba como si tuviera vivo y más bien parecía que su cuerpo estaba mutilado y sin alma y que ya su ánima estaba en el purgatorio, lejos, desandando, pidiendo perdón y despidiéndose

del mundo terrenal. Imprevistamente, Robertina se dio cuenta que ella sola no podía hacer nada, ni siquiera arrastrar a Manuel Santana, sin hacer bulla que despertara a Romelia y quien habría entonces de venir y arrematarlo. Fue cuando se le ocurrió volver en las puntas de los pies y tocar suavemente la malla de la hamaca de Feliciano, evitando sobresaltarlo. Se puso el dedo índice de la mano izquierda perpendicular a sus labios cerrados y extendidos y con la mano derecha topeteaba suavemente la malla de la hamaca. Feliciano dormía embozado de pies a cabeza. Al segundo topetazo, Feliciano levantó la sábana de encima de su cabeza y miró con sus ojos entreabiertos a Robertina, quien le hizo seña, con un dedo e inclinando la cabeza en dirección hacia donde yacía Manuel Santana, para que le siguiera, mientras seguía con el dedo puesto sobre sus labios advirtiendo silencio. Feliciano se bajó lentamente, sin hacer el menor ruido y siguió a Robertina.

“¿Te acuerdas anoche cuando Papá vino aturdido de la borrachera y que mamá enfadada lo echara? Él no se ha podido levantar y si lo dejamos ahí tendido se puede morir, de manera muy indigna. Ayúdame a halarlo a la cocina para limpiarlo y ponerlo a oler alcanfor a ver si se anima.” Susurró Robertina a Feliciano, quien asintió con la cabeza.

Entre Robertina y Feliciano lograron cargar sin mucho esfuerzo a Manuel Santana hasta la cocina, pues estaba livianito como si le hubieran sacado las tripas y todos los demás esperpentos de adentro. Después que lo tendieron sobre el piso de tierra de la cocina, donde mostraba un aspecto cadavérico, Robertina le hizo seña a Feliciano para que se fuera a seguir durmiendo, pero Feliciano se quedó acompañándola. Le pusieron leña al fogón, prepararon una cama en el suelo con las ropas limpias de Manuel Santana que Romelia había arrojado sobre él, en medio de su

berrinche, y rodaron el cuerpo con escasos rasgos de vida de Manuel Santana, como escarabajos ruedan los excrementos de vaca, hasta la colchoneta de ropas. Luego Robertina lo estrujó con una esponja de las que Manuel Santana usaba para limpiar los gallos, le quitaron la mugre y le pusieron ropas limpias. Robertina le puso a oler alcanfor hasta que lo sintió toser, aunque sin todavía abrir los ojos. Consciente de que a Feliciano sólo le quedaba un rato para dormir antes de irse por todo el día a la hacienda, Robertina volvió a insistirle con las manos que se fuera a seguir durmiendo. Esa vez Feliciano accedió y se fue a seguir durmiendo sin decir una palabra. Robertina hizo una sopa de fideo subida de sal, con carne seca de oveja y mucho cilantro y se la fue dando a Manuel Santana con una cucharadita de niño. Luego de asegurarse que Manuel Santana ya respiraba y que se había tomado ya dos soperas de caldo, buscó la sábana que ella se arropaba y se la tendió encima. Se quedó en vilo por el resto de la madrugada hasta que la bulla del amanecer y la cantería de los gallos terminaron de despertar a Manuel Santana, quien primero abrió un ojo y después el otro y miró hacia todos los lados sin reconocer nada, excepto a Robertina, quien estaba allí sentada encaramada en el fogón, mirándolo como una paloma clueca vigila de reajo su pichón enfermo. Robertina lo saludó ondeándole la mano derecha desde el fogón y Manuel Santana le respondió con una sonrisa de labios cerrados. Fue entonces cuando Robertina comenzó a contarle de su borrachera, del enojo de Romelia, cómo su cuerpo lucía cadavérico, de lo mucho que su ánima debió haber caminado desandando, de que había perdido sus zapatos, de la odisea de desenterrarlo de aquella montaña de ropas y corotos, de qué tan poco pesaba él al punto que entre ella y Feliciano pudieron cargarlo hasta la cocina, que había usado la esponja y el alcanfor

de los gallos y de la sopa de fideo con carne de oveja y subida de sal. Fue entonces cuando Robertina le advirtió que debería levantarse antes que Romelia se despertase, lo cual él hizo para comenzar otro día con su habitual rutina de un rejón de gallo al otro.

Desde esa madrugada cuando Manuel Santana estuvo al borde de la muerte como resultado de su exacerbada borrachera y que Robertina, literalmente, lo salvara, él siempre la había consentido, y cada mañana cuando se levantaba que se dirigía hacia sus rejonos y pasaba por la cocina a recoger su café caliente, le cantaba y expresaba a Robertina sus más incautos florilegios.

Manuel Santana siempre era el último que pasaba por la cocina en la mañana. Cuando Robertina lo veía llegar con sus sonidos antológicos y sus expresiones de hombre feliz, como a las nueve de la mañana, entonces ella comprendía que la primera parte de su día maratónico ya estaba completada.

Cuando ya todo el mundo estaba de pie y alimentado en la mañana y los patios estaban barridos y rociados con agua, Robertina se montaba en Canuta y se iba al río a buscar agua. El resto del día lo pasaba echando tantos viajes al río como le fuesen posible y que aguantara Canuta, cocinaba almuerzo y cena, preparaba limonadas tantas veces como se les antojase a Romelia y a Manuel Santana, llevaba almuerzo a Feliciano a la hacienda o agua cuando el sol estaba muy caliente, iba una o dos veces a los establecimientos a abastecerse de ingredientes de comida u otras necesidades más pequeñas de la casa, realizaba algunos mandados pequeños a casas vecinas por orden de Romelia o Manuel Santana, acompañaba a Romelia a depositar golosinas a Santa Eloísa y a sus ofrecimientos a la sombra del gran bambú.

Al amparo de su imperecedera esperanza de parir un gran varón, Romelia se quedaba pululando en la casa con su barriga voluminosa, flotando en el sopor otoñal y contando los días hasta aquel momento cuando un dolor de vientre bienaventurado la obligara a llamar la gran comadrona. Romelia no se podía sentar ni quedar estática en ningún lugar.

Con las pantorrillas infladas y el semblante relumbrante, Romelia se sumergía en cuerpo y alma en su imaginación, hasta perderse en una ilusión magnífica que la llevaba a conocer un mundo que sólo era posible en sueños quiméricos. Seducida en la penumbra de su propio espejismo, se dejaba abrigar por la magia de la madre naturaleza y acariciaba con avidez el milagro de la vida y se rendía ante el deleite delirante de sentir el aliento reconfortante de una criatura de piel transparente apuntalada por venas azules que se bifurcaban con simetría perfecta y se desprendían desde un corazón inocuo y trémulo que emanaba pureza al compás de cada palpitar. Durante aquel momento casi sacro, donde coincidían el tiempo, la luz y el espacio y se detenía la vida, para celebrar el prodigio, Romelia entonaba las antífonas con aliento desde el alma y se entregaba a plenitud para experimentar el gozo muy íntimo de amamantar un vástago varón.

5

La noticia se diseminó como pólvora en todo Antón. Nació varón, como ella misma lo había augurado. Lo nombraron Juan Manuel. Un hijo de la hora misericordiosa. Un producto del deseo desenfrenado y de una voluntad que hizo de la entraña un milagro consumado. Sacó el color de Romelia. Blanco rojizo como el padre de Romelia quien debía su piel desteñida y traslúcida a La Madre Patria, pues lo habían traído a la provincia de San Juan desde España a los cinco años. Sus cabellos lucían rizados como los de Manuel Santana, quien había heredado su calvicie, y la dificultad de peinarse cuando aún tenía cabellos, a su padre José Santana, quien era retoño directo de esclavos traídos desde Tanzania a Las Antillas. Tenía ojos pequeños y soberbios, pero miradas emancipadas como era de esperarse de un mulato hijo del destino y de la mezcla de sangres y espíritus continentales. Ya a los tres meses, Juan Manuel sabía distinguir a todos los miembros de la familia y ya reconocía con quién sonreír y con quién no. Romelia se llenaba de celos cuando Manuel Santana lo cargaba y Juan Manuel no paraba de mirarlo con una risa de oreja a oreja, pataleando como si habría querido salirse de su propia infancia y acompañar a Manuel Santana en sus andanzas de gallero. Manuel Santana ya se había inventado un

sinnúmero de melodías y silbidos prototipos, los cuales siempre sacaban risas y carcajadas de la boca tierna y aún sin diente de Juan Manuel.

“Será un perdido como el papá.” Decía Romelia, mientras le agarraba una de las orejas y muy suavemente se la aleteaba en presencia de Manuel Santana.

“Ojalá saque tus atributos de bruja y mis actitudes de gallero. Así no perderá ni una sola pelea de gallo.” Decía Manuel Santana en medio de una carcajada.

“Prefiero que salga evangélico fanático o que termine en la guardia. Así se libraré del satánico vicio de los gallos y tendría el discernimiento de no convertirse en parásito vividor de los demás o de la pesadilla de tener que mantenerlo a usted.” Dijo Romelia a Manuel Santana con cierto enojo, muy espontáneamente, mirándolo de reojo mientras se alejaba con presteza y sin la premeditación del significado real de lo que acababa de decir. Al pasar de los años, aquellos deseos espontáneos de Romelia habrían de convertirse en realidad, para su desdicha y su propia muerte.

Lo que sí era cierto, sin embargo, era que Juan Manuel había traído con su llegada al mundo otros aires a la casa. Se arrastraba como una lombriz hambrienta por todo lado y no dejaba que nadie se sintiera aburrido. Cuando lloraba lo hacía con ímpetu al punto que algunas noches nadie podía conciliar el sueño y cuando se reía lo hacía a carcajadas, cargando el ambiente de exuberante buenaventura. Romelia había desarrollado un apego intenso hacia Juan Manuel, como para programar toda su vida alrededor de él. Continuó recibiendo parroquianos sólo una vez a la semana, como lo hacía cuando estaba embarazada. En la mañanita, se le escuchaba cantar sus villancicos

tiernos y cada alimento que consumía en el día lo hacía con la firme creencia que su dieta tenía que resultar en buena salud para la criatura amamantada. Dejó de comer golosinas en el bambú centenario cuando iba a sus ofrecimientos. Se aseguraba de ingerir alimentos cada dos horas, incluyendo mucho líquido como agua, leche de cabra y té de narango, para asegurar que sus glándulas mamarias se mantuviesen produciendo calostro fortificado, permanentemente. Se inventaba razones para irse de compra al pueblo para tener la oportunidad de cargar y mostrar su vástago con vanagloria acentuada. Le compraba ropas y juguetes todas las semanas, parte de los cuales terminaba regalando a vecinas y a algunos de los parroquianos que le visitaban para poder seguir yendo de compra y alimentar su deseo y su vanidad cada semana. Cuando ella llevaba a Juan Manuel en los brazos, se sumergía en lo más profundo de su propio mundo, aquel mundo de ínfula y nebulosa mágica, y perdía la noción del tiempo y el espacio, hasta desaparecer en un embeleso jubiloso enajenante. En medio de su arrobamiento, ella le daba rienda suelta a su clarividencia, hasta recorrer el mismo trayecto que habría de recorrer, o que estaba supuesto a recorrer, Juan Manuel, desde una infancia de ensueño transitando un valle paradisiaco con salud exuberante y colmado de buenos augurios, pasando por una adolescencia de gozo alucinante donde yacía a su merced todo un mundo de delicias, hasta consumarse la obra con un ejemplar macho vigoroso de geometría perfecta, espíritu magnífico y hombría portentosa, lo que lo hacía benemérito de la genuflexión reverente de todos quienes pisasen la faz de la tierra.

Era evidente que Romelia había comenzado a desdoblar una ternura intrínseca intensa de madre biológica, de magnitud excelsa, desde el

mismo momento que se iniciara la experiencia maravillosa de su preñez singular. Aquella intensidad y amor vehemente no se había potenciado con igual rigor en su relación con el taciturno hijastro, Feliciano, o con una sobrina encantadora y de gracia seductora como Robertina. Por supuesto que tal grado de devoción tampoco Romelia lo había podido experimentar con Manuel Santana, con quien había construido una relación marital que sólo servía para cuidar las costumbres y apariencias.

Sin embargo, en lo más recóndito de su mente, Romelia también resentía el hecho que el nacimiento de Juan Manuel también extendía su atadura aborrecible con Manuel Santana; aquella relación que nunca tuvo cimientes sentimentales y que naciera sólo como producto de la casualidad y a merced de las aberraciones de la madre naturaleza. Con el nacimiento de Juan Manuel, al menos Romelia y Manuel Santana tenían algo en común y que a ambos deleitaba. La llegada de un hijo había también provocado en el mismo Manuel Santana un cierto cambio de actitud y un drástico ajuste en su propio estilo abominable de vida.

No sólo le había nacido un hijo, sino que el peso gravitacional indolente de los años, la inclemencia de las malas noches y la vida promiscua de Manuel Santana le habían pasado factura. La piel se le había ido estrujando con el cuentagotas, los ojos lánguidos y aguados, su semblante postrado y su voz irresoluta ya ni se parecían a la del gallero terrateniente y espléndido que se pasaba los fines de semana de una gallera a la otra, de un pueblo al otro y de una concubina a la otra, como verdadero patriarca omnipotente. La fortuna en tierra que había heredado también comenzaba a mermarse.

Durante los últimos años, cada semana venía alguien a la casa a reclamar con un papel y la firma poliforme de Manuel Santana, así como sus huellas digitales entintadas como sentencia sobre su propio nombre. Los oportunistas y gorriones que ya se habían dado cuenta de la debilidad de Manuel Santana por los gallos, el ron y las prostitutas, se agenciaban almohadillas tintadas para asegurarse que Manuel Santana imprimiese sus huellas digitales sobre los documentos amañados de venta de las tierras, en los momentos de apremios cuando Manuel Santana en sus desesperos de borrachín y libertino vendía las tierras que heredara como hijo legítimo único de su padre José Santana. Cuando los aprovechados venían con contrato de venta en mano en busca de sus tierras, el primer sorprendido era Manuel Santana pues al día siguiente no se acordaba de lo que había hecho la noche antes o el fin de semana antes. En algunos casos, contaban muchos años después algunos comparsas que atestiguaban los actos de venta de las tierras, que muchas veces Manuel Santana estaba muerto de la borrachera, babeando en un rincón de uno de los burdeles que él frecuentaba y que los oportunistas cleptómanos simplemente le tomaban las huellas digitales para estampar los documentos de venta. Pero no le quedaba otra opción a Manuel Santana, pues aquellos documentos, algunos aún con el olor a ron, tenían sus firmas y el entintado que plasmaba sus propias huellas digitales. Al comprobar su firma, Manuel Santana procedía, como zorro aturdido, a marcar los predios, hacienda adentro, hasta despojarse casi de la totalidad de toda una comarca que heredara de su padre.

Al heredar medio valle sin ningún esfuerzo y por el simple hecho de ser hijo legítimo único del terrateniente José Santana, en el fondo,

poco le importó a Manuel Santana entregar aquellas fortunas en tierra, en sus años de despilfarro insaciable. No fue hasta que el propio Juan Manuel que, cuando se hiciera hombre y se percatara de las locuras de su padre, entonces decidiera redimir algunos predios, sometiendo a la justicia, por engaño flagrante, a los usureros que habían escamoteado las tierras a su padre.

Dolorosamente para Romelia, como hijo de gato caza ratón, Juan Manuel, al igual que su padre, luego terminó cometiendo el mismo desliz patético, revendiendo las tierras recuperadas, por migajas y cachivaches. Vender tierras por gallina, por botellas de aguardiente, cajas de habanos o a cambio de cualquier cacharro parecía que era una desgracia que se transmitió como maleficio en la genética de padre a hijo, aunque en gran parte la maldición era exacerbada por artimañas deliberadas de oportunistas y sablistas de Antón, o de forasteros que visitaban el poblado, quienes se aprovechaban de circunstancias turbias y debilidades en la familia Santana para aporcar como dragones aquellas tierras sin dueños a quien les doliesen.

Era increíble cómo Manuel Santana siempre tuvo la habilidad de mantener a Romelia fuera de sus negocios trucos y absurdos. Para Romelia todos los que venían a visitar a Manuel Santana lo hacían por asuntos de gallo o relacionados a bebentinas. Ella no tenía ningún motivo para sospechar que Manuel Santana vendía las tierras, pues siempre venía a la casa sin un cobre en los bolsillos y eran ella y Feliciano quienes le suplían recursos para que echara sus giras gallísticas.

La llegada al mundo de Juan Manuel, sin embargo, al menos había provocado una reducción en las actividades gallísticas de Manuel Santana, limitándose solamente a una jugada de gallo por semana.

También había reducido el tiempo que le dedicaba a los cientos de gallos que tenía encarcelados en el entorno de la casa. Cada vez más Manuel Santana le pedía a Feliciano y a Robertina que lo ayudasen a alimentar y solear la gallería. Como consecuencia, Manuel Santana dedicaba más y más tiempo a Juan Manuel. Ya no se iba los jueves de gallería. Salía los domingos bien temprano y regresaba los mismos domingos en la noche y muy rara vez regresaba borracho, como era de costumbre. Como resultado, Romelia se notaba mucho más amistosa con él.

Manuel Santana ya se había inventado silbos melódicos particulares y cánticos tiernos que eran distinguibles por Juan Manuel desde cualquier lugar. Donde quiera que Manuel Santana se sentase en la casa o en el patio, o cuando llegaba a la casa, Juan Manuel respondía como perro amaestrado a aquellas antífonas armoniosas y se encaramaba sobre él, le tumbaba el sombrero de pana al suelo y forzaba a Manuel Santana a abandonar los habanos o cualquier bebida caliente que se estuviera tomando. A cambio, Manuel Santana hundía la cara en el estomago macizo de Juan Manuel y soplabo a borbotones hasta hacerlo displayarse de la risa a carcajadas. En ocasiones, lo agarraba por los pies y lo colgaba como un pescado, sin provocar ningún pánico en el vástago. Romelia, por su lado, ya no sentía tanto recelo de aquella relación intensa entre Juan Manuel y su padre.

“Será coronel de la marina o doctor en medicina.” Decía Manuel Santana imbuido en su contemplación ciega y adulación alucinada de su hijo.

“¡Menos mal! Es diferente a que me salga gallero.” Respondía Romelia obviamente menos enfadada que antes.

“Tendrá media docena de mujeres y será el padrote de Antón.”
Replicaba Manuel Santana lleno de burla.

“Ahí ya lo dañaste; ¡tan bien que ibas!” Respondió Romelia mirándolo de reojo mientras iba y le arrancaba el muchacho de los brazos y se alejaba como ave rapiña protectora.

La auto redención relativa de Manuel Santana, con el nacimiento de Juan Manuel, también se había traducido en mejores tiempos en la intimidad con Romelia. Llegaban horas misericordiosas a la cama con mayor frecuencia, aunque nunca más con la misma intensidad de aquella noche sacrosanta cuando fuera fecundado Juan Manuel. Nunca más habían podido replicar aquella trifulca sicalíptica en la que Romelia por poco asfixiara a Manuel Santana con el portentoso nudo de anaconda. Pero era evidente que la relación entre ellos asumía cierta normalidad. Ella disfrutaba un poco más la presencia de Manuel Santana y su relación con el hijo, mientras él se sentía, hasta cierto punto, redimido.

Sin embargo, así como Manuel Santana le había demostrado a Romelia, con la llegada de Juan Manuel, que ningún ser humano es tan infernal como para no tener una partecita inocua, la vida también les demostró a Feliciano y Robertina con la llegada bienaventurada al mundo de Juan Manuel, que aquella obra de la providencia hecha carne y alma en el cuerpo de su hermano Juan Manuel no era tan maravillosa como para no traer consigo algunas pizcas de malos augurios. Robertina por primera vez pudo percibir la diferencia entre el amor que nace de la caridad y el agradecimiento, aunque sea intenso y verdadero como el sentido por Romelia y Manuel Santana hacia ella, y el amor biológico y orgánico que brota del alma con ligamentos de sangre y que se

siente desde el mero centro de cada célula como el vivido por Romelia y Manuel Santana hacia su criatura de engendro. Feliciano por su parte, comenzó a ser la primera víctima de una indiferencia aberrante. Principalmente la indiferencia de Manuel Santana hacia Feliciano se había acentuado notablemente.

“¡Préstale atención a ese otro hijo tuyo, Manuel Santana! Cómprale ropa, atiéndelo para que él pueda seguir atendiéndote la hacienda y tú puedas vivir la vida que hasta ahora él ha hecho posible con su trabajo sin descanso y con la obediencia de un soldado fiel. Así tú no vas a encontrar otra persona, además de que es tu hijo.” Le reprochaba Romelia cuando notaba la cruel apatía de Manuel Santana hacia Feliciano.

“Él es dichoso que yo lo tengo acá trabajando. Él ya es un hombrecito que debería bandeársela por sí solo. El que debería estar agradecido es él.” Replicó Manuel Santana sin dar mucho peso a la perorata de Romelia.

6

Muy a pesar de la insistencia de Romelia, Manuel Santana no cambió el trato hacia su hijo Feliciano. Muy por el contrario, desde el nacimiento de Juan Manuel, él aumentó sus exigencias a su propio hijo más viejo. Poco a poco le fue agregando más responsabilidades. En adición a los trabajos de la hacienda, Feliciano tenía que cuidar de los gallos en la casa. Antes de irse en la mañanita, Feliciano tenía que sacar los gallos de los rejones a la sombra de los cambrones y los almendros del patio, alimentarlos y darles de beber. Al regresar en la tarde, tenía que enjaularlos de nuevo y hacer cualquier otra actividad de gallería que le indicase Manuel Santana, como por ejemplo expectorar los animales enfermos, curar con alcanfor aquellos con magulladuras y laceraciones en la piel, mantener la forma del plumaje y cuantas cosas se le ocurriesen a Manuel Santana. Antes del nacimiento de Juan Manuel, todas esas eran actividades que las realizaba el mismo Manuel Santana. Aquello significaba unas dos horas más en la mañana y otras tres horas más de trabajo en la tarde, para totalizar una rutina diaria de trabajo intenso de dieciséis horas al día, incluyendo los trabajos tradicionales en la hacienda. Ese tren de trabajo intenso pronto le comenzaba a cobrar

a la salud del muchacho, hasta llegar a un punto de casi colapsar sobre sus propios pies.

Un cierto día, a eso de las nueve y media de la mañana, Feliciano se quedó dormido detrás de la cocina, por el agotamiento severo, al terminar su primera tarea del día con los gallos de Manuel Santana, antes de irse a la hacienda. Robertina lo había visto allí a través de las rejas, desde la cocina, pero había decidido dejarlo dormir un rato con la intención de despertarlo luego y advertirle que se escabullera antes que Manuel Santana lo descubriese. Robertina estaba consciente de la rutina brutal de trabajo a la que su hermano estaba sometido, por lo que sentía lástima por él. Por lo general, después del nacimiento de Juan Manuel, Manuel Santana no caminaba por esos lados del patio, donde Feliciano se había quedado dormido, hasta mucho más tarde en el día, pues se quedaba jugueteando con Juan Manuel en el aposento o se iba a echarles un vistazo a sus gallos. Como por providencia de una hora maldita, a Robertina se le olvidó despertar a Feliciano para prevenirlo y Manuel Santana, quien ese día fue más temprano que habitual a la cocina a buscar su café, escuchó los resuellos de Feliciano y lo buscó a través de las rejas de la cocina, hasta vislumbrarlo allí, envuelto en sí mismo, rendido, al amparo de una fatiga traicionera, desplomado sobre sus talones con la cabeza reposada sobre sus brazos, los que a su vez descansaban sobre las rodillas. Manuel Santana dio la vuelta alrededor de la cocina y buscó con presteza a través de la penumbra de su enojo un objeto para lanzarlo con ímpetu a Feliciano. Se vio tentado a tirarle una piedra de las tantas que abundaban detrás de la cocina, pero parece que un ángel salvaguarda le hizo cambiar de opinión y se decidió entonces a echarle una patada tan descomunal

como su odio y su armazón corroída por los años y las malas noches le permitieran. Al impacto seco en la parte media izquierda de la caja pectoral, Feliciano cayó tendido de lado. Por intuición y por el susto, más que por defensa consciente, rápidamente se levantó y comenzó a correr. Cuando se percató que era su padre, se detuvo temeroso y dócil, sin mirarle a la cara.

“¡Buen charlatán!, carajo; holgazán y sinvergüenza. ¿Así es que usted trabaja?” Vociferaba Manuel Santana irradiando una niebla de odio casi tangible, mientras lo abordaba con ira huracanada.

Feliciano, con el corazón queriéndosele salir por la boca, comenzó a caminar, alejándose de Manuel Santana, hacienda adentro. Manuel Santana, con semblante beligerante, apuró el paso hasta alcanzarlo y comenzó a golpearlo a mansalva de ambos lados de la parte posterior de la cabeza. Cuando lo golpeaba con contundencia de un lado, lo recibía con otro golpe con igual contundencia del otro, hasta que llegaron al umbráculo del bambú centenario, donde Manuel Santana paró de golpearlo para mirarse las manos ya adoloridas. Feliciano siguió caminando sin llorar, sin apurar el paso y sin mediar una sola palabra con su padre, hacienda adentro, hasta perderse como animal adolorido, en el horizonte infinito de la hacienda.

“Usted es un indolente, mal agradecido, cruel y animal.” Le dijo Romelia cuando lo vio regresar.

Manuel Santana aleteaba las manos del dolor y el enojo le salía de los ojos rojizos como vapor envenenado, mientras transpiraba un aliento espeso, mostrando un semblante endemoniado como si estuviera en el trigésimo nivel de una transmutación diabólica.

“Santa Eloísa magnífica, derrama tu gracia y protégelo de ánimas perversas.” Dijo Romelia santiguándose con la punta de los dedos de la mano derecha.

Robertina miraba apesadumbrada, través de las rejas de la cocina, sumida en una terrible tristeza. Se sentía culpable del infortunio de Feliciano, pues había olvidado despertarlo. Por primera vez ella ignoraba a Manuel Santana, cuando éste entró a la cocina. Fue entonces cuando un silencio se adueñó de la casa por unos minutos y sólo se escuchaba el ruido del hálito a presión de las inhalaciones por un lado de la boca que involuntariamente producía Manuel Santana cuando se enojaba. Robertina no se detuvo de mirar lejos y sin pestañear con la mirada suspendida en el horizonte, por donde se había alejado Feliciano como ánima huérfana, pero no vio nada ni a nadie, ni escuchó nada hasta media hora después cuando un aúllo seco resonaba en la lejanía. Era el sonido de un fueite que proyectaba un eco de dolor y que se diseminaba como centella de sangre viva por el aire tibio de media mañana, hasta despertar todas las ánimas del valle que aún dormían. Entonces respiró profundo, al asumir que Feliciano estaba vivo y en plena faena, detrás de los bueyes. Ella salió de la cocina sin decir una sola palabra y caminó hacia el monte de cactus y bayahondas en las afueras del patio y comenzó a llorar desconsoladamente junto a las tunas, hasta que minutos después escuchó la voz, esta vez no tan endemoniada como una hora antes, de Manuel Santana, quien la llamaba repetidamente. Temerosa, Robertina corrió hacia la casa, secándose los ojos con el ruedo de su vestido de cretona.

“¡Sí Señor!” Vociferó cuando ya estaba a unos veinte metros de la casa.

“¿Y usted está llorando también?” Preguntó Manuel Santana con las manos descansando en ambos lados de la cintura, pero notablemente menos enfadado y con una sonrisa fingida a medio boca.

Robertina negó con la cabeza pero no pudo ocultar la perturbación y la congoja, al no poder revelar su usual sonrisa ingenua y natural.

“Él no lloró.” Dijo la timorata Robertina.

“Porque no le pegué duro. El que debería estar llorando soy yo con las manos adoloridas.” Agregó Manuel Santana con un sarcasmo envenenado, al que Robertina por supuesto no hizo eco.

Robertina no le miró a la cara y se quedó taciturna mirando hacia el suelo y haciendo rayas en el polvo con la punta de la pantufla del pie derecho, frente a él, sólo esperando que Manuel Santana le continuara hablando.

“¡Si le pone un dedo a ésa, le mocho la mano, carajo!” Vociferó Romelia a Manuel Santana cuando conversaba con Robertina, desde la cocina mientras le daba el seno a Juan Manuel y que reaccionaba como ave rapiña defendiendo su territorio.

“A Tina”, como le llamaba él de cariño a Robertina, “no le va a pasar nada porque ella es una niña decente. El charlatán de Feliciano es que no aprende, y como va, le quedan los días contados aquí si no se aprieta el cinturón.” Replicó Manuel Santana amenazante, mientras se alejaba en dirección hacia los rejonos de sus gallos.

Era costumbre de Manuel Santana amenazar a Feliciano con echarlo de la casa. Él conocía el miedo pavoroso que esa amenaza le causaba a Feliciano, quien venía de una familia sumida en una pobreza horripilante, y la que Manuel Santana había abandonado desde que la cuenta de proles iba por cinco, incluyendo a Feliciano, el hijo mayor.

“Si lo larga, a ver quien le va servir de esclavo a usted y le trabajará las tierras, le atenderá los gallos y las ovejas. Yo tampoco le daré a usted un cobre de los míos. Buen bandido.” Rezonaba Romelia.

Romelia le daba gran parte de los recursos de su curanderismo a Manuel Santana, aunque un poco menos después que naciera Juan Manuel. Por otro lado, los recursos que generaba la hacienda bajo el cuidado intenso y dedicado de Feliciano, también iban a los bolsillos de Manuel Santana, así como la venta de aves y animales domesticados. Por muchos años, Manuel Santana devoró aquellas fortunas a diestra y siniestra, con una avidez espantosa. Como producto de sus andanzas y su dilapidación desenfrenada, sólo le quedaban deudas y suficientes hijos para hacer un mitin político, al margen del matrimonio, con las tantas concubinas como gallera y poblado había visitado. Como resultado en gran parte de aquella conducta de autodestrucción de Manuel Santana, todavía la familia vivía en una casa de dos cuartitos construida con lodo y mierda de vaca. El trabajo perpetuo de Feliciano, el curanderismo prolífico de Romelia y la diligente Robertina sólo habían servido para alimentar el vicio desenfrenado de Manuel Santana.

Ese día, Romelia no pudo aguantar el enojo y una vez acabara de amamantar a Juan Manuel, caminó hacia donde estaba Manuel Santana atendiendo los gallos para aprovechar que Robertina ya se había ido con Canuta al río.

“Hay algunas cosas que debo ponerle claras a usted, Manuel Santana.” Le dijo Romelia, mientras él observaba uno de sus gallos.

“Más le vale que deje lo que está haciendo y me escuche esta vez, porque lo que usted hizo esta mañana no se ve bien ante los ojos de

Santa Eloísa, o del rey del cementerio, o ante las ánimas perdidas. Ni siquiera ante los ojos de su propio protector: Lucifer.”

Manuel Santana soltó el gallo al suelo y se batió una mano con la otra como en señal de que se preparaba para escuchar. Sin decir una palabra se apoyó del rejón, mirando lejos en una pose de alerta.

“Hay dos cosas que tengo que corregirle: Una es que la persona más dedicada y sutil en esta casa es Feliciano, quien trabaja más que Canuta para usted. Segundo, si hay alguien holgazán en esta casa y que viva de los demás, usted tiene que mirarse a usted mismo. Usted no se ha conformado con tener ese pobre infeliz de cautivo en la finca, ahora también quiere que le atienda los gallos. Si se duerme del cansancio, dichoso es usted que no lo encuentra muerto por la fatiga crónica. O lo pone usted a hacer una cosa o la otra, pero no todo lo que a usted se le antoje. ¿Se le olvidó a usted que él es su hijo también, igual que Juan Manuel? ¿Se le olvidó a usted que él sólo trabaja para complacerlo a usted? Al menos hasta que él viva en esta casa, es mi responsabilidad protegerlo, aunque yo no lo haya parido, pues lo concibo como mi hijo. No como cualquier hijo, sino como un hijo bueno, sutil y trabajador. Debería ser usted el que lo estuviera defendiendo pues es su misma sangre. Muy por el contrario, usted lo trata como un esclavo, no como su hijo.”

Manuel Santana escuchó la soflama de Romelia sin balbucear una sola palabra. Romelia se retiró hacia el aposento a seguir los ritos de veneración diaria a Santa Eloísa, el que había suspendido por el alboroto causado por Manuel Santana y la golpiza que él le propinara a Feliciano. Al retirarse Romelia, Manuel Santana continuó su chequeo meticuloso de cada gallo, sin mostrar ninguna compunción o retractación.

El día pasó sin pena ni gloria. Robertina iba y venía del río con Canuta y uno que otro parroquiano venía a chequearse con Romelia. Ya en la noche, llegó Feliciano, taciturno como siempre y con la cara más lánguida que habitualmente. Robertina le había guardado, por órdenes de Romelia, agua tibia con sal y hojas de olivo, extracto de sauce y echimácea para prevenir dolores de oído, más un unguento balsámico para que Feliciano se lo aplicara después del baño para mejorar la circulación, bajar las calenturas, curar las laceraciones de la piel y aliviar los dolores musculares.

Al terminarse aquel día de desamparo en la casa, la noche vino y tendió su crepúsculo sobre el silencio espeso que invadía al valle y los gallos hicieron una pausa en su trinar perpetuo. Una media luna se desveló en el oriente, derramando una luz en forma de brizna fina casi tangible y cubrió el valle de penumbra suspendida, dejando postradas, a lo lejos, las siluetas transversales de dos cadenas de montañas que pernoctaban en la noche tibia y encuadraban el valle.

Manuel Santana cayó vencido sobre una silla ante el asedio del enojo y de los años malgastados, pero indiferente a las penurias y desventuras que él causaba a los demás con sus desafueros. Como todas las noches, se quedó dormido sobre la silla, dejando sus espumarajos de saliva caer sobre sus piernas como ternero atosigado y torcido sobre su propio cuerpo como si hubiera colapsado sobre sí mismo. Le colgaba el labio inferior casi al desprendérsele y los ronquidos eran tan fuertes que su cuello se inflaba como garganta tierna de lagarto a punto de explotar, hasta que concitó la atención de su samaritana: Robertina. Ella siempre iba a su rescate, tocándole sutilmente con sus nudillos sobre uno de sus hombros. Cuando Manuel Santana entreabría los ojos ella inclinaba

la cabeza hacia el aposento en señal de que era hora de acostarse. Esa noche, Manuel Santana ni siquiera abrió los ojos. Cuando Robertina le tocó con sus nudillos, Manuel Santana succionó la saliva salpicada de tabaco que le colgaba como telaraña, se secó los labios con el revés de la mano derecha, se limpió la garganta y caminó a tientas hacia el aposento. De Robertina no haberlo despertado, se hubiera quedado allí toda la noche o hasta que cayera derrumbado al suelo desde la silla como un saco de papa, pues el tímido Feliciano no lo hubiera despertado y Romelia se hubiera regocijado de verlo allí derrotado por su auto inducida desdicha y su tozudez exacerbada.

Después que Manuel Santana se fue a dormir, Feliciano le siguió. En silencio colgó su hamaca de dril y se echó a dormir. Luego siguió Romelia y por último Robertina.

Pero el día fue muy pesado para Robertina, y a media noche, ella era la única que no había podido conciliar el sueño. Se levantó en sigilo de su catre de madera donde dormía en bata de dormir y caminó en las puntas de sus pies hasta la puerta que miraba hacia la cocina. Con mucho cuidado y sujetando la respiración, logró destrabar la puerta y sigilosamente salió al patio. Ya la media luna había caminado hasta el centro del cielo y la noche había vertido una tenue frescura que se hacía sentir. Respiró profundo y caminó lentamente con los brazos cruzados sobre sus senos hinchados, a través del patio hasta llegar al corral donde pernoctaban las ovejas. La luz de la media luna se tendía sobre el corral como manto azul traslúcido y proyectaba un aspecto de calma y concordia sobre la lana de cada oveja. Las decenas de ovejas rumiaban en concierto, como máquinas vivas de fermentación de heno. La mayoría estaba parada masticando con las orejas descansadas hacia

abajo y los ojos cerrados en modo de descanso, al amparo de una paz evidente. Otras estaban tendidas en completo abandono moviendo en vaivén la mandíbula inferior. Robertina se animó a entrar al corral y comenzó a caminar despacio en aquel mundo incauto de ovejas, frotándoles el lomo y peinándoles la lana con sus dedos. Las ovejas ni se inmutaban y parecían como si estuvieran hipnotizadas en un quinto sueño. Excepto una oveja de tamaño mediano que estaba despierta en un remanso con las orejas erectas y los ojos húmedos como si llorara. Robertina se detuvo a mirarla y a frotarle el lomo. —“Yo no sabía que los animales lloraban”—Pensó Robertina. Le secó los ojos con el ruedo de su bata de dormir. Notó que la oveja tenía una mancha en la frente con la forma de una media luna. A los cinco minutos de Robertina haber estado frotándole el lomo, la oveja afligida cerró los ojos, comenzó a rumiar y bajó las orejas hasta que la arropó el sosiego, como al resto del rebaño.—“Adiós mi media luna.”—Dijo Romelia al despedirse. Robertina se fue a acostar de nuevo y se llevó la satisfacción y la calma de haber confortado a su nueva amiga: Media Luna. “Ojalá Canuta no se me ponga celosa.” Dijo para sí.

Por su parte, al cumplir su primer año de edad, Juan Manuel comenzaba a desarrollar su propia personalidad y sus propias rutinas sociales. Se hundía en los senos de Romelia con la avidez de un gusano hambriento y transformaba cada mililitro de calostro que producía Romelia en exuberancia y travesura. Reconocía que Romelia era la que le proveía y a quien acudía principalmente cuando tenía hambre o sed. Desarrolló gran simpatía por Manuel Santana y era con quien se reía a carcajada, aun con las ocurrencias de Manuel Santana de colgarlo con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo, como longaniza. Le agradaba

la timidez y el olor a sudor de Feliciano y tan sólo esperaba verle llegar de la hacienda para encaramársele como chimpancé adiestrado sobre las piernas harapientas para observarlo de cerca y rozar su dedo índice derecho por la nariz voluminosa de Feliciano, cada día a su llegada. Pero el albergue que por alguna razón prefería Juan Manuel para distenderse y mirar el mundo y dormirse en las noches era Robertina. Todas las noches, después que Romelia le daba el seno, Juan Manuel buscaba a Robertina, la halaba por el ruedo de la falda y la llevaba hasta una silla donde ella se pudiera sentar para él alzarse sobre sus piernas y en sus brazos caer dormido comoavecilla enajenada.

7

Era final de otoño, y la temporada de calor comenzaba a disiparse en el valle. Más bien, comenzaba a ocurrir con cierta regularidad una neblina fría fina, casi imperceptible que humedecía y refrescaba la tierra y las praderas en las madrugadas. Cada mañana, el alba fresca y las gotas cristalinas de rocío que descendían del envés de las hojas de los arbustos encontraban el Distrito de Antón dormido. Enclavado en el mero centro del Valle Suroeste, Antón albergaba unas treinta familias dispersas a ambos lados de la carretera que conectaba las dos ciudades más grandes de la provincia: la Ciudad de San Juan, a unos veinticuatro kilómetros hacia el Este y la Ciudad de Las Matas de Farfán, a unos nueve kilómetros hacia al Oeste. Antón tenía dos colmados donde la comunidad acudía a comprar alimentos y otras necesidades perentorias, un alcalde pedáneo que se encargaba de recolectar las correspondencias y hacer las actas de venta de propiedades y una iglesia donde acudían algunos feligreses cristianos los domingos a oír la misa del padre Jaime, quien solía venir a dar misas a Antón desde una parroquia en la Ciudad de San Juan.

El padre Jaime se hacía acompañar de la monja Teresita los domingos, cuando venía a Antón. Los comentarios que se hacían escuchar a través

de los susurros de tertulias populares era que el Padre Jaime y la Madre Teresita usaban los domingos en la tarde después del sermón de Antón para escabullirse en algún rincón del valle y olvidarse del celibato sagrado. Ellos mismos confirmaron la especulación al renunciar a sus ataduras apostólicas para casarse y vivir como esposos hasta que ambos murieran de muerte natural.

Una actividad importante en la comunidad era cuando todos los días a las nueve de la mañana, pasaba por Antón el ómnibus de Marcelo Roa. La guagua también era conocida por todos como *El Tubo de la Leche* o simplemente *El Tubo*, por su forma alargada y cerrada, sólo con pequeñas ventanillas en los lados, en forma de tubo. También el señor Marcelo aprovechaba para comprar leche en su recorrido recogiendo pasajeros desde la Ciudad de Las Matas de Farfán hasta la Ciudad de San Juan, todos los días, siete días a la semana. Los sábados, día de mercado en San Juan y en Las Matas, El Tubo echaba dos viajes, uno en la mañana y otro en la tarde. De marca GMC, El Tubo fue por muchos años el principal medio de transporte de Antón para la gente ir a una de las ciudades vecinas, hasta muchos años después cuando la gente comenzó a quejarse por el deterioro progresivo del vehículo y el tufo a leche podrida, el que le quedaba en la ropa a todo el que en él se montaba. A punto de perder el negocio, don Marcelo tuvo que durar varias semanas lavando el vehículo con agua caliente hasta que al fin se corrió la noticia que la guagua la habían higienizado y la gente volvió de nuevo a usarla como transporte.

Una escuela en la que apenas cabían veinticinco estudiantes, con una sola sala y en la que sólo se enseñaba hasta el tercero de la primaria, se erigía en el centro de Antón. La escuela constaba con una cocina

semiabierta, donde se preparaba desayuno a los niños de primero, quienes eran los únicos que iban en la mañana. En la tarde, se enseñaban los otros dos cursos, segundo y tercero, en el mismo salón, con dos pizarrones. La mitad del salón a la izquierda era para los de tercero, la otra mitad del salón a la derecha era para los de segundo. La misma maestra enseñaba simultáneamente los dos cursos. La escuela sólo tenía una maestra, quien venía todos los días desde la Ciudad. Basilia Cardona, llamada cariñosamente en la comunidad como Basilita, por su diminuto tamaño, era la profesora legendaria que había conocido Antón desde que crearan la escuela unos veinte años atrás. Basilita, como tenía que permanecer todo el día enseñando, el primer curso de primaria en la mañana y el segundo y el tercero en la tarde, tomaba una siesta todos los días a medio día en casa de los Santana. Para la mayoría de los habitantes de Antón, el tercer curso de primaria era el final de su educación, si era que se animaban a estudiar.

En cuanto a la vida social en la comunidad de Anton, las veladas eran los eventos más importantes, además de los servicios religiosos de los domingos. Se celebraban varias veladas al año. Las veladas eran fiestas de devoción y ofrecimientos, organizadas por familias y dedicadas a sus santos en quienes depositaban sus creencias religiosas y supersticiosas. Las veladas tenían tres partes. La primera parte consistía de una serie de cánticos y arengas a coro entre todos los feligreses presentes. Esta parte de la velada tenía sus seguidores muy particulares y llegaba a alcanzar unos niveles de entusiasmo sumamente intensos, de manera que un cántico conducía al siguiente, induciendo cierta competencia entre grupos de los presentes al punto que algunas salves duraban varias horas hasta dejar algunos completamente extenuados y sin voces. La

segunda parte consistía en un proceso de consagración y ofrecimiento en la que los creyentes pasaban por el altar y se santiguaban, reflexionando en silencio sobre sus situaciones particulares y de sus familiares, lo cual resultaba en hacer promesas y orar por la caridad o simplemente agradecer la misericordia y la buenaventura. Después de santiguarse y hacer sus promesas o expresar su agradecimiento, los asistentes tenían la oportunidad de disfrutar una succulenta comida ofrecida por el anfitrión de la velada. Esta parte de la velada también tenía sus seguidores, quienes aprovechaban la ocasión para disfrutar el derroche de comida que con orgullo el anfitrión ofrecía. Por lo general se mataban decenas de ovejas, decenas de gallinas y decenas de cerdos. En otras ocasiones se sacrificaban bueyes y se preparaba arroz con habichuela y ensalada de vegetales suficientes para alimentar dos veces la población de Antón, anticipando que toda la comunidad acudiría a la velada, la mitad de los asistentes comerían el doble de lo que usualmente comían y con la expectativa de que otros feligreses de otras comunidades vecinas también vendrían a la fiesta. Antón era famoso por sus veladas y sus despilfarros de carne y aguardiente. La tercera etapa de la velada era la fiesta de atabales. Por lo general, con tres atabales hechos de cuero de ovejas disecado al sol, tensados sobre un barril de pino de unos cuatro pies de altura y con diferentes diámetros para producir diferentes sonidos, la fiesta de atabales era un espectáculo maravilloso que incitaba no sólo a los presentes, sino a todo el que escuchaba el golpe melodioso y filarmónico de los atabales en un radio de varios kilómetros alrededor de la velada. Los paleros se amarraban por la cintura contra el atabal y lo sujetaban contra sus piernas. Golpes con las manos abiertas, o con el puño, o con el codo u otras formas creativas de golpear el atabal,

producían un extraordinario rango de diversificados y afinados sonidos, acompañados de cantos melodiosos a coro por los mismos paleros. Aquella combinación de sonidos melodiosos y contagiosos estimulaba casi instantáneamente el baile sin reparo y una perdurable algarabía. Los días de veladas, cuando se iniciaba el toque de los atabales, aquel sonido contagioso de tambor parecía nunca cesar y viajaba en la noche por todo el valle hasta llegar a cada casa que se perdía en la oscuridad, a cada nido de ave y a cada hato para acompañar hasta el amanecer a cada criatura viviente, y quien sabe si hasta los no vivientes y las ánimas y las almas perdidas que deambulaban por el valle. Las fiestas de atabales eran conocidas también por la intensidad con que los enamorados hacían el amor, en cualquier lugar, a cualquier hora y tantas veces como se lo permitiera el estado de salud y vigorosidad de los enamorados. Algunos feligreses parecían transmutarse hasta perder el sentido y bailaban hasta perder la circulación de los pies o hasta que las suelas de los zapatos se desprendiesen. Los paleros tocaban los atabales con enardecimiento, cerraban los ojos y cantaban con fervor casi hasta perder la razón o hasta que sentían una mezcla de dolor intenso y la humedad espesa de la sangre que brotaba desde las ampollas producidas en sus dedos por el continuo golpeo al atabal. Sangrar era un orgullo para los paleros y un motivo de celebración por la multitud que bailaba desenfrenadamente.

Además de las veladas, Antón era también conocido por la laboriosidad y la bondad de su gente. Aunque las casas estaban dispersas y ninguna era vecina de la otra, todos se conocían entre sí y compartían tradiciones. Los poderes omnipotentes de Romelia, las visitas de sus feligreses famosos tales como artistas y políticos, incluyendo al

legendario dictador Rafael Leonidas Trujillo y el proverbial nonagenario presidente Joaquín Balaguer, y la fama de los ricos que visitaban perdidos la comunidad en carros cuellos largos buscando *La Bruja de Antón*, también habían conferido una notoriedad impresionante a aquel poblado campesino lejos de todo.

De modo que Romelia había logrado consagrarse como la matrona de Antón y sus propias veladas eran grandes acontecimientos. Durante su velada, los días 20 de noviembre de cada año, en honor a Santa Eloísa, sus fieles y agradecidos parroquianos aprovechaban para visitar. Los fieles abarrotaban la pequeña casa de los Santana, en algunos casos desde el día antes. Algunos se olvidaban del confinamiento y el atraso de la comunidad de Antón y con la actitud más espléndida de creyentes agradecidos, se animaban a traer regalos tan rimbombantes como artefactos eléctricos sofisticados tales como fonógrafos, televisores, teléfonos inteligentes, refrigeradores, artilugios que Romelia terminaba regalando a otros clientes con quienes le conectaba la simpatía, o Manuel Santana los terminaba vendiendo para alimentar sus vicios de gallos, aguardiente y prostitutas. La fiesta duraba un mínimo de dos días y toda la comunidad convergía para apoyar *La Fiesta de Melín*. Melín era el apodo por el que la comunidad llamaba a Romelia.

Las últimas dos veladas de Romelia, desde que naciera Juan Manuel, no habían tenido la usual rimbombancia que ella tenía acostumbrados a sus feligreses y a la comunidad de Antón. Pero ya para su próxima velada, al cumplir Juan Manuel los tres años de edad, Romelia se preparaba para recuperar el terreno perdido con sus adeptos. Se había programado para llevar a cabo la velada más estruendosa jamás vista en toda La República.

Ya en los albores de la velada, Romelia había ordenado que se sacrificaran veinte ovejas, diez cerdos, cincuenta gallinas, que se cosecharan veinte racimos de plátano, diez quintales de yuca, un quintal de jengibre, diez serones de naranja dulce, tres quintales de arroz, veinte cajas de aguardiente, doscientas libras de café y dos quintales de golosinas. Durante los nueve días previos a la velada, se generaba un despelote en la casa, pues era cuando se llevaban a cabo los preparativos para la gran fiesta, la cual ocurriría al décimo día. Durante esos días previos, se llevaban a cabo mini veladas todas las noches en las que se cantaban salves, se rezaba y se tomaba café y jengibre. A este período de las mini veladas se les llamaba *las novenas*, porque eran nueve, antes de la gran fiesta. Durante las novenas, venían vecinos a ayudar, principalmente el día antes de la gran velada, cuando se construían cobertizos de cana o lona como extensión a la casa para hacer espacio de baile, salves, juego de dominó, bingo y barajas para los feligreses. Se improvisaban fogones que pudieran soportar calderos con capacidad para cocinar ovejas y cerdos completos. Los sacrificios de los animales ocurrían unos dos días antes, para garantizar que parte de la carne se secara al sol, que otra parte se condimentara bien con sazones, en parte elaborados a partir de hierbas, ajos, cebollas y pimientos producidos en la hacienda de Manuel Santana. Romelia tenía una habilidad extraordinaria de organización y llevaba el control de todo, contrario a Manuel Santana, quien por lo general se mantenía al margen, enredado en conversaciones lúgubres y fútiles con los visitantes o intrincado en un recodo de la casa escudriñándose los genitales y escrutándose los vellos púbicos para extraerse la gran variedad de liendres adquiridas en su largo y abominable recorrido mundano, o simplemente peinando con

los dedos de las manos sus gallos. Pero, Romelia tenía amigos y vecinos muy particulares quienes se encargaban de las actividades. Las salves las organizaba Exequiel Porto, reconocido en todo Antón por sus talentos de cantador. Don Porto, como le apodaban en Antón, podía durar una noche entera cantando salves sin repetir una sola pieza. Él cerraba los ojos, descansaba una pierna sobre la otra, cruzaba los brazos y parecía como si se enchufara con un mundo más astral y esotérico, y no paraba de cantar.—”El éxito de las veladas estaba garantizado si Don Porto era el cantador principal”-. Decía la gente en Antón. Igualmente, Romelia contaba con la ayuda de Rosendo el Matador, quien se la pasaba de velada en velada sacrificando los animales a cambio del cuero para hacer carapachos de caballo, de lo que al final él vivía. Por otro lado, Eduvirgen la Pailera, famosa por saber arreglárselas para cocinar una vaca entera en un solo caldero gigantesco. Ella era la encargada de cocinar. Y así sucesivamente. En la casa, Romelia depositaba su confianza en Robertina, a quien le delegaba algunas responsabilidades tales como cuidar de Juan Manuel y Feliciano así como vigilar los patrimonios en la casa para que no desaparezcan en el alboroto festivo.

“Manténgase como un guardia, mi muchachita.” Decía Romelia a Robertina. “Para que no se nos lleven hasta los alfileres.” A Robertina, sin embargo, en los tiempos de veladas la embargaba una acentuada pesadumbre. No podía encontrar razón detrás de tanto derroche y exceso. Además, se hundía en un desconsuelo brutal cuando se degollaban los animales.

8

Legaba casi por sorpresa, el 20 de noviembre. No podía ser un amanecer más claro. En el oriente, se proyectaba el sol como una esfera gigantesca de fuego dorado magnífica, en alerta evidente que el sopor se dejaría sentir en el valle. Ya los visitantes de más lejos habían comenzado a aproximarse. Algunos parroquianos de fuera habían incluso pernoctado en Antón en sus vehículos, esperando hasta el amanecer para ser parte del gran acontecimiento. Los periódicos nacionales anunciaban La Gran Velada, los noticieros se hacían eco de tan extraordinario evento, y algunos feligreses ricos y agradecidos anónimamente habían colgado vallas y bajantes en los postes de luz y en las alturas de las montañas en el trayecto desde La Capital hasta Antón, avisando la gran celebración de Santa Eloísa. En todo Antón, la gente estaba en algarabía. Cada quien planchaba su mejor traje. Los paleros habían mantenido sus manos en remojo, en alcohol 95 grados, por los últimos tres días para endurecerse la piel en preparación para sus entregas intensas al toque de los atabales. Cada palero soñaba con producirse ampollas y liberar sanguaza y humedecer y pintar de rojo con su sangre los cueros de los atabales. Los patios de la casa ya estaban barridos y rociados con abundante agua para mitigar la polvoreada.

Las carnes estaban condimentadas. Siete fogones gigantescos ardían con lenguas de un fuego azul, un caldero de ochenta galones de té hervía a borbotones y liberaba un aroma a jengibre y a hoja de naranjo agrio que se dispersaba como el sonido e impregnaba el aire de Antón de una esencia balsámica.

Romelia había pasado las últimas dos horas de rodillas, frente al altar de Santa Eloísa con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia abajo y un rosario en la mano izquierda, el cual había rezado por séptima vez. Al levantarse de allí, a las 6:55 de la mañana, alzó un bolso de hoja de palma lleno de golosinas, se lo echó al hombro y mientras se disponía a abandonar la casa, miró a Robertina, quien la miraba en sigilo en espera de cualquier solicitud de ayuda. Robertina interpretó la señal. Tomó un galón de agua bendita, un ramillete de albahaca, un jarro de aluminio y siguió a Romelia hasta el bambú centenario, donde Romelia se detuvo. Regó las golosinas alrededor del tronco del bambú, se paró de frente al sol, levantó sus dos manos a la altura de los hombros, cerró los ojos y comenzó a rezar una letanía en silencio, sólo moviendo los labios. Quince minutos más tarde se santiguó y comenzó a rociar agua bendita alrededor del tronco del bambú. Luego, se santiguó de nuevo y movió su mano derecha en forma de cruz suspendida en el aire frente a la cabeza de Robertina y le hizo seña inclinando la cabeza que se retornaran a la casa. Robertina movió la cabeza en confirmación y afirmación.

“Gracias mi hijita.” Le dijo Romelia ya caminando en dirección hacia la casa. “A usted nunca le pasará nada malo, mi hijita; no porque La Omnipotente Suprema Altísima y Gloriosa Santa Eloísa la cuidará siempre, sino porque usted tiene su propia protección: usted es tan

pura y resguardada como El Arcángel San Miguel.” Robertina asintió con la cabeza y sin balbucear una sola palabra, taciturna y timorata, sin encontrar nada qué decir ante tan extraordinaria apología.

“Del único que tenemos que cuidarnos usted y yo es de Manuel Santana.” Dijo Romelia mientras se detenía y se volteaba hacia donde venía Robertina, quien le seguía, poniéndole la mano derecha sobre su hombro izquierdo y doblando el torso para susurrarle cerca de la cara y mirándole a los ojos. “Él es el único a nuestro alrededor que negociaría su propia alma con Lucifer para sustentar sus vicios y su angurria. Eso sí, que si le pone un dedo a usted, yo misma me encargaría de mocharle la cabeza.” Robertina asintió con la cabeza, sin balbucear una sola palabra.

Romelia se giró de nuevo en dirección a la casa y continuó caminando. Aunque, Robertina había asentido de manera espontánea ante la advertencia y la expresión de protección de Romelia contra las garras de Manuel Santana, una sensación extraña de repente le cruzaba por la mente y los vellos de la piel se les encrespaban. En los ojos de Romelia, pudo ver una intensidad casi palpable con los dedos y un color rojizo, como si emanara sangre, que jamás antes había visto. Aunque esos detalles de Romelia no le causaban ningún temor ni ninguna preocupación perturbadora, una rara brisa de premonición y presagio cruzaron como centella a su frente, forzándola a imaginar a Manuel Santana caminando a sus espaldas en una túnica dorada que le llegaba hasta los tobillos, con los ojos rojizos y liberando un efluvio dorado como llamaradas, la piel engrosada y áspera como rinoceronte, las orejas alargadas con aretes brillantes color oro, los labios pintados de color negro, uñas largas y encorvadas, botas de piel color barniz

con espuelas puntiagudas y un tufo a azufre y a pichón de guaraguao. De manera espontánea e invadida por aquella imaginación lúgubre, Robertina echó un vistazo hacia atrás a ver si su premonición era cierta pero no vio a Manuel Santana. En vez, alcanzó a vislumbrar un perro negro parado a unos veinte pies del bambú centenario. Con los pelos enrizados, apuró el paso para acercarse a Romelia.

“Un perro negro se comerá las golosinas, Mamá Melín.” Le dijo Robertina a Romelia con la voz trémula. Romelia se detuvo y miró hacia atrás. Buscó con la mirada a todo el rededor pero no vio nada. El perro negro que había visto Robertina, o el producto tangible de su imaginación sombría, ya no estaba.

“No tenga miedo mi muchachita.” Dijo Romelia mientras se volteaba para seguir caminando hacia la casa. “A usted no le pasará nada nunca, mi hija.”

Robertina asintió con la cabeza de nuevo y entre sus pensamientos lúgubres y confusos, pronto llegó a la conclusión de que simplemente se trataba tal vez de un perro realengo que deambulaba en la hacienda atraído por las golosinas y que al verlas a ellas allí ya se hubiera vuelto temeroso y se hubiera ido.

Al llegar a la casa, a las 7:30 de la mañana, Romelia abrió la puerta de la casa que miraba hacia la carretera y ondeó un paño blanco a la muchedumbre que ya esperaba afuera. El tropel de gente se avalanchó a la casa y se posicionaron en el patio, en la enramada, a la sombra de los cambronales y almendros. Vecinos voluntarios comenzaron a distribuir té de jengibre y de hoja de naranjo agrio a los feligreses, en la medida que llegaban.

Un grupo se reunió en la sala de la casa y comenzó a cantar salves. Otros grupos jugaban dominó, barajas y bingo, mientras los paleros comenzaban a distender el cuero de los atabales, colocándolos horizontalmente cerca de la llama de uno de los fogones. Otro grupo comenzó a hacer fila para persignarse frente al altar de Santa Eloísa. Romelia se sentó en su mecedora de caoba con una copa de agua bendita en la mano izquierda y un ramo de albahaca en la mano derecha. Ella pasaba el ramillete mojado en cruz por la frente de los feligreses que pasaban en fila, hasta llegar y arrodillarse frente al altar, donde juntaban las manos abiertas y se las llevaban a la frente en expresión de reverencia y genuflexión.

Ya a media tarde, la gran velada estaba viento en popa. La algarabía, el estruendo, el sopor descomunal, el despilfarro, los continuos desmayes de feligreses que caían tendidos inconscientes en arrebatos repentinos, los borrachines que por sus estados anémicos crónicos caían como epilépticos y se arrastraban en el polvo como escarabajos aturdidos por la hartura y el ron, eran parte de la gran velada que se extendió sin la más breve interrupción por veinte horas corridas. Los paleros golpeaban los atabales con fervor hasta quebrarse los dedos de las manos y hasta dejar las manchas rojas de su sangre en el cuero estropeado de los atabales, en expresión de hombría y de ofrecimiento.

Al otro día, el sol comenzó a derramar su sopor inclemente desde temprano, como si le pasara factura al distrito de Antón por el día de fiesta estruendoso. La casa de los Santana estaba llena de cachivaches traídos como regalos por los feligreses agradecidos, principalmente aquellos que habían venido desde lejos. El patio estaba atiborrado de todos tipos de cajas vacías, colillas de cigarros y cigarrillos, tapas y

botellas de aguardiente vacías, huesos de todo tipo de animal y de todo tamaño por doquier y lamidos por las hormigas, residuos de vómitos de los borrachos que por la anemia crónica sus estómagos no pudieron soportar el despilfarro de aguardiente de la noche antes, algunas ropas íntimas de mujeres quedaron olvidadas colgando de los arbustos como telaraña multicolor y como evidencia de las contiendas eróticas y carnales épicas en celebración de la noche fértil y de buenaventura de Santa Eloísa. Manuel Santana dormía, boca arriba con la boca semiabierta, las manos entrelazadas y descansadas sobre el pecho, sin mostrar el mínimo rastro de vida. Parecía como si estuviera muerto, si no hubiese sido por los dos hilos de baba que se le resbalaban de cada lado de la boca. Robertina hacía su rutina y quehaceres domésticos diarios, excepto que esa vez tenía que recoger también el basurero colosal que resultó del derroche y la parranda desenfrenada en la que se convirtió la velada en celebración de Santa Eloísa. Mientras recogía la basura, fardos y chirimbolos, Robertina se amarró un paño de algodón, cubriéndose la nariz y la boca para filtrar el tufo a vómito y la fetidez que emanaba de los refajos y taparrabillos con hedor punzante a urea y amonio dejados por las hembras quienes vivieron la noche antes la exuberancia voluptuosa y epicúrea de la velada. Robertina levantaba cada una de estas piezas íntimas abandonadas con la punta de una vara seca de cambrón y las apilaba en el basurero para luego regar con gas kerosene y quemar. Feliciano se había ido temprano como de costumbre a la finca y Romelia organizaba sus innumerables regalos y el desorden de su aposento. Al ver a Manuel Santana todavía dormido ya sintiéndose el sopor de la media mañana, Romelia sintió repugnancia. Descansó sus dos brazos en ambos lados de su cintura

y se detuvo a observarlo. Pensó echarle agua fría de tinaja, o caliente, o tocarle la campana del altar de Santa Eloísa al ras del oído para que se muera del espanto. El calor irresistible que generaban la presencia hostil y la imaginación maquiavélica de Romelia se había asentado casi como maleficio sobre el cuerpo cadavérico de Manuel Santana, quien entonces apenas entreabriera un ojo al despertarse, como lo hacen los enfermos cuando resucitan de un estado de comas profundo y que no pueden mover ni las pestañas. Manuel Santana, recobrando un poco la vida, al despertar, succionó su espumarajo de baba de borracho, pero no pudo moverse y se quedó por unos treinta segundos completamente petrificado ante la mirada envenenada de Romelia, quien aún estaba parada allí en medio del aposento con las manos en su cintura y un semblante asfixiante.

“Usted se parece a un cadáver.” Le dijo, mientras se volteaba y abandonaba el aposento. “Por desgracia no lo es”—Rezongó desde la sala para que Manuel Santana la escuchara.

Aquella expresión de enojo y deseo malévolos de Romelia fue suficiente para que Manuel Santana terminara de despertar. Se levantó de prisa para evitar que Romelia lo encontrara de nuevo acostado. Se vistió, se lavó la cara, se estrujó los dientes utilizando su dedo índice derecho y se limpió la garganta haciendo gárgaras. Todavía con un intenso tufo a aguardiente, tan fuerte que con un fósforo le podía prender fuego a su propio aliento, se dirigió a la cocina. Con su silbido habitual, se detuvo en la cocina y se sirvió una tasa de café, en su camino hacia los rejonos de los gallos.

Robertina continuaba limpiando el entorno de la casa, haciendo pilas de basura a las que terminaba pegándole fuego, incluyendo las

decenas de prendas intimas de mujeres que encontrara colgando de los arbustos. Era un día de juicio para Robertina pues pudo taparse la nariz y la boca pero no los ojos, así que tuvo que ver todos aquellos desechos de la noche antes, en algunos casos todavía humedecidos del sudor, semen o sangre. Le era difícil entender aquella locura y desenfreno de conducta obscena y sicalíptica. Por supuesto que Robertina desconocía la tradición y creencia sobre el aire de fertilidad y buenaventura que predominaba en Antón durante la noche de La Gran Velada, la cual era usada por las parejas y algunas mujeres solteras para hacer el intento de quedar embarazadas. Se había diseminado la superstición que las mujeres que quedaban embarazadas durante La Gran Velada no habrían de sufrir durante el embarazo, porque Santa Eloísa las cuidaría y los vástagos nacían varones de gran hombría y vigor masculino. Unos meses después, alguien sacó la cuenta de las mujeres que quedaron embarazadas el día de La Gran Velada. Unos cuatrocientos veinte embarazos se produjeron, de las cuales trescientas catorce parieron exactamente nueve meses después, provocando que los hospitales de las provincias de la región sur se congestionaran con tantas mujeres de alumbramiento el mismo día. Trescientos catorce machos, conteniendo en algún lado de sus nombres el nombre Eloísa: Manuel Eloísa, José Eloísa, Ramón Eloísa, Miguel Eloísa, Juan Eloísa, y así sucesivamente. Cada uno de esos vástagos, al crecer y convertirse eventualmente en adultos, habrían de exhibir con orgullo el nombre Eloísa y habrían de ser codiciados por las féminas no sólo de Antón sino de La República entera y hasta del extranjero. Eran muchas las extranjeras que venían en busca de un hombre con Eloísa en alguna parte de su nombre de pila. Algunos de estos machos se las arreglaban para tener varias mujeres,

quienes en ocasiones se ponían de acuerdo para compartir el prodigio afrodisíaco y la hombría de su esposo común. Otros eran buscados en secreto por mujeres casadas, de vidas maritales infructuosas, y hasta en complicidad con sus esposos, para mitigar sus carencias en sus vidas de intimidad.

9

Robertina había durado tres días recogiendo cachivaches que resultaron de la velada. Al cuarto día de limpieza en la mañana, Robertina ya estaba físicamente exhausta. Había limpiado los patios, recogido e incinerado toda la basura, reorganizado la casa, lavado todas las cortinas y sábanas, había devuelto los calderos prestados, entre otras cosas. Aturdida por el agotamiento, esa mañana ella decidió tomar un descanso. Se sentó a la sombra de uno de los almendros, sobre una pila de leños secos detrás de la cocina que habían sobrado de La Gran Velada, mientras se secaba el sudor profuso con un lienzo. Mientras cavilaba, involuntariamente dirigió la mirada hacia el cordel donde estaban los cueros de las ovejas, tendidos al sol para que se disecaran. El cordel colgaba de una mata de cambrón a la otra, a una altura suficiente para que los perros realengos, atraídos por el olor a sangre y carne, no hicieran su propio agosto. Los matadores habían tendido los cueros al sol para que se disecaran y así volver por ellos una vez disecados. Robertina los contó con la vista. Desde la izquierda, resbalaba su mirada cansada sobre el cordel y contaba uno, dos, tres, cuatro, y así sucesivamente hasta llegar a veinte. Habían sacrificado veinte ovejas para La Gran Velada. Al llegar al último, el cuero número veinte, se dio

cuenta que había registrado en su memoria algo distintivo acerca de uno de los cueros. Comenzó a contar de nuevo en reversa, de derecha a izquierda, hasta llegar al cuero número dieciocho de izquierda a derecha, es decir el número tres de derecha a izquierda. Fue entonces cuando se percató. Se quedó turulata, sobrecogida. Tragó saliva. Dos lágrimas cristalinas se resbalaban por sus mejillas rojizas mientras decía en sus adentros y sólo moviendo los labios: “La mataron.” Era la mancha en forma de media luna que resaltaba en el cuero número dieciocho. Era aquella mancha distintiva y única que había observado Robertina sobre la frente de aquella oveja perturbada, a media noche y que ella había sosegado frotándole el lomo y peinándole la lana con los dedos, hasta tranquilizarla y dormirla. Robertina se acordaba que aquella noche de insomnio, ella también encontró paz cuando se compaseaba por aquel corral de ovejas y observaba cómo el rebaño completo masticaba heno con armonía y musa casi perfectas, bajo la penumbra mágica de una luna a medio llenar. Ella se acordó que aquella oveja era la única que mostraba la mancha distintiva en forma de medialuna, y a quien ella asumiera como su nueva amiga y a quien bautizara con el nombre de Medialuna. Robertina se llenó de pesadumbre al ver el cuero tendido al sol aleteando con la brisa calurosa y con la mancha característica. Una mezcla de desconsuelo y compunción le corría por todo el cuerpo al pensar que algunos de los huesos que había recogido e incinerado apenas unos minutos antes eran de Medialuna. “No volveré a comer carne de oveja jamás en mi vida.” Pensó Robertina. “En honor a Medialuna.” Mientras se secaba las lágrimas, con el mismo trapo que minutos antes se secara el sudor.

“¡Tina! Vociferó Romelia desde la casa. “¿Dónde está usted?

“Sí señora.” Respondió Robertina haciendo un esfuerzo para suprimir los sollozos, mientras se paraba y avanzaba hacia la casa.

“Usted debe estar cansada, mi muchachita.” Dijo Romelia cuando la vio venir con la cara estrujada y aquel trapo húmedo de sudor y lágrima sostenido en su mano derecha. “Yo voy a cocinar hoy y no se preocupe mucho mi hija. Usted ha hecho demasiado por todos estos últimos días; tómese un descansito.”

“No, yo estoy bien, Mamá. Yo puedo cocinar.” Dijo Robertina sin mirar a Romelia a la cara, escondiendo su rostro y su tristeza.

“Ya le dije que se tomara un descansito.”

“Mama, jamás comeré carne de oveja.” Dijo Robertina mientras caminaba hacia la cocina.

“Yo la entiendo mi hija.” Replicó Romelia mientras le echaba el brazo derecho sobre el hombro derecho de Robertina y avanzaban hacia la cocina. “A mí también me ha pasado. Cuando yo veo mucha carne, comienzo a aborrecerla, por meses.”

Robertina asintió con la cabeza, sin dar mayor explicación.

“Entonces me voy al río.” Dijo Robertina mirando a Romelia y buscando su aceptación.

“Si eso es lo que usted quiere hacer para descansar, pues la dejaré tranquila.” Dijo Romelia mientras Robertina gesticulaba indiferencia con sus hombros. “No la voy a obligar a hacer nada más hoy.” Replicó Romelia al entrar a la cocina.

“Voy a aparejar a Canuta y me iré al río a buscar agua, pues se ha ido consumiendo mucha agua desde La Gran Velada

“Muy bien mi muchachita. Lo único que le voy a pedir es que cuando usted venga, vaya y le lleve la comida a Feliciano a la finca. De ese pobre infeliz sólo nos acordamos usted y yo.”

Robertina asintió con la cabeza, mientras se alejaba hacia el monte en dirección hacia donde estaba Canuta amarrada a la sombra del almendro.

Robertina se fue al río. Juan Manuel continuaba durmiendo su siesta larga de media mañana después de un desayuno succulento. Manuel Santana seguía imbuido escudriñando sus gallos.

Mientras Romelia se tomaba una tasa de café, recordaba lo que le había contado una prima suya, unos días antes mientras visitaba antes de la velada. Nereida Mojica, una prima segunda con quien Romelia a veces se reunía a tomar café y a hablar de los últimos chismes de Antón, había venido a visitar a Romelia unos días antes de La Gran Velada para contarle sobre lo que se comentaba en Antón sobre Manuel Santana y sus negocios misteriosos.

“Prima, la gente está diciendo que Manuel Santana está en el negocio de venta de gente.”

“¿Negocio de venta de gente? Como que no la entiendo Nero.”
Le replicó Romelia.

“Sí, el negocio de venta de gente. Andan diciendo que Manuel Santana ha firmado un contrato de venta de gente, incluyendo algunos de su propia familia.” Replicó Nereida.

“Todavía sigo sin entenderla mi prima.”

“Es que lo han encontrado a media noche en el cementerio en días pasados y cuando corrió para escabullirse para que no lo vieran,

dejó caer una lista de nombres, incluyendo algunos de gentes que han muerto recientemente y otros que aún viven.”

“¿Una lista con nombres? ¿Y eso que significa?” Preguntaba Romelia incrédula y todavía sin entender.

“Bueno, la lista incluye los nombres de ocho personas quienes han, supuestamente, muerto de manera repentina y misteriosamente, en los últimos cinco años. En la lista, esos ocho estaban rayados. Algunos familiares quedaron tan pasmados por las formas misteriosas en que sus parientes murieron que tuvieron la temeridad de cavar las tumbas de sus difuntos y se encontraron con la sorpresa que los restos de sus familiares ya no yacían allí.”

“Prima, por mucho esfuerzo que haga, no termino de entenderla.” Explíqueme mejor.

“No sé explicárselo mejor, prima. Le he dicho lo más que sé. He venido a decírselo porque usted y su hijo están en la lista.”

“¿Mi hijo y yo?” ¿Juan Manuel?

“No. El otro hijo suyo, el más grande.”

“¿Feliciano?”

“Sí.”

“Mi prima, yo tengo mucho que seguir haciendo hoy y sólo he venido a compartir con usted estos comentarios que se han ido tejiendo por todo Antón en los últimos meses, desde que esos hombres sorprendieran a Manuel Santana en el cementerio y encontraran esa lista maléfica.” Dijo Nereida mientras se paraba y dejaba la tasa de café sobre una pequeña mesa en la cocina.

“Nero, le agradezco mucho su consideración y preocupación. Ni a mí ni a Feliciano nos pasará nada, pero dormiré con un ojo abierto y

el otro cerrado.” Le dijo Romelia mientras caminaban despacio hacia la salida. Nereida abandonó la casa sin volver a decir una palabra.

Ya con el reperpero de la velada en sus espaldas, Romelia recordaba aquella conversación lúgubre, mientras observaba a Manuel Santana quien se miraba muy en disimulo a través de los rejonos de gallo. Sentada en su silla de guano en la cocina, balanceando su pierna derecha sobre su pierna izquierda, Romelia prendió un cigarro hecho por ella misma con tabaco negro de andullo fermentado de la finca de Manuel Santana, cosa que no hacía por muchos meses y que sólo hacía cuando algo la inquietaba muy en su interior y de sobremanera. Fue cuando se dio cuenta que la conversación con su prima Nereida había calado en su mente y que aquellos comentarios horripilantes yacían allí, en su memoria, como corriente eléctrica de alto voltaje. Sus miradas eran largas y sus suspiros eran profundos. También se acordó de la conversación que tuviera con Robertina el día antes, a quien le aseguró que Manuel Santana era capaz de vender hasta su propia alma. Aunque su fe en Santa Eloísa era monumental y confiaba que cualquier maleficio que se derivase de las relaciones pérfidas entre Manuel Santana y Lucifer era dominable por el poder magnifico de Santa Eloísa, una intriga presagiosa yacía en lo más profundo de su mente, lo que comenzaba notablemente a inquietarla. Se acordó que Nereida sólo había dicho que existía una lista y que ella y Feliciano eran parte de la lista, pero no le dijo los nombres de quienes eran las demás personas en la lista y quienes eran los muertos o vendidos.

Aunque se acababa de dar cuenta que la confesión de su prima comenzaba a registrarse en su memoria, por el otro lado tenía la convicción de que a Nereida le habían contado fábulas, con la intención

secreta y maliciosa de que viniera a contársela a ella, para perturbarla y asustarla. Romelia no estaba dispuesta a ceder ante la tentación de averiguar, preocuparse, asustarse y dejarse abatir por una paranoia ridícula o crear todo un embrollo, pues aquello habría de ser el fin último de quienes se inventaran tan horripilantes anécdotas. En cierto sentido, Romelia resentía un poco a su prima Nereida, por prestarse a tan grotesca farsa. Así que por el momento, Romelia se convenció que aquel embuste infortunado y deplorable para el que se había prestado ingenuamente su prima Nereida, no era más que un reflejo de envidia e intimidación por parte de alguien que le molestaban los poderes omnipotentes, solemnes y magníficos de Santa Eloísa, su fama y sus éxitos. Así que Romelia dejó de pensar en aquella anécdota y continuó cocinando, en lo que despertaba Juan Manuel y en lo que Robertina llegaba del río para asegurarse que el almuerzo estuviera listo para Feliciano, antes que se hiciese muy tarde.

Una hora más tarde llegaban Robertina y Canuta del río mientras Juan Manuel se despertaba de su siesta de media mañana.

“Mi muchachita, no desapareje a Canuta para que vaya en ella y le lleve la comida a Feliciano.” Dijo Romelia, después que Romelia descargara los bidones y calabazos de agua. “Así él no tendría que venir al bambú, pues debe estarse muriendo de hambre.

“Así lo haré Mama.”

“Coma usted primero, rapidito, antes de irse. Usted debe estarse muriendo de hambre también. Primero Dios que sus santos mi hijita.”

“Oh, ¿por qué no se lleva su comida y así se la come debajo de la mata de mango donde Feliciano se comerá la de él?” Replicó Romelia.

“¡Esa es buena idea, así no nos morimos de hambre ninguno!”
Respondió Robertina con su usual cara de bondad y buena actitud.

Robertina aprovechó, en el ínterin, y le llevó cáscara de yuca y plátano y una cantimplora de agua a su amiga Canuta a la sombra del almendro.

“Aquí tiene amiga mía, usted tiene derecho a la vida también.”
Dijo Robertina a Canuta al llevarle su manjar.

Sólo minutos más tarde, salían Robertina y Canuta hacia la finca, con comida en sartenes de aluminio y agua en una calabaza. Cada vez que Robertina, o la misma Romelia, llevaba la comida a Feliciano a la finca, sólo llegaban hasta el bambú centenario y Feliciano, siempre a la expectativa, venía a almorzar desde que escuchaba aquel conocido y muy esperado silbido de Robertina o Romelia. Esa vez, Robertina no emitió su silbido y en vez fue con Canuta hasta lo más profundo de la finca al predio donde estaba laborando Feliciano.

La una y quince minutos de la tarde. Robertina y Canuta siguieron el sonido intrépido del fueite. Hacienda adentro, ella no podía creer lo que se esparcía frente a sus ojos. Al fondo se levantaba, con aspecto majestuoso y magnífico la cordillera septentrional, vestida con un forro azul infinito, adornada de mogotes verduzcos y poliformes, con rayos de humos blancos que brotaban como espigas perfectas y como si fueran pinceladas de una pintura augusta. Encima de la cordillera ondulaban nubes blancas en trazos, suspendidas en el horizonte sin color de un valle que se arrodillaba al sol en genuflexión solemne. Más cerca, se tendían miles y miles de hileras interminables de cultivos, espaciados equidistantes con geometría y simetría rigurosa, exhibiendo inflorescencias doradas y moviéndose en vaivén al compás de la brisa suave que frotaba la tierra

con un candor sacrosanto. Millares de abejas en enjambres flotaban y chillaban con una musa filarmónica prodigiosa, de una plantación a la otra, en aquel mundo maravilloso, mágico e industrial del que habría de resultar una miel con aroma de campo azul. Árboles frondosos de mangos y aguacates con copas gigantescas, se mecían en sincronía perfecta a la merced del sol, forjando umbráculos armónicos y respectivos a sus copas. Platanales, yucales, guandulares, cañaverales, batatares aparecían uno detrás del otro, configurados y mantenidos de forma tan meticulosa como si se tratara de campos de ilustración para la toma de fotografías de postales o campos experimentales científicos. En el interior de la finca, se tendían trochas, simétricas atravesando la finca como matriz biológica. Tres cárcavas de desagüe equidistantes se abrían paso de Norte a Sur y desembocaban aguas abajo en un canal perimetral de bordes erigidos y el cual se habría de convertir en afluente del río Artibonito para subsecuentemente alimentar el océano. En la lejanía, se divisaba Feliciano, sosteniendo en sus puños un arado y caminando al compás de una yunta de bueyes que halaban el arado. Era evidente, aún vistos desde lejos, que tanto Feliciano como los mismos bueyes, caminaban allí empujados por la fuerza de la costumbre pero con una poderosa voluntad y una lealtad inquebrantables.

Atónita por la majestuosidad y la belleza natural que había forjado Feliciano en aquellos campos maravillosos, a fuerza de sudor, Robertina sintió una extraordinaria simpatía por Feliciano y sintió como si de repente entrara al huerto del edén. Caminaron ella y Canuta hasta llegar a una de las matas frondosas de mango. Dejó que Canuta recogiera rastros y puso los sartenes de comida y la calabaza con agua de tinaja sobre la camada de hojarasca, bajo el umbráculo tupido y fresco de la

mata de mango. Desde allí, alzó los brazos y los movió de un lado al otro mientras emitía su silbido peculiar para llamar a Feliciano. Pronto se percató que Feliciano se había dado cuenta de su presencia y se disponía a venir hacia ella. En el ínterin, se arrellanó sobre la hojarasca seca y separó los sartenes de comida, los suyos y los de Feliciano. A los pocos minutos, llegaba Feliciano, empapado de sudor, con su sombrero de cana y pantuflas de goma de tractor. Revestido de mugre, timidez y hambruna, Feliciano no balbuceó una sola palabra, mientras se sentaba en sus glúteos sujetando sus rodillas con sus antebrazos y las manos entrelazadas. Miraba lejos, su respiración era precipitada y un profuso sudor resbalaba por su frente y sienes desde el cráneo.

“¿Quiere tomar agua primero?” Le preguntó Robertina, advirtiéndole que Feliciano se deshidratava. “Le traje mucha carne de la que sobró de la velada.” Agregó.

Sin decir una sola palabra, Feliciano tendió la mano derecha hacia donde estaba la calabaza con agua de tinaja, asintiendo que tenía sed. Feliciano tomó agua de la calabaza con extraordinaria avidez, como lo hacen los toros sedientos al llegar a la laguna. Sin dirigirse la palabra uno al otro, almorzaron juntos al amparo de aquel umbráculo denso y fresco de la mata copiosa de mango. Los respiros extensos y las miradas largas y dilatadas, perdidas en el horizonte azul, de ambos, eran señales de una profunda paz interna que probablemente ninguno había podido experimentar por los últimos quince años.

10

El insomnio pertinaz y el ronquido estruendoso de animal salvaje de Manuel Santana impidieron que Romelia durmiera la noche antes. No pudo ni siquiera cerrar los ojos, pues al hacerlo se imaginaba que a su lado estaba Lucifer, roncando como una locomotora antigua y con la sensación horrorosa que la cama vibraba como si temblara la tierra. Al borde de la demencia se levantó varias veces y le pasó la mano al retrato de Santa Eloísa y rezó El Santo Rosario al menos unas once veces.

Ese día, ya eran las ocho y media del domingo. Manuel Santana se había levantado y se preparaba para irse de gira de gallos. Muy al contrario del estado de ánimo de Romelia, Manuel Santana lucía descansado.

La noche antes, en su lucha con el insomnio, el estertor y el babeo pestilente de Manuel Santana, Romelia no paró de pensar inconscientemente en aquella anécdota perniciososa que le contara su prima Nereida unos meses antes. Aunque había tratado infructuosamente de ignorar aquellos pensamientos presagiosos de malaventura, se sentía, en sus adentros, asediada por las narraciones incomprensibles de su prima.

Aquel domingo de gallería, era un día claro en el que chorreaba la luz dorada del sol sobre Antón como llovizna imperceptible. A Romelia le temblaba el pulso, le sudaba el lomo de la nariz y los ojos escondidos detrás de sus delineadas ojeras lucían rojizos.

“Mi hija.” Le dijo a Robertina en la cocina, mientras posaba su mano derecha sobre el hombro izquierdo de la niña. “Tengo que hacer una salida hoy; así que no apareje a Canuta y no se vaya al río para que se quede atendiendo a Juan Manuel. Tengo que ir a Sabana, a donde mi prima Nereida”. Robertina asintió con la cabeza, mientras continuaba preparando el desayuno.

Por su lado, Manuel Santana, una vez desayunado, echó tres de sus mejores gallos en tres fundas de dril y se tomó su segunda tasa de café, a las nueve en punto de la mañana. Con sus tres bolsos con los tres gallos del día, se dirigió hacia la carretera. Manuel Santana no había abierto la boca para hablar con alguien desde que se levantó, excepto con sus gallos. Lo único que hizo, fuera de preparar sus gallos, fue cantar aquel soneto anónimo muy peculiar suyo, mientras se tomaba su segunda tasa de café: “*Charampliiiiiiin, a la pranganaaaaaaaaa.*” Aquel lenguaje esotérico y sin sentido pero lleno de contenido, de indiferencia, enajenamiento y retracción era una de esas formas muy suyas de saludar, ya sea a Robertina, Romelia, Canuta o a sus propios gallos, cuando no buscaba una respuesta y cuando unilateralmente requería de algún favor o que simplemente se le reconociera su presencia.

No bien salió Manuel Santana a su gira de gallo, Romelia se colgó de su hombro derecho un bolso, su cartera de domingos de cuero color rojo, la que le había regalado un feligrés agradecido unos años antes.

“Mi muchachita, cuide a Juan Manuel y no lo deje llegar al monte para que no lo piquen las avispas o las colmenas caribeñas. Si yo no estoy de vuelta a la una de la tarde, llévese a Juan Manuel con usted hasta el bambú centenario a llevarle la comida a Feliciano.”

Romelia se untaba manteca de cacao perfumada en las manos y se prensaba una y otra vez los cabellos con ambas manos. Ella deslizaba con fuerza aparente sus manos por la cabeza, desde la frente hasta la nuca y desde los oídos hasta la nuca, hasta dejarse sus cabellos color niebla planchados y brillosos, sostenidos con un lazo rojo de encajes finos en forma de pétalos, para sostener su acostumbrado moño de domingos. Lucía un vestido rojo de seda sin mangas que le llegaba un poco más abajo de las rodillas y pantuflas de cuero marrón con suelas lisas negras. Le colgaban de las orejas unas argollas de oro en forma de trifolio puntiagudo. Se brilló los labios con lápiz color púrpura viva y se dejó caer un lienzo fino transparente con dibujos de artefactos místicos taínos alrededor de su cuello, colgando en forma de cruz sobre su pecho. Escondiendo el insomnio y la faz de malanoche debajo de aquella apariencia sofisticada, personificaba a aquel perfil femenino guapo español de sus ancestros.

Romelia se apresuró hacia la carretera, como si le urgiera algo, y se alejó. Tan sólo le tomó media hora para llegar a Sabana, la comunidad vecina a Antón donde vivía su prima Nereida. Llegó sin avisar. Nereida lavaba a manos las ropas de la familia, como solía hacer todos los fines de semana. Ella estaba en su segunda batea de ropa a la sombra de una mata copiosa de almendro en el patio de su casa.

“¿Cómo le va mi hermana?” Saludó Romelia al llegar de repente, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo de algodón que extrajo de su bolso.

“¿Y qué la ha traído por aquí, mi hermana? ¿Que burro se irá a morir?” Dijo Nereida mientras se alzaba de la silla de madera donde se sentaba y se secaba las manos con el ruedo de su falda para abrazar a Romelia.

“Según usted, yo estoy en la lista negra; así que en cualquier momento soy yo la que se morirá, no Canuta.” Replicó Romelia con cierto sarcasmo, mientras abrazaba a su prima Nereida.

“¿Y quién es Canuta, mi hermana?” Preguntó Nereida mirando de reojo a Romelia con cierto asombro.

“La burra baya de mi casa. Robertina la ha bautizado con ese nombre y el animal le escucha como si fuera una gente.” Replicó Romelia con la primera sonrisa del día.

“Vaya usted a saber. A propósito de esa niña suya; ella tiene sangre liviana. Yo no dudo que hasta los animales se embelecen ante su gracia y embrujo.”

“Sí, usted tiene razón. Hasta el malandrín de mi casa se ha enredado en su magia.”

“¿Manuel Santana?”

“Ajá.”

“Bueno, precisamente. Del tema que usted se refiere, la lista negra que usted señala, yo no quisiera hablar, pues la amistad entre nosotros es más importante que cualquier otra cosa, por tenebrosa o virtuosa que sea.” Replicó Nereida mientras la miraba por la esquina de los ojos y ciñendo el entrecejo. “Usted creyó que eran inventos míos. Si lo que yo le conté aquella vez era un invento, no me lo inventé yo. La gente sabe que usted y yo somos como uña y mugre y cualquier cosa que me digan sobre usted, saben que se la contaré a usted.” Replicó.

“Nunca dije que eran inventos suyos. Por supuesto que siempre le he creído a usted y le seguiré creyendo. Simplemente creí, precisamente, que la estaban usando a usted, por lo que usted dice: saben que somos como hermanas. Sin embargo, aunque todavía no creo lo que usted me contó, ahora siento la curiosidad y soy yo, en este momento, la que está interesada en el asunto, para mi propia tranquilidad mental.” Explicó Romelia muy sutilmente. “Es que esos rumores me han invadido la cabeza como borrasca y me han llegado a quitar el sueño y a alterarme el humor.”

Nereida no respondió de inmediato. Usó una toalla de las que aún le quedaban para lavar y terminó de secarse las manos. También se la pasó a Romelia para que Romelia se terminara de secar el sudor. Luego caminó al interior de la cocina y trajo una silla a Romelia a la sombra de la mata frondosa de almendro, para que ella se sentase. Romelia colgó su bolso de uno de los barrotes del espaldar de la silla, pero no se sentó.

“Además, esos rumores han hecho que yo vea a Manuel Santana en mis sueños como si fuera Lucifer.” Agregó Romelia. “Es más, no sólo cuando sueño, cuando lo veo en la casa, cuando él duerme y ronca, cuando atiende sus gallos, cuando silba, me creo que estoy al lado del diablo.”

“Jesús María Purísima.” Se persignó Nereida, señalándose una cruz sobre la cara con las puntas de los dedos de su mano derecha.

“Siéntese Melín, que le voy a colar un cafecito.” Dijo Nereida mientras se dirigía de nuevo hacia la cocina. Romelia no se sentó y, más bien, siguió a Nereida hasta la cocina.

“No lo haga muy cargado mi hermana que la cafeína en exceso me ha estado disparando los nervios.”

“De acuerdo.” Dijo Nereida mientras ponía dos cucharadas de café negro molido a pilón y de exuberante aroma en un colador hecho de tela de dril y sostenido por un aro de aluminio.

“¿Y qué quiere usted que le cuente?, mi hermana.”

“¿Quiénes son los muertos?, ¿o las almas vendidas como usted dice?”

“No lo digo yo, le repito. Lo dice la gente. Los muertos están muertos o vendidos. Algunos familiares han ido a la tumba a los varios días de habérseles muerto sus familiares y se han encontrado con el sarcófago vacío y sin rastros de sus supuestos difuntos.” Contaba Nereida mientras colaba el café a través del colador de dril y sin mirar a Romelia a la cara.

“¿Quiénes son los muertos, mi hermana? No me haga que me dé un paro cardíaco en su propia casa.”

Nereida pausó, puso la cafetera con el café humeante a un lado y cruzó los brazos.

“De la lista nada más quedan usted y su hijo.” Dijo Nereida después de un corto silencio, mirando a Romelia a la cara y sin pestañear. Romelia no pestañeaba tampoco y se quedó inmóvil esperando que Nereida continuara.

“Los vendidos son la difunta Enemencia, la que vivía al cruzar la carretera frente a su casa; Dolores y Eduvirgen, las dos vecinas de Antón quienes murieron el mismo día y casi a la misma hora. Mentor, el marido de la propia hija de Manuel Santana; y su hermana Roberta.”

“¿¡Roberta mi hermana!?”

“Roberta su hermana, la madre de Robertina su sobrina e hija de crianza.”

Romelia salió de la cocina y se compaseó despacio en el patio por unos minutos bajo el sol candente, con los brazos cruzados y mirando hacia el suelo con cierto sentido de incredulidad. Al retornar a la cocina, donde aún estaba Nereida al lado de la cafetera humeante mirando hacia el suelo sin pestañear en tono muy pensativo, Romelia tendió la mano derecha apuntando hacia una de las tasas de esmalte blanco que reposaban sobre un escurridor de madera atiborrado de losas, el que Nereida usaba para airear y dejar escurrir sus trastos de cocina después de lavados. Nereida lo interpretó como si le pidiera el café, por lo que procedió a sacar la tasa del escurridor para dispersar café con la cafetera, hasta que Romelia le paró haciendo señal de alto alzando el dedo índice de la mano derecha, cuando la tasa estaba tres cuartos llena. Romelia comenzó a sorber su café humeante sin decir una sola palabra, por unos cincuenta segundos. No sabía qué pensar ante la revelación de Nereida. Todo aquello le parecía absurdo, irreal, presagioso e incomprensible. Al mismo tiempo, la duda y la curiosidad se acentuaban en su mente; y pensaba para sí misma que tenía que encontrar la verdad, ya sea que todo aquel enmarañe fabuloso se desdoble como una falsedad y un enredo pernicioso, o que, por el otro lado, de repente ella descubriese un mundo macabro debajo de la manta indescifrable y pécora de Manuel Santana. La sospecha del lado verídico de este último escenario comenzaba a inducir en Romelia un engendro intrínseco de ansiedad.

“Bueno, como usted comprenderá, no ha sido mi intención perturbarla, mi hermana.”

“¿Y qué otros detalles conoce usted de algunos de los muertos o vendidos?”

“Cuando Enemencia murió de repente, como usted debe de acordarse, los familiares estaban tan desesperados que uno de los hijos salió a consultar un brujo famoso de la frontera. Él era el hijo menor de la familia, un adolescente de dieciocho años. Supuestamente el brujo le dijo al muchacho que su madre no estaba muerta y que si lo quería comprobar que fuera a la tumba y que tratara de exhumar el cadáver de su madre.”

A Nereida le sudaba el lomo de la nariz cuando le contaba a Romelia, no por lo caliente del café sino por la naturaleza tenebrosa de la historieta que ella misma encontraba un tanto fantástica. La anécdota, ella misma la había escuchado de varias fuentes, antes de comenzar a creerla, incluyendo del mismo hijo de la muerta quien fuera al cementerio al otro día del entierro y encontrara que el cadáver de su madre no estaba allí.

Supuestamente, el nigromante le había asegurado al muchacho que se llevaría una gran sorpresa al desenterrar el cadáver de su madre y que cuando conociera de aquella sorpresa que le visitara de nuevo. El muchacho fue al cementerio, ese mismo día. Precisamente, el cadáver de Enemencia ya no estaba en el sarcófago. La tumba estaba vacía y ni siquiera la mortaja estaba allí, ni había rastro de Enemencia o hedor a cadáver o a residuos putrefactos. El muchacho no supo qué hacer de inmediato. Se decidió por regresar donde el brujo a llevarle la sorpresa

antes de compartir la noticia con su familia. De regreso donde el brujo, con lo que se encontró fue con otra horrible sorpresa. Se encontró con un velorio. Al brujo famoso de la frontera lo habían asesinado la noche antes y lo estaban velando. El muchacho se llenó de estupor y salió frenético de regreso a Antón. Les contó a los familiares lo que en secreto él había estado haciendo y las dos increíbles sorpresas. La tercera sorpresa en menos de cuatro horas que le llegara al muchacho fue con su propia familia. Lo tildaron de loco y no le creyeron sus relatos, los cuales contó con tanta vehemencia.

Muchos meses después la gente comentaba que la noche que el brujo famoso fue asesinado, habían visto a Manuel Santana llegar en su caballo, una noche, bajo la luz blanca y homogénea de una luna llena y que le divisaron, a través de la penumbra, la camisa empapada de sangre. Algunos de los espadachines que le vieron llegar aquella noche le siguieron muy discretamente y le vieron perderse en su hacienda. Decían que él debió haber cavado, hacienda adentro, y enterrado lo que parecía ser su ropa, excepto los pantaloncillos, junto a un hacha también manchada de sangre. Esta anécdota también se diluyó en el tiempo pues la mayoría de la gente en Antón no percibía a Manuel Santana, el gallero famoso de Antón, el barón de mil y una mujeres, el marido de Melín, usando aquella manta sombría y tenebrosa.

Por otro lado, en otro desenlace de eventos, un grupo de hombres de Antón, quienes habían ido a cavar una tumba al cementerio para sepultar por obra de caridad a un extranjero que había muerto por una disentería aguda por haberse comido un chicharrón de cerdo teñido de salmonella, listeria, estafilococcus, E. coli, y otros cientos de patógenos virulentos, en la casa que le servía de destino de aventuras

durante sus vacaciones en La República, supuestamente sorprendieron a Manuel Santana, de rodillas rezando en la tumba del rey del cementerio. Manuel Santana emprendió la huida y al perseguirle, el grupo de hombres encontró un papel que le salió a Manuel Santana del bolsillo de la camisa. El papel era una lista de personas muertas y vivas. Era la lista negra de compromiso entre Manuel Santana y Lucifer. El hijo de Enemencia era uno de los hombres. Él se había quedado siendo un asiduo visitante al cementerio desde los tiempos de su consulta secreta con el brujo de la frontera. Cada vez que alguien moría, él era el primero en servir de voluntario para cavar la tumba. Esa noche de luna clara, al encontrar el nombre de Enemencia, su madre, incluido en la lista y al acordarse de su operación secreta con el brujo de la frontera y de la historietta sobre la aparición napoleónica de Manuel Santana en su caballo y con su camisa ensangrentada, la noche que el brujo fuera asesinado, el muchacho comenzó a amarrar cabos e inició a regar el rumor que Manuel Santana era un agente de Lucifer y que en sus acuerdos diabólicos incluían la venta de almas, incluyendo la de su madre Enemencia. El muchacho también incluía en sus rumores el alegato que Satanás le había transferido poderes diabólicos, extraordinarios y omnipotentes a Manuel Santana para que aniquilara aquellas personas que osaran interponerse entre sus negocios con Lucifer. Una de las primeras víctimas lo fue el brujo famoso de la frontera, según el muchacho.

De nuevo la familia no le creyó y nuevamente lo tildaron de haber estado desvariando de la memoria, aún cuando los compañeros del grupo que había sorprendido a Manuel Santana en el cementerio, confesaron realmente haber encontrado a Manuel Santana en el

cementerio, portando aquella lista tenebrosa con los nombres de sus pasadas y futuras víctimas. Sin dejarse convencer de los alegatos del muchacho y sus compañeros, la familia del chico inició el proceso para buscar ayuda psicológica, hecho que lo enfureció a él hasta llevarlo al borde del colapso emocional y que a la postre lo impulsara a abandonar la casa. La familia llegó a preocuparse sobremanera, pues él llegó a amenazar de muerte a Manuel Santana, expresando sus intenciones de matarlo. Como resultado de aquel laberinto emocional y la falta de resonancia en la familia de sus alegatos en contra de Manuel Santana, el muchacho terminó perdiendo la memoria por completo, según contaron sus familiares y finalmente lo hospitalizaron en el manicomio de La Capital.

Nereida le recitó con punto y coma todo lo que sabía sobre los rumores alrededor de los negocios diabólicos de Manuel Santana. También le contó de sus propias suposiciones y preocupaciones. Romelia escuchó, en silencio, por varias horas, la retahíla de historietas que le contaba Nereida. Ella misma se sirvió otra tasa de café. Cuando se dio cuenta que Nereida ya había pausado y que se le estaba haciendo difícil encontrar qué decir, sin mirar a Nereida a la cara y notablemente perturbada, Romelia le dio un abrazo a la prima y se volteó apresuradamente y caminó hacia donde estaba su pulsera, debajo de la mata de almendro y se dispuso a abandonar la casa de la prima.

“Lo siento mi hermana.” Vociferó Nereida. Romelia no replicó y se perdió en la distancia.

11

Después de su segunda noche al hilo sin poder conciliar el sueño, por el asedio de aquel laberinto de misterios y los ronquidos de cerdo panzudo de Manuel Santana, Romelia se levantó decidida a seguir su trabajo investigativo.

“Mi muchachita, yo voy a salir de nuevo hoy. Deje a Juan Manuel con su papá, váyase al río con Canuta y asegúrese de llevarle comida a Feliciano. No se Preocupe por mí.”

Robertina asintió con la cabeza.

“¿Está usted bien Mamá? ¿No le pasa nada?” Preguntó Robertina, apoyando la punta de la mandíbula inferior sobre la parte superior del cabo de una escoba de hoja de palma, con la que barría el patio.

“No me pasa nada mi muchachita. Siga tranquila haciendo sus quehaceres.

“Muy bien Mamá.”

Tan sólo le tomó a ella unos minutos para llegar hasta la casa de la difunta Enemencia. Romelia encontró el viudo Lucindo Jiménez, quien apenas había terminado de ordeñar unas cuantas vacas y se disponía a llevar los bidones de leche a la carretera para que el camión que recogía la leche a lo largo de la carretera se llevara la suya.

“Oh mi comadre, ¿y qué la trae por aquí?” Vociferó Lucindo al advertir que Romelia se acercaba.

“He venido a hablar con usted, mi compadre.” Romelia registró que Lucindo la había llamado comadre, aunque no pudo acordarse si en algún momento ella había compartido sacramento con él.

“Oh, venga entre. Yo también quería hablarle y pedirle excusas.” Respondió Lucindo muy gentilmente y con cierta timidez y apuro.

Ambos entraron a la casa, donde otrora vivía Enemencia Jiménez. La casa lucía abandonada y olía a pocilga de cerdos y a orines de ratones. Romelia disimuló aquel tufo pertinaz y se sentó en un mueble antiguo de metal y sin comodines que había en la sala de piso de tierra.

“¿Y de qué se quiere usted excusar don Lucindo? La que debiera de excusarse soy yo, pues desde que la difunta muriera, yo no había vuelto a saludarlo.” Dijo Romelia con la expectativa que Lucindo ofrecería más detalles sobre su plegaria voluntaria.

“Es que los hijos a veces nos hacen pasar vergüenza. Mella perdió un poco el juicio cuando la difunta se nos fue y comenzó a deslumbrar, al punto que tuvimos que internarlo.” Explicaba Lucindo entre pausas, con voz baja y también sentado en una silla mecedora de hierro y sin comodines, mientras sostenía su mugriento sombrero de pana en su mano derecha, balanceando su pierna izquierda sobre la derecha.

“Yo espero que usted nunca haya creído los rumores que salieron. Siempre he tenido el mayor de los respetos para usted y su esposo; y las cosas pasan.” Continuó Lucindo, mientras Romelia escuchaba un poco suspicaz y confundida. Por un instante creyó que Lucindo le estaba confirmando que los rumores fueron originados como producto del estado de demencia de su hijo, hasta que escuchó la frase: las cosas pasan.

“¿A qué se refiere usted cuando dice que las cosas pasan?”

“Bueno, cuando usted muere, y su alma se pierde en el misterio de la muerte, hasta ahí llega nuestro valor real como ser humano, pues el cuerpo solo no vale nada. Todo lo demás es pura especulación y fe. Que el cuerpo esté o no esté en la tumba después que una persona ha muerto no importa. Buscar pretextos y lógicas terrenales a asuntos del más allá y de la otra vida, si es que hay otra vida, lo que nos trae es inconformidad, discordia y desasosiego en la familia y con los vecinos.” Explicó Lucindo de la mejor forma que pudo.

Romelia respiró profundo y de repente no alcanzaba a comprender el trasfondo de aquella metáfora filosófica de Lucindo. Al mismo tiempo, sintió pena por él. La piel le lucía tostada y los ojos lánguidos. Parecía que había pasado días sin haberse bañado y las salpicaduras de leche en las mangas de la camisa y en los brazos desde cuando ordenó las vacas, tal vez usando la misma vestimenta por varios días, comenzaban a emanar un hedor a corral. Una sensación de náusea comenzó a formársele en la garganta a Romelia y para disimular su disgusto se paró y agarró una escoba de guano que había en una esquina y barrió el piso de tierra de la pequeña sala y la roció con agua para mitigar el polvo.

“¿Me dijo que a Mella lo tuvieron que internar?” Preguntó Romelia después de un breve silencio.

“Sí, lo tuvimos que llevar a El 28 y aunque se ha mejorado con el tiempo, él no ha querido salir de allí y no acepta visitas de familiares. Ha sido una tragedia y pareciera como si hayamos perdido a Nena y a Mella.” Rezonó Lucindo con una terrible expresión de desolación en el rostro.

Romelia se acordó que El 28 es el apodo del manicomio, por estar ubicado a unos 28 kilómetros al Norte de La Capital, en la autopista Duarte, en dirección hacia la Ciudad de Santiago.

“¿Entonces aún está en El 28?”

“Eso es lo que tengo entendido. Tal vez los otros hijos, quienes ya han migrado a La Capital, conocen a ciencia cierta si él está aún allí o si anda deambulando por ahí.” Respondió Lucindo, notablemente apesadumbrado.

“Lo siento don Lucindo. La vida nos trae sorpresas; buenas y malas.” Rezonó ella mientras se sentaba de nuevo en la silla de metal sin comodín.

Entre pausas, Lucindo le contó los detalles a Romelia de aquella noche lúgubre, cuando murió Enemencia. Un Lucindo resignado y arropado por la mugre y el abandono, contó que esa noche era una noche normal, sin ninguna mala señal. En el día temprano, Nena se levantó con antojo de comer carne de cerdo con maíz molido y frijoles negros. En la mañanita ella lucía muy feliz, cantando canciones viejas, bromeó con los muchachos como lo solía hacer e hizo todos sus quehaceres de la casa. Lucindo, determinado a hacer sus deseos realidad, se fue bien temprano a donde el matador a reservar cinco libras de carne de cerdo fresca. Ya a las diez de la mañana, Lucindo tenía la carne en la cocina. Con el mismo entusiasmo con que ella se levantó, con ese mismo espíritu cocinó. Como presagio fatal que ese día Lucindo no supo interpretar, todos los hijos estaban presentes al momento del almuerzo, cuando Nena comentó: “Coman bien mis hijos, que uno nunca sabe cuando se va a morir.” Contaba Lucindo en congoja.

En la tardecita, estuvieron de visita algunos amigos y familiares, incluyendo a Manuel Santana. Él había llevado un cuartillo de andullo de tabaco negro. Los que fumaban, incluyendo a Enemencia, fumaron, jugaron dominó y contaron cuentos. Como siempre, Manuel Santana contó sus historias de gallería y sus andanzas por la vida mientras Nena y los muchachos hicieron otras historietas.

En la noche, a eso de las nueve pasado el meridiano, Nena dormitaba, como solía hacerlo todas las noches, a esa misma hora, sentada a la puerta que miraba al patio, al amparo del crepúsculo de una noche sin luna pero con las mismas estrellas que pasaban por el cielo de Antón cada noche. Fue ella, mientras dormitaba, la primera que escuchó el berrido curiosamente estruendoso de un toro, en la lejanía. Aquel bramido de toro resonaba como clarinete atronador en todo el valle. Nena opinó que el toro había aullado unas siete veces, e hizo la observación que así lo hacían los barones del cementerio. Comentó además que cuando El Rey del cementerio aullaba como animal en las noches y lo hacía siete veces, como lo hizo esa noche, significaba que su espíritu andaba divagando en el purgatorio y que aquel bramido estruendoso repetido siete veces era señal de su soledad. Si diferentemente, sólo lo hacía tres veces, significaba que el alma se encontraba en la gloria, contenta y en paz. Lucindo recordó que al hacer esos comentarios sobre El Rey del cementerio, entre bostezos, Nena se santiguó con los dedos juntos de la mano derecha, al tiempo que dejaba entrever su cansancio y deseo de irse a dormir. Un poco antes de la media noche, ya todos los amigos se habían despedido y la familia, con excepción de Lucindo, dormía. Sentado en su pequeña sala a la puerta que miraba hacia el patio, sorprendido por el silencio, una

extraña sensación de paz y la brisa fresca de primavera que peinaba el valle, Lucindo dejó perder su mirada en la infinitud de la tiniebla de una noche sin luna, dejando escapar los copos azules y ondulantes de humo que extraía de un cigarro firme de tabaco negro. Aquel momento de silencio agradable del que disfrutaba Lucindo pronto se interrumpió por los gritos de desespero que salían de la alcoba. Eran los baladros de los hijos al ver a Enemencia pataleando como gallina viva sin cabeza y soltando un espumarajo por la nariz. Cuando Lucindo se dio cuenta del pavoroso estado de salud de su mujer, inmediatamente se fue a buscar a Arcadio Gando, uno de los fundadores de Antón, reconocido en todo Antón y comunidades circundantes por su sabiduría natural, artimañas de curandero, sus dotes de buen rezador y otras habilidades mundanas, incluyendo su habilidad de pelear con Lucifer, intimidar las brujas, espantar las lluvias, los malos vientos y hasta revivir los moribundos. Arcadio era la pieza clave en los velorios de la región y las veladas. Era de creencia en toda la región que Arcadio sabía como amarrar la muerte, por lo que esa noche de desgracia y desespero, Lucindo no dudó en irlo a buscar para que ensalmara a Enemencia. Cuando Lucindo y Arcadio llegaron de vuelta a la casa, Nena ya se había cagado y orinado en la cama y tenía un canto de la colchoneta mordido con una fuerza brutal, al extremo que se le notaron algunos de los dientes frontales quebrados y destilando sangre de la encía como si su boca hubiera colapsado. Lucía tiesa como un garrote. Arcadio comenzó sus maniobras esotéricas y sólo minutos después Nena relajó los músculos y soltó el canto de colchoneta que mordía. A las doce de la media noche en punto, Arcadio se persignó tres veces con los dedos juntos de la mano derecha, le haló los dedos grandes de los pies

hasta escuchar que sus coyunturas sonaran y dijo: “La perdimos.” A las doce en punto falleció Nena. Como por coincidencia fatal, a los dos o tres minutos siguientes después de ella haberse muerto, se escuchó de nuevo aquel bramido de toro solitario en forma de clarinete estruendoso que unas horas antes Nena había identificado como El Barón del cementerio. Esa vez sólo lo hizo tres veces, lo que, según Nena y las creencias supersticiosas en Antón, significaba que el espíritu de El Barón del cementerio ya tenía compañía en el purgatorio, por lo que estaba en regocijo.

“Con el último bramido de El Barón del cementerio, comenzó el velorio de la difunta.” Dijo Lucindo finalmente con la voz trémula y los ojos emanando dos hilos de lágrimas cristalinas, las que se resbalaban por su rostro infecundo y emitiendo un sonido seco en eco al estrellarse con el piso de tierra de la casona, como lo hace una lluvia espesa al salpicar el suelo árido.

“Desde entonces, nada ha sido lo mismo.” Dijo.

Lucindo miraba lejos al amparo de un manto grueso de desolación y se refería a aquel día como el inicio de una maldición, de una niebla de desventura que terminó invadiéndole la mente a su hijo Mella hasta carcomerle el cerebro y conduciéndolo a la locura. Por un buen rato, Romelia sólo escuchó a Lucindo, con atención aguda, sin decir una sola palabra y registrando cada detalle, a pesar de su insomnio de tres días. Pero su interior se revoloteaba, mientras lo escuchaba y algo le ardía y se le meneaba en el vientre como si fueran las uñas de un gato, rasgándole las tripas hasta perforárselas. Romelia nunca imaginó que aquel enredo que comenzara con las anécdotas de la prima Nereida y aquella visita a Lucindo, crecería más y más como manta negra de

maleficio. Era evidente que la vida de Lucindo, y la de su propio hijo, se había convertido en un verdadero abismo.

Al final, le dio trabajo formular preguntas a Lucindo, pues aun con sus largas explicaciones, no sabía qué creer ni pensar. Su intención al visitar a Lucindo era encontrar tranquilidad interna, pero lo que encontró fue más perturbación y ansiedad.

En silencio, examinando los detalles que le suministró Lucindo, Romelia se dio cuenta que aquel viacrucis se complicaba y por primera vez sintió el temor que pronto sería ella la que perdería la memoria. Le daba escalofrío, por ejemplo, saber que aquel día en que muriera Enemencia, Manuel Santana estuvo allí. Le causaba una terrible contracción estomacal saber que ese día Manuel Santana había traído tabaco para que todos fumaran, incluyendo la difunta Enemencia.

“El malandrín de Manuel Santana envenenó a Enemencia.” Pensó Romelia, aunque de inmediato se dio cuenta que si en realidad la difunta hubiera muerto por intoxicación al fumarse un tabaco envenenado, su hijo Mella hubiera encontrado su cadáver en la tumba al día siguiente. Además, ella no fue la única que fumó del tabaco. Pero a todas luces, todo aquel enredo comenzaba a soplar unos vientos fétidos y enigmáticos, incomprensibles a Romelia. Era que se seguía complicándose más y más en la mente de ella. De pronto le comenzó a sudar el lomo de la nariz por la ansiedad, la confusión y el insomnio.

“¿Le pasa algo, mi comadre?” Preguntó Lucindo. Ella no contestó y notablemente perturbada se paró de la silla y cruzó los brazos, se compaseó por unos treinta segundos en la pequeña sala, mirando hacia el piso de tierra. “No es su culpa.” Le dijo, cabizbaja, mientras salía de la casona, de prisa. Romelia dejó a Lucindo sentado allí, melancólico, sumido en su propia desdicha y se marchó hasta su casa.

12

Romelia no pudo dormir esa noche; ni por las siguientes veinte noches. Se le olvidó dormir. Los pensamientos lúgubres y aquel enredo de angustias que se tejía en su cabeza como torbellino, más los ronquidos de animales salvajes de Manuel Santana, tenían a Romelia a la merced del insomnio eterno, la paranoia y el capricho. Hacía un buen tiempo que no recibía feligreses y se la pasaba orando de rodillas al frente del altar. Los cabellos los tenía encrespados, la piel cuarteada y cenicienta. Hablaba muy poco y aquella alegría y tranquilidad que le había llegado con el nacimiento de Juan Manuel se había ido apagando, como luz de candil al asomo de la alborada.

Al verla postrada en aquel horrible estado de encogimiento y desazón, cierto día, Robertina muy tímidamente le manifestó su preocupación al notar que adelgazaba, al darse cuenta que no dormía por semanas, al extrañar que los feligreses ya no venían y que ella y Manuel Santana no se dirigían la palabra.

“¿Qué le pasa, Mamá Melín?” Preguntó Robertina.

“La he visto cambiar.” Agregó.

Romelia se sorprendió con la pregunta de Robertina y de repente no encontró qué decir.

“He notado que no come ni duerme y se le ha desgastado el cuello.”

“¡Oh mi muchachita! No me pasa nada. Yo sabía que usted había de ser la primera en darse cuenta de mi perturbación. En realidad no me pasa nada. Son cosas de la menopausia.” Explicó, mientras le pasaba la mano derecha por la cabeza.

“¿La meno qué?” Preguntó de nuevo Robertina, ingenuamente. A Romelia, por primera vez en las últimas semanas se le había aflorado una sonrisa, pues se dio cuenta que tenía que darle más detalles a Robertina. Pero fue una sonrisa fría, vacía y enfermiza.

“Sí mi hijita; le explicaré.” Rezonó Romelia mientras miraba hacia ambos lados para percatarse que Juan Manuel y Manuel Santana estuvieran lejos. Los alcanzó a ver en la gallería.

Romelia le explicó a Robertina que la menopausia era aquel cambio inevitable que todas las mujeres experimentan cuando pasan de una edad determinada.

“¿Cuando nos vamos poniendo viejas?” Replió Robertina inquisitivamente, mirando lejos.

“Sí, las mujeres tenemos algunas substancias en nuestros cuerpos que nos permiten crear niños y alimentarlos en el vientre, algo que no tienen los hombres, por obra y gracia de la madre naturaleza. Esa facultad sólo la podemos tener hasta cierta edad. La pérdida de esa facultad de fecundación o engendro, se le llama menopausia. Cuando nos llega la menopausia, nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestras vidas cambian y a veces con ello perdemos parte de la gracia con la que la

naturaleza nos ha dotado. Algún día, tal vez en unos treinta años, usted también pasará por la misma situación.

“Ooh.” Rezonó Robertina todavía mirando lejos.

“Debo decirle mi hijita, sin embargo, que casi siempre cuando llegamos a la menopausia, las mujeres también entramos a un estado de vida mucho más maduro, el cual se disfruta igual o con mayor intensidad que cuando somos jóvenes.” Explicó, al notar cierta inquietud en el rostro de Robertina. “Es decir, que no es del todo malo, excepto por algunos malestares temporales tediosos.”

“Pero no se preocupe por mí; yo estoy bien y su compañía me hace sentir mejor.” Agregó Romelia, sintiéndose un poco culpable. Ella sabía que aunque lo que le acababa de contar a Robertina no era totalmente incierto, aquella no era tampoco toda la verdad en torno a su estado mental de las últimas semanas. Luego Romelia se fue al aposento y dejó allí a Robertina, un poco pensativa. Ya a los dieciséis años, Robertina comenzaba a ver la vida diferente y veía a Romelia como su propia imagen. Y Romelia lo sabía.

En el aposento, Romelia cerró la puerta y se hincó de nuevo frente al altar. Cerró los ojos, y al cerrarlos, unas lágrimas pesadas y espesas descendían por sus mejillas, mientras en vaivén se movía de un lado al otro y rezó El Santo Rosario diecisiete veces hasta que ya era el medio día. Fue entonces cuando escuchó el sonido de los nudillos de Robertina sobre la puerta del aposento.

“Mama, le he cocinado un moro de gandules con pollo, mucha ensalada y una limonada con hielo.” Dijo Robertina cuando Romelia

abrió la puerta. “Papa y Juan Manuel están almorzando en la gallería. Escuché que luego se irían a visitar a Ezequiel y él me pidió que se lo informara a usted.” Agregó.

“Oh mi muchachita. Usted me está cuidando a mí. Soy yo la que debería cuidarla a usted.”

Romelia quedó pensativa por un momento. Aunque no le simpatizaba la idea de que su hijo aprendiera las rutinas andariegas y de vicios de Manuel Santana, esa vez agradecía una pausa y ciertamente no iba a extrañar la figura irritante de Manuel Santana. Movi6 la cabeza, asintiendo la propuesta de Robertina.

Robertina prepar6 la mesa. En adici6n, trajo una batea con agua tibia para que Romelia sumergiera los pies mientras almorzaba. Robertina tambi6n comenz6 a frotarle la espalda con las manos. Aquel gesto de compasi6n, solidaridad y consideraci6n de Robertina impact6 de inmediato y muy profundamente a Romelia, por lo que comenz6 a sentir un alivio inexplicable. Se sinti6 como si todas sus coyunturas de repente hubieran recibido una inyecci6n de un lubricante mágico. Los m6sculos se le desentumieron y el peso de su cuerpo se desplom6 sobre s6 misma, sintiendo una sensaci6n de alivio casi paradisíaco. Por primera vez en los 6ltimos meses, Romelia se comió toda la comida servida por Robertina. Se tom6 la limonada y comió conserva de cáscara de naranja agria como postre. Luego Robertina la pein6 y le hizo un moño en la nuca. Robertina echaba uno de los ungüentos de Santa Eloísa, que Romelia usaba para calmar y relajar a algunos de sus feligreses, sobre las palmas de las manos y se las frotaba una con la otra hasta calentar la loci6n y se la aplicaba a Romelia en el cuello, en la espalda y en las sienes. El ungüento oli6 a flor de azucena, olor que pronto se disemin6 por toda la casa.

“Le he preparado un baño de agua caliente para que se bañe.” Murmuró Robertina mientras continuaba deslizándose sus manos tibias por los cabellos de Romelia desde las sienes hasta la nuca y desde las orejas hasta la nuca, hasta dejar un moño bien formado y los cabellos completamente lisos y brillantes. Hacía rato que Romelia había cerrado los ojos, desde el mismo momento en que terminó de comerse la última limadura de la mermelada de naranja agria. No le contestó a Robertina. Suspiraba profundamente una y otra vez, en completo abandono y arrobamiento, mientras caía rendida ante el hipnotismo de Robertina.

Romelia permaneció en silencio y simplemente se dejaba dirigir como silueta por los mandatos sutiles de Robertina. Se fue al aposento como duende angelical, a tientas, con los ojos todavía cerrados. Se desnudó por completo y se amarró una toalla más arriba de los senos. Se puso las sandalias de goma que siempre usaba para irse a bañar y caminó hacia el cuartucho del baño. Allí encontró varios cántaros llenos de agua tibia, los que soltaban una neblina aromatizada. Aquel vapor con olor a ungüento terapéutico se esparcía como bruma balsámica de manantial y penetraba el cuerpo de Romelia como niebla tenue de sortilegios. Romelia sintió que aquella emanación entraba en su cuerpo y la levantaba hasta hacerla flotar en el aire, permitiéndole tocar las nubes y dibujar estelas de acuarelas color púrpura, en un cielo que se vestía multicolor y en donde se escuchaban serenatas astrales diurnas. Romelia se perdió en aquel mundo grácil y hasta se animó a cantar. Cantaba coplas y simulaba el sonido deavecillas y animales silvestres y emitía unos ruidos polifónicos pero melodiosos que se esparcían como campanazos de ermita y retumbaban en el monte como ecos celestiales.

“¿Está usted bien Mamá?” Preguntó Robertina tocando con sus nudillos la puertecita del tabuco de baño. Romelia no le contestó y siguió cantando en una jerga que no le parecía conocida a Robertina. Se animó a abrir la puerta y fue entonces cuando vio a Romelia completamente desnuda que cantaba y cantaba, mientras se echaba agua caliente lentamente en el pecho, con los ojos cerrados. Notó que le rodaban lágrimas por las mejillas y tenía el rostro sonrojado. A Robertina le dio un poco de pena, por lo que cerró lentamente la puerta y se retiró. Pensó que a lo mejor Romelia estaba poseída por Santa Eloísa. Por casi una hora Romelia pernoctó allí.

“Dese una acostadita, Mamá.” Le propuso Robertina cuando la vio regresar envuelta en su toalla y con una sonrisa disimulada. Romelia asintió con la cabeza.

Todavía con el cuerpo húmedo, Romelia fue directo a la cama y se echó a dormir. Todo indicaba que ella habría quedado dormida desde el primer instante que Robertina comenzara a frotarle el cuello y los cabellos, con aquel ungüento de olor a azucena. Ella simplemente dormía cuando se bañaba y cuando cantaba aquellas trovas en una lengua desconocida. Desde que se acostó, Romelia durmió, por tres días y medio corridos.

13

El autobús la dejó a unos cien metros de la entrada principal del manicomio. Le habían dicho que el letrero era evidente pero cuando lo vino a ver ya era muy tarde. Además, ella esperaba ver un letrero que dijera manicomio, o El 28, como le solían llamar al hospital. Frente a la gasolinera que le habían dado como referencia, lo que pudo ver allí fue el letrero Hospital Psiquiátrico Salvador Gutiérrez, y fue entonces cuando vio más abajo en paréntesis Manicomio Nacional. Ya era tarde.

Bajo un sol radiante de primavera de un lunes a media mañana, Romelia comenzó a caminar de vuelta hacia la puerta de hierro de entrada al hospital. Con su pulsera de cuero roja colgándole de su hombro izquierdo, falda de lino color marrón con encajes hasta más abajo de de las rodillas, una blusa blanca de mangas muy cortas puntiagudas, zapatos sin tacos negros de charol lustrado y con su moño alzado a nivel de la nuca, Romelia avanzaba lentamente sujetándose la falda con la mano derecha para evitar que la brisa que levantaban los carros, al pasar a alta velocidad, le alzara el refajo. Al llegar a la puerta de hierro, le explicó al guardia que la detuvo que venía a visitar a un familiar suyo llamado Mella Jiménez, quien estaba hospitalizado en el

hospital. El guardia sonrió, pero no dijo nada, mientras miraba con indiferencia hacia el otro lado. Romelia esperó un instante y por la sonrisa del guardia pensó que obtendría la primera información sobre Mella.

“Mella no es un paciente ya. Él es un empleado de acá.” Comentó el guardián todavía sin mirar a Romelia a la cara, mientras le gesticulaba con la cabeza que pasara.

“Gracias Sargento Ramo.” Le dijo Romelia al percatarse que tenía la insignia de sargento y un parcho sobre la tapa del bolsillo de su camisa de kakis con su nombre y apellido bordado en color dorado. El sargento Ramo ni se inmutó y continuó distraído apoyando sus dos manos de la cacha de su carabina y mirando el tráfico pesado de la Autopista Duarte. Romelia avanzó hacia el interior del recinto a través de una acera aporcada con dos hileras de croton bien podadas. A Romelia la invadió un presentimiento extraño fatalista y de repente pensó que aquel tercer lunes de primavera podía ser su último día viva. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz y sus rodillas se debilitaron como si entrara en un estado de fatiga aguda. Se detuvo disimuladamente a observar el entono, con la expectativa de que aquel malestar y aquel presagio lúgubre desaparecerían.

“Yo dudo que la reciba.” Vociferó el guardia a la espalda de Romelia. Ella se giró para mirar pero cuando ella dirigió la mirada hacia él, el guardia redirigió la mirada hacia la avenida de nuevo, ignorando a Romelia.

“¿Qué dijo, Sargento?” Preguntó Romelia.

“Él no recibe a nadie.” Rezongó el vigilante todavía de espaldas. Todavía detenida, sosteniéndose de una rama de croton, Romelia se dio cuenta que el guardia no le miraba, por lo que decidió no

entablar una conversación fútil con el vigilante y resolvió seguir caminado hacia el interior del hospital. Le sorprendió la relativa limpieza del área verde y el entorno del hospital. Por alguna razón ella tenía la impresión que un hospital de locos luciría desordenado, sucio, grotesco y lleno de lunáticos queriendo saltar por encima de la verja para escaparse y agrediendo a cada persona que entrara allí. Sin embargo, lo que sí observó fue algunos que obviamente eran chiflados que se compaseaban muy calmadamente en el recinto, de una esquina a la otra, hablando solos, otros gesticulaban hacia el cielo como si conversaran con el sol, otros se la pasaban atrapando moscas, otros se escarbaban los genitales, otros trazaban rallas infinitas con el dedo índice de la mano derecha sobre el suelo, otros simplemente yacían allí, soleándose e inmóviles. Para Romelia, era sumamente intrigante que en un manicomio se percibiera un ambiente relativamente ordenado con gentes idas, indiferentes y enajenadas.

“Esos son los que están más sanos, a quienes dejan salir a solearse.” Dijo un gentil hombre que salía del hospital y vio a Romelia embelesada. “Los duchos en demencia los tienen encerrados en jaulas de hierro y cepos en el interior del hospital, algunos maniatados como verdaderos animales salvajes.” Romelia dirigió la mirada hacia el hombre, quien siguiera hacia la salida del recinto.

“¿Es usted el señor Mella Jiménez?” Aprovechó Romelia y le preguntó al buen hombre; no porque esperara que él fuera Mella sino con la esperanza que él le informara sobre Mella.

“No, yo tengo un familiar enfermo aquí.” Replicó el caballero al pasar y sin voltear la cara, dirigiéndose de prisa hacia la salida del recinto.

“Oh, perdone.” Le vociferó Romelia. El hombre ondeó la mano derecha en señal de que no era un problema.

Romelia continuó hasta la recepción del hospital. Allí, en la antesala había un hombre sentado detrás de un pequeño escritorio y un letrero tallado en un pedazo de madera de caoba sobre el escritorio que leía: *Información*. Romelia se dirigió hacia el hombre.

“Yo vine a verme con Mella Jiménez, del municipio de Antón, un paciente, o creo que ya él es empleado del centro.”

El hombre no contestó por un instante y sin mirar a Romelia a la cara, tamborileaba con los dedos sobre el escritorio, mirando lejos muy distraídamente. Luego tendió la mano derecha y apuntó con el dedo índice hacia una butaca al fondo de la sala, donde había otras seis personas sentadas. Romelia interpretó que el recepcionista le estaba pidiendo que se sentase. Ella se sentó y echó una mirada alrededor. Vio un reloj de pared que colgaba en la pared detrás del recepcionista y se percató que ya eran las once de la mañana. Romelia había salido de Antón a las seis de esa mañana.

“Aquí nadie mira a uno a la cara.” Pensó Romelia en sus adentros, mientras aseguraba su bolso apretujándolo sobre sus piernas cruzadas una sobre la otra.

Romelia permaneció sentada allí por las siguientes dos horas. Cada cierto tiempo, ella le abría los brazos solapadamente al informante, inquiriendo cualquier información, quien continuaba sin mirarla a la cara, aunque reconocía la señal y con la palma de la mano derecha una que otra vez le indicaba que esperara. Al menos, Romelia albergaba la esperanza que la persona a quien ella fue a ver, estaba en el recinto, pues nadie le había dicho lo contrario. Por el

otro lado, la ansiedad continuaba haciendo de la vida de Romelia un puro abismo, mientras esperaba allí, pues no sabía qué esperar y a quién esperar. El informante ni siquiera le había mirado a la cara. Era un tipo alto blanco y delgado pero fornido, de unos seis pies, sin una hebra de cabello en la cabeza. Llevaba dos tatuajes sobre la parte externa de ambos antebrazos. En el antebrazo izquierdo lucía un tatuaje de un escorpión rojizo bien definido en tinta azul y en el antebrazo derecho llevaba una tarántula color cobre bien definida en tinta negra. Tenía orejas grandes traslúcidas, nariz voluminosa y ojos pequeños con cejas copiosas. Hablaba en cortas frases, cuando lo hacía: *En el pasillo al fondo; siga a la derecha; siéntese y espere; no está acá; vuelva a llamar; si; no.* En el caso de Romelia, él sólo usó ademanes sin ni siquiera mirarla a la cara.

Ya era la una de la tarde. A Romelia ya le comenzaba a molestar el hambre, además de la ansiedad. Salió sin desayunarse desde Antón y ya no quería seguir saboreando mentas de las que había traído en su bolso. Todavía aquel extraño presagio de que moriría ese día le provocaba palpitos del corazón, exudación del lomo de la nariz y debilidad en las rodillas.

En el cerrar y abrir de ojo, Romelia se dio cuenta que ya el informante no estaba allí y que le había reemplazado una señora de aspecto juvenil y que muy por el contrario al informante, no se callaba de hablar por teléfono. Romelia la abordó para asegurarse que ella supiera que ella estaba esperando para conversar con el señor Mella Jiménez.

“Yo estoy esperando por el señor Mella Jiménez.” Dijo Romelia parada frente a la nueva informante. La muchacha le hizo seña que

esperara, con la mano, sin mirarla a la cara, mientras alcanzaba el teléfono y hacía una llamada. Tapó con la mano derecha el audio del teléfono y por primera vez miró a Romelia a la cara.

“Él está almorzando.”

Una hora más tarde, aproximadamente a las dos pasadas el meridiano, Romelia advirtió que la recepcionista hablaba por teléfono de nuevo y que esa vez la estaba mirando, por lo que sospechó que se trataba de una conversación en la que ella era parte; probablemente con Mella Jiménez. Fue cuando Romelia pudo observar que la informante balbuceó la pregunta “¿Se la mando?”, seguido por un gesto de la cabeza, asintiendo.

La recepcionista se paró y abordó a Romelia. “Doña Melín, dice el señor Jiménez que pase.” Dijo la informante parada frente a Romelia, mientras se frotaba las manos como si se las limpiase una con la otra.

“¿Dónde está él?” Preguntó Romelia al incorporarse y colgarse su bolso del hombro derecho.

“Él está en el almacén del hospital.” Respondió la informante mientras miraba a Romelia fijamente y sin pestañear.

“¿Dónde está el almacén del hospital?” Preguntó Romelia, percatándose que la informante la miraba y que la había llamado Señora Melín, su apodo. Esa observación le confirmaba que se trataba de Mella Jiménez, quien verdaderamente la mandara a buscar, por entender que probablemente sólo él en el hospital conocía su apodo y que quizás no se acordaba de su verdadero nombre, Romelia.

“Siga este pasillo y avance hasta el fondo. Al final hay una puerta de salida que sólo abre desde adentro. Salga al exterior del edificio principal y avance a la derecha hasta otro edificio más pequeño que

se divisa una vez usted sale. Ese es el almacén.” Explicó la informante todavía frotándose las manos.

Romelia avanzó por el pasillo. Aquel pasadizo parecía un subterráneo infinito de catacumba. Caminaba lentamente mirando de reojo hacia los lados las numerosas puertas con rejas de hierro. En cada puerta había uno o varios locos aferrados de las barras y tendiendo sus brazos y manos a través de las rejas hacia el pasillo, al sentir que alguien pasaba. Algunos estaban totalmente desnudos, cubiertos de mugre y hedor intoxicantes. A través de las rejas se veían otros en jaulas más pequeñas en el interior de los cuartos, amarrados. En algunos casos gritaban y soltaban alaridos y lenguarajes indescifrables, mientras otros abrían los ojos como fantasmas y sus miradas salían como flechas venenosas hacia el pasillo. A Romelia le dio aprehensión aquel ambiente y apretujó su bolso con los dos brazos contra su pecho y caminaba en el centro del pasillo para mantenerse fuera del alcance de las garras de los lunáticos. Mientras caminaba, ella se sentía como si flotara y sintió un fuego ardiente que le salía desde las entrañas, el que la hacía sudar profusamente. Al llegar al final del pasillo se sintió exhausta y ya estaba bañada en sudor. Cuando abrió la puerta, se sintió como si hubiera salido de una ergástula prendida en fuego.

Al salir del edificio principal, había una terraza cercada con una verja de cemento de unos tres metros de altura. Una pasarela de unos tres metros de ancho y tres metros de altura, cobijada de lona y anclada en barras de hierro, comunicaba el edificio principal con otro edificio más pequeño y mucho más rústico, al fondo y a la derecha de la terraza. Era el único edificio allí y estaba a la derecha como lo había indicado la informante, por lo que Romelia presupuso

que se trataba del almacén y se dirigió hacia allá. Romelia avanzó hacia el pequeño edificio mientras se secaba el sudor con un pañuelo que extrajo de su bolso. Las rodillas todavía las sentía débiles y el presagio de malaventuranza de que ese día moriría le resonaba en las entrañas como maleficio pernicioso. Aquella premonición se acentuó en su interior al acordarse en su subconsciente que la informante le había dicho que la puerta posterior del edificio por la que apenas ella había salido sólo se abría por dentro, por lo que se creyó, en cierto modo, atrapada. Se sentía como si se suspendiera en el aire cuando caminaba, tal vez en parte por el hambre, pues sólo había ingerido las mentas azucaradas de guardia que trajo en el bolso. Ella se detuvo, cerró los ojos y en silencio decidió ofrecer su letanía a Santa Eloísa: *“Alabada seas Santa Eloísa y tu misericordia se haga presente. Ten piedad de mí en tiempos de malaventuras. Apodérate de mi alma y alejas la desgracia de mi entorno con tu don divino, hasta que todo sea tu voluntad y haya sosiego dentro de mí.”*

Al abrir los ojos, le entró una indecisión sobre si debía regresarse o si seguía hacia aquel lugar que de repente le parecía misterioso y donde tal vez habría de vivir los últimos minutos de su vida; pero se acordó que la puerta del edificio a sus espaldas sólo abría por dentro.

14

Al llegar al almacén, tocó con sus nudillos varias veces la puerta de caoba. Giró el manubrio y se dio cuenta que la puerta estaba abierta. Tocó de nuevo, hasta que alguien le vociferó desde adentro que pasara. Abrió la puerta y entró. Al entrar, la puerta se cerró de golpe detrás de ella, provocándole casi un ataque cardíaco, pues aún no sabía desde dónde salió aquella voz que la invitara a entrar y que, obviamente, había desactivado el seguro de la puerta, para permitirle entrar. Había una antesala pequeña con un mostrador y un sillón de dos piezas. Sobre el mostrador había un monitor de computadora y un teléfono. A la derecha, había una puerta, la que parecía servir de acceso al interior del almacén.

“Siéntese, doña Melín.” Dijo la voz desde adentro.

Romelia se sentó en el sillón. La voz la había llamado por su apodo, por lo que se sentía segura que se trataba de Mella. De repente pensó que debería salir a la terraza y esperar que Mella saliera del almacén, en vez de sentarse allí sola en una antesala que lucía solitaria y hasta cierto punto tenebrosa. Al intentarlo, se dio cuenta que el manubrio de la puerta, inexplicablemente para ella, se había trancado, por lo que no podía salir.

“Para salir hay que disparar un dispositivo eléctrico, doña Melín.” Dijo la voz desde el interior del almacén. “Tiene que esperarme ahí.” Replicó la voz.

“Está bien, esperaré aquí.” Dijo Romelia mientras se regresaba al sillón y paseaba la vista alrededor de la antesala.

A Romelia no le causó sorpresa que la puerta sólo abriera con un dispositivo eléctrico, pero sí le causaba curiosidad el hecho que, al entrar, la puerta estaba abierta. Al echar un vistazo alrededor de la antesala, vio algunos cuadros con réplicas de varias pinturas de Monet, un calendario de pared y un reloj. Eran las tres de la tarde. Al seguir mirando alrededor, Romelia se percató que en la pared, encima de la puerta de salida, había un monitor de cámaras, aparentemente instaladas en el interior del almacén. La pantalla estaba dividida en cuatro sub-pantallas. En una de las pantallas, alcanzó a ver una persona que martillaba una caja que parecía ser de madera. Desde el sillón, Romelia no podía distinguir los detalles de la persona, por lo que optó por halar una butaca de metal y subirse para mirar más de cerca la pantalla. Fue cuando pudo hacer un descubrimiento que le cambiaría la actitud por el resto del día. Romelia pudo observar que el individuo que aparecía en la pantalla lucía dos tatuajes en sus antebrazos: uno era un escorpión rojizo y el otro era una tarántula color cobre. De inmediato se dio cuenta que aquel presagio de malaventura que ella moriría en las próximas horas, no era sencillamente un presentimiento dubitativo, era un plan de Mella Jiménez, el informante. Olió algo bien extraño. A Romelia la invadió súbitamente un sentimiento insólito de abulia, producto de una mezcla de sensación de intrepidez y resignación. Se transmutó; y se preparó para lo peor. Buscó en su cartera algún objeto para defenderse

del inminente ataque y se percató que apenas cargaba sus cosméticos, incluyendo su perfume favorito Giorgio Armani, el que le regalara uno de sus feligreses agradecidos, años atrás. Ni siquiera un cortaúñas o su limador de uñas, que a veces llevaba con ella, pudo encontrar; los había dejado en la casa.

A Romelia le comenzó a sudar el lomo de la nariz mientras esperaba, compasándose de una esquina a la otra. A los pocos minutos, a su espalda escuchó el gruñido dilatado de la aldaba oxidada de la puerta que daba acceso al interior del almacén, por lo que se giró de prisa. Fue cuando lo vio allí con una camiseta sin mangas y sudando profusamente. En silencio y con la vista fija hacia donde Romelia, se quedó por un momento inmóvil. Romelia comenzó a caminar hacia él y fue entonces cuando él avanzó con los brazos holgados hacia ambos lados para evitar la molestia del sudor profuso y mostrando las venas en cada brazo como una matriz de raíces gruesas azules. La cara le lucía roja como licopeno y los ojos intensos, en reflejo inequívoco de una determinación que mínimo habría de terminar con el ahorcamiento o la estrangulación fatal de Romelia.

“¿A qué vino usted aquí, Melín? ¿Es que no se han cansado de hacerme daño, usted y su marido, con sus negocios sucios y cretinos con Lucifer?” Vociferó Mella de manera estruendosa, inflando la garganta como camaleón iracundo. Le brotaron los ojos rojizos llenos de sanguaza como si destilara sangre. Romelia le suplicó que le diera tan sólo un minuto para explicarle.

“¿Dónde está Nena?” Preguntaba en llanto y con furia. “¿Dónde están los duendes sexuales con los que está mi madre? ¿Dónde están los duendes obreros? ¿Dónde está el brujo de la frontera? ¿Dónde están

las almas vendidas a Lucifer, por su marido? Preguntaba Mella sin dar la oportunidad a Romelia de que hablara. Fue entonces cuando en un movimiento brusco tendió sus brazos, simulando rígidos tentáculos gigantes de acero y agarró a Romelia por el cuello, aprestándose con furia con sus dedos de tenazas como si se tratase del cuello encebado de una anaconda energúmena. El cuello de Romelia sonó como si cada vértebra se quebrara en pequeñas piezas. Sin tener más tiempo para balbucear una sola palabra, Romelia soltó su bolso y perdió el conocimiento, colapsando en sí misma y cayendo bruscamente al suelo en medio de la antesala. Obviamente, Romelia había perdido el sentido y la capacidad de valerse por sí sola.

Mella se limpió las manos, frotándose las una con la otra, y se las olió. Le quedó en las manos la mezcla del perfume y el sudor de Romelia. El sonido seco de las vértebras de Romelia no le dejaba dudas a Mella que la había estrangulado y que si no había muerto, moriría en los siguientes segundos o minutos. El teléfono que estaba en el mostrador sonó. Mella avanzó hacia el mostrador, se inclinó y lo levantó, pero no dijo una sola palabra, mientras escuchaba la voz que le hablaba del otro lado. Era obvio que ya Mella planeaba sus siguientes pasos con el cuerpo de Romelia que aún yacía allí inmóvil. Finalmente colgó el teléfono y redirigió su mirada hacia el cuerpo de Romelia. De repente le pareció como si el cuerpo se hubiera movido, pero al quedarse mirándolo se percató que permanecía tendido sin vida con los brazos y el cuello torcidos. Fue entonces cuando Mella decidió sentarse en la butaca de metal cerca del cadáver a observarlo y a pensar por unos minutos.

“El que la hace la paga; si no la paga él, la paga su esposa o sus hijos, o sus sobrinos o compadres. Usted me la puso fácil hoy doña

Melín. Vino directamente a mí para que yo la ahorcara. Ahora la llevaré al cementerio y la echaré como una verdadera muerta en el sarcófago donde llevamos a mi madre el día que su marido la vendiera a Lucifer.” Rezongaba Mella mirando el cadáver de Romelia. Luego bajó la cabeza y se la sostuvo con las dos manos abiertas y los codos apoyados de ambas piernas. Ya menos agitado y hasta cierto punto complacido por una misión cumplida, Mella se levantó lentamente y abordó el cadáver. Con el pie derecho trató de mover la cabeza del cuerpo y fue cuando se dobló para poner un oído al ras con la nariz del cadáver para asegurarse que no respiraba.

De repente Mella sintió que una llamarada le perforaba los ojos. No pudo percatarse de donde llegó aquel ataque feroz. Trató de sujetarse del mostrador pero en tan sólo instantes sentía golpes contundentes secos y con furia. Lo golpeaban con la silla de metal en la nuca, en la frente, en las rodillas, en las manos y en los oídos. Sintió las punzadas precisas en sus genitales, hasta caer derribado al piso, inconsciente.

Cuando Mella levantó el teléfono la primera vez, Romelia, al borde de la asfixia y aturdida por el dolor en sus vértebras, casi desandando sus pasos y esperando que moriría en los próximos segundos, con la esquina de su ojo izquierdo ensangrentado pudo distinguir que Mella estaba de espaldas recostado del mostrador y con el teléfono a su oído izquierdo. Fue entonces cuando ella pensó que si alguna vez tenía que arriesgarse para salvar su vida eran esos siguientes diez segundos. Con la rapidez de una anaconda, pero con la cautela exacerbada de un gato salvaje, logró tender la mano derecha hasta su cartera, desde dónde extrajo su perfume Giorgio Armani, retrayendo el brazo de nuevo a su posición retorcida debajo de su propio cuerpo, similar a como había

caído derribada tan sólo unos minutos antes. Como pudo, tan sólo utilizando los dedos, le quitó la tapa al frasco de perfume y se preparó para aprovechar cualquier oportunidad para rociar los ojos de Mella. No pudo ser más precisa. En el primer intento de Mella, Romelia roció con su perfume Giorgio Armani, y con una rapidez espantosa, los ojos de Mella, quien sintió el alcohol de 95 grados del perfume como llamaradas que le perforaban los ojos. De inmediato, Romelia se incorporó y agarró la silla de metal que momentos antes se sentara Mella a contemplar su cadáver y comenzó a golpear con furia de loba aguerrida a Mella. Lo golpeó en la nuca, en la cara, en los brazos y logró punzarle los genitales hasta derribarlo inconsciente.

De inmediato, Romelia trató de encontrar el dispositivo eléctrico que desactivaba la puerta para escapar pero no lo encontró. Con pánico, consciente de que en cualquier momento Mella podía despertar y jamás tendría misericordia de ella, huyó hacia el interior del almacén y trató de encontrar el dispositivo de abrir la puerta. Fue cuando se dio cuenta que estaba encerrada allí y que aquella era una trampa de Mella para evitar que ella se escapara una vez dentro. Miró hacia todo el rededor y pudo ver la caja de madera que Mella construyó para sepultarla a ella. Corrió de vuelta a la antesala para usar el teléfono pero se dio cuenta que el teléfono estaba muerto y que Mella lo había cortado. El pánico la martillaba y ya no quería seguir golpeando el cuerpo de Mella, pues su intención no era matarlo, si era que aún estaba vivo. Se decidió arrancar el cordón del teléfono. Como pudo se las arregló y volteó el cuerpo de Mella bocabajo y haló los dos brazos y los ató en la espalda. También le amarró los pies y luego ató los brazos a su propio cuerpo.

Romelia se sentó en la butaca de metal con la que momentos antes golpeaba a mansalva a Mella y en la que Mella se sentara a contemplar el cadáver suyo, cuando la pensaba muerta. Le tomó el pulso y se dio cuenta que el corazón le latía, por lo que entendió que se trataba tal vez de un letargo temporal. Esa era también su expectativa, pues no quería que Mella muriera. Extendió con cautela la mano derecha y se la pasó por la cabeza. Miraba alrededor hasta que se encontró con el reloj que colgaba de la pared. Eran las tres de la tarde y treinta y ocho minutos. Al regresar la vista, fue cuando vio que Mella abría sus ojos moribundos y los dilataba, como si estuviera agonizando, en los últimos instantes de vida.

15

Las señales atestiguaban que Mella moriría en los siguientes minutos. Romelia le quitó los zapatos y las medias y comenzó a frotarle las plantas de los pies, mientras rezaba El Padre Nuestro, apenas moviendo los labios, muy apresuradamente.

“Hijo mío, no te mueras. Vine a verte con otros objetivos, no a matarte o a que tú me mataras. Vine a traerte palabras de aliento y entendimiento. Vine a servirte de oído atento.” Rezonaba Romelia mientras le frotaba la planta de los pies. Frotar los pies era una tradición ancestral muy común en Antón con la que se confortaba a los moribundos y se le pedía clemencia y plegaria a El Altísimo por la vida del enfermo.

Mella echó un gemido dilatado de dolor y se le vieron lágrimas rodar por las mejillas, mientras por primera vez, después de la golpiza propinada por Romelia, trató de mover sus extremidades.

“Mella, ¿me escuchas?” Preguntó Romelia, mientras se alejó un poco. Mella hizo de nuevo el intento de mover los brazos y los pies. Abrió los ojos a media y se le notaron rojizos. Los movía de un lado al otro y cerraba con fuerza los párpados, como si aún el efecto y la sensación a fuego ardiente del rocío del perfume de Romelia no se le

hubieran quitado por completo. Finalmente, Mella pudo dirigir la mirada hacia Romelia, encontrándose con su mirada, quien lo miraba apesadumbrada pero con cierta cautela, desde unos ocho pies de distancia, desde donde él yacía tendido en el piso, atado como borrego momentos antes de ser sacrificado.

“Mella, debes saber que estoy acá porque me importa tu bienestar. No tengo ni tendré ninguna intención de hacerte daño. Pensaste que me habías matado. Santa Eloísa quiso que no fuera así y me ha dejado vivir. Igualmente, te ha dejado vivir a ti. Nos ha dejado vivir para que nos escuchemos uno al otro.” Explicaba ella a Mella quien cerró los ojos de nuevo y dejaba caer lágrimas profusas hacia ambos lados de sus mejillas.

Romelia sacó un pañuelo de algodón que cargaba en su bolso y con mucha cautela le secó las lágrimas.

“¿Me escuchas?” Le preguntó cuando se encontró de nuevo con la mirada de él.

“Claro que la escucho.”

“Me alegra, pues nunca quise propinarte golpes.”

“Yo tampoco a usted.”

“Bueno, no es momento para dudar de las buenas intenciones tuyas y mías.”

“En el ínterin usted me tiene amarrado. Parece que sus intenciones son obvias.”

“No, mi hijo, te equivocas.”

“Entrégueme por completo a Lucifer, ¡no me humille!”

“¿A entregarte a Lucifer?”

“Lo que oyó.”

“No mi hijo, te equivocas. Escúchame.”

“Lo único que puedo hacer aquí es escucharle.”

Romelia echó unos pasos en la antesala del almacén por unos instantes y comenzó a explicarle a Mella su perturbación por los rumores y su interés de encontrar la verdad. Le contó los relatos de su prima Nereida, de su visita a la casa de Lucindo y su vida miserable por no entender todo aquel enredo que se complicaba cada día. Se consternó cuando hacía el recuento de aquella experiencia entre ella y Lucindo. Entre sollozos le pedía perdón por lo que a ella le tocaba en todo aquel enredo fantástico, por la muerte de Enemencia y por el dolor e infortunio que todo aquello le había causado a él.

A los pocos minutos se generó un silencio por unos cuarenta segundos. Romelia se secaba los ojos y con el mismo pañuelo le secaba los ojos a él.

“Suélteme Melín; a usted no le pasará nada.” Dijo Mella mirando a Romelia a los ojos.

Por un instante, Romelia se quedó bloqueada y no pudo decir una sola palabra. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz y se vio notablemente nerviosa.

“Le prometo.”

“¿Me prometes?”

“Sí, le prometo.”

Romelia avanzó un poco temerosa hacia donde yacía Mella. Se dobló y como pudo volteó a Mella hasta posicionarlo de lado y comenzó a desatar el cable de teléfono con el que lo había atado. Al terminarlo de soltar, Romelia se alejó un poco de Mella y lo miraba, arropada por una mezcla de nerviosismo, congoja y paranoia.

“Le dije que no le pasará nada.”

Romelia asintió con la cabeza.

“Gracias mi hijo.” Replicó Romelia.

Mella se incorporó y trató de caminar hacia donde estaba el sillón para sentarse. Al tratar de caminar, calló de nuevo derribado al suelo. Ella se apresuró a ayudarlo y logró conducirlo hasta el sillón.

“Veo todo dando vuelta.” Dijo Mella mientras se apretujaba los ojos. “Me duele un poco la cabeza, también.” Agregó.

“Lo siento hijo mío.”

“No es su culpa.”

Romelia fue y le trajo agua fría de un botellón de agua que reposaba en una fuente eléctrica. Mella se la tomó y se echó hacia atrás en el sillón. Ella lo miraba, mientras él miraba hacia el techo.

“Sólo quisiera afirmarte que no hay ningún negocio sucio de nuestra familia con Lucifer para vender gente o hacerle maldad a nadie. Si en algo creemos en nuestra casa es en Santa Eloísa, en el espíritu omnipotente y magnifico de Santa Eloísa. Su Santísima no permitirá que nada así tan horrible como vender las almas de nuestros vecinos y nuestra familia ocurra. Nosotros sólo sabemos hacer bien.” Rezongaba Romelia mientras Mella escuchaba, estirado hacia atrás en el sofá, las manos entrelazadas sobre su vientre y mirando hacia el techo, inmóvil.

Romelia le prometió a Mella que en la remota posibilidad de que Manuel Santana tenga esos negocios sucios con Satanás, ella descubriría la verdad y que expondría a Manuel Santana al castigo mayor que pueda existir, incluyendo revelar todos los detalles al mundo entero de tan aberrante conducta. Le prometió que oraría por él y que lo mantendría

informado. También le pidió que volviera a Antón a visitar a Lucindo, quien se encontraba solitario a la merced del desamparo.

“Usted me perdona; pero usted no se merece ese esposo.” Dijo Mella volteando la cara para mirar a Romelia a los ojos. Era evidente que ya Mella no sentía el mismo odio que en principio sentía por Romelia, pero seguía sintiendo el mismo aborrecimiento por Manuel Santana.

“Yo conozco la verdad.” Dijo él mientras se incorporaba, sujetándose de la pared.

Mella le contó a Romelia de sus propias experiencias y descubrimientos. Le contó a Romelia que la venta de gente, la venta de almas era un negocio real. La venta de gente eran transacciones entre Lucifer y sus parroquianos, quienes vendían sus familiares, amigos o vecinos a cambio de fortunas materiales, promesas y amuletos. Por lo general los vendidos eran mujeres muy saludables, como su propia madre Enemencia. Esas mujeres, después que supuestamente morían y los familiares las sepultaban, eran extraídas de sus tumbas y llevadas a otros lugares, a otras personas, quienes por lo general las usaban como esclavas sexuales. Los compradores de duendes sexuales pagaban a cambio sus mercancías, que podían muy bien ser dinero en efectivo, amuletos u otras fortunas como tierra y ganado. Se daba el caso que algunos traficantes de duendes simplemente hacían intercambios. Es decir, cuando un traficante estaba en necesidad de trabajadores de finca, podía vender a Lucifer mujeres para ser usadas sexualmente, para obtener hombres que habrían de usar literalmente como animales en sus fincas, igual que usar caballos, mulos, perros y vacas. En algunos casos, pero en números menores, algunas mujeres compraban duendes varones para tenerlos como máquinas sexuales secretas en sus casas.

Otros, con fantasías sexuales, hembras y varones, compraban duendes del mismo sexo.

“En realidad son animales, pues se les ha ido el alma y el raciocinio y actúan como meros animales.” Comentó Mella al final de su narración.

“¿Cómo lo sabes?”

“Vi a mi propia madre.”

“¿Dónde?”

“En la frontera.”

“¿La difunta Nena?”

“Mi madre. ¿Acaso no me cree usted tampoco?”

“Yo sí te creo, Mella.”

Mella suspiró y echó un par de pasos mientras se apretaba las sienes entre el dedo pulgar y el índice de la mano derecha. Romelia se dio cuenta que estaban entrando a un terreno resbaladizo. Se acordó de lo que le había contado Lucindo sobre el efecto que tuvo el hecho que toda la familia no le había creído cuando él contara sobre la venta de almas. Romelia no quiso mostrarse incrédula.

“Todo esto tiene base científica, Melín.”

“¿Ajá?”

“Sí.”

“Existe un pescado en el oriente que produce una toxina llamada Tetrodotoxina y otras sustancias ganglioplégicas, las cuales, si consumidas en una dosis altas, inducen una paralización de las señales eléctricas del cerebro humano, por unas cuarenta y ocho horas. Las víctimas parecieran como si estuvieran muertas. A las cuarenta y ocho horas se les debe suministrar oxígeno y otros tratamientos para que

puedan recobrar parcialmente sus funciones. Esas cuarenta y ocho horas son, por lo general, suficientes para que los familiares de las víctimas entierren a sus familiares, lo que aprovechan los traficantes de duendes para ir y extraer los supuestos muertos y llevarlos a un centro de restauración de duendes, a donde son condicionados para que recobren sus habilidades musculares y físicas pero se les atrofia la capacidad de raciocinio, quedando como si fueran literalmente animales.”

Mella hizo su relato muy calmadamente y con mucha seguridad, mientras Romelia escuchaba con mucho interés. Lo que ella acababa de escuchar no parecían ser comentarios absurdos y sin sentido. Muy por el contrario, independientemente de que fueran ciertos o no, eran razonamientos y convicciones muy firmes. Aquella postura firme y documentada de Mella comenzó a crear cierta ansiedad, sin embargo, en la mente de Romelia, pues independientemente de que fuera cierto o no, la verdad era que él lo creía, y esa era su verdad. A Romelia le comenzó a sudar el lomo de la nariz.

“¿Y qué tiene Lucifer que ver con todo esto?”

“Esa es una buena pregunta.”

“Tal vez usted está pensando que Lucifer tiene forma y tamaño.” Rezongó inquisitivamente Mella, mirando intensamente a Romelia, quien se sintiera expuesta y decidió dirigir la mirada hacia otro lado.

“¿Usted cree que Santa Eloísa tiene forma y tamaño?”

¡Oh mi hijo! ¿Como te atreves tú a comparar a Santa Eloísa con Lucifer?” Refunfuñó Romelia apretujando su bolso con el brazo izquierdo contra su pecho y frunciendo los entrecejos.

“Porque es lo mismo. Santa Eloísa está dentro de usted misma; en su buena fe, en su cariño, en su ser inocuo intrínseco. Eso la lleva a

usted a vestirse de gracia y buena voluntad para hacer bien. Y lo hace. Lo cual se traduce en bienestar para usted y para los que creen en usted y en la Santa Eloísa que usted lleva dentro.”

Esa vez Romelia encontró un sentido de verdad en lo que Mella acababa de decir, por lo que se quedó mirándole, en señal de que quería seguir escuchándole.

“Lo mismo ocurre con Lucifer. Lucifer no tiene forma ni tamaño. Lucifer está en la mente de gentes como Manuel Santana, Pedro Perdomo, Miguel Basilio y otros que han vendido y comprado duendes. Algunos lo han hecho de manera descarada para adquirir tierras y vacas, otros lo han hecho para adueñarse de un tropel de duendes sexuales, otros lo hacen tan sólo por promesas de que sus hijos se enriquezcan con el tiempo y por amuletos que los cuiden de las malas horas.” Explicó Mella mirando a Romelia, esperando que Romelia expresara algo. Romelia se quedó en silencio, pensativa mirando hacia el piso.

“¿Entonces crees que nuestra familia es parte de este negocio de duendes?”

“No.”

“Te agradezco que al menos no nos metas a todos en el mismo enredo, mi hijo.”

“Con esto no estoy diciendo que Manuel Santana no lo es.” Aclaró Mella.

Romelia respiró profundo y redirigió su mirada hacia otro lado, hasta encontrarse con el reloj de pared. Ya eran las seis de la tarde. Algunos gases le gruñían en el estómago y fue cuando se acordó que tan sólo había ingerido media docena de mentas de guardia que trajera de Antón. También se dio cuenta que se le estaban acortando las palabras

y se le estaba haciendo difícil seguir la conversación con Mella. Era evidente que Mella era un individuo lúcido y tenía una claridad de pensamientos muy profundamente enraizados en su interior, los cuales eran muy difícil de cambiar. Por el otro lado, ella había logrado que al menos él la excluyera de aquel enmarañe, o más bien que aislara a Manuel Santana de la familia.

Pero si había algo de lo que ella se acordaría por el resto de su vida de aquel día y de lo se sentiría muy orgullosa era el hecho de haberse escapado de la muerte. Mella la había dejado por muerta y de haberse dado cuenta que aún respiraba, la hubiera matado. Aquella llamada telefónica que le hicieran a Mella le salvó la vida. “Fue Santa Eloísa que llamó.” Pensó ella en sus adentros. Aquel pensamiento la hizo apresurar su salida de allí, pues no quería que le agarrara la noche o que Mella cambiara de actitud.

“Yo me voy a Antón, mi hijo. Te agradezco que me escucharas.”

“Gracias por venir, Melín.” Dijo Mella mientras se paraba del sillón. Caminó detrás del mostrador y buscó en una gaveta hasta encontrar una gorra, unas gafas de sol y unas llaves, presumiblemente de su vehículo o de su casa. Romelia empuñó su bolso y se paró al lado de la puerta de salida. Mella tomó las llaves en la mano. En el llavero, colgaba un dispositivo negro de unas dos pulgadas de largo y aproximadamente una pulgada de ancho. Mella rozó una pequeña placa que estaba al lado de la puerta, lo que causó un sonido seco. Entonces Mella hizo señas a Romelia que halara la puerta. La puerta abrió sin ninguna dificultad. Romelia respiró profundo y le dieron ganas de correr, pero se contuvo. Mella se puso las gafas y la acompañó en silencio hasta la salida.

“¿Quiere que la lleve a la parada de autobuses hacia el Sur?”

“No, gracias mi hijo.” Mi sobrino me viene a buscar para quedarme con unos familiares en La Capital hasta mañana.” Romelia mintió. Ningún sobrino y ningún quedarse en La Capital. La paranoia y el susto todavía estaban allí, detrás de su fatiga, debajo de su piel.

“Bueno, hasta luego entonces.”

“Hasta luego mi hijo. Que Santa Eloísa te bendiga.” Replicó Romelia con una sonrisa disimulada.

Por suerte y sin mucha dificultad, esa noche Romelia consiguió un empujón en un camión de transporte de maní que viajaba hacia el Sur. Llegó a Antón a las once y media de la noche. A cien pies de la casa, Romelia alcanzó a ver la luz tenue de la lámpara de kerosene de la sala, por lo que supuso que todavía la esperaban despiertos. Pero mientras se acercaba, la casa lucía en silencio por lo que pensó debía de abrir la puerta con mucho cuidado para no despertar los que ya dormían. Pero notó que la puerta no estaba cerrada con candado por fuera, lo cual hacía Manuel Santana, Robertina y ella misma cuando se decidían acostar en noches en las que alguien estaba todavía en la calle. Al escuchar los ronquidos de Manuel Santana, interpretó que a lo mejor Robertina esperaba aún despierta por ella, por lo que decidió tocar muy sutilmente con el nudillo del dedo índice. Entonces fue cuando escuchó que Robertina abría la puerta.

“¡Mamá! Ya yo me estaba preocupando.”

“Oh, mi muchachita. Gracias por preocuparse. Yo estoy bien.”
Dijo Romelia con voz baja.

“Juan Manuel apenas se acaba de dormir”

¿Oh sí?

“Sí. La estaba extrañando y dijo que la esperaría despierto.”

“Pobrecito.”

“Al final lo venció el sueño y lo llevé a dormir.”

“¿Estuvo bien en el día?”

“Sí, tan sólo fue en la noche cuando le echó de menos.”

“Oh bueno, ya me gastaré mi tiempo con él.”

“Cuando lo llevé a la cama, dijo que él no quería que a usted le pasara nada malo.”

“Ooooh” Rezongó Romelia ladeando la cabeza y poniéndose la mano derecha en el pecho, con una expresión de tristeza.

Robertina le había guardado una buena cena a Romelia y le tenía agua calentando a fuego lento para que se bañara. Romelia cenó y se bañó. Los ronquidos de Manuel Santana habían desaparecido, por lo que Romelia supuso que se había despertado con el murmullo. Esta percepción fue confirmada por el esgarro y la tos voluntaria de Manuel Santana, típica cuando él buscaba que se reconociera su presencia. Pero Romelia lo ignoró. Minutos después de la media noche, los ronquidos continuaron. Robertina ya había preparado su catre y Feliciano lucía estar en su tercer sueño. Romelia aprovechó la nostalgia causada por no encontrar a Juan Manuel despierto y el hecho que él la estaba esperando despierto para dormir con él, en el catre. Así lo hizo hasta el otro día tarde, cuando ya Juan Manuel y Robertina la despertaran. Juan Manuel porque la extrañaba y Robertina porque le quería dar la noticia.

“Mamá, murió el hijo de Lucindo.” Dijo Robertina a Romelia, parada frente al catre.

“¿Que dice?”

“Murió el hijo de Lucindo, el que estaba enfermo.”

¿Había un hijo de Lucindo enf ?” Romelia cayó en cuenta del significado de lo que escuchaba de Robertina. Saltó del catre en llanto y le pidió a Robertina que saliera del aposento y que se llevara a Juan Manuel.

“El que le decían Mella.” Dijo Robertina cuando cerraba la puerta del aposento.

“Oh mi Dios. Lo maté. Oh mi Dios, lo maté.” Pensó ella entre sollozos.

16

Ya eran siete años desde que Robertina se apareciera en la puerta de los Santana como un ángel perdido caído del cielo. Ella había traído magia y buenaventura en la vida de cada uno de los Santana y había crecido con una exhuberancia espectacular. A los dieciocho años, ya Robertina era una mujer completa que, para nunca haber ido a la escuela y no saber leer ni escribir su propio nombre, había crecido con una educación natural y unas maneras grandilocuentes. Ella ya había impactado profundamente a cada uno de los Santana, de alguna manera.

Con su llegada, Romelia se reencontró de pronto con su hermana Roberta, quien había muerto de repente cuando Robertina apenas tenía unos cinco años. Era su única hermana y cuando murió pareció como si el alma de Romelia se hubiera ido con ella. Por parecerse tanto a su madre, Robertina trajo con ella todas aquellas memorias de antaño y le dio otro sentido a la vida de Romelia, quien atravesaba en esos momentos por una situación personal y familiar de desespero. Cuando Robertina vino a la casa, Romelia todavía estaba buscando aquellos detalles que sus padres le habían pintado sobre Manuel Santana. El matrimonio de ella y Manuel Santana fue arreglado por sus padres, sin

ninguna opinión tanto de Romelia como del mismo Manuel Santana, cuando ella apenas tenía trece años. A los trece años, Romelia aún se creía niña y sentía deseo de seguir jugando con muñecas de trapo con su hermana Roberta. La llegada de Robertina, además de traer aquellas memorias endebles de su niñez, también le trajo una amiga y una confidente que nunca había tenido desde que se casara con Manuel Santana. La ternura y la gracia de Robertina indujeron en ella un espíritu de esperanza y fue cuando aquella noche de buena aventura llegara la hora misericordiosa a la cama de Romelia y tuviera el primer orgasmo de su vida con Manuel Santana, en veintitrés años, el que por obra de los santos espíritus resultara en el engendro de Juan Manuel. Aquella noche se sexo ardiente en la que Romelia se vistió de anaconda hasta casi asfixiar a Manuel Santana en la cama, quedó grabada en la memoria de Romelia como la noche que Robertina trajo la bienaventuranza a la casa. Romelia y Manuel Santana habían buscado infructuosamente un bebé desde que se casaran, al punto que ambos pensaban que no iban a poder procrear niños y el pretexto de Manuel Santana para preñar cualquier mujer que le pase por el lado, así que Romelia, en cierto modo, agradecía a Robertina el nacimiento de Juan Manuel.

Juan Manuel ya tenía siete años y muy por el contrario a Feliciano y Robertina, ya comenzaba a ir a la escuela. Él veía a Robertina como su hermana mayor, como su tía, como su niñera, como su compinche de juego y como su cómplice infantil. Ella se había convertido en la persona en la que Juan Manuel más confiaba y en los brazos de quien caía rendido dormido cada noche, antes de irse a la cama. No aceptaba que otra persona lo llevara y lo trajera a la escuela, algo que celebraban Romelia y Manuel Santana.

Para Manuel Santana, Robertina representaba aquel búfer de paz en la casa. Era la única persona que se preocupaba por él. Igual que Romelia, Manuel Santana sentía gratitud por la llegada de Robertina a la casa y la consideraba como una verdadera hija. Robertina tenía su rutina de mantener siempre café caliente preparado para él. Cuando él no venía a la cocina, ella lo buscaba entre los rejonos de su gallería y le traía café. Ella tenía rutinas similares con el desayuno, almuerzo, cena, agua caliente para bañarse, ropas limpias y conservas de naranja agria. Por supuesto que Manuel Santana nunca olvidaba que Robertina le había salvado la vida aquel día que lo desenterrara de una pila de trastes donde Romelia lo había enterrado cuando viniera a deshora de la noche, borracho como un infeliz. Él sentía un magnetismo genuino hacia Robertina y la mimaba, algo que nunca experimentó con Feliciano, su propio hijo de sangre.

Feliciano, por su lado, ya con diecinueve años, se había beneficiado grandemente de la llegada de Robertina, de su dulzura, de su consideración y su gracia. A ella le debía que todos los días se desayunara antes de irse a la hacienda, que a medio día almorzara a la sombra del bambú centenario y que en la noche encontrara cena, ropa limpia y una sonrisa pura. Romelia hubiera hecho lo mismo si no hubiera tenido que lidiar con Manuel Santana, sus malas costumbres, su gallería obsesiva y sus ronquidos de locomotora oxidada; pero era Robertina la que siempre estaba al mando de la casa.

En el caso de Feliciano, aunque ya a los diecinueve años él comenzaba a abrirse espacio en Antón, por su fama de barbero fino y por su atractivo físico con las mujeres, no era lo mismo en la casa de los Santana, principalmente porque todavía no se había ganado la simpatía

de Manuel Santana. Cuando estaba en la casa, Feliciano siempre lucía taciturno y nunca se sintió parte de la familia, por mucho y más que Romelia se lo acordara. “Tú eres el hijo mayor de la familia, Felo.” A cada rato le refería Romelia cuando lo sentía retraído. Usualmente, Feliciano no respondía o simplemente asentía con la cabeza. Él sólo venía a dormir a la casa. Se iba a las seis de la mañana, regresaba a la seis de la tarde, ya bañado, se cambiaba de ropas limpias y se marchaba hasta las once o doce de la noche. Aquella rutina de hombre más adulto, sin embargo, no le caía muy bien a Manuel Santana, quien siempre preguntaba inquisitivamente, y sarcásticamente: “Dónde está el hombre de la casa.” Los sábados trabajaba hasta medio día. El resto del fin de semana lo pasaba pelando amigos, vecinos y otros forasteros quienes conocían de sus dotes de peluquero fino y venían desde otras comarcas a que él los recortara. Él no recortaba por dinero. Aquellos que querían gratificarlo con pagas, lo hacían, incluyendo prendas de vestir, botellas de rones extranjeros, cigarros finos o utensilios y aperos de barbero. Pero a pesar de no cobrar por el servicio, Feliciano generaba mucho más ingreso que las dádivas que le proveía Manuel Santana por el trabajo arduo que él realizaba en la hacienda.

La expansión de la vida social de Feliciano, principalmente por su fama de peluquero, había traído un balance importante en su vida. Ese nuevo estilo de vida le inspiraba el establecimiento de rutinas de hombre más adulto como la de afeitarse, vestir mejor, ir a fiestas y comenzar a enamorarse. De la noche a la mañana, Feliciano se convirtió en uno de los más populares habitantes de Antón. Pero esta realización, también le trajo complicaciones, frente al régimen autoritario, arbitrario y de calamidades al que lo había sometido

su padre Manuel Santana desde que viniera a vivir con él a la edad de cuatro años. Ya Feliciano, por ejemplo, se había negado a seguir cuidando los gallos y sólo cumplía con el horario de trabajo en la finca. Como ya Feliciano era un adulto de diecinueve años, era muy poco lo que Manuel Santana podía hacer para forzarlo a que siguiera ayudándole con la gallería, además de cuidar la finca. Romelia, por su parte, apoyaba en su nueva actitud a Feliciano, lo cual facilitó que él poco a poco fuera ganando su independencia.

“Quiero comprar un caballo, Mamá.” Le dijo Feliciano a Romelia un día.

“¿Y por qué no te lo compras?”

“Sí, lo voy a comprar.”

Primero Romelia pensó que Feliciano le estaba pidiendo permiso. Luego llegó a la realización que a lo mejor Feliciano no tenía dinero para comprar el animal y que tal vez él se lo había referido pidiéndole implícitamente ayuda. Al día siguiente, un sábado de mañanita, Romelia se levantó para aprovechar cuando Feliciano se marchara a la finca.

“Aquí tienes, mi hijo.”

“¿Qué es esto Mamá?”

“Es para que te compres el caballo.”

“Gracias, Mamá.” Respondió Feliciano con voz baja, timorato y bajando la cabeza.

“No hay de qué. Es tú propio sudor. Aprovechas hoy que es sábado.” Rezongó Romelia cuando regresaba hacia el aposento. Romelia volvió a acostarse. Feliciano sólo abrió la funda de papel y vio el rollo de billetes.

A medio día, Feliciano llegó a la casa, bañado ya. Los sábados, como Feliciano sólo trabajaba la mañana, Robertina no tenía que llevarle comida a la hacienda. Comió la comida que Robertina había preparado, se vistió de ropas limpias y salió. Unas cinco horas más tarde, ya Feliciano estaba de vuelta, montado en un caballo rucio de ancas anchas y pecho erguido. Tenía una montura de cuero negro bien lustrado y un freno de suela con hebillas de acero. Las crinejas y la cola las tenía bien recortadas. El corte del caballo era el estilo típico de Feliciano; con demarcación y uniformidad casi perfectas, el mismo estilo que él imprimía a los gallos de Manuel Santana y a aquellos a quienes él recortaba. Feliciano lucía formidable desde lejos, montado en su caballo, con sombrero de pana, guayabera blanca de algodón, pantalones de kakis, zapatos de cuero negro puntiagudos y unas espuelas de acero que refractaban la luz del sol como dos estrellas resplandecientes.

“¿Y quién es éste?” Dijo Manuel Santana, con cara de incredulidad cuando se dio cuenta que se trataba de Feliciano.

“¿Es que ya se cree un hombre?” Agregó.

“¿Cómo que se cree un hombre? Él es un hombre.” Vociferó Romelia desde la cocina. “De hecho, él es el verdadero hombre aquí en esta casa. Los demás somos mujeres, niños y vividores.” Agregó Romelia con un sarcasmo letal.

“Lo que quisiera saber es dónde encontró este bandido dinero para comprarse tan hermoso animal, con tan caros aperos.” Rezongó de nuevo Manuel Santana, ignorando a Romelia.

“Si a preguntar fuéramos, yo le preguntaría a usted ¿dónde encontró usted dinero para comprar tantos gallos, los zapatos que lleva puesto,

la comida que se come, los vicios mundanos de degenerado que se da y la cama en la que duerme?” Preguntó Romelia de manera enfática con las manos descansándolas en su cintura. Manuel Santana la ignoró y se quedó mirando hacia donde Feliciano, quien se acercaba con una sonrisa que se advertía de lejos.

¡Omnipotente Santa Eloísa! Hay que tener paciencia. Este señor se cree que es una gran cosa, no se da cuenta que el pobre muchacho es que lo ha mantenido por los últimos diez años, y aún así ese mal agradecido ha sometido al pobrecito a toda calamidad habida y por haber y ahora hasta siente celos porque el pobre esclavo se ha ganado la voluntad de todo el mundo porque no es mezquino y cicatero como él y ni siquiera necesita dinero para conseguir cosas porque la gente hasta le brinda lo que él quiera porque es un alma de Dios, desprendido y buen mandado, no como él que la gente ni siquiera lo quiere ver pasar por sus casas, a menos que sean prostitutas para emborracharlo y sacudirle los bolsillos o los chupa sangres y soquetes vividores, los que le han ido comprando la tierra por botella de ron cuando él sucumbe ante el aberrante vicio de faldas; es que no se da cuenta que parece un pordiosero que sólo porque mis padres perdieron el juicio y arreglaron mi matrimonio con él pudo encontrar alguien con quien casarse y ahora se cree que porque ha heredado unas territas y tiene unos dos o tres gallos tiene derecho a dictar lo que otros tienen que hacer o no hacer, si ni siquiera él se vale por sí propio, ¡válgame omnipotente Santa Eloísa y protéjame! y déme la fuerza para dejarlo plantado como un infeliz para que lo mate la mugre y se quede tieso en una de esas borracheras en las que pierde el juicio y se orina en los pantalones, para que no pueda abrir la boca ni creerse que es la gran mierda.” Romelia emitió una de sus enérgicas retahílas, aunque

se arrepintió porque tanto Robertina como Juan Manuel estaban allí, si bien encandilados por lo imponente que lucía el caballo de Feliciano.

“Nunca lo enseñé a cortejar con lo ajeno.” Rezongó Manuel Santana.

“¡No creo que usted le haya enseñado a hacer nada a Feliciano! Parece que usted no se acuerda que lo único que Feliciano ha recibido de enseñanza es la de trabajar como un animal, no porque usted lo haya inspirado sino porque usted lo ha obligado bajo el azote descomunal de un fuate de cabuya y nailon.”

Se generó un silencio entre los dos.

“Él me dijo ayer que se compraría un caballo hoy. Así que no creo que él esté galanteándose en un caballo ajeno”

Manuel Santana inhaló aire tres veces por el lado izquierdo de la boca, como solía hacer cuando lo embargaba la ira y el enojo. Se ajustó el colín que eternamente llevaba en la cintura, mientras se perdía en la infinidad de sus rejonos de gallo.

Feliciano terminó de llegar. Amarró el caballo del tronco de uno de los almendros del patio de la casa y se acercó hasta donde estaban Romelia, Robertina y Juan Manuel. Romelia lo esperó con una sonrisa contemplativa, descansando sus manos sobre la cintura. Feliciano mostraba sus dientes blancos como algodón en franca complacencia.

“Lo compré Mamá.” Dijo al llegar.

“Eso veo.”

“Ya yo lo tenía visto.”

“Eso me imaginaba.”

Romelia miraba el caballo de arriba a bajo. Robertina también estaba embelesada.

“¿Qué te parece, Tina?” Le preguntó Feliciano a Robertina.

“Me parece grande y bonito.” Replicó Robertina en contemplación.

“Te lo prestaré.”

“No creo que yo me raje a lo macho en un caballo, pero me alegra que tengas en qué ir a ver las novias.”

“¿Por qué no, Tina?” Preguntó Romelia. “Usted puede hacer lo que le venga en gana, mi muchachita. Rajarse a lo macho en un caballo no es un privilegio o un derecho que le pertenece sólo a los hombres.” Agregó.

Todos lucían contentos con la nueva adquisición de Feliciano, incluyendo a Juan Manuel quien caminaba alrededor del caballo, mirando cada detalle del animal como si jamás hubiera visto uno, mientras Robertina tenía que sujetarlo para que no le pasara por debajo al animal.

“Se llama Brinco.” Dijo Feliciano, mientras se montaba de nuevo en el caballo y salía a galopes. “Nos vemos más tarde.” Vociferó mientras se alejaba.

Aquella demostración de independencia de Feliciano, no le había caído nada bien a Manuel Santana. Le causó también resentimiento el apoyo irrestricto de Romelia a Feliciano. El resto del fin de semana lo pasó retraído y silencioso, sin salir de la gallería a menos que fuera para irse a bañar y acostarse. Se auto exilió en la gallería, consumido por un arrebato exacerbado. Como siempre, Robertina lo abasteció de agua, café y comida. Romelia no le echó de menos.

El lunes siguiente, Manuel Santana se levantó inusualmente temprano, se colgó su machete, se puso sus botas de gomas y su sombrero

de pana de alas anchas y se fue a la hacienda. A las siete de la mañana, ya Feliciano estaba hacienda adentro. Era una mañana fresca y de cielo azul. Los rayos dorados de la alborada se estrellaban contra el rocío de los arbustos y creaban con la refracción un espectro multicolor que, junto a las melodías de verbena de lasavecillas mañaneras, configuraban una verdadera fuente de vida y de alivio al alma. No para el alma de Manuel Santana, quien ese día despertara intoxicado por un resentimiento profundo y una soberbia impetuosa contra su propio hijo.

Aunque ya Feliciano se había dado cuenta que Manuel Santana se acercaba, él siguió halando con fuerza una azada bien afilada y que al raspar el suelo con ella, dejaba escapar un sonido similar al de una navaja al rozar un cuero cabelludo. Aquel sonido distinguible y armonioso de su azada bien afilada, junto al susurro polifónico de la finca, eran el combustible que mantenía a Feliciano moviéndose, como una locomotora humana, cada día, de seis a seis, de lunes a sábado.

Manuel Santana terminó de llegar y se paró a unos doce pies de Feliciano, sin decir una sola palabra. Él miraba a Feliciano a través de la parte de arriba de sus ojos, con la cabeza retraída hacia abajo y con los brazos descansados en ambos lados de la cintura. Feliciano, por su lado, continuó raspando el suelo como lo había estado haciendo desde antes que el sol despuntara. Seguía allí como un robot programado. Las venas de los brazos las tenía tensadas como garganta de camaleón en asecho, los músculos de los antebrazos lucían robustos como atleta fornido en plena acción. Seguía sin reconocer la presencia de su padre, empapado de sudor y con la respiración apresurada. Emanaba un sudor espeso y grasoso por sus sienes como si ya sintiera la hoguera de un sol a mitad de cielo.

“¡Te haces como si no me vieras!” Dijo Manuel Santana todavía con los brazos descansándolos en ambos lados de su cintura. Sus ojos color canela le brillaban y reflejaban un antagonismo incuestionable. Fue entonces cuando Feliciano se paró, con la respiración apurada y limpiándose el sudor de la frente con el revés de la mano derecha. El pecho le subía y le bajaba al inflar sus pulmones para inhalar y expulsar más aire. Con una determinación inusual y mucha confianza miró a Manuel Santana a los ojos. Nunca que Manuel Santana le hablaba, Feliciano le miraba a los ojos, pues mirarlo de frente y a la cara eran señales de irreverencia, según entendía Feliciano a partir de las enseñanzas del mismo Manuel Santana, desde que llegara a la casa de los Santana, hacía ya quince años.

“¿Por qué me ignoraste?”

“No lo he ignorado.”

“¿Por qué no te paraste, cuando llegué?”

“Porque usted no me lo pidió.”

“¿Tenía que pedirte?”

“Usted mismo me ha pedido que trabaje duro; es lo que trato de hacer todos los días.”

“¿Dónde encontraste dinero para comprar ese animal?”

“Había estado ahorrando por los últimos dos años.”

“¿De dónde?”

“De los trabajos como peluquero.”

“¡Crees que me vas a engañar, buen bandido!” Vociferó Manuel Santana inhalando aire repetidamente por el lado izquierdo de la boca y a través de la dentadura, como lo hacía cuando se enfadaba de mala manera; algo que reconocía Feliciano. “¡Como peluquero no te ganas

ni con qué comprar una menta! Agregó Manuel Santana con la voz alterada mientras daba una vuelta alrededor de Feliciano como lo hace un gallo en busca de pelea con otro gallo.

“Alto ahí, señor Manuel José Santana.” Exclamó Feliciano soltando la azada de golpe al suelo y con evidente soberbia, en una forma que nunca antes había mostrado a su padre. El hecho que Feliciano llamara a Manuel Santana por su nombre completo agregó furia al tono enérgico con que él se expresó.

Manuel Santana se paró, mirando de reajo a Feliciano de arriba abajo, también en expresión de enojo. Feliciano hacía lo propio con la respiración todavía agitada, generándose un corto silencio entre los dos. Todo indicaba que era inminente una trifulca física entre hijo y padre.

“¿Se ha usted dado cuenta que mi nombre es Feliciano Valdez?, no Feliciano Santana. Es obvio que no llevo su apellido, aunque lastimosamente sí su sangre.” Rompió Feliciano el silencio. “Usted sólo le abrió las patas a mi madre para preñarla, y como cobarde al fin, desde que nací se lo ha tragado la indiferencia, la arrogancia, la apatía y la irresponsabilidad. Ni siquiera por misericordia me ha prestado su apellido. No que lo necesite ni lo desee, pero por alguna razón no llevo su apellido.” Se expresó Feliciano con algo más que sudor en los ojos.

Esas palabras le salían desde adentro y Feliciano se veía con la garganta anudada al decirlas. Manuel Santana se quedó estupefacto ante la rebeldía súbita de Feliciano y no podía creer que aquel era su hijo dócil, el mozuelo tímido que hacía todo lo que él le pedía por casi quince años, desde que viniera a vivir con él a la edad de cuatro años.

Pero era inevitable aquella sublevación, producto de una soberbia que había ido acumulando Feliciano por el trato inconsiderado de Manuel Santana y las calamidades casi de esclavo a las que él lo expusiera por los últimos diez años.

“Usted no tuvo ni un aserrín de coraje o una pizca de humanidad para acompañar a mi madre a la fiscalía y tan sólo decir allí: *sí, yo le abrí las patas a esta mujer y engendré a este miserable muchacho.*” Agregó Feliciano en franca insubordinación y resignado a enfrentar a su padre napoleónico en cualquier terreno.

“Oh, y déjeme decirle: esta debe ser la última vez que usted me llame bandido. No soy bandido, aunque abundante ejemplo de cómo serlo he tenido.”

“¿Te has vuelto loco?”

“No me he vuelto loco.”

“Tú no me puedes hablar así viviendo en mi casa.”

“Lo que le he dicho le duele no porque viva en su casa, sino porque es la verdad. La verdad duele.”

“¡Eres un mal agradecido!”

“Lo único que le he dicho son un par de verdades. No lo he desconsiderado como ser humano, como lo ha hecho usted conmigo y mi madre.”

“Te pido que abandones esta propiedad. No podemos coexistir dos hombres en la casa.”

“No hay problemas.” Le contestó Feliciano mientras levantaba la azada del suelo y se la pasaba a Manuel Santana. Manuel Santana se quedó inmóvil. Feliciano echó la azada a un lado y se retiró calmadamente. Abandonó la hacienda y se fue a la casa. Al llegar a

la casa, todavía Romelia y Juan Manuel dormían. Robertina seguía haciendo oficios en la cocina y preparaba a Canuta para irse a buscar agua al río. Pero ella no se percató que era Feliciano quien había regresado de la hacienda. Ella pensó que era Manuel Santana que había regresado y se disponía a trabajar en su gallería. En el ínterin, Feliciano ensilló a Brinco y echó sus ropas en una funda plástica y la amarró del carapacho del caballo.

“Tina, me voy.” Vociferó Feliciano ya montado en el caballo. Robertina reconoció la voz y se acercó a la puerta de la cocina, secándose las manos con un pedazo de tela.

“¿Qué?” Replicó Robertina protegiéndose la cara de la luz del sol para poder mirar hacia arriba del caballo y hablar con Feliciano, ya montado en Brinco.

“Le dice a Mamá Melín que me voy de la casa.”

“¿Qué te vas de la casa?”

“Me voy a vivir a Barranca, con mi hermano.”

Ya con un poco de pesadumbre al ver a Robertina y casi al llorar, Feliciano salió galopando con los ojos húmedos y se perdió en una niebla de polvo.

17

Por la forma en que Feliciano salió en su caballo, su voz trémula y la expresión de su cara, Robertina entendió que algo serio estaba pasando. No pudo soportar la amargura y por un buen rato no paró de llorar desde que él saliera galopando, hasta que llegó Manuel Santana de la hacienda, con los pantalones mojados de rocío.

“¿Por qué lloras, Tina?”

“Feliciano se fue de la casa.” Contestó en llanto.

“No se preocupe Tina que nosotros estamos acá. No le pasará nada a usted ni a nosotros. Usted ha crecido con buena enseñanza y buena costumbre.” Explicó Manuel Santana mientras dispensaba café en una tasa. Le dio una palmadita en la espalda y luego se perdió entre los infinitos rejonos de su gallería. Al notar que Manuel Santana tenía los pantalones húmedos de rocío y había traído con él la azada que ella suponía Feliciano estaba usando en la hacienda, Robertina comenzó a amarrar cabos y llegó a la conclusión que los motivos y la partida de Feliciano debieron haberse originado en la hacienda, en algún desacuerdo entre Manuel Santana y él.

“Mamá, se fue Feliciano.” Dijo Robertina parada frente a la cama y tocando con la punta de los dedos a Romelia, quien aún dormía.

“¿Qué?” Preguntó Romelia un poco confundida.

“Se fue Feliciano a vivir a Barranca, con su hermano.” Replicó Robertina mientras se limpiaba los ojos con el revés de la mano derecha.

Todavía dormitando y azorada, Romelia le frotó el brazo izquierdo a Robertina con las puntas de los dedos de su mano derecha, mientras se frotaba los ojos con la punta de los dedos de la otra mano. Robertina se quedó por un momento parada frente a la cama donde aún yacía Romelia, pero al ver que ella no reaccionaba con exaltación como esperaba Robertina, se retiró hacia la cocina. Quiso darle a Romelia un espacio para que se despertara. Romelia se levantó lentamente, ayudó a Juan Manuel a que se preparara para la escuela y salió del aposento. Encontró a Robertina en la cocina notablemente afligida. Le pasó la mano por la espalda y le pidió que fuera a llevar a Juan Manuel a la escuela. Romelia dispensó café humeante en una tasa. Parada apoyada de la plataforma del fogón, lentamente comenzó a tomarse su tasa humeante de café, soplando el efluvio aromático en dirección hacia la infinidad de la hacienda.

Para Romelia, era un lunes de parsimonia. A lo lejos se veía el horizonte ininterrumpido y la arboleda del valle se perdía en la lejanía. La cordillera central se veía vestida de un azul impecable y las palomas rompían el silencio con sus aleteos de pereza, reaccionando al resplandor de un sol de primavera que comenzaba a adueñarse del día. Una brisa suave se abría paso por las rejas de la cocina y los gallos de Manuel Santana habían pausado su trinar armónico. Romelia se quedó allí parada solitaria, soplando la neblina balsámica de su café entre sorbo y sorbo, dejando escapar su mirada bien lejos y dejándose

seducir por un sentido extraño de sobriedad que la embargaba. Era un poco inexplicable para ella, y por supuesto para Robertina, que ella reaccionara tan indiferentemente a la partida de Feliciano. Pero ella sabía que su partida era uno de esos eventos predecibles y esperados y que, en su interior, había pasado de la mejor forma. Romelia se quedó allí, distraída e imbuida en un mundo sin estridencias hasta que Robertina vino de llevar a Juan Manuel.

Robertina seguía apesadumbrada. Al verla así, Romelia la abordó y le dio un abrazo.

“Fue lo mejor que pasó, mi hijita.” Le susurró Romelia mientras le echaba el brazo y la invitaba inclinando la cabeza a dar una caminata. Caminaron de mano hasta el bambú centenario.

“¿Usted quería que él se fuera?”

“No, mi hija, Jamás.” Dijo Romelia.

Robertina aguardó por un momento. Romelia se quedó pensando por un instante.

“Era esperado que Feliciano algún día iba a tener que irse. Tener que aguantar ese hombre es más que un sacrificio.”

“¿Cuál hombre?”

“Oh, Manuel Santana”

“Feliciano se merecía mejores cosas. Ha estado trabajando como un animal desde que tenía nueve años. Él es que ha mantenido esta hacienda y la gallería de Manuel Santana. Lo que ha recibido de él han sido insultos y un tratamiento inhumano.”

Robertina no comentó nada por un buen rato, sólo escuchaba a Romelia. Pero contrario a Romelia, Robertina se llenaba cada vez más de pesadumbre con las analogías y explicaciones de Romelia, al

punto de romper en llanto. Por un momento pensó que a lo mejor ella misma no había sido justa con Feliciano y comenzó a sentirse culpable. También pensó que ese día fue Feliciano pero que otro día habría de ser ella y que a lo mejor Romelia también pensaba lo mismo acerca de ella, de que tarde o temprano tenía que salir de la casa, como lo había hecho Feliciano. Aquellos pensamientos espontáneos y muy ingenuos de Robertina se magnificaban como tornado, cada minuto, hasta sobrecargarla emocionalmente. Sin poder detener un llanto que parecía la haría colapsar en cualquier momento, Robertina se cubrió la cara con sus manos. Ella siempre pensó que hacía lo mejor posible por y para todo el mundo, incluyendo para Feliciano. Desde que llegara a la casa de los Santana, nunca se imaginó vivir en otra casa que no fuera aquella donde llegara cuando su padre Tadeo la abandonara a los once años. Contrario a Feliciano, ella no tenía donde irse ni con quien vivir. Sólo pensar en que algún día tenía que irse la aterrorizaba.

“Siéntese aquí mi princesa.” Le dijo Romelia apuntando hacia una hojarasca al tronco del bambú. Robertina se sentó, sujetándose las rodillas con los antebrazos y mirando lejos.

“Usted no tiene nada a qué temerle, mi hija. Usted es mi hija y nadie, nunca jamás, le pedirá a usted que salga de la casa. Diferente a Feliciano, usted es mi sangre, lo que me da el derecho a defenderla en cualquier terreno. Con Feliciano, aunque sentía el mismo amor por él, yo no tenía el derecho de sangre para defenderlo. Y, aunque me duela en el alma que él se haya ido, yo sé que ha sido lo mejor que le ha pasado a él. Ese hombre no tiene compasión ni sentido humanitario para lidiar con gente. Él sometió a Feliciano a todas las calamidades habidas y por haber. Por eso es que creo que Feliciano estará mejor en

otro lugar, donde le reconozcan su valía. Conmigo, Manuel Santana no puede hacer nada y nunca me dejaré subyugar por él porque aquí la batuta la llevo yo. En el caso suyo, él se siente atraído por su encanto y dulzura, por lo que no creo que nunca le haría daño. Él sabe que usted es la única en la casa que lo atiende sin pretextos. Por otro lado, él sabe que usted es mi protegida y tengo el derecho de sangre para protegerla en cualquier terreno.”

Robertina asentía con la cabeza y comenzaba a sentirse mejor. Ambas se quedaron allí al amparo de la sombra del bambú centenario, en silencio, por un buen rato. El sonido seco del crujir de las varas de bambú, al mecerse por la fuerza de la brisa suave, se hacía sentir a las espaldas de ambas. Robertina asimilaba las analogías de Romelia y poco a poco se recobraba, mientras involuntariamente dejaba su imaginación rodar. Por primera vez se le ocurría pensar en su vida más allá de vivir con Romelia y Manuel Santana. Ya ella tenía dieciocho años, su cuerpo era muy diferente a cuando apenas tenía once años. Había pasado el período de la pubertad, los senos los tenía voluminosos y cada mes su cuerpo atravesaba por un ciclo fisiológico distinto, sugestivo y predecible. Por primera vez imaginó que algún día tendría que casarse y tener hijos. Para tener hijos primero tenía que tener sexo. Nunca se había puesto a pensar en el perfil de aquel varón con quien ella se casaría y mucho menos con quien ella tendría sexo. Por supuesto que nunca se casaría con un hombre tan ogro como Manuel Santana. Aquel pensamiento la hizo concebir la idea de nunca casarse y aborrecer a los hombres. Nunca quería abominar a su marido como Romelia aborrecía a Manuel Santana. Idealmente, se casaría con alguien como Feliciano. Contrario al sentimiento de rechazo a los hombres que se insertaba

en su interior cuando pensaba en Manuel Santana, en sus adentros se prendía una impresión de atracción y afección cuando pensaba en Feliciano. Pensaba que con alguien como Feliciano ella pasaría toda una vida feliz y campante. Se imaginó los dientes blancos como algodón de Feliciano cuando le sonreía cada vez que ella iba a llevarle el almuerzo a la hacienda. Se imaginaba el sudor de Feliciano cuando él empapaba por completo su camisa, el sombrero de pana, o cuando el sudor rodaba en granos por su frente quemada por el sol y sus sienes como si se echara un cántaro de agua cristalina en la cabeza. Se acordaba de la avidez con la que él se comía el almuerzo en silencio y dejando perder su mirada en el sinfín de la hacienda. Se imaginaba la musculatura de Feliciano cuando levantaba el arado y sonaba el fute, o cuando halaba la azada con la fuerza de un rinoceronte. Se imaginaba el perfume aromático y sus ojos pequeños, su semblante tímido, su piel quemada por el sol y su pelada a ras de cráneo. Se imaginó la bondad de Feliciano, su desdicha, su soledad y su presencia. Pero aquella idea tan candente de los hombres al pensar en Feliciano le causó cierta repulsión, pues después de todo él era su hermano. Aquellos pensamientos espontáneos la hicieron reaccionar y mirarse ella misma de arriba a bajo. “¿Qué es lo que yo estoy pensando?” se dijo a sí misma. Echó un suspiro y se paró. Fue cuando vio a Romelia con la mirada perdida y por primera vez en su vida le vio dos lágrimas rodar por la mejilla. Robertina se dio cuenta del momento y dirigió la vista para disimular.

Romelia también se dejó arrastrar por la imaginación. Se acordó cuando ella y su hermana Roberta, la madre biológica de Robertina, compartían secretos. A Roberta nunca le gustó la idea que Romelia se casara con Manuel Santana, sólo por complacer a sus padres. Ya habían

pasado treinta años desde aquella primera vez que su madre Romelina le dijera que Manuel Santana iba a ser su marido. A la edad de once años, era poco lo que ella podía hacer en contra de la voluntad de sus padres. A esa edad sus padres comenzaron a arreglar su matrimonio con los padres de Manuel Santana, precisamente a la edad de Robertina cuando ella se apareciera como un ángel perdido a la puerta de la casa de Romelia. A la edad de trece años, Romelia fue entregada a los padres de Manuel Santana. Desde aquel día de primavera y de desventura, Romelia había vivido un deseo de sus padres, no sus propias aspiraciones. Ya a la edad de cuarenta y un años, treinta de los cuales los había vivido en aquel mundo ajeno, sentía un peso descomunal de culpabilidad y resentía en lo más profundo de su ser aquella decisión de sus padres, principalmente de su madre Romelina quien fuera la que le informara sobre la decisión de ellos de casarla con Manuel Santana. Pero al pensar en aquella experiencia, la sorprendía la realidad de haber procreado a Juan Manuel con Manuel Santana, a quien adoraba y no quería tintar su amor por él. Por el otro lado, pensar en su propia experiencia la obligaba a proteger a Robertina y luchar por su buena ventura.

Romelia y Robertina se tomaron de las manos y se regresaron a la casa. Luego Robertina se fue al río con Canuta y Romelia se empeñó en hacer los oficios de la casa ese día. Lavó la ropa, barrió y roció los patios y cocinó arroz, frijoles y carne de cerdo. Hizo limonada con mucho hielo para cuando Robertina viniese. Ese día, en general la casa se sentía silenciosa. Manuel Santana sólo salía a orinar desde el sinfín de sus rejones de gallo. No fue hasta cuando Robertina regresara del río que él pudo almorzar y tomar café. Él y Romelia no hablaron sobre la partida de Feliciano. Romelia no le preguntó porque ella sabía las

razones por las que Feliciano se había ido y Manuel Santana no refirió el tema porque él pensaba que Romelia era cómplice de Feliciano.

Ya en la noche, los gallos tomaron su pausa nocturna y se pararon de trinar. La brisa de la estación revoloteaba el cobertizo de palma de la casa y la ausencia de Feliciano comenzaba a disiparse en los albores de la resignación. Manuel Santana se fue a dormir temprano y comenzó sus ronquidos acostumbrados. Le siguió Juan Manuel. Romelia y Robertina, se hicieron compañía una a la otra por un buen rato hasta la noche tarde.

“Mi hija, voy a dormir en el camastro nuevo de Feliciano.” Dijo Romelia calmadamente y sin reflejar descontento y refiriéndose a un camastro que ella misma le había comprado a Feliciano unas semanas antes para que él dejara de dormir en la hamaca.

“¿Quiere que se lo prepare?”

“No mi hija, yo lo hago.”

Robertina asintió.

“Le voy decir una cosa, mi muchachita.” Dijo Romelia mirando un candil de aceite que reposaba sobre la mesa de la sala, sin pestañear y entrecerrando los ojos.

“¿El qué Mamá?” Replicó una expectante Robertina.

“Nunca deje que alguien le dicte lo que usted tenga que hacer, aún cuando sea yo, o su futuro esposo, o sus hijos.” Pausó Romelia. “Haga lo que usted crea que la hará feliz a usted, cuando usted se sienta que lo deba hacer, no cuando otros la presionen para que usted lo haga. Pero siga siendo la misma persona que usted es hoy: trabajadora, dulce, honesta, considerada, limpia, responsable, sensible, compasiva, humana.” Romelia pausó de nuevo pero todavía mirando

encandiladamente el farol, al tiempo que Robertina la miraba y esperaba muy atentamente.

“Agregue otras tres cosas: determinación, fortaleza de espíritu y confianza en usted misma. Si así lo hiciera, usted no debe tener reparo en seguir su instinto y disfrutar su vida, con mesura pero a plenitud.”

“Así será Mamá.” Dijo una Robertina confiada en lo que le expresaba Romelia, aunque sin entender todo el contexto de tales expresiones.

Robertina preparó su catre y Romelia preparó el camastro donde ella dormiría. Ambas se acostaron en la pequeña sala de la casa y casi a la par dejaron escapar un suspiro profundo y quedaron dormidas, emancipadas, en el regazo de la ternura y la gracia de una y otra. Pero aquel día insólito de desenlace inesperado quedaba marcado en la memoria de Robertina por la partida de Feliciano, el hermano fortuito de infortunio que el destino le había traído, pero también por el comienzo del auto descubrimiento, y la creencia firme de que ya ella era una mujer adulta. Fue aquel día, en los últimos siete años, que Robertina pensó por primera vez que eventualmente tendría que irse de la casa de los Santana. Para Romelia, aquel día de parsimonia quedaba marcado por una súbita resignación y la irrevocable realización de que desde ese mismo día no sería la esposa de Manuel Santana, aunque por supuesto seguía siendo la inquebrantable madre de Juan Manuel y de Robertina. Precisamente por aquella resignación espontánea pero profunda, casi inexplicable, desde esa misma noche, dejó de aborrecer a Manuel Santana, porque ya no sería su mujer, y porque él seguía siendo el padre de su hijo Juan Manuel.

18

Descendía una llovizna fina, casi imperceptible en el valle. Eran las nueve de la mañana de un día sin sol, víspera del día de los muertos. No era raro que el día de los muertos lloviera en Antón, pero casi nunca el día antes solía llover. Era la creencia campesina que el día de los muertos el cielo lloraba, pero que el día antes las ánimas perdidas en el purgatorio sonreían bajo el cielo azul. Los arbustos escurrían un rocío cristalino y lucían como si sufrieran de modorra. A Romelia le agarró el sueño. Ella no solía dormir tan tarde. Además de sentirse decepcionada por quedarse dormida tan tarde, lo que a Romelia le causó más extrañeza fue que Robertina, aún en un día triste, a esa hora todavía no hubiera preparado desayuno y dado vida a una casa que sin ella era una catacumba de muertos. Sobre todo, se encontró raro que la puerta de la sala, la que miraba hacia la cocina, aún estaba completamente cerrada, aunque sin aldaba y el catre de Robertina lucía imperturbado como si nadie lo hubiera usado la noche antes. Usualmente, Robertina dejaba esa puerta semiabierta. Manuel Santana todavía roncaba como locomotora oxidada y Juan Manuel dormía en su catre en el aposento, lo cual era también raro pues Robertina era muy diligente en levantarlo y desayunarlo. Romelia sintió una corazonada

presagiosa y la invadió una inaudita premonición, pues ella y Robertina se habían acostado simultáneamente la noche antes. Así lo hacían desde que se fuera Feliciano y desde que Romelia renunciara a su papel de esposa de Manuel Santana y decidiera dormir sola en el camastro de Feliciano. Abrió la puerta que miraba hacia la cocina y observó bien la calzada de piedra que conectaba la casa con la cocina y no vio huellas recientes que se dibujasen sobre el suelo mojado por la llovizna. Se puso una toalla en la cabeza para evitar las briznas finas de la lluvia y avanzó hacia la cocina. El fogón estaba apagado y no había rastro de Robertina. Miró hacia el monte y se percató que allí estaba Canuta amarrada como de costumbre al tronco de uno de los almendros, lo que eliminaba la posibilidad que Robertina tal vez se habría ido al río más temprano que de costumbre. Romelia se quedó parada inmóvil y pensativa por unos instantes. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz a pesar de la frescura de la mañana y sintió un exaspero terrible que se diseminaba como corriente eléctrica desde su cerebro hasta invadir cada célula de su cuerpo. Aquella sensación de desespero exacerbado se tornaba cada vez más intensa, particularmente porque de todos los pensamientos lúgubres sobre Robertina que le llegaban a la mente, ninguno apuntaba hacia una dirección que le fuera familiar a ella. Pensó que algo terrible le había pasado. Le temblaban las rodillas, todo el cuerpo le exudó y comenzó a ver el mundo dando vueltas. En medio de aquella transmutación emocional descomunal, Romelia se vio forzada a restringir un intenso deseo extraño que le salía del mero centro de sus entrañas y se agarró con fuerza de la plataforma del fogón, hasta que finalmente no tuvo otra opción que dejarlo salir. Fue un ataque orgásmico intenso y vigoroso que inexplicablemente le produjo aquel estado de ansiedad y aflicción

provocado por la ausencia repentina e incomprensible de Robertina. Romelia sólo hubiera experimentado otro orgasmo similar en toda su vida, el que sintió aquella noche de buenaventuras cuando concibió a Juan Manuel, precisamente la noche de aquel día cuando Robertina se apareció por primera vez en la casa.

“¿Que le hizo a la muchacha?” Vociferó con furia estruendosa Romelia en el aposento, frente a la cama donde todavía dormía Manuel Santana.

Romelia había entrado al aposento en total arrebató y haló la sábana, con la que se arropaba Manuel Santana, por una esquina y lo desarropó. Manuel Santana, desorientado y todavía aletargado por el sueño se puso las manos en la cabeza para evitar los escobazos de Romelia. Manuel Santana corrió hacia la sala y luego hacia la cocina aún en calzoncillos de pijama para evitar el ataque de Romelia. Ella lo persiguió hasta la cocina.

“¿Que qué le hizo a la muchacha?, viejo sinvergüenza y perverso.” Continuaba vociferando Romelia. “Primero hizo que se fuera Feliciano y ahora se va Robertina, por su culpa, viejo charlatán.”

Manuel Santana gesticulaba con los hombros, los brazos y la cara tratando de extraer más información de Romelia. A esa hora, todavía Manuel Santana no sabía que Robertina no había amanecido en la casa.

“Robertina.” Dijo Romelia mirándolo intensamente.

“¡Yo no le he hecho nada, ni le haré nada nunca a Tina! ¡Ella es la única persona a la que nunca intencionalmente yo ofendería! ¿Dónde está ella?” Replicó Manuel Santana mientras pasaba la vista alrededor tratando de encontrar a Robertina, notablemente perturbado.

“¡No la va a encontrar porque no está aquí!” Dijo Romelia con menos ira, pero con más pesadumbre, mientras por primera vez ese día le brotaban unas lágrimas densas y cristalinas. Ella interpretó, de la expresión de Manuel Santana, que había sinceridad de su parte, aunque no podía olvidar aquella lista negra de venta de gente que la prima Nereida le hablara y que luego Mella, el hijo de la difunta Enemencia, le confirmara, de la que ella y Feliciano formaban parte. Pero también se acordó que Robertina no estaba en la lista. Por otro lado, se reconcilió con la idea que Robertina no se había muerto y que tal vez, al igual que Feliciano, simplemente se habría ido de la casa.

Manuel Santana se fue apresuradamente al aposento y se vistió. Luego caminó alrededor de la casa y se perdió en el monte a través de la arboleda y los arbustos, buscando en desespero para eliminar la posibilidad que Robertina estuviera por allí agonizando o su cadáver estuviera tendido lavado de rocío y sangre, al sigilo de los perros. Romelia también se vistió y desde la sala miraba a Manuel Santana, mientras éste ensillaba su caballo para visitar algunos vecinos e ir a La Sabana desde donde había venido Robertina, siete años antes, y donde aún vivía Tadeo, su padre y algunos de los familiares. Romelia sintió algo de simpatía por Manuel Santana al verlo notablemente perturbado y genuinamente preocupado por el paradero de Robertina. Se arrepintió de haberlo corrido de la cama y de los escobazos que le propinara, forzándolo a correr del aposento vistiendo tan sólo pantaloncillos y saltar corriendo hacia la cocina como un avestruz pelón. Fue la primera vez que lo vio preocuparse por otra persona, similar a como lo hacía por sus gallos.

Manuel Santana salió, trotando en su caballo, sin decirle nada a Romelia. Pero ella entendió que él iba en busca de Robertina o de

alguna información que indicara su destino. Romelia entró de nuevo al aposento y abrazó con fuerza a Juan Manuel, quien recién despertara. Fue entonces cuando escuchó un ruido parecido a las pisadas de un caballo que se aproximaba a la casa. Pensó que tal vez Manuel Santana se había devuelto porque se le habría olvidado algo. Se tomó unos minutos para ayudar a vestir a Juan Manuel, pero pronto se percató que el ruido del caballo se había detenido en la puerta. Entonces fue cuando escuchó el expelo vigoroso de la nariz de un caballo que por la cercanía del sonido, Romelia de inmediato se dio cuenta que se trataba de un visitante a la puerta de la casa. La curiosidad la hizo apresurarse a salir a explorar. Cuando se asomó a la puerta de la sala que miraba hacia la cocina, entonces fue cuando lo vio. Era Feliciano, en su caballo rucio fornido, con carapacho de cuero, usando espuelas de acero, guayabera azul de mangas largas, sombrero de pana, zapatos bien lustrados y una pelada bien al ras. A los veinte años de edad, y un año después de aquella desafortunada trifulca entre él y su padre Manuel Santana, cuando se campearon como papazotes aguerridos en medio de la hacienda, Feliciano lucía ya un verdadero adulto. Romelia no lo podía creer que Feliciano luciera tan guapo y saludable.

“¡Feliciano! ¿Eres tú?” Preguntó Romelia con la boca abierta en completo embelezo.

“La bendición Mamá.” Replicó Feliciano, pidiendo la bendición a Romelia, como era la costumbre en el campo y como siempre él lo hacía cuando vivía en la casa con ellos. Miraba hacia el suelo, desde aquel corpulento animal.

“Dios le bendiga mi hijo. Se ve genial. ¿Dónde ha estado?” Preguntó Romelia con el entrecejo fruncido y los ojos de sorpresa.

“No sabe usted cuánto le he echado de menos. He sufrido mucho este año, después de su salida. Nunca imaginé que ustedes se insultaran como dos particulares.” Replicó Romelia haciendo referencia a aquel enfrentamiento entre Feliciano y Manuel Santana que provocara que Feliciano abandonara la casa. “Pero no fue su culpa, mi hijo. Usted hizo lo correcto en abandonar un lugar donde no se le valorara por la gran persona que es usted. De hecho, yo sabía que a usted le iba a ir muy bien si algún día saliese de la casa, por su disciplina, su decencia y su dignidad.” Agregó Romelia, bajando la voz y mirando lejos hacia la hacienda. Feliciano la seguía mirando y la escuchaba con detenimiento. “Hasta yo misma me he sentido culpable. Debí haberlo protegido más y jugármela por usted con más determinación.”

“No sé por qué se siente culpable. Usted siempre estuvo ahí por mí, Mamá.” Dijo Feliciano.

“Para completar mi penuria, mi hijo, hoy . . .”

“Yo me la llevé, Mamá.” Interrumpió Feliciano, mirándola a la cara y con inusual confianza. “Ella huyó anoche conmigo y vivimos juntos ahora.”

Romelia hizo un gesto con la cara y con los hombros en expresión que no entendía lo que Feliciano le decía en un principio. O no quería entender lo que escuchó. Feliciano se quedó en silencio, mientras el caballo acomodaba su postura moviendo sus dos patas delanteras. Ya el sol por primera vez en el día comenzaba a penetrar su luz, como bruma dorada, a través del manto cirroso que cubría el valle desde las primeras horas de la mañana. El cernidillo presagioso que caía al irse el alba ya había desaparecido. Romelia se acercó más hacia el caballo, descansó la mano derecha en la cintura y con la otra se protegió los

ojos de la luz de sol, para poder mirar hacia arriba a Feliciano, quien todavía permanecía sobre el caballo.

“Mi hijo, lo que le quería decir era que Robertina . . .”

“Robertina se fue conmigo y será mi mujer y yo su marido.”

Interrumpió Feliciano de Nuevo.

“¿Qué?”

“Mamá, Robertina se fue conmigo anoche y viviremos juntos.”

Dijo Feliciano con la voz seca y baja, hundido en la timidez que lo caracterizaba pero con evidente intrepidez.

¿Que Robertina está con usted, mi hijo?

“Sí.”

“Pero ustedes son hermanitos”

“No Mamá, ahora somos más que hermanos”

Romelia bajó la cabeza, reveló una sonrisa espontánea y echó un suspiro profundo. Miró hacia la carretera para percatarse que Manuel Santana no regresaba. También miró hacia la puerta del aposento para asegurarse que Juan Manuel no viniera. Se acercó más hacia el caballo y posó la mano derecha sobre la pierna derecha de Feliciano.

“¿Cómo está Tina, Felo?” Preguntó Romelia en voz baja y mirando a Feliciano mientras se protegía la cara del sol con la mano izquierda.

“Ella está bien. Me dijo que le pidiera perdón y que le dijera que usted siempre estará en su corazón.”

“¿Y dónde vivirán?” Preguntó Romelia sin poder esconder la aflicción y detener el llanto.

“Vivimos por ahora en Barranca, en un rancho en la finca dónde yo trabajo.”

“¿Dónde vivirán luego?”

“Haremos una casita acá en Antón, a la orilla de la carretera.”

“Mi hijo, usted debe irse lo más rápido posible, antes que llegue usted sabe quien.”

“Yo no tengo miedo, por eso vine.”

“Yo lo sé, por eso creo que usted debe irse y dejar que yo maneje la situación con Manuel Santana y con Juan Manuel.”

“Sólo quiero saber si usted quisiera que vengamos para el besamanos a celebrar la unión de Robertina y yo con usted y Juan Manuel.”

“Claro que sí, mi hijo. Esa celebración la haremos aunque yo tenga que amarrar a Manuel Santana y atarlo en un cepo.”

“Sólo por usted y Juan Manuel lo haríamos.” Dijo Feliciano, quien no había cambiado su semblante tenso y formal desde que llegara. Parecería como si estuviera programado.

“Me alegra que ustedes se hayan encontrado uno al otro.”

“Gracia Mamá.”

“Ustedes se merecen uno al otro y estoy segura que no estarían en mejor compañía que con ustedes mismos, uno y otro.”

“Gracia Mamá.”

“Ahora debes irte mi hijo. Yo me encargo del resto.”

“Gracias Mamá, nos veremos el domingo. Vendremos Tina y yo a celebrar.”

“Muy bien Felo, yo me encargo del resto. Dile a Tina que mande a hacer el vestido que a ella le venga en gana, para la celebración del domingo. Yo lo pagaré.”

“Gracias Mamá, no le puedo aceptar que usted le compre el vestido de la fiesta a Tina. Ha sido mi ofrecimiento a ella, comprarle

su vestido de besamanos, en caso que usted aceptara que viniéramos a la celebración.”

“Bueno, me encargaré entonces el aprovisionamiento de Tina cuando tenga su primer bebé.”

“Aceptado.”

“Muy bien, ahora debe irse mi hijo.”

“Me iré Mamá.”

Feliciano salió a galopes en Brinco, quien disparaba brumas de lodo hacia atrás con sus uñas, hasta perderse en la lejanía.

19

La mirada sin pestañear de Romelia perforaba la brizna de luz tenue que caía en el valle, hasta perderse en la infinidad de la hacienda. En su semblante estropeado se dibujaba una sonrisa leve, hasta que Juan Manuel viniera y la abrazara por las piernas.

“Juanchi, tengo una noticia para ti.” Le dijo Romelia a Juan Manuel, levantándolo y llevándose al pecho.”

“¿Qué?”

“Tina y Feliciano viven junto ahora. ¿Te acuerdas de Feliciano?”

“Sí. ¿Y vamos a visitarlos?”

“Claro que sí, pero primero ellos van a venir a visitarnos, el próximo domingo, para celebrar que ellos viven juntos.”

“¿Oh sí?”

“Sí. El domingo. Así que te voy a comprar ropas nuevas para celebrar el domingo.”

“¡Oh no, yo quería visitarlos a ellos hoy mismo!”

“Okay: no iremos a visitar a Tina y a Felo hoy pero te llevaré a visitar a tu amigo Nano.”

“¿¡A mi amigo Nano!?”

“Sí, nos iremos ahora mismo.”

Con su segunda intención, Romelia llevó a Juan Manuel donde su vecino Ezequiel. Ella no quería que Juan Manuel presenciara el posible enfrentamiento entre ella y Manuel Santana cuando todo se supiera sobre la unión marital entre Robertina y Feliciano.

Romelia sentía una inexplicable mezcla de angustia y alivio al saber que Robertina y Feliciano estaban juntos. Fue una total sorpresa. Nunca se lo imaginó. Por un lado ella sabía en lo más profundo de su ser que no había nadie más adecuado para uno y el otro que Robertina y Feliciano. Era la combinación perfecta. Pero por el otro lado le daba revoltura de estómago pensar que Robertina y Feliciano eran hermanos, aunque ciertamente no de sangre. Sin embargo, ella sentía la gran responsabilidad de jugar aquel juego, cuyas piezas eran la moralidad, la realidad, conveniencia, felicidad, el amor, la culpabilidad y el sentido común. Conciliar aquellas piezas armónicamente era su gran desafío; y ella lo sabía y estaba dispuesta a jugarlo. La primera impresión era que aquello era una aberración moral que se casaran dos hermanos; aunque ciertamente, no de sangre. Por otro lado, era una realidad aquella atracción amorosa súbita, que tal vez había nacido espontáneamente y como instinto de supervivencia o necesidad, que sintieran tanto Robertina como Feliciano, a la que nadie, absolutamente nadie, llámese la misma Melín o Manuel Santana, tenía el derecho de anteponerse. Era aquel laberinto de emociones, aquel dilema sentimental e intelectual en el que se había sumergido Romelia con la noticia que le trajera Feliciano. Ella también sentía un gran peso de culpa, para bien o para mal, pues aunque era su convicción que Robertina y Feliciano ambos eran sus hijos, en realidad no lo eran. Romelia se cuestionaba a sí misma y se preguntaba si tener a Feliciano trabajando, literalmente como un

verdadero esclavo, en la hacienda, bajo la opresión indolente, y expuesto a las peores calamidades de Manuel Santana, eran condiciones de vida que ella toleraría para un hijo de sangre suyo. La respuesta, en sus más adentros, era un absoluto no. Lo mismo se preguntaba sobre Robertina. ¿Dejaría ella a una hija de sangre suya trabajar literalmente como una criada, haciendo todos los oficios de la casa, buscar agua al río, hacer los mandados de la casa, atender a Juan Manuel, atender a Feliciano y a Manuel Santana y hasta atenderla a ella misma? La respuesta era un inequívoco y absoluto no. Encima de eso, tanto Feliciano como Robertina jamás habían ido a la escuela, algo que Romelia hubiera hecho posible si se hubiese tratado de sus propios hijos de sangre. De hecho, ya a la edad de siete años, Juan Manuel estaba inscripto en la escuela. Aquel choque con la tumultuosa pared de su propia culpabilidad la hizo cobrar un sentido firme de realidad. Se convenció que las palabras, los sentimientos y presunciones frívolas no fueron suficientes, de manera determinante, para proteger e influenciar positivamente las vidas de Feliciano y Robertina. Ella pudo haber sido menos cobarde y traducir los sentimientos en acciones que a la postre hubiera provocado que ellos se sintieran protegidos y se vieran a sí mismos como verdaderos hijos y hermanos. Era evidente que lo que ella no hizo por ellos, fue más que lo que ella hizo y que ahora les tocaba a ellos mismos hacer sus propias vidas y moldear sus propios destinos. Estaba en sus propias manos hacer lo que ni Romelia ni Manuel Santana pudieron hacer por ellos.

Paradójicamente, aquel torbellino de pensamientos cruzados y el tremendo peso de culpa llevaron a Romelia a un estado mental mucho más definido y a la decisión firme que la única opción responsable y moralmente correcta era que ella y Manuel Santana apoyasen a Feliciano

y a Robertina y con su apoyo tratar de recuperar un poco del terreno perdido. “Es lo más justo.” Pensó Romelia, mientras se preparaba para cuando llegara Manuel Santana y hablaran sobre la noticia.

Manuel Santana finalmente se acercaba en su caballo. Por la lentitud del caballo y el semblante demacrado de Manuel Santana, Romelia se dio cuenta que él o ya sabía la noticia y se sentía devastado ya o no había recavado ninguna información y se sentía igualmente devastado.

“Nadie me ha podido dar noticia.” Dijo un Manuel Santana visiblemente afligido y sin que Romelia le preguntase.

“Ya yo lo tengo todo averiguado.” Dijo Romelia mientras dispensaba café en una tasa y se la pasaba a Manuel Santana. Él se quedó atónito, no porque Romelia le comenzara a dar la noticia, la cual no lograba entender, sino porque por muchos años, Romelia no le hubiera servido café.

“Siéntese aquí para que hablemos.”

Manuel Santana se sentó, muy dócilmente, en silencio y soplando el café humeante, mirando expectantemente por encima del efluvio aromático a Romelia.

“He llevado a Juan Manuel donde Ezequiel para que usted y yo hablemos.”

Manuel Santana hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza en señal de que le escuchaba.

“Debemos reconocer que nosotros no tratamos a Feliciano y Robertina como verdaderos hijos de sangre.”

“No entiendo.”

“Quiero decir que tanto Feliciano como Robertina tarde o temprano tenían que seguir con sus propias vidas y que tal vez nosotros pudimos

haber hecho más por ellos, en la misma magnitud que ellos hicieron por nosotros.” Agregó Romelia. “Así pudieron ellos haberse quedado con nosotros por más tiempo o, mínimo, hoy tuviéramos fuerza moral para jugar un papel en sus vidas.”

Manuel Santana todavía seguía sin entender, pero de pronto se dio cuenta que por un lado Romelia sabía del paradero de Robertina y por el otro lado que ella no lo estaba culpando sólo a él de la partida de la muchacha.

“¡Yo siempre he apoyado a y apoyaría a Tina! ¿Pero qué sabe usted de su paradero?”

“Ellos están juntos.”

“¿¡Qué?!”

“Lo que escuchó. Están Juntos.”

“¿Juntos cómo?” Preguntó Manuel Santana inhalando aire intermitentemente a través de su dentadura del lado izquierdo de la boca. Sus ojos le cambiaron de marrón a verdes grisáceos como si comenzara a perturbarse. Romelia observó su perturbación y rápidamente trató de manejar la situación.

“Óigame Manuel. Si en realidad usted ha querido y quiere a Tina y si por obra de la misericordia siente algún tipo de sentimiento paternal por su verdadero hijo de sangre, tiene que comprender que desde ahora, sólo nos debe importar la felicidad de ellos. Son nuestros hijos, y con mayor razón ahora tenemos que apoyarlos porque vivirán juntos y procrearán nuestros nietos.”

“Entonces lo que usted me está diciendo es que Tina se fue . . .”

“Sí, se fue con Feliciano, nuestro hijo.”

“Por eso fue que lo vi cuando venía que galopaba en su caballo, con los dientes afuera, pintados de blanco, con felicidad evidente.”

“Sí, él vino a preguntar si deseábamos besamanos, el domingo.”

“Yo recibiría a Tina mil veces.”

“Los recibiremos a los dos, mil veces.”

“Le compraré el vestido de besamanos, pero no creo que le daré mi dinero al traicionero ese.”

“Tina no necesita dinero suyo. Ya me lo advirtió Feliciano.”

“¿Y cómo sabe usted todos esos detalles?”

“Si insinúa usted que he sido parte de todo esto, se equivoca.”

Refunfuñó Romelia alterando un poco la voz.

“No estoy diciendo eso.”

“Okay. Ahora sólo nos queda organizar la gran celebración del domingo.”

“Bueno, si el bandido ese se opone a que yo le compre el vestido a Tina, no sé en qué yo pueda ayudar.”

“La ayuda que necesito suya es que se comporte y que me deje organizar la gran celebración.” Dijo Romelia finalmente mientras se paraba de la silla y caminaba hacia el interior de la casa.

Romelia asumió en cuerpo y alma la celebración de aquella unión entre sus dos hijos. La noticia se había diseminado como pólvora por todo Antón, y la gente murmuraba sobre aquella aberración. Pero Romelia se había encargado de ir diluyendo las especulaciones y los chismoteos. Fue casa por casa a hablar de la gran celebración de la unión marital de aquella extraordinaria pareja. Al llegar el fin de semana, ya ella había reservado la orquesta de acordeón de Manolito,

el tuerto talentoso de la provincia quien había hecho toda una vida de un acordeón ancestral más viejo que él mismo. Romelia también había reservado la rondalla de la iglesia y había identificado unas veinte niñas de Antón, a las que les había comprado vestidos púrpuras de seda con ruedo en encajes dorados y cuellos bordados a manos para que sostuvieran flores y regalos a la llegada de los maridos. Le pidió al padre Nicanor Ponce, padre de la diócesis de La Maguana que aunque no se tratara de una boda formal, que viniera a bendecir los nuevos maridos. Mandó a sacrificar un toro, diez chivos, cinco cerdos y dos centenares de gallinas. Preparó veinte tanques de cincuenta y cinco galones con hielo y refrescos, diez cajas de aguardientes y dos quintales de golosinas. Aunque Manuel Santana no había participado en la preparación de aquella fiesta estruendosa, se había mostrado dócil y apacible, como se lo pidiera Romelia.

Por sus lados, Robertina y Feliciano también se preparaban. Feliciano había podido hacer unos ahorritos, aunque no con la intención de casarse con Robertina, pero ahora le servían para ello. Los ahorros le eran suficientes para comprarle el vestido y él mismo comprarse guayabera, zapatos y sombrero nuevos.

20

Aquella noche que Robertina huyera de la casa con Feliciano, ellos se habían visto ese mismo día en la mañana. Robertina estaba en el río con Canuta, como lo hacía todos los días, buscando agua. Desde que Feliciano se fuera un año antes, no se hubieran visto. Robertina se comenzaba a sentir sola. No se había acostumbrado a salir a visitar amigas porque tampoco las tenía. No tenía amigos y el tiempo no le daba para hacer ninguna vida social aunque los tuviera. Por demás, era tímida. A los diecinueve años, nunca había ido a la escuela, donde por lo general se comenzaban a tejer las amistades y los primeros amoríos. Ese día, auspiciosamente, al único que extrañaba era su amigo y hermano con quien había compartido infortunios, Feliciano. Pero por razones extrañas que ella misma no podía explicar, ella se sonrojó cuando pensó en Feliciano. Se acordó cuando se imaginó a Feliciano, aquel día que él se fuera y que ella y Romelia hablaban de él, hacía un año. Se lo imaginó ahí bien cerca con dentaduras perfectas y blancas color algodón, sus ojos pequeños, su guapeza, su musculatura y su bravura. Ella se lo imaginaba como la referencia física y varonil del hombre que ella algún día le hubiera gustado encontrar. Tal vez porque Feliciano era el único hombre que ella había visto de cerca, y lo había

visto empapado de sudor, templando un par de toros al amparo de un sol domador, y lo había oído cantar en la hacienda, y conocía de su timidez pero también de su coraje y su humanismo. Se acordó de aquel acto de sublevación contra Manuel Santana y su imagen cuando se perdía en el polvo que levantaban las patas a galope de Brinco. Aquella caracterización de Feliciano que ella se forjó desde aquel día se quedó en su memoria como la referencia del hombre con quien se casaría. Por supuesto que nunca pensó en Feliciano, como el hombre con quien al final se casaría. Tampoco pensó que precisamente, ese día, ella habría de ver a Feliciano.

Feliciano, por su lado, también tenía un año que no veía a Robertina. Ese día, por algún juego telepático o por predestinación, él también le echó de menos, no porque sentía ninguna atracción amorosa sino por la afección de hermandad y por lo bondadosa que fue Robertina con él en sus años de penurias y esclavitud en la finca de Manuel Santana. Ese día, Feliciano ensilló su caballo, se puso una boina negra, su guayabera blanca y se fue al río, donde él sabía que por seguro había de ver a Robertina. En efecto, allí encontró a Robertina. Ella cargaba el carapacho de Canuta con latas y calabazas de agua. Cuando Feliciano y Brinco se acercaban y que Robertina advertía a través del encandile del sol aquella silueta que le era conocida y que momentos antes se imaginaba, el corazón casi se le paró. Dejó caer la lata que subía al carapacho de Canuta y se pasó la mano apretujadamente por la cara para percatarse que verdaderamente se trataba de Feliciano.

¿Feliciano, eres tú? Vociferó Robertina con la respiración agitada.

“Soy yo mismo.”

“¿Y qué te trae por aquí?”

“Tenía deseo de verte, Tina.”

“¿Y dónde has estado?”

“Trabajando en Barranca.”

“Oh, ¿y te vas bien?”

“Sí.”

Feliciano se dio cuenta que la Robertina de ese día no era la Robertina que él había dejado desde hacía un año. Ella había cambiado físicamente todo un mundo. Se peinaba y vestía como todo una mujer. Lucía un moño a la altura de la nuca, como lo hacía Romelia, se untaba grasa de cacao en los cabellos, olía a colonia con una aroma de primavera y los senos se le habían vuelto voluminosos como vejigas sopladas, de los cuales él alcanzaba a ver los pezones sudorosos desde su caballo. Como Robertina había dejado caer una lata de agua cuando se dio cuenta que Feliciano se acercaba, Feliciano bajó del Caballo para ayudarla a subir la lata. También le ayudó a subirse sobre Canuta. Feliciano olió de cerca aquella fragancia con aroma a primavera que salía del vestido mojado a sudor y agua de Robertina. Al ayudarla a subir, de repente Feliciano se dio cuenta que su mano derecha reposaba sobre la pierna izquierda de Robertina. Su corazón le palpitó en augurio de bienaventuranza y también Robertina sintió el palpito elocuente de su corazón que le vibraba agitadamente. Ruborizada con la cara color a licopeno, Robertina paró de respirar por un momento y miró a Feliciano. Las miradas se encontraron frente a frente y fue cuando Robertina pudo ver de cerca aquella dentadura blanca como algodón que se pintaba en la cara tímida, inocente y tostada por el sol de Feliciano, exactamente como se la había imaginado tan sólo

unos minutos antes. Feliciano por su lado vio el semblante timorato, impregnado de rubor y los ojos oblicuos angelicales de Robertina que le miraban diferente a como lo hacían cuando ella le llevaba almuerzo a la hacienda, debajo de la sombra del bambú centenario o debajo de la sombra de aquellas matas frondosas de mango. Ambos se miraron sin decir una sola palabra pero expresándose un sentimiento intrínseco de fuerza descomunal que se acababa de formar, en ese mismo instante, en una forma que nunca antes habían sentido y que jamás habían planeado.

“Tina, te vas conmigo.”

“¿Qué dices?!”

“Te llevo conmigo.”

“Te has vuelto loco.”

“No, muy por el contrario. De repente he encontrado una lucidez jamás soñada. Es por ello que te he descubierto; he notado tu belleza externa. Inexplicablemente, sólo conocía tu belleza interna.”

“No sabes lo que dices.”

“Sí, tienes razón. No sé lo que digo, por la alucinación que siento al saber lo que quiero: te quiero a ti.”

“No sabes lo que dices.”

El candor se hizo cómplice

Y las horas pararon

La brisa peinó su rubor

Y la musa se abrió paso

Ella tragó seco

Él se olvidó respirar

*El silencio fue elocuente
Y el cielo derramó brumas de luz
Revelando un amor intrínseco
Ojos húmedos, exudación prohibida
Agua que resbalaba sin ruido
Se escuchó una expresión callada
Amor verdadero que nació de la nada
Mañana bendita de otoño
Que hizo parir la natura
Entre suspiros, entre deseos
Y entonces las flores brotaron
Se extinguió el miedo
Y el instinto carnal afloró
Se engendraron los verbos
Y la mirada se volvió muda
Salió el aliento desde las siluetas
Acallando deseos inadvertidos
Hasta que el cimiento cedió
E hizo nacer el germen extravagante
Las corazonadas cobraron formas
Y la providencia vida
El amor encarnó y se prendió
Como fuego en llama que ardía
La mirada era densa pero tangible
La que arropó su cuerpo trémulo
Y el viento se volvió sustancia
Al acariciar sus sombras*

*Hadas azules festejaban
Entre mariposas
Y una mezcla de alucinación y arrobo
Cubrían sus encantos de embelezo
Olián a hierbas y a frutas
Absortos en una sola mirada
Con pupilas húmedas y dilatadas
Consumidos por un deseo abrupto
Música mística de monte
Fluía desde las hojas
Y la luz refractaba sus amores
Como neblina tibia inodora
Y se sumergían entre uno y otro
Y se forjaba vida en los cardenales
Bajo niebla multicolor
Niebla azul arropada de sol
Niebla sin color con olor a pudor
Llovían voces en antífonas
Y la tierra brotaba capulines
Se maduraba la esperanza
Y se atenuaba una inanición de amor
Los caminos se abrieron de par en par
Y el horizonte apagó la luna diurna
Y el sopor se convirtió en ostia
Y la gracia se convirtió en bruma fresca*

Aquel encuentro espontáneo, pero mágico y extraordinariamente intenso, de Feliciano y Robertina se convirtió en una atracción mutua descomunal que ninguno pudo aguantar, ni por un día más.

“Te recojo a las diez de la noche.”

“No sabes lo que dices.” Repetía Robertina una y otra vez como si aquella frase era lo único que sabía pronunciar. Echó a Canuta a andar con un rubor tan intenso que casi le derretía la cara y le exhalaba el alma.

“¿A las once? ¿Y por qué a las once?”

“Porque me imagino que a las once ya Mamá Melín se habrá dormido.”

“No sabes lo que dices.”

“Pero sí lo que siento y lo que quiero.” Fue la expresión final de Feliciano, mientras echaba a Brinco a galopar. Se perdió de nuevo en el celaje de polvo levantado por el trote cadencioso de Brinco, como lo hiciera aquel día que Robertina lo vio irse de la casa.

Por el resto del día, Robertina no pudo dejar de pensar en Feliciano, pero ya con otros tipos de emociones. Unos sentimientos profundos que iban más allá de aquellos pensamientos sutiles de hermanos, y que le invadían con una fuerza de huracán cada una de sus células, su cerebro, su estómago, sus axilas, su cuello, las palmas de sus manos, las que les sudaban y le temblaban. Feliciano por el resto de ese día no se paró de cantar y sentía como si de repente hubiera encontrado la fuente maravillosa de la felicidad, llevándolo al borde del delirio. A las diez en punto de la noche, Feliciano le echó el gancho a Brinco y se dirigió hacia Antón. Él no podía explicar aquel trance en el que se encontraba. En la mañana lo abrumaba la soledad y sólo se le ocurrió ir

al río para ver a Robertina, casi por la fuerza del agradecimiento. Unas pocas horas después se encontraba con el corazón lleno casi derretido por un sentimiento ardiente, cabalgando hacia a Antón, empujado por la fuerza orgánica grandilocuente del amor, a buscar a Robertina, para que sea su mujer. Aunque Robertina no le dio seguridad verbal, él sentía la seguridad de la providencia y nunca se hubiera sentido tan seguro como que encontraría a Robertina allí, esperándolo. A las diez y cuarenta y cinco de la noche, Feliciano llegó a la puerta de trancas de la hacienda, a la entrada de la casa de los Santana. En la penumbra de aquella noche fresca de luna llena, se dibujaba la silueta diminuta de Robertina a través de las barras de madera de la puerta.

“Aquí estoy.” Susurró Robertina con voz trémula.

“Yo lo sabía, por eso vine.”

“He estado aquí desde las diez.”

“Yo venía al puro galope.”

“Pues me voy contigo.”

“Pues te llevo conmigo.”

Feliciano y Robertina galoparon hasta Barranca, al rancho de Feliciano, en aquella sabana desolada. Al amparo de una luna otoñal, Feliciano y Robertina se dejaron arropar por el furor de aquella pasión súbita. Por el resto de aquella noche ferviente, de buenaventura y de misericordia no durmieron y se sumergieron entre uno y otro hasta que los sorprendió el sol, exhaustos, absortos y en completo abandono, sin el mínimo temor de rendir cuentas, derrochando una libertad verdadera, una felicidad profunda y un delirio exacerbado, jamás esperados ni soñados por ellos.

El día del besamanos, la gran celebración estaba pautada. Feliciano y Robertina vinieron desde la mañana a Antón a casa de un vecino amigo de Feliciano, de modo que pudieran cambiarse de ropa sólo cuando estuvieran a punto de llegar a la casa para estar frescos y olorosos para la fiesta. Manolito el tuerto comenzó a tocar desde temprano para animar los que trabajaban desde la mañanita en los preparativos de la celebración. Al caer la tarde, el coro de la iglesia practicaba en el patio, las veinte niñas que recibirían con flores a los novios ya estaban uniformadas y el padre Nicanor Ponce ya estaba presente con su sotana larga, sin cuello y con un cinto rojo que le apretaba el pescuezo. La comida estaba lista, también el aguardiente, y ya la gente comenzaba a llegar. Parecía como si la comarca entera de Antón se hubiera vaciado, y se disponían a ser parte del besamanos. También habían venido algunos feligreses de Romelia, quienes se noticiaran del evento. Romelia y Manuel Santana ya se habían cambiado de ropas. Ella se vistió con un vestido muy elegante rojo. Ese vestido se lo había regalado una feligresa española agradecida, a quien Romelia, con el poder de Santa Eloísa, había logrado reconciliar con su marido rico. La feligresa tenía el vestido guardado por muchos años como reliquia porque el mismo fue utilizado por su madre en el estreno de la zarzuela La Rosa de Azafrán, en el Teatro Calderón de Madrid, en el 1930. Era un vestido súper femenino de talla 40 y con pechera y mangas en una sola pieza, dependiéndose en gajos y haciendo entalle y pollera levemente acampanada. Se hizo su acostumbrado moño a la altura de la nuca y lucía un collar de oro dorado con diademas y colgantes en forma de trebolillo, también regalado por un feligrés europeo a quien Romelia

ayudó a casarse con una mujer muy bella. Se decía que aquel hombre era muy privilegiado y era parte de la aristocracia italiana, pero que era un desafortunado en el amor, pues a pesar de sus fortunas materiales ya había caminado los cinco continentes buscando una fémina y no había podido, al punto de intentar suicidio varias veces, hasta que Romelia pudo ayudarlo. Romelia se compró unas sandalias de cuero, también rojas, para completar la armonía del atuendo. Manuel Santana, por su parte, usó sus ropas domingueras, las mismas que usaba para irse de giras de gallos. La discrepancia en estilo no podía ser más aguda, pero a ninguno le importó lo que el otro se pusiera de ropa.

A las seis de la tarde, ya los únicos que faltaban eran los novios. Romelia envió un mozalbete a decirles a Robertina y Feliciano que ya todo estaba listo. A las seis y media de la tarde se aparecieron Feliciano y Robertina, agarrados de manos. Él traía guayabera de algodón azul con mangas largas delicadamente planchadas, pantalones negros y zapatos de charol bien lustrados. Se había comprado un sombrero de pana nuevo con las alas cortas y enrolladas hacia arriba. Desde lejos se le veía la dentadura tan blanca como la nieve, la que le resaltaba a la lejanía por el color crepuscular de su piel quemada del sol. La sonrisa parecía permanente y fingida como la de un maniquí, como si la hubiera practicado para posar. Robertina por su lado, lucía un vestido de seda azul claro que habían comprado ella y Feliciano, con un cintillo en la cintura redoblado en forma de rosa en la parte posterior de su cadera, con mangas que le llegaban hasta los codos y cretonas en forma de encajes que chorreaban como plumaje de pavo real, desde la cintura hasta los tobillos. Tenía zapatos de charol puntiagudos y talones levemente elevados, los que le provocaban dificultad para

caminar, pues eran los primeros zapatos con tacones que se ponía. Siempre había usado sandalias. Robertina se hizo su acostumbrado moño a la altura de la nuca, herencia de Romelia, se pintó los labios con pintalabios color púrpura, y la cara la tenía empastada con varios tipos de tinturas cosméticas, obra de una vecina quien se esmerara en mejorarle la aspereza de la piel, pues Robertina por toda su vida apenas se lavaba la cara con jabón. Ambos se veían fenomenales, aunque visiblemente nerviosos. Caminaban lentamente entre las dos hileras de niñas uniformadas y con flores en las manos, hasta llegar a la casa donde los esperaba la muchedumbre, mientras la rondalla entonaba melodías simples. Romelia había preparado una enramada con cobertizo de palma, en el patio, en la que establecieron una plataforma de madera para montar las dos sillas en las que se habrían de sentar Feliciano y Robertina.

Los novios finalmente se sentaron en las dos sillas sobre la plataforma. Romelia se paró al lado de Feliciano y Manuel Santana se paró al lado de Robertina. Feliciano seguía mostrando su sonrisa de maniquí y a Robertina le sudaba el lomo de la nariz y tenía los ojos húmedos, como si estuviera a punto de llorar. Uno a uno, la muchedumbre pasó y les besó la mano a los novios, aprovechando para desearles los mejores parabienes. El padre Nicanor les echó la bendición a los novios y roseó agua bendita con un ramo de albahaca. Al final de la ceremonia protocolar Robertina se giró de espalda hacia el grupo y arrojó un ramillete de flores, que le habían dado para tales fines, en el público, el que se disputaron las solteras de la multitud. Después de cumplir, la gente se concentró en la comida, el aguardiente, las golosinas y el baile. La parranda duró toda la noche hasta que no quedó comida, aguardiente

ni golosinas. Ya Manolito el tuerto no podía mover el brazo derecho de tanto manipular el acordeón. Apenas se detuvo a comer, habiendo tocado sin pararse por casi veinticuatro horas. Feliciano y Robertina se fueron temprano en la noche. Robertina se sentía incómoda con toda aquella pasta en la cara, un vestido encartonado que le pesaba en el cuerpo y unos zapatos que ya le estaban sacando ampollas. Feliciano, ya cansado, no podía aguantar aquella sonrisa obligada de poses que tuvo que mantener por toda la noche, excepto cuando le pasó por el lado a Manuel Santana.

21

En la parte Oeste del cielo se dibujaban estelas rojizas en los cirros, con la refracción de los rayos candentes de un sol de verano que, a su partida, le abría paso a un atardecer frío. Una brisa espesa desde el Este se deslizaba por el valle, como aliento pernicioso, dando aviso de la llegada de una noche que sorprendería a los habitantes de Antón, sin mejores augurios. Robertina había pasado el día donde Romelia pero ya se disponía a regresar a su casa. Llevaba un abrigo blanco de algodón hasta el cuello y un sombrero de pana que le había prestado Romelia para protegerla de un resfriado. En una funda de papel, Romelia también le había echado una malta fortificada, una lata de leche condensada y varios paquetes de galletas saladas, para que se mantuviera alimentando la criatura que llevaba dentro.

Robertina ya estaba en los últimos días del primero de sus diez embarazos, por lo que Romelia no la dejaba que se fuera a hacerle compañía a Feliciano cuando éste abandonaba la casa cada semana para irse a trabajar a Barranca. Feliciano todavía trabajaba tierras a medias en Barranca, desde que abandonara la casa de su padre dos años antes. Barranca era una comunidad aledaña al pie de la Cordillera de Bahoruco, a unos cien kilómetros de distancia de Antón y sin habitantes

permanentes. Los que vivían allí, sólo lo hacían en temporadas de trabajo, regresando los fines de semanas a sus respectivas casas en el valle. Feliciano se iba los domingos en la tardecita o los lunes de madrugada y no regresaba hasta el viernes en la nohecita o el sábado bien temprano. Antes que Robertina saliera embarazada, y aún temprano en el embarazo, ella se iba con Feliciano a hacerle compañía cada semana. Mientras Feliciano labraba la tierra, ella aprovechaba y cosechaba maní o maíz, ya sea por jornal o por contratos, para generar ingresos adicionales. En las noches, ambos dormían en una hamaca de dril colgada en un rancho que había construido Feliciano en medio de la hacienda. Durante los primeros meses de casados, Feliciano y Robertina disfrutaban la soledad y cada noche que pernoctaban en Barranca hacían el amor a toda hora hasta que ambos quedaban exhaustos cuando despuntaba el alba. Al pasar el tiempo, sin embargo, las noches para Robertina se convirtieron en ergástulas solitarias al amparo de los sonidos polifónicos de los grillos yavecillas nocturnas. Robertina frecuentemente soñaba que las culebras descendían por los bramantes de la hamaca hasta enrollarla como andullo y exprimirla hasta hacerla perder la respiración. Entonces se despertaba y se aferraba a Feliciano.

“Son mis brazos.” Decía Feliciano, cuando Robertina se despertaba con el corazón como si se le fuera a salir. “No es ninguna culebra.” Rezonaba Feliciano mientras dormitaba.

Aquella tarde fría de verano, Robertina sintió la primera contracción al pasar por el bambú centenario cuando regresaba desde donde Romelia, donde se pasaba los días desde que la panza le causara hinchazón de las pantorrillas. Era miércoles, por lo que a Feliciano todavía le quedaban tres días para llegar de fin de semana a la casa. Robertina se detuvo, se

puso las dos manos en el vientre. Lo primero que le llegó a la mente fue que debía regresar y decírselo a Romelia, pero luego decidió que debía seguir. En vez de dirigirse a la casa, sin embargo, se fue directo a la casa de Alejandrina Socorro, la comadrona.

Eran las siete de la noche. Doña Soco, como la comunidad cariñosamente llamaba a la comadrona, gustosamente recibió a Robertina, por tratarse de la hija de su comadre Melín. De inmediato, Soco preparó un baño con agua tibia y le echó varios ungüentos y aceites al agua para relajar a Robertina. Robertina se bañó de inmediato. Soco le aplicó otros ungüentos y brebajes de relajamiento y le pidió que se despojara de las prendas que cargaba encima: pulsas, anillo, collares, resguardos y talismanes. Entonces comenzó la preparación del parto. Condujo a Robertina hacia una habitación equipada con una tina gigantesca de esmalte, llena de agua. Soco le pidió que se entrara en la tina y que se sujetara con los dos brazos del borde de la tina, de manera que el torso y el vientre de Robertina quedasen flotando en el agua, pero sentada en sus talones y apoyada en las puntas de los pies. Doña Socorro tenía los cabellos blancos como algodón y crespos, de talla alta y aspecto refinado, producto de un engendro entre un español y una mulata descendiente de esclavos africanos. Siempre se hacía un moño a la altura de la nuca y casi siempre usaba pantalones largos y camisa de mangas largas. La gente decía que ella era lesbiana porque tenía bigotes y nunca se le había conocido un enamorado. Los hombres le tenían miedo porque un día le dio una trompada a un señor que se la daba de mujeriego y quien le manoteara las nalgas, dejándolo deshabilitado del cuello por el resto de su vida. Pero con las mujeres parturientas, doña Soco tenía toda la delicadeza y entereza del mundo.

“Tina, las mujeres paren derechas.” Le dijo Soco a Robertina mientras se lavaba las manos y los brazos con jabón. Robertina asintió con la cabeza, mientras se introducía en la tina. Cada cierto tiempo apretaba con fuerza el borde de la bañera y fruncía el entrecejo, del dolor. Aquella expresión se repetía con más frecuencia en la medida que pasaba el tiempo.

“Doña Soco, ¿y no se me muere el niño si lo paro en el agua?”

“No, porque no se le ha muerto en nueve meses.”

“¿Cómo así?”

“Porque él está en agua en su vientre. Él respira por el cordón umbilical y aunque salga del vientre, seguirá respirando por el cordón umbilical hasta que se lo cortemos.”

Robertina continuó sintiendo las contracciones hasta casi no poder aguantar el dolor, pero los pujos eran silenciosos. A Socorro le causaba sorpresa que Robertina no soltara alaridos y pataleara en el agua como lo hacían las primerizas.

“¡Usted es bien fuerte, Tina!”

Robertina seguía pujando y con la respiración más agitada.

“La apertura ya lleva un cuarto de pulgada. Pronto saldrá de esto y tendrá su muchacho en el pecho.” Dijo Socorro al palpar el ducto vaginal de Robertina.

“Le mandaré un recado a mi comadre.”

Robertina asintió. Un sobrino de doña Socorro, quien vivía con ella desde muy pequeño, fue por Romelia.

“Bueno, es hora de pujar con fuerza, Tina. Ya su criatura quiere salir,” Dijo Socorro mientras se hincaba de rodillas e introducía los brazos en la tina.

“¡Puje desde las entrañas, mi hija!” Vociferó Socorro mientras le abría las piernas a Robertina.

Robertina apretó los bordes de la tina con toda la fuerza que pudo recoger en todo su cuerpo. Cerró los ojos y apretó la dentadura. Pujaba con tanta fuerza que se le creció el cuello, se le agrietaron los labios, le sudó el lomo de la nariz y cambió de un color blanco opaca a amarilla rojiza. Doña Socorro cada vez le gritaba con más fuerza que pujara, hasta que a las nueve en punto de la noche, asomara la cabeza un varón, de nariz voluminosa, ojos pequeños y orejas grandes. Robertina no se paraba de pujar una y otra vez, con la misma fuerza. La comadrona agarró aquella hermosa criatura por la cabeza y la haló con una fuerza continua, hasta que salió por completo. La partera lo levantó y le limpió la nariz. Fue entonces cuando se escuchó aquel alarido típico de un recién nacido saludable. Robertina alzó la vista y lo vio, sin poder detener dos hilos profusos de lágrimas que le bajaban por la mejilla. Una sonrisa de regocijo se afluó de sus labios cuarteados, seguida por una carcajada ingenua corta. Socorro se lo puso sobre el pecho. Ella lo abrazó, mientras le miraba con detenimiento cada detalle. La matrona le cortó el ombligo, lo cubrió con un lienzo blanco de algodón y lo llevó a un catre.

“Sacó el color de la abuela, la nariz y la masculinidad del papá y el semblante de bonachón de su madre.” Dijo la matrona.

“Tendrá mujeres por doquier.” Agregó, lo que le causó otra sonrisa a Robertina.”

“Yo espero que no salga gallero.” Rezongó Romelia quien ya había llegado y le frotaba la cabeza a Robertina.

“Bueno, que su palabra sea bendita.” Respondió Socorro.

“¿Ya le tienen nombre?” Preguntó la matrona.

“Se llamará Juan Antonio.” Dijo Robertina.

¡Qué nombre más bonito! Exclamó la matrona.

“Feliciano quería llamarle Juan, y yo quería llamarle Antonio. Así que combinamos nombres.” Explicó Robertina.

Juan Antonio había traído razones para celebrar. Una criatura saludable y hermosa. Robertina se quedó a dormir donde la matrona hasta el día siguiente.

Romelia le había pagado esa misma noche a un mozalbete a caballo, de Antón, para que fuera a Barranca a avisarle a Feliciano. Ya a las siete de la mañana del día siguiente, Feliciano había regresado de Barranca, había limpiado la casa, había preparado una sopa de gallina con mucha especie y esperaba por Robertina fumándose un cigarrillo sentado en una silla en el patio de la casa de la matrona. Un poco más tarde, la matrona se percató que Feliciano esperaba afuera y lo dejó entrar.

“Se llama Juan Antonio.” Rezongó Robertina cuando vio a Feliciano que se paró en la puerta. Feliciano entró y cargó por primera vez su hijo.

“Le dañaste la nariz.” Dijo Robertina con una sonrisa de un regocijo acentuado y mirando a Feliciano de reajo. A Feliciano se le notaba un gran júbilo y al igual como lo hiciera Robertina, le miró cada detalle a la criatura.”

“Y tú le dañaste las orejas.” Dijo Feliciano con una sonrisa y también mirando a Robertina de reajo.

“Te traje tu bolso con los pañales y los menesteres que habías preparado.” Añadió Feliciano.

“Vendrá un ángel de visita, por haberte acordado.” Bromeó Robertina.

“¡Mira el ángel aquí!” Replicó Feliciano mientras miraba a Juan Antonio. Ambos soltaron una carcajada.

“Así se recibe un niño a este mundo.” Dijo la matrona, quien acababa de entrar a la habitación.

“¿Cómo así doña Soco?” Preguntó Feliciano.

“De buena gana y feliz.” Replicó.

“Y hablando de buena gana y felicidad, yo creo que la criatura debe ya conocer su casa, donde él vivirá una vida larga y feliz, estoy segura.” Agregó la matrona, indicando que ya Robertina debía prepararse para irse a la casa. Robertina envolvió a Juan Antonio en paños de algodón y en una toalla de lana blanca que le había regalado Romelia para esos fines unos meses atrás.

A las diez de la mañana de un jueves de parsimonia pero de júbilo y buenaventuraza, Robertina, Feliciano y José Antonio se fueron a la casa.

La primavera se terminó de tender en el valle, trayendo consigo nuevas flores, las que ondulaban armónicamente, esparciendo una magia multicolor de acuarela. El sol perforaba gentilmente las horas y el silencio no era silencio, era un trinar divino que acariciaba la pradera, al amparo del prodigio de la naturaleza. Las sabanas parían frutas y los montes brotaban retoños policromados desde sus grutas, con olor a azucenas silvestres. El efluvio inocuo del potrero se desplazaba como neblina pura de manantial. Los caminos se tejían como matriz de inocencia y gloria, donde reinaba lo espontáneo y no existía la

soledad, ni la indiferencia, ni la osadía, ni la codicia. Se terminaron las preguntas, las dudas y la desesperanza, y sólo importaba el existir. La lluvia descendía desde un cielo infinito y sosegaba el clamor sordo de los barrancos, con burbujas de arco iris. Los campanazos cobraban vida, entre despertares, y los duendillos deambulaban en desidia, seducidos por la aleluya mañanera de un ruiseñor. La tierra olía a buen augurio y las aguas de los ríos se deslizaban entre ranuras blancas de espejos cristalinos, susurrando madrigales entre meandros. La aureola de la noche se hacía perenne y los sollozos prohibidos se hacían más intensos y cambiaban de color: a un color rojo vivo. La luna sonreía desde las alturas en complicidad discreta y bañaba de luz tibia a los murmullos, hasta exprimir suspiros que salían de las meras entrañas. Los deseos se hacían carne y un alma florecía en exhuberancia. Fue un varón de talla exacta, hijo de la hora misericordiosa. Tenía los ojos pequeños, nariz voluminosa como su padre y las orejas espléndidas y el semblante cándido como su madre. Le llamaron Juan Antonio.

Por los siguientes varios meses, los vecinos y amigos visitaban a Feliciano y Robertina para ver aquella hermosa criatura, hija de los hermanos y de la hora misericordiosa, aunque algunos persistían en pensar que un matrimonio entre dos hermanos era una aberración. Pero en general, el matrimonio había traído un aire de bienaventuranza a Antón, y la gente estaba feliz por ellos. Feliciano paró de viajar a Barranca por varios meses, para dedicarse a apoyar a Robertina. Él y Robertina habían logrado hacer una gran química y vivían una vida sumamente feliz, compartiendo con amigos y familiares, y sumergidos en una costumbre simple y modesta. Hacían el amor a la hora que se les antojase, se levantaban a la hora que el calor los despertase y

se echaban a dormir cuando ya estaban exhaustos de atender a los amigos que les visitaban o simplemente de hacer el amor sin limitación alguna. Feliciano recortaba todos los días, debajo del almendro detrás de la casa. Los fines de semanas, su rutina comenzaba el sábado a las nueve de la mañana después de desayunar, cuando sintonizaba una emisora en ondas cortas que transmitía desde Santiago de Cuba. Radio Revolución tocaba sin comerciales merengue, salsa y chachachá todo el fin de semana. Como había abandonado temporalmente los trabajos en Barranca, ya Feliciano no lucía con la piel tan quemada del sol, como unos meses antes. La piel no la tenía tostada y lucía rejuvenecido. Algunos de los clientes y amigos que venían a recortarse traían sus botellas de aguardiente y rodajas de tabaco de andullo negro. Algunos de ellos venían no tanto atraídos por el servicio de Feliciano sino por la bebentina y la jarana. Era como si los sábados y los domingos eran días de fiestas. Al final, algunos se iban recortados y contentos, otros terminaban durmiéndose hasta que sus esposas venían a recogerlos. Robertina, por su lado, aprovechaba para visitar a Romelia después que le cocinaba a Feliciano. Era los fines de semana que Robertina aprovechaba para llevarle a Juan Antonio a la abuela. Robertina también se había dedicado en cuerpo y alma a la familia, a Feliciano y Juan Antonio. El niño crecía con una exhuberancia y unos atributos psicomotores fenomenales. A los once meses ya caminaba y comenzaba a balbucear los nombres de Feliciano, Robertina y los abuelos. Toda la familia estaba encantada con el niño. En Antón, todos conocían del nacimiento de Juan Antonio aunque algunos parecían no perder la curiosidad del desarrollo físico y mental del muchacho, aludiendo que aquella mezcla consanguínea de hermanos no pararía en buena

cosa, aunque Romelia ya se había cansado de explicar que Feliciano y Robertina no eran hermanos de sangre, sino de crianza. Pero casi al cumplir su primer año y no mostrar ninguna señal de retardamiento, la gente comenzó a creer que el niño no era mongólico.

Aunque Feliciano y Manuel Santana no se dirigían la palabra, Manuel Santana nunca paró de visitar la casa de Robertina y Feliciano y casi siempre le traía regalos a Juan Antonio. Él no se sentaba en la casa muy fácilmente, sin embargo, pues sabía que no era santo de la devoción de Feliciano. Cuando Feliciano estaba presente, él ni siquiera se detenía a tomarse el café humeante que Robertina siempre le brindaba, y el que él extrañaba desde que ella se casara con Feliciano. Pero Robertina siempre hacía lo posible para que Manuel Santana se tomara su café, así que los fines de semana cuando Feliciano venía de Barranca y que por lo tanto Manuel Santana tenía que pasar de largo cuando venía a visitar, ella siempre lo perseguía y le llevaba el café. Robertina y Manuel Santana siempre mantuvieron una buena relación.

“¿Cómo te trata el bandido, Tina?”

“Muy bien. No se cansa de pelar cabezas.”

“Yo espero que al menos esta vez él esté cobrando.”

“Lo contrario, casi todos son gratis.”

“Canuta aprende más rápido.”

“Bueno, no nos podemos quejar. Son gentes buenas y nos hacen muchos favores.”

“La gente no vive de favorcitos.”

“Bueno, si eso lo hace feliz a él, habrá que ver cómo siguen las cosas.”

Robertina seguía teniéndole el mismo respeto a Manuel Santana y él seguía teniéndole el mismo cariño a Robertina. Lo mismo pasaba entre Feliciano y Romelia. Ella lo seguía queriendo como su hijo y él la seguía queriendo como su verdadera madre.

Romelia venía casi todos los días a pasar tiempo con el nieto. Siempre traía bolsas con comida, café y dinero en efectivo, para que Robertina y Feliciano se ayudaran. Ella también le traía ropas y juguetes al niño. Aunque Feliciano detestaba las dádivas, principalmente aquellas que de algún modo tenían que ver con su padre, él se hacía el ojo gordo con Romelia, pues sabía por un lado que Romelia no tenía que pedirle permiso a Manuel Santana y por el otro lado conocía del candor de Romelia.

22

Ya por más de un año, la parte dulce de la vida parecía estar del lado de Feliciano y Robertina. Les había nacido un hijo hermoso y saludable, habían cultivado abundantes amigos, disfrutaban una vida matrimonial fenomenal, en cuanto a placer y concordia, abundante comida y gozaban de la fortuna de una libertad nunca soñada. Feliciano, con su barbería ambulatoria a la sombra del almendro del patio de la casa, o donde sea que lo necesitasen sus amigos, se había ganado la simpatía de medio Antón. Robertina, por su parte, se había convertido de la noche a la mañana en una reina, en la medida que la gente conocía mejor sus nobles atributos de ser humano. El pueblo adoraba su gracia, su simpleza, su ingenuidad y su pureza. Espontáneamente, ella se había interesado en interactuar con tanta gente como le fuera posible en Antón, niños y adultos, con el simple propósito de contribuir a su felicidad y bienestar. Una de las primeras tareas fue la de recoger y acumular caramelos para regalárselos a cuantos niños vinieran a su casa. Comenzó a poner en despliegue un tremendo sentido de generosidad, del que luego se habría de arrepentir. Era frecuente verla quedarse sin comer para darle su comida a algún vecino que llegase a visitar de repente. Con el tiempo, ella había acumulado una gran cantidad de

golosinas y confiterías, sólo para brindársela a los hijos de los vecinos que visitaban o a aquellos niños que acompañaban a sus padres cuando venían a recortarse a la casa. Ella visitaba los enfermos del poblado y les traía algunas cosas que ella pensase eran prudentes como comida, hojas de hierbas medicinales para tes, ungüentos balsámicos y otros brebajes de los que ella preparaba y que había aprendido desde aquellos tiempos cuando vivía con Romelia. La comarca pronto terminó rindiéndose ante su bondad y no entendían de dónde ella había heredado o aprendido tan insignes atributos, habiendo sido criada bajo un régimen con caracteres tan opuestos como los practicados por Manuel Santana, quien era conocido en la comarca por sus prácticas ladinas. Con el tiempo, ella se convirtió en la madrina y comadre de medio Antón, pues siempre la buscaban para que fuera a los bautizos. Todas las semanas tenía que asistir a dos o tres bautizos. Los niños mismos les pedían a sus padres que les pusieran a Robertina de madrina. En ocasiones, sentía arrepentimiento por haber provocado, sin proponérselo, todo aquel revuelo e interés en ella, consciente que en parte todo comenzó cuando ella decidió regalar golosinas y visitar los enfermos. Pero era evidente que ella no lo podía controlar, pues aquella devoción no era temporal, todo el tiempo la había llevado con ella, intrínsecamente, en sus muy adentros. Con el tiempo, ella tenía que saludar a todo quien le pasase por el lado como comadre o como compadre. Igual, a cada niño que veía le echaba la bendición, pues había perdido la cuenta de quién era su comadre, compadre o ahijado. Hubo un tiempo que en Antón la llegaron a conocer con el sobrenombre de “La Comadre”. Aquella confusión se convirtió en una perturbación para Robertina cuando algunos niños también la llamaban “La Comadre” y Feliciano un día sin

querer también la llamó “La Comadre”. Fue entonces cuando decidió no asistir a ningún bautizo y paró de regalar golosinas por un tiempo, hasta que poco a poco fue recobrando su nombre e identificando quiénes eran los verdaderos ahijados, comadres y compadres. Con el tiempo, todo volvió a la normalidad y ella siguió disfrutando de su reinado y de la simpatía de la gente.

Pero aquel derroche de felicidad, pronto comenzaba a minarse. A tan sólo unos días del primer cumpleaños de Juan Antonio, Robertina comenzó a oler unos vientos desfavorables que se acercaban. Todo comenzó cuando Feliciano unilateralmente decidió volver a trabajar a Barranca y sólo venía a la casa los fines de semanas. Los trabajos de peluquería se restringieron sólo a los fines de semana cuando él venía a la casa. Aquella decisión no fue muy bien recibida por Robertina, pues un matrimonio de fines de semana en los que Feliciano usualmente se sentía ya exhausto y se mantenía ocupado pelando cabezas, no le ofrecía la misma intensidad de placer y satisfacción experimentada durante el primer año de matrimonio, lo que provocó que Robertina comenzara a sentirse sola, aunque Romelia y ella seguían teniendo una relación muy cercana y se visitaban todos los días. Cierta día, de esos en los que la soledad la golpeaba duramente, ella apenas pudo dormir la noche antes por lo que se levantó bien temprano. El sol se asomaba en el Este del valle, radiante y sentencioso. No hacía brisa, por lo que la arboleda se notaba impasible y la mañana lucía muerta. Aquellas eran señales, interpretó Robertina, que al pasar de las horas, ese día el sopor inundaría sin misericordia el valle.

Era martes, por lo que todavía quedaban unos cinco días hasta que Feliciano viniera de Barranca. Mientras se tomaba de forma

absorta una tasa humeante de café en la cocina, ella se acordaba de los desazones en los sueños pesadillas de la noche antes mientras mal dormía. Soñó que su madre de sangre, Roberta, estaba viva y que ella y su hermana más pequeña, Mila, estaban con su madre en una ciudad grande, donde visitaban un cementerio de grandes capillas. En el sueño, Robertina no podía entender por qué su hermana y su madre no paraban de reír, mientras se corrían de una cripta a la otra en aquel cementerio que parecía una villa gris sin sol. Era una risa intensa, hasta el punto que ambas perdieron el control, cayeron abruptamente tendidas al suelo en rechifla y se orinaron en la ropa. Luego se pararon, todavía frenéticas de la risa y salieron huyendo con unas carcajadas que resonaron en eco como sonidos de duendes en catacumbas. Eran risas sumamente extrañas, como si estuvieran poseídas por espíritus o si de repente hubieran perdido la memoria. Al hacer reminiscencia de aquel extraño sueño la embargó una insólita sensación de congoja, no porque había visto su difunta madre en el sueño, sino porque las creencias y tradiciones rezaban que risas y alegría en los sueños eran malos augurios. También aquellas carcajadas inexplicables de su hermana y su madre en un cementerio le causaban una profunda y misteriosa premonición. Fue entonces cuando en un instante de autorrealización llegó a la conclusión de que algo pasaría ese día y de pronto puso la tasa de café que se tomaba en el recuadro del fogón y fue apresuradamente a chequear a Juan Antonio, quien aún dormía. Al levantar la frazada y percatarse que Juan Antonio respiraba, le tocó el cuello con el revés de la mano derecha y se dio cuenta que tenía fiebre. “Oh mi Dios.” Dijo, mientras lo observó más detenidamente y fue cuando sintió el terrible vaho a mierda. Era un hedor penetrante similar a la fetidez de un animal

muerto. Robertina lo limpió y le puso pañales limpios, sorprendida que él no se hubiera quejado llorando. Le preparó un extracto de algarroba para restaurarle el estómago, pues ella se acordaba de aquellos remedios preparados por Romelia para curar algunos feligreses que padecían de afecciones y parásitos intestinales. Robertina luego preparó un té con el zumo de salvia para provocar un efecto analgésico al niño y calmar cualquier dolor. Lo terminó de despertar y al notarlo inusualmente taciturno, cosa extraña porque Juan Antonio era un niño curioso e inquieto desde que se despertaba, lo cargó.

Era evidente que el niño estaba muy mal. Al tratar de darle el seno, Juan Antonio lo rechazó. Romelia sintió de nuevo aquel hedor muy particular y ya sabía que el niño seguía defecando. Esa vez, al limpiarlo, se dio cuenta que no había expulsado nada sólido pero que aquel líquido verdoso, parecido al té que recién se había tomado, igualmente hedía a perro muerto. Lucía como si quería seguir durmiendo, pero Robertina tenía el temor que si lo acostaba se le podía morir, inadvertidamente. Así que como pudo, por todo el día se mantuvo vigilante preparándole sopas de fideos, té de salvia, extracto de algarroba, zumo de bungavilla, conocida por sus efectos antidiarreicos, antiulcerosos y antimicrobianos, y paños húmedos sobre la frente para disminuir la calentura. El niño prácticamente funcionaba como un embudo, pues todo lo que Robertina le daba lo expulsaba sin digerir, pero con aquella pestilencia que ya se había asentado en cada rincón de la casa y en los alrededores. En la tardecita, como Romelia no la había visto ir por su casa, como de costumbre, pues Robertina visitaba todos los días a Romelia casi religiosamente, Romelia se apareció por donde Robertina, encontrándola

con el niño cargado, embozado en una frazada, dando pasitos en la pequeña sala de la casa.

“¿Qué le pasa a mi hijo, Tina?” Preguntó Romelia al llegar y encontrar que a pesar del sopor atenuante de la tarde, Robertina cargaba a Juan Antonio arropado de pies a cabeza.

“Tiene una diarrea muy mala, y fiebre.”

“¿Y ya me le ha puesto remedio?”

“Sí, y le he estado dando mucho líquido para que no se deshidrate.”

“¿Y le ha puesto algún ungüento balsámico?”

“Sí, le he estado tratando de ahitera. La mierda le huele a diablo.”

Romelia le quitó a Juan Antonio a Robertina y lo cargó. Esa noche, Romelia se quedó haciéndole compañía. Pasaron la noche en vilo, dándole al niño cuanto líquido pudieron encontrar, incluyendo sopas, té, extractos de plantas medicinales y agua, así como ungüentos balsámicos. Los siguientes tres días fueron idénticos y el niño no presentaba ninguna mejoría. Algunos vecinos ya se habían noticiado del aprieto de Robertina, por lo que con el cuentagotas comenzaban a llegar a la casa para apoyarla. Algunos se quedaban haciéndole compañía durante las noches. Ya por el viernes, para algunos de los vecinos y amigos, el cuadro de salud del niño se tornaba apremiante y comenzaron a creer que en cualquier momento se podía morir, por lo que le sugirieron a Robertina que mandara a buscar a Feliciano a Barranca. Varios de los presentes se ofrecieron de voluntario para ir a darle la noticia a Feliciano a Barranca. Robertina accedió, pues aunque

era su impasible creencia que Juan Antonio no moriría, por estar resguardado por el poder extraordinario y omnipotente de Santa Eloísa, no quería que una obra del azar y la providencia la sorprendiera y el niño muriera en la ausencia de su padre. Irónicamente, esa posibilidad era la que aterraba a Robertina, ante el hecho de Feliciano trabajar tan lejos. Temía que el destino hiciera una de las suyas y que algo inadvertido le pasara a ella, a Juan Antonio o al mismo Feliciano y que la noticia se conociera cuando fuera muy tarde. Ese viernes en la noche, la casa se llenó de vecinos y amigos de Robertina, expresando su solidaridad a La Reina de Antón de diferentes maneras, llorando, haciendo los oficios de la casa, cocinando, colando café y té, ofreciendo dinero, haciendo turnos para cargar al niño enfermo, ofreciendo traer un brujo desde la frontera para que chequera al niño, ofreciendo consejos sobre cuales medicinas podían ser más efectivas y ofreciendo llevar a Juan Antonio a médicos de la ciudad. Pero para Romelia y Robertina, ellos estaban agotando los métodos apropiados y oportunamente, los brebajes y los ungüentos balsámicos preparados por Romelia y otras maniobras espiritistas, los mismos que habían curado miles y miles de enfermos en la comarca de Antón y en el mundo entero. Para Romelia y Robertina no había duda que Juan Antonio se recobraría y que estaría bien. Romelia había prendido numerosos velones de diferentes colores y de diferentes aromas y candiles de varios tipos de aceites esenciales, invocando el poder extraordinario de Santa Eloísa y se mantuvo rezando los 15 misterios de El Santo Rosario durante toda la noche. Las aromas penetrantes de los candiles y los velones ya habían mitigado el hedor a putrefacto de la mierda del niño, el que se había asentado como maldición en cada rincón de la casa e indestructiblemente debajo del pellejo de Robertina

y Romelia. Pero a pesar del optimismo de Romelia y la ilusión de Robertina que el niño pronto se sanaría con el favor de Santa Eloísa, era obvio para el resto de los presentes que el niño ya estaba en el ocaso de su corta vida. Durante toda la noche de ese viernes sin luna y de brisa presagiosa, un enjambre de gente le hizo compañía a Robertina, velando a Juan Antonio. Ya en la madrugada, los muy escasos signos vitales que mostraba el niño durante la noche se tornaban cada vez más escasos, con el cuentagotas, hasta que finalmente, a las tres en punto de la mañana, desaparecieron por completo. La primera que lo notó fue una de las amigas de Robertina que estaba sentada al lado del niño, en el catre de una plaza donde yacía el enfermo, y quien emitiera el primer grito. El grito fue tan fuerte que una sorda muda que estaba también en el grupo tuvo que taparse los oídos, pues nunca en su vida había escuchado tan pernicioso sensación en sus tímpanos atrofiados. Romelia de inmediato se echó encima del muerto en total desespero y en perpetuo clamor. Tuvieron que sostenerla, unas seis personas, pues quería revivir al muerto, abriéndole los ojos dilatados, dándole respiración boca-a-boca, cargándolo y sacudiéndolo desesperadamente. La muerte de Juan Antonio había sorprendido a Robertina y a Romelia, y a toda la comarca de Antón, pues él era un niño que evolucionaba con exhuberancia y saludablemente. Nunca antes se había enfermado.

A las siete de la mañana del sábado, llegó Feliciano, cuando ya el cuerpo de Juan Antonio lo habían bañado y vestido con una mortaja blanca. Ya un vecino se había encargado de construir un ataúd de cedro y lo estaba terminando de pintar. Feliciano se lo imaginó cuando vio el tumulto de gente desde la carretera. Los únicos gritos que escuchó le eran conocidos. Eran los gritos desconsolados de Robertina. Él se

desmontó del caballo, entró a la pequeña sala donde velaban el cuerpo y se echó encima de Robertina y la abrazó.

“No puede ser, Tina.” Dijo él en voz profunda con gemidos que le salían de la parte más recóndita del alma y con profusas lágrimas.

“Nos lo quitó Dios, Felo.” Dijo ella, entre gritos y lamentos.

23

Era domingo. Se comenzaban a sentir los primeros celajes de la primavera, pero Antón lucía indiferente. La polvoreada que resultara de una sequía invernal brutal y prolongada, la que dejara al valle semidesértico, se cernía a través de los arbustos, las casas, los cultivos y los caminos, dando una impresión de desolación y abandono en el poblado. Los lugareños se rendían ante la inclemencia de la estación y un aire de resignación se respiraba en aquellos lugartenientes más viejos, quienes ya no aspiraban a otra mejor suerte que esperar allí impasibles la muerte, si acaso les llegase. Igual, los antonianos más jóvenes se dejaban arrastrar inadvertidos por la fuerza de la costumbre, jugueteando en los patios y los huertos como animalillos, asomándose expectantes al costado de la carretera, alertas de cualquier murmullo y a la espera de algo o de alguien que nunca quedara de llegar.

Robertina y Feliciano tampoco tenían ninguna razón especial para celebrar la llegada de la primavera. Desde que se casaran, se habían dedicado uno al otro y a cuidar los hijos. Todo indicaba, sin embargo, que aquella brisa seca y presagiosa de la estación no les traería consigo bienaventuranza, sino malos augurios y señales de tiempos más arduos. Siempre habían vivido un régimen familiar sumamente simple y

modesto, aunque felices, concentrando todas sus energías en evitar los abortos de Robertina, en asegurar que los niños que lograsen nacer vivos pasaran de los tres años y dedicar tiempo para complacerse uno al otro. Aquel régimen de vida austero pero lleno de beatitud, había podido ser sustentado hasta ese momento por los trabajos de peluquero de Feliciano y los programas de ayuda humanitaria internacional que hacían posible la llegada a Antón de cargamentos de alimentos y medicamentos, desde Los Estados Unidos y Europa.

La muerte de su primer hijo, Juan Antonio, y el aborto de su segunda preñez, causaron en Robertina y Feliciano una sensación de abatimiento profunda, lo que los llevó a tomar la decisión de engendrar tantos hijos como les fuera posible, ante el convencimiento y el temor que de repente cualquiera de sus procedentes moriría. Desde que se casaran, y por los siguientes dieciocho años, Robertina dejaba de lactar un niño para lactar al siguiente. A veces lactaba dos niños simultáneamente porque paría antes de parar de dar el seno al niño previo. Otras veces, al abortar o morírsele la criatura recién nacida, lactaba casi por tres años corridos un mismo niño. De las diez criaturas engendradas por Robertina y Feliciano, seis fueron salvados: dos hembras y cuatro varones. Con seis hijos, para formar una familia de ocho, Feliciano y Robertina pronto alcanzaban los límites de sus capacidades y los años de buena fortuna, cuyo sustento principal era la peluquería ambulante de Feliciano, llegaban a su final, con la llegada de aquella primavera presagiosa.

“Las recortadas ya no están dando para nada.” Dijo un Feliciano pensativo mirando hacia el sinfín del valle, sentado en una silla en el patio, mientras exhalaba lentamente el humo azul y ondulante de un

cigarrillo. “Además, ya no quiero seguir alimentando mis hijos con alimento regalado.”

“Ese orgullo tuyo te va a matar.” Dijo Robertina, también sentada en el patio de la casa en una silla, acompañando a Feliciano.

“Me moriré contento.”

“Yo puedo ayudar.”

“¿Ayudar a qué?”

“Yo puedo salir a trabajar por jornal o a servir de trabajadora doméstica en la ciudad.”

“Apenas pariste y estás lactando.” Dijo él, mirando a Robertina con los ojos entrecerrados y con cierta sorpresa al escuchar la proposición. “Además, eso significa que yo tendría que quedarme atendiendo los muchachos, incluyendo al nene recién nacido.”

“Bueno, yo los he atendido por muchos años, durante tu vida de peluquero.”

“No, no es eso. Es que estaríamos en lo mismo, Tina.”

“Bueno pero yo traería ingresos adicionales.”

“Tú traerías algo de ingreso, pero no suficiente para alimentar y vestir este enjambre.”

“Pero algo es algo. Además, creo que seguir teniendo la ayuda de alimentos de los Proyectos Humanitarios no es tan mala idea.”

“Sí y no. Tienes razón en que un poco de ingreso más ayudaría temporalmente, pero hay que solucionar el problema por los siguientes años, cuando los muchachos crezcan y tengan otras necesidades.”

“Pero hay que resolver el problema ahora, Felo.”

“Sí. La otra cosa es que los muchachos te necesitan. Soy yo el que debe salir a trabajar.”

Se generó un silencio entre los dos. La realidad era que ya tenían seis muchachos y posiblemente otros más en los próximos años y el único capital con que contaban Feliciano y Robertina eran las tijeras de recortar de él.

“Si crees que eso es lo correcto, yo te apoyaría.” Dijo una Robertina resignada, todavía con la memoria fresca de aquel día cuando su hijo Juan Antonio cayera gravemente enfermo, con un ataque parasítico crónico y brutal y que muriera al cumplir su primer año, estando Feliciano lejos trabajando en Barranca, donde él proponía regresarse a trabajar.

“Yo me llevaré a Rondo y a Cando.”

“¿¡Qué!?” Respondió Robertina mirando inquisitivamente a Feliciano.

“Rondo y Cando ya están grandecitos y pueden ayudar. Además, así tendría menos muchachos aquí para atender”

“¿A llevarte a esos dos niños a esa jungla?”

“Prepararemos bien el rancho en Barranca.” Replicó Feliciano.
“Nos iremos en una semana.”

Aquella proposición de Feliciano de llevarse a Rondo y a Cando no le cayó nada bien a Robertina.

Una semana después, sumido en su orgullo exacerbado y con la determinación de cambiar modo de vida, Feliciano se levantó un día bien temprano. Ya a las siete de la mañana él había preparado desayuno para la familia, una alforja con alimentos suficientes para preparar comida en Barranca por un mes para él y los muchachos. Mentalmente ya estaba listo para irse a Barranca, a labrar la tierra con la expectativa que generaría más ingresos para mejorar el nivel de vida de la familia,

sin tener que depender de los programas de alimentos humanitarios y sin tener que aceptar tierras de su padre Manuel Santana, quien le hubiera ofrecido dejarlo trabajar una parcela en su hacienda. Ese día, Feliciano se levantó pensativo. Sabía que la decisión de irse a trabajar a Barranca y llevarse con él a los muchachos le traería sufrimiento a Robertina. Ensilló a Brinco y puso la alforja en el carapacho. Fue entonces cuando fue al aposento y despertó a Robertina.

“Tina, hoy es el día. Nos iremos temprano para evitar el sol de medio día.” Le dijo al oído en susurro. Robertina ya estaba despierta.

De hecho, Robertina no había podido dormir por toda la noche. Abatida por el insomnio pensaba sobre la decisión de Feliciano de irse a trabajar a Barranca de nuevo y llevarse a Rondo y a Cando, quienes apenas tenían diez y nueve años, respectivamente. Ella presentía que los siguientes días, semanas y meses iban a ser difíciles para ella y los muchachos, pues ella conocía a Barranca de primera mano. Aquel lugar infecundo era la última aldea, antes de llegar al infierno. Sabía que era un lugar desolado y que en las noches sin luna, aquel escondite se hundía en una tiniebla espantosa que a cualquier adulto, por guapo que fuera le causaría terror. Se acordaba que aquel rancho, donde dormirían sus hijos, estaba en medio del monte y que cualquier emergencia de salud iba a poner en peligro inminente a sus hijos. El hecho que Rondo y Cando, todavía bebés, se desterrarían con Feliciano y el elemento de soledad, como consecuencia, creaban una profunda ansiedad en Robertina. Durante sus noches de pesadillas e insomnios desde que Feliciano le dejara saber de sus intenciones, ella también cuestionaba en su propia mente la decisión de Feliciano de no aceptar ayuda de su padre Manuel Santana, quien, por misericordia y por pena a ella y los nietos, les había ofrecido una parcela

para que la familia se ayudara. Pero era que desde que Manuel Santana lo echara de la casa, Feliciano había borrado a su padre de la mente y no aceptaba absolutamente nada que proviniera de él. Apenas dejaba que los niños visitaran la casa de los abuelos por el cariño que él todavía le tenía a Romelia, a quien todavía consideraba como su verdadera madre. Feliciano también se había obsesionado en contra de los programas humanitarios de alimentos, argumentando que ya no estaba dispuesto a aceptar más dádivas, porque no quería enseñar a sus hijos la costumbre de la dependencia y el ejemplo del mendigo. Aquella prospectiva, sin embargo, le provocaba pesadillas a Robertina y consideraba que Feliciano tenía algo de temerario y testarudo. En el fondo, no obstante, Robertina luchaba con la parte moral de la decisión de Feliciano, pues pensaba que a largo plazo era lo correcto, principalmente por la parte de la enseñanza a los muchachos, aunque le intimidaba la monumental tarea de terminar de criar los chicos solamente dependiendo de los brazos de Feliciano. Robertina estaba consciente que ellos no tenían ningún patrimonio, otro que no fueran los utensilios de recortar de Feliciano.

Ese día presagioso de primavera, Robertina se terminó de levantar para acompañar a Feliciano. En sigilo, salió del aposento para evitar despertar los muchachos.

“No me siento bien, Feliciano.” Fue la primera expresión de Robertina cuando se uniera a Feliciano en la cocina.

“¿Qué te pasa, Tina?”

“Es todo esto.”

Feliciano no le contestó de inmediato. Le sirvió una tasa de café y le frotó la espalda con la palma de la mano derecha. Le puso una silla al lado del fogón, para que se sentara.

“Todo estará bien, Tina.” Respondió, después de un silencio, mientras halaba una silla y también se sentaba.

“Lo que más me preocupa son los muchachos.” Replicó Robertina mientras soplabla el café humeante. “No sé si aguantarán. Tú sabes que Barranca de noche es tenebroso y salen perros negros que saltan por encima de la hamaca cuando uno duerme, y culebras cabezonas que se trepan al techo del rancho y luego bajan por los bramantes de la hamaca y se enrollan bajo la sábana como sogas heladas de andullo.”

“Yo los cuidaré; y todos los meses vendremos a visitar.”

“Pero también quiero que me expliques, Feliciano, por qué quieres que abandonemos El Proyecto Humanitario de comida. “¿No crees que deberíamos aguantar hasta que los muchachos crezcan un poco más?”

Feliciano se paró de la silla, visiblemente contrariado y echó unos pasos detrás de Robertina, en la pequeña cocina.

“¿Cómo crees que podré enseñarles a los muchachos el valor del trabajo duro, cuando los he criado con dádivas; cómo crees que les voy a enseñar el valor de la libertad cuando los he enseñado a rendirse como presos y dependientes de ayudas humanitarias, pues la enseñanza de la libertad no es sólo instruirlos a que se mantengan fuera del mundo ilícito, es enseñarles que en realidad ellos pueden hacer lo que se propongan en la vida si se empeñan con ahínco y asumen la determinación de hacerlo; dónde encontraré moral para enseñarles a mis hijos el valor del orgullo si yo meto la cara en un macuto y acepto que mi padre de pena y misericordia me dé un miserable pedazo de tierra para que lo trabaje si hace veinte años me echó de su hacienda como a un desamparado cuando yo más lo necesitaba; cómo crees

que podré enseñarles a mis hijos el valor de la lealtad si no le soy fiel a mis propios principios y a la propia dignidad tuya y de ellos mismos; cómo crees que les podré enseñar a mis hijos el valor de la entrega y el empeño arduo, si no me sobra coraje para tirar al hoyo de la letrina unas tijeras que lo único que hacen es darme la sensación que tengo mucho trabajo y entonces quienes vienen a recortarse, sean amigos o vecinos de mierda, sólo dejan unas miserables pagas que no dan ni para comprarte un refajo y mandar a los muchachos a la escuela?”

Robertina no esperó sentada la retahíla de Feliciano. Se había parado e ido al aposento de la casa. Feliciano seguía allí mirando el sinfín del valle, al amparo de unos suspiros que le venían bien de adentro. Fue como si su corazón se abriera de par en par para implorar el entendimiento de Robertina, dejando salir unos sentimientos desde la parte más recóndita de su alma, sentimientos que parecían tener forma, peso y color. Unas lágrimas espesas se resbalaban por sus mejillas y caían sobre el polvo del piso de tierra de la cocina generando un eco similar al de la lluvia sobre el tejado. Robertina regresó y lo vio gimotear. Nunca lo había visto llorar, a menos que se le muriera alguien muy querido, ni siquiera cuando Manuel Santana lo corría hacienda adentro con un fuste, con los puños y patadas. Fue cuando Robertina se dio cuenta que su marido estaba hablando desde lo más profundo de su ser y que estuviera correcto o no, aquella convicción iba a ser difícil de cambiar.

“Yo te apoyaré, Felo.” Dijo Robertina frotándole la espalda con la palma de la mano izquierda. “Pero tienes que cuidarme mis angelitos.”

“Acuérdate que son mis angelitos también, Tina. Yo los cuidaré más que a mí mismo.”

Feliciano se secó los ojos, respiró profundo y caminó unos pasos hasta el fogón. Luego caminó hacia el aposento y despertó a Rondo y a Cando para que se desayunaran. Tomó la alforja con alimento y la echó en el capacho que había ya montado sobre Brinco, se colgó un machete de la correa de la cintura y se puso su sombrero de pana. Aunque ya Robertina le había dado el visto bueno para que se llevara los muchachos a Barranca, ella todavía tenía un nudo en el pecho y otro en la garganta, los que no desaparecerían hasta muchos meses después. Estaba a punto de llorar, pero se contuvo porque sabía que tenía que mostrarse fuerte para que los muchachos no la vieran llorando y se fueran tristes. Rondo y Cando, por sus lados, estaban entusiasmados, porque se irían con su padre a aquel lugar donde su madre había huido con su padre el día que se casaron, según ellos mismos habían contado docenas de veces. Ellos también estaban entusiasmados por las historietas que Robertina les contaba sobre las culebras cabezonas, los perros negros voladores, los ojos de linternas de los gatos salvajes en las noches de tinieblas, las brujas trasnochadas volando de mata en mata y las clarinadas del rey del cementerio durante noches de soledad.

24

Feliciano, Rondo y Cando salieron ese lunes lúgubre hacia Barranca. Robertina se quedó con el corazón derretido y con un sentido de resignación profundo, aunque con la firme determinación de apoyar a Feliciano en aquel experimento producto de la tozudez exacerbada de él. En sus adentros, ella hubiera preferido que Feliciano siguiera con su barbería ambulatoria, que siguieran recibiendo los alimentos del Proyecto Humanitario y que Feliciano hubiera aceptado la parcela de tierra que Manuel Santana les ofreciera, aunque sea hasta que los muchachos estuvieran más grandecitos. Pero ella también sabía que en la casa ellos eran dos y que los sentimientos y el orgullo intrínseco de Feliciano eran en ese momento demasiados fuertes y profundos para enfrentarlos.

Antes del medio día, Feliciano, Rondo y Cando ya habían llegado a Barranca. Feliciano cocinó arroz con guandules y huevos fritos de guineas cimarronas que había recogido en el monte a su llegada y los tres comieron. Él llevó a los muchachos a dar una vuelta por el monte y a ver el área con matorrales donde él establecería la parcela. Tanto Rondo como Cando seguían entusiasmados y no se paraban de preguntar por el río de aguas cristalinas con cascadas y remolinos, por los perros realengos voladores, por las culebras cabezonas, por los gatos

montaraces, por las guineas cimarronas que ponías cien huevos en cada nidal, por las frutas aromáticas del monte, por el clarinete del rey del cementerio, por las brujas voladoras y los espíritus pérfidos con cuerpos de bestias y cabezas de humanos. Feliciano los llevó a ver las guineas montaraces y los cientos de huevos, el río con los chorros en remolino y las frutas abundantes de mangos, naranjas, zapote en el monte.

“Las otras cosas se ven de noche.” Dijo Feliciano. “Otros no se pueden ver, como el grito desesperado del rey del cementerio, pues el rey asume el bramido de toros, el berrinche de caballos y el alarido de perros.”

Al llegar la noche, Feliciano cubrió tanto como pudo el rancho con lonas gruesas, plásticos, cartones y hojas de palma, de manera que las paredes hechas de trancas de madera paradas estuvieran lo más herméticas posibles. Ese rancho lo había construido Feliciano cuando vino por primera vez a Barranca, ocasión en la que el hacendado Papacito Montero, un terrateniente famoso por tener extravagantes extensiones de tierras en los cuatro puntos cardinales de La República, algunas de las cuales nunca había visitado, le permitiera a Feliciano trabajar un predio en su hacienda de Barranca. Feliciano lo recortaba cuando él venía al valle. Agradecido por las recortadas finas de Feliciano, una vez él le prometió dejarlo trabajar en sus terrenos de Barranca, siempre y cuando Feliciano se construyese un rancho en medio de la hacienda para ayudarlo a vigilar la propiedad. Barranca era una llanura inmensa, fértil, todavía virgen al pie de la Cordillera Bahuco.

Aquella primera noche, después que Feliciano mejorara las paredes del rancho, cocinara y mostrara a los muchachos el monte, el río y los huevos de guineas cimarronas en Barranca, Feliciano preparó

una hamaca para él y otra para los muchachos. A pesar del estado de inquietud de los muchachos por lo exótico y silvestre de aquel lugar, no les tomó mucho tiempo para dormirse, seducidos por el vaivén perpetuo de la hamaca y la penumbra espesa de una noche fría y sin luna. Una brisa suave soplaba el rancho gentilmente, mientras que los grillos y las cigarras se disputaban dominancia de conciertos en el albor de la noche. Pero Feliciano no se pudo dormir tan rápido, pues ya pensaba en lo que haría el próximo día. Todavía tenía los residuos de aquella conversación difícil de la mañana con Robertina y era el comienzo de una nueva etapa en su vida, en la que se dedicaría en cuerpo y alma a trabajar para darle otras oportunidades a sus hijos y a la misma Robertina. Pensaba que al día siguiente se levantaría a las cinco de la mañana, y dejaría a los muchachos acostados en el rancho para irse a trabajar en su parcela, hasta cerca de las ocho de la mañana, cuando retornaría al rancho. Luego, después de haber desayunado los muchachos, los tres se irían a trabajar por jornal a la finca de otro hacendado. Trabajar por jornal de ocho de la mañana a cinco de la tarde les permitía generar ingresos para traer a Robertina y los demás muchachos, a fin de mes. Por lo general, Feliciano cultivaba maní o frijoles, utilizando un cultivador halado por su propio caballo, Brinco. Cuando Feliciano utilizaba a Brinco y los dos muchachos, el esfuerzo conjunto totalizaba tres jornales. Un jornal por él, uno por Brinco y medio por cada uno de los muchachos. En otras ocasiones, Feliciano hacía arreglos contractuales, en vez de trabajar por jornal. Cuando Feliciano contrataba predios, entonces él tenía la flexibilidad de jugar con el tiempo, por ejemplo cuando el sol no estaba muy caliente para cuidar a los muchachos de los ramalazos del sol cretino del trópico,

o la posibilidad de dedicar más tiempo y generar más ingresos. El tiempo que Feliciano no usaba en trabajos por jornal o en contratas, lo utilizaba para trabajar sus propios predios. Por lo general, el tiempo que Feliciano usaba para laborar la tierra, entre su propia parcela y las de otros, era desde que la claridad del alba le permitía ver la tierra, aproximadamente a las cinco y media de la mañana, hasta que la penumbra de la noche no le permitía ver el suelo, aproximadamente a las siete de la noche, totalizando unas trece o catorce horas diarias. Ellos venían llegando al rancho de regreso a las ocho de la noche, hora a la que Feliciano preparaba cena y la comida del día siguiente, lavaba la ropa para que se secase para el día siguiente y finalmente limpiaba el rancho. Aproximadamente a las nueve y media de la noche, ya cenados y bañados, a los muchachos los aturdía el cansancio y era entonces cuando por lo general Feliciano los acostaba. Una vez los muchachos acostados, Feliciano se bañaba, encendía un cigarro y se sentaba en una silla a la puerta del rancho, a mirar las estrellas y a suspirar profundo, al compás del sonido polifónico de la noche. Obviamente, había noches en las que Feliciano no podía dormir. Pero él siempre tenía una extraordinaria fortaleza física y mental, y aquellas rutinas excepcionalmente intensas no parecían hacerle ningún efecto.

A los pocos meses de haber llegado a Barranca, ya había cultivado productos frescos como tomates, pepinos, guandules, yuca, maíz, entre otros, y había generado suficiente ingreso para traer a Robertina. Cada mes, Feliciano traía cargamentos de comidas, suficientes para un mes. Robertina, por su lado, cada mes celebraba la llegada de Feliciano y los muchachos, preparando comidas especiales como sancochos con cinco tipos de carnes, abundante arroz y guandules guisados con ensaladas

frescas de todo tipo de vegetales y frutas, así como batidas de frutas, café molido a pilón, mermeladas de naranja agria, golosinas y confiterías para los niños y por lo general una botella de aguardiente para Feliciano. Robertina también invitaba a algunos vecinos, a Romelia y otros amigos. Durante las visitas de Feliciano y los muchachos. Algunos clientes fieles también se aparecían a la casa para que Feliciano los recortara.

Todo indicaba que aquel experimento de Feliciano de trabajar catorce horas todos los días e incluir a los muchachos de nueve y diez años en la fuerza laboral de la casa iba a funcionar, a medir por los resultados inmediatos. Al menos aparentaba como si ya todos se habían ido acostumbrando a aquella rutina intensa de trabajo y a celebrar los reencuentros familiares cada fin de mes. Ya Feliciano y Robertina no dependían de los utensilios de barbería para alimentar a los muchachos. Tampoco habían vuelto al Proyecto Humanitario a buscar comida y Feliciano se había resistido a no trabajar la tierra que Manuel Santana les había ofrecido. Desde cien mil pies de altura, la familia había encontrado una salida de sustentación mucho más segura y más digna. Sin embargo, la parte imperfecta de aquel nuevo modelo de sustentación de la familia era que ya los cuatro hijos mayores, a la edad de ocho a trece años, habían dejado de asistir a la escuela y, por lo tanto, el futuro para estos vástagos no podía lucir más lúgubre y sombrío, desde los mismos cien mil pies de altura. Por otro lado, aquella abundancia de comida y dinero era el resultado de un trabajo físico inmensamente intenso casi exclusivamente de Feliciano, trabajando física y mentalmente desde que se levantaba en los albores del día hasta que se acostaba en la noche. El futuro de su salud también no podía lucir más patéticamente fúnebre, desde los mismos cien mil pies de altura. Robertina era la única que en

sus adentros, estaba consciente que aquella vida, que temporalmente les daba cierto bienestar material, no era del todo maravillosa. De hecho, Robertina había dormido poco desde que Feliciano y los muchachos se fueran a Barranca, aunque ella jugaba aquel juego que la vida le había puesto al frente. Ella había intensificado sus vicios de tomar café y fumar cigarros de andullo. Era un café traído de la montaña, tostado y molido con pilón por ella misma y cargado con sus aromas coloidales frescos y originales. Colaba café pilón cuatro veces al día. Fumaba tabaco negro de andullo y con la colilla de un cigarro encendía el siguiente. La cafeína concentrada de aquel café robusto y la nicotina casi pura de aquel tabaco negro de andullo fermentado le descontrolaron el sueño, al punto que duraba semanas sin cerrar los ojos. Irónicamente, ella agradecía aquel sufrimiento pues el no poder dormir le ayudaba a evitar las pesadillas. Las raras veces que dormitaba soñaba que Rondo y Cando llegaban a la casa, solos, forrados en mugrientos trapos, con la piel cuarteada y los ojos taponados de lagañas, con cara de calamidad, descalzos y con la dentadura podrida. Lucían viejos, calvos y con la piel arrugada. Al llegar, le contaban a Robertina que Feliciano se había desaparecido una noche y que un espíritu con cuerpo de venado y cabeza humana se lo había llevado a la fuerza. Aquella horrible pesadilla ya habitaba de manera permanente en el subconsciente de Robertina e incluso cuando alucinaba, por el efecto deslumbrador de la cafeína y la nicotina, alcanzaba a ver a Rondo y Cando en el horizonte y caminaba hacia ellos por kilómetros hasta que el dolor de las pantorrillas le hacían recobrar la conciencia. Ella sólo hacía cerrar los ojos o tomarse una tasa de café cargado para alucinar con aquellas imágenes fantásticas de Rondo y Cando.

Durante los primeros diez meses, Feliciano había cumplido sus palabras de venir cada fin de mes. El hijo más pequeño, René, tenía ya un año y caminaba. El segundo más pequeño, Robin, con unos cuatro años, era el más enfermizo de los hijos, con ataques frecuentes de asma.

En realidad, aunque Feliciano había cumplido su promesa de venir todos los meses, traer abundante comida y dinero para cubrir las demás necesidades de la casa, Robertina no era la mujer más feliz, aunque hacía lo imposible para hacer a cada quien feliz en la casa y en la comunidad. Le preocupaba el extraordinario esfuerzo físico que tenía que hacer Feliciano para sacar hacia delante la familia y al que había expuesto a los muchachos. Ella se sentía que no estaba haciendo su parte aunque su carga al timón de la casa con los demás muchachos era tan grande como la misma contribución de Feliciano. La comenzaba a castigar la soledad, la afectaba muy profundamente la prospectiva que los muchachos no pudieran continuar en la escuela, entre otros pensamientos que la martillaban por dentro. Todo aquello le causaba una ansiedad espantosa, al punto que con el tiempo, además de no dormir, tampoco comía. Robertina adelgazó de forma brutal, al punto de preocupar a Romelia, a Manuel Santana y al mismo Feliciano.

“Tú estás enferma, Tina.” Dijo Feliciano un domingo de visita.

“El que está enfermo eres tú.” Respondió Robertina, asintiendo con la cabeza y descansando los brazos sobre su cintura.

“Tú estás negro como el carbón, por el sol, los ojos los tienes rojos y metidos en la frente.”

“Sí, me duele la cabeza.”

“Por supuesto que te debe doler la cabeza, pues no te paras nunca de trabajar.” Dijo Robertina sin mirar a Feliciano a la cara. “Te debes doler la conciencia, también.”

“Y tú ni comes ni duermes.” Dijo Feliciano mientras procesaba la última frase de Robertina. “Te debes doler la conciencia, también.”

“Bueno, esa es una mezcla peligrosa que no nos va a llevar muy lejos.”

“Es la cruz que tenemos que llevar hasta el calvario.”

“Si es que antes no nos llevan con todo y cruz al cementerio.”

“¡Tú estás pesimista, Tina! ¡Más que nunca!” Dijo Feliciano alterando un poco la voz. Robertina no le contestó. Prendió un cigarro y se fue a la cocina. Feliciano notó el enfado inusual de Robertina y la siguió.

“¿Qué te pasa, Tina? Te noto inusualmente extraña, como si algo, que tal vez yo no conozco, más allá de mi trabajo en Barranca y la ausencia de los muchachos, te estuviera preocupando.”

“Lo que me molesta, tú lo conoces muy bien.” Dijo una Robertina visiblemente enfadada y sudándole el lomo de la nariz. “Tal vez demasiado bien.” Replicó.

“No sé de qué me estás hablando . . .”

Robertina no lo dejó que terminara su expresión. Se levantó de la silla, tiró el cigarro a medio fumar al suelo y brincó sobre él, con una furia leonina. Feliciano cejó rápidamente, pero no pudo evitar el zarpazo de gata cimarrona de Robertina, quien lo alcanzara con las puntas de los dedos y le arañara la cara. Mientras esquivaba a Robertina, quien lo perseguía con la cara de mala intención, Feliciano se pasó de pronto

la mano derecha por la cara y sintió el ardor fuerte. Cuando se miró la palma de la mano, se dio cuenta que estaba sangrando. Robertina aceleró el paso con semblante aguerrido para su segunda investida, como una fiera salvaje. La cara la tenía rojiza de la cólera. Fue cuando Feliciano se dio cuenta que el asunto era en serio, por lo que trató de huir. Pero Robertina, impulsada por la inercia de su ira logró alcanzar la camisa de Feliciano y luego el cuello. Feliciano tuvo que volverse y como pudo agarró a Robertina por los dos brazos. A pesar del forcejeo de ella, girando, gritando y rugiendo como una verdadera fiera salvaje, Feliciano logró sujetarle los brazos, los que debido a los giros y movimientos bruscos de Robertina lucían retorcidos como si estuvieran a puntos de quebrarse. Ella se echó al suelo y él se le echó encima, para sujetarla. Allí estaban embrollados, ambos con la respiración agitada, él sujetándola por los brazos y ella tratando inútilmente de soltarse. Rondo y Cando no estaban en la casa, pues estaban de visita a donde los amigos de Antón. Las hembras, Noemí y Karen estaban entretenidas en el patio del otro lado de la casa y por lo tanto no se habían percatado de la trifulca. Pero Robin, el segundo más pequeño, con apenas cuatro años de edad, jugaba con su hermanito, René, y fue quien notara a sus padres embrollados. El muchacho instintivamente reaccionó y se dio cuenta que sus padres peleaban y que su madre estaba abajo forcejeando para soltarse, con la cara roja y lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Agarró la barra de metal que Robertina usaba para trabar la puerta de la casa de noche y la arrastró hasta donde estaban sus padres. Tambaleándose por el peso de la barra, Robin la levantó como pudo y la dejó caer, sólo por virtud de la fuerza de la gravedad, sobre la cabeza de su padre, causando un impacto fuerte sobre Feliciano, principalmente porque no lo esperaba.

Sorprendido por el impacto inesperado y al notar que Robin levantaba la barra nuevamente, Feliciano liberó a Robertina y se paró delante de Robin. El niño corrió llorando hacia el aposento, cuando vio a su padre parado allí frotándose la cabeza y destilando sangre de la cara por los arañazos causados por Robertina.

“¿Quién es Nadina y quién es Nidia?” Preguntó Robertina con la respiración agitada, descansando los brazos sobre su cintura y mirando a Feliciano de reojo. Feliciano la miró, suspiró profundamente y redirigió la mirada como si concediera, echando unos pasos lentamente y cabizbajo. Robertina lo siguió todavía con semblante belicoso.

“¿Por qué no te atreves a responder, buen bandido? ¿Quién es Nadina y quién es Nidia? Madre e hija. ¿Verdad? Tu querida y tu hija ¿Verdad?”

“¿Cómo lo averiguaste?” Preguntó un Feliciano confuso pero resignado a aceptar una verdad tóxica que se le iba encima como llamaradas con lenguas azules voraces.

“Esa araña desdichada tuvo la fachada de venir por acá a preguntar por ti.”

“Perdóname, Tina.” Dijo con voz quebrada, todavía sin mirar a Robertina a la cara. Robertina no respondió y sólo se escuchaban los sollozos.

“Fue un puro accidente, un día bajo tragos en la casa de su padre, a quien yo recorto.”

Robertina no le dirigió la palabra más por el resto del día ni durante la noche. Feliciano se quedó allí parado muy pensativo. Luego se sentó en una silla a mirar el sinfín del valle y se fumó varios cigarrillos, hasta que terminó de llegar la noche. El ambiente estaba tenso en la casa.

A pesar de la gran perturbación y la profunda carga de culpabilidad que sentía Feliciano por haber traicionado a Robertina, él se acostó temprano, como a eso de las ocho de la noche. Golpeado además por la fatiga crónica, se quedó dormido, profundamente, hasta el día siguiente. Para Robertina, simplemente fue otra noche de insomnio.

25

Como lo hacía cada mes que venía de visita, Feliciano se despertó bien temprano, hizo café, preparó desayuno, ensilló a Brinco y preparó la alforja de alimentos y condimentos que se llevaría a Barranca por el siguiente mes.

“Los muchachos me dijeron que te dolía la cabeza.” Preguntó Robertina indirectamente sin mirar a Feliciano a la cara pero con un semblante mucho menos belicoso que el día anterior. “Llévate estos remedios.” Añadió, al tiempo que le ponía una funda con algunos ungüentos y una botella llena de hojas de plantas medicinales, aceites esenciales, miel de abeja y ajo.

“Gracias, Tina. Sí, me dolía la cabeza. Creo que es porque no he parado de trabajar todos estos meses.” Decía entre sorbos de un café humeante. Robertina también le pasó la funda con la ropa limpia de los muchachos.

“Mi Tina, te he notado delgada y parece que has intensificado la tomada de café y el fumar.” Dijo con voz baja y mirándola a los ojos. “Perdóname por lo que me toca. Te prometo que no volverá a pasar.”

Feliciano finalmente salió con los muchachos, de vuelta hacia Barranca. Rondo y Cando ya parecían hombrecitos. No se les notaba

el mismo entusiasmo, sin embargo, y era evidente que se iban con su padre ya no motivados por aquel mundo de aventuras imaginarias que les había dibujado Robertina durante las historietas de la cama. Más bien lucían indiferentes, empujados por la fuerza de la costumbre. Robertina por su lado ya se había reconciliado con la idea que Feliciano le había sido infiel y había aceptado el argumento de Feliciano, que fue un mero accidente. Poco a poco, también se había ido acostumbrando a la idea que Feliciano viajara a Barranca con los muchachos, aunque cuando en el ocaso de la tarde se sentaba a cavilar tomándose un café y fumándose un cigarro, en sus adentros albergaba el sentimiento que todo aquello era temporal y ofrecía su plegaria a Dios para que todo salga bien. “Que sea lo que Dios quiera.” Era la expresión con la que Robertina casi siempre terminaba su reflexión solitaria.

Ya en barranca, Feliciano y los muchachos continuaban sus rutinas de trabajos por jornales o contratos en las fincas adyacentes y laborando la parcela donde cultivaban los alimentos para traer a la casa. Pero con el tiempo la fatiga ya comenzaba a impactar a Feliciano; y las cosas no habían de mejorar.

Eran días soleados al final del otoño con temperaturas extremadamente altas en Barranca, de aquellos en los que literalmente se podía freír un huevo sobre el asfalto de la carretera. Durante todo el otoño, sólo habían caído unas leves lloviznas, así que el suelo estaba sumamente seco y expedía un calor casi irresistible. Feliciano estaba arando tierras con gran afán en la finca, con la expectativa que en cualquier momento habrían de comenzar las lluvias de inicio de invierno. Un cierto día, él no pudo preparar almuerzo en la mañana, en el rancho, porque no le dio el tiempo, pues quería iniciar labores bien

temprano. Al salir del rancho, les pidió a los muchachos que prepararan algo de comer para ellos mismos y que se quedaran descansando. Él sólo tomó café. A pesar de sólo haber ingerido café en la mañana ese día, sin embargo, él estaba decidido a trabajar corrido sin descansar a medio día para maximizar el tiempo. Por un lado quería aprovechar una yunta de bueyes que le habían prestado para preparar el terreno que sembraría de maní al entrar el invierno. Por el otro lado él sabía que en cualquier momento comenzaría a llover. “No puedo darme el lujo de fallar.” Les dijo él a los muchachos. Lo que Feliciano no imaginaba era que, ese mismo día, lloverían borriquitos aparejados.

De repente vino la gran lluvia, aproximadamente a las tres de la tarde, según contaran luego Rondo y Cando, quienes aún estaban en el rancho. Esa tarde, al notar que la lluvia era inminente, Rondo y Cando salieron de prisa muy anticipadamente hacia la parcela con la intención de ayudar a su padre. Por sugerencia de él mismo, sin embargo, al ver como el cielo se ennegrecía, escuchar los truenos y sentir los relámpagos, al sentir el olor a tierra húmeda de la brisa fuerte que ya llegaba a la hacienda, los muchachos corrieron de vuelta hacia el rancho. Una lluvia espesa y repentina saturó el suelo por hora y media. Pero Feliciano no se apareció en el rancho hasta dos horas más tarde, cuando ya la lluvia había pasado. Empapado de agua y sudor, su machete terciado en la cintura y literalmente arrastrando unas botas de goma ya con varias libras de lodo en los contornos, se apareció finalmente Feliciano. Por supuesto que los muchachos ya estaban muy preocupados.

“¿Qué te pasó, pa?” Preguntó Cando titiritando del frío, el más extrovertido de los dos hermanos.

“Me perdí.” Respondió Feliciano, con voz inusualmente baja y trémula, visualmente lánguido.

“Nos vamos a la casa mañana, bien temprano. Tengo un dolorcito de cabeza que no me está dejando tranquilo.” Agregó.

Cando, aunque era el menor de los hermanos mayores, con nueve años, era el más corpulento. De unos cuatro pies y medio de estatura y unas cien libras. Su color era más claro, similar al de Robertina, quien tenía ancestros españoles. Rondo, el mayor, de once años, era más taciturno y pequeño; con unos cuatro pies de estatura y unas noventa y cinco libras de peso. Era cobrizo, similar a Feliciano, quien tenía ancestros africanos. Ambos, con cabellos crespos y recortados al ras, eran muy saludables e inteligentes. Ese día, se les hacía difícil a ambos concebir la idea que su padre se había perdido durante la torrencial lluvia, en el trayecto de la parcela al rancho, un recorrido que él conocía como las palmas de sus manos.

Al otro día, una brisa fresca invernal se filtraba a través de la arboleda y peinaba el valle de Antón, donde aún no había llovido. Ese día, Robertina se había levantado bien temprano y había barrido y rociado los patios para mitigar la polvoreada de la prolongada sequía del otoño que recién pasaba. Ella sorbía un café humeante en descuido y solitaria en la cocina, mientras hervía un té de hojas de naranja agria y limoncillo con pulpa de sábila. Ella siempre le agregaba al té, después de hervirlo, unas siete gotas de sangre de tortuga de aguas dulces. Le habían dicho que la sábila con limoncillo y la hoja de naranja agria con sangre de tortuga eran buenas para la congestión nasal y del pecho. La noche antes, ella casi no pudo dormir porque Robin, el penúltimo de los hijos, había estado aquejado de asma, lo que traía a su memoria

aquellos recuerdos de sus previos cuatro vástagos muertos. Fue entonces cuando a través del efluvio del café, y la refracción de los primeros rayos de sol, alcanzó a ver el celaje en el horizonte de alguien que venía en un caballo, quien se le parecía a Feliciano. El caballo también se le parecía a Brinco. Consciente que ese día era miércoles y no era fin de mes, que era cuando Feliciano y los muchachos vendrían, a Robertina la invadió una extraña premonición fatalista. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz y su corazón le comenzó a palpar agitadamente. Fue entonces cuando se decidió a ir al encuentro de Feliciano y los muchachos.

“¿¡Qué pasó, Feliciano!?” Vociferó en exclamación una Robertina que caminaba apresuradamente, con el seño fruncido y los ojos húmedos. Al no escuchar una respuesta inmediata por parte de Feliciano o de los muchachos, y al ver el paso parsimonioso del caballo, Robertina aceleró el paso y vociferó de nuevo: “¿Les ha pasado algo?”

“Tengo un dolorcito de cabeza, Tina.” Respondió Feliciano al acercarse, con la voz baja. “Quise venir con los muchachos porque no me siento muy bien.”

“Caramba, yo te lo dije, Felo.” Dijo ella con la voz quebrada y con unas densas y cristalinas lágrimas que se resbalaban por sus mejillas. “Ay mis hijitos.” Añadió con gimo mientras ayudaba a Rondo y a Cando a bajarse del caballo. Feliciano también se bajó del caballo, lentamente. Tenía semblante enfermizo y mirada profunda. Le dio un abrazo a Robertina y se dirigió al aposento donde todavía dormían los demás hijos. Levantó la sábana y uno por uno los fue mirando, frotándole la cabeza suavemente con las puntas de los dedos de la mano derecha. Él notó el pecho de Robin como subía y bajaba y la respiración forzada cuando su diafragma se contraía como resultado del asma. Luego se

lavó la cara, se untó alcanfor en las sienes y se acostó en la cama que compartían él y Robertina, donde todavía dormía el hijo más pequeño, René.

Robertina desayunó a Rondo y a Cando. Les preparó un baño con agua caliente y les puso ropas limpias. Lo propio trató de hacer con Feliciano, pero él prefirió quedarse descansando en la cama. Robertina lo dejó descansar, pero al pasar las horas, sin embargo, ella se encontró extraño que Feliciano se quedara allí tendido en la cama, arropado de pies a cabeza. “. . . pero Feliciano raramente duerme de día. Parece que el malestar es grave.” Rezonó Robertina para sí, mientras visitaba a Feliciano al aposento y lo veía embozado de pies a cabeza con una frazada. Era evidente que él sentía mucho frío, notó Robertina cuando levantó la sábana para preguntarle si ya quería algo de comer. Vibraba la mandíbula inferior, le temblaba la piel de la cara y crujía los dientes con fuerza cuando dormitaba. Robertina le puso la mano en la frente y se percató que estaba ardiendo en candela. “Oh, Avemaría Purísima, se me muere el hombre.” Dijo con evidente preocupación.

“Felo, tú tienes fiebre.” Dijo Robertina con cara de pesadumbre, mientras lo meneaba para que se despertara.

“Parece que sí.” Respondió Feliciano con voz quebrada, apenas abriendo los labios y sin abrir los ojos.

“Te voy a preparar un baño y un unguento. Debiste haber cogido un resfriado malo en esa loma” Replicó Robertina mientras se alejaba.

“Parece que sí.”

Robertina ensilló a Brinco apresuradamente y se fue a la Cordillera de Bahoruco y recogió hojas de Barroja, Curcuma, Gatuña, Ciprés, Hinojo, Hierba Luisa, Frangula y Boldo para preparar una friega y un

baño balsámico. Ese mismo día fue a la ciudad y compró incienso para quemar en la casa, así como aceites esenciales para preparar la friega para untársela a Feliciano. Ya a medio día, Robertina le tenía un baño preparado, así como un unguento especial de poderes extraordinarios. También quemó incienso y diseminó el humo odorífero por los alrededores de la casa. En la tarde, pasó por donde Romelia para que ella viniera a ver a Feliciano y para que invocara la buena voluntad de Santa Eloísa, de manera que los malos espíritus se alejaran a las siete leguas.

“Esta casa huele a enfermo.” Dijo Karen, la más pequeña de las hembras, cuando percibiera el tufo a hierbas aromáticas y el olor del incienso.

“Mi reina, nosotros tenemos dos gentes enfermas: tu padre ha venido con un malestar que no lo deja tragar nada y Robin estuvo tosiendo anoche como si quisiese vomitar el estómago y sin casi poder respirar.” Respondió Robertina mientras seguía quemando el incienso en la casa y en los alrededores y en el monte detrás de la casa.

Por las siguientes tres semanas, Feliciano no pudo ingerir alimento sólido. Robertina experimentó con todos los tipos de comidas, desde sopas y caldos hasta purés y batidas de frutas. Él se sentaba a la mesa cada día pero se le hacía imposible abrir la boca y masticar. De lo único que a veces tomaba sorbos era de una malta fortificada que Robertina le suministraba con un sorbete, pues él ya tenía serias dificultades para abrir las mandíbulas. Las fiebres jamás se le quitaron.

26

Los amigos, vecinos y clientes de Feliciano venían a visitar cada día. Robertina, ya no sabía qué remedio buscar y aplicar a Feliciano. Las oraciones y las plegarias a Santa Eloísa no habían funcionado; el incienso y las friegas balsámicas tampoco. Romelia venía casi todas las noches y rezaba El Santo Rosario varias veces a la cabecera de la cama donde yacía Feliciano. A Robertina ya se le había olvidado dormir. Desde que Feliciano llegara enfermo, ella jamás había podido cerrar los ojos. Tampoco se había parado de caminar. Se pasaba los días desde la cordillera de Bahoruco, recogiendo las hojas medicinales frescas para los brebajes, al pueblo a comprar incienso y aceites esenciales y en la casa parecía un robot en continuo movimiento. Pasaba horas y horas infructuosamente tratando de suministrar maltas fortificadas a Feliciano. A veces se conformaba con mantenerle los labios mojados de malta o de cualquier otro líquido para que no se deshidratara.

Al borde de la locura, desesperada, al ver que Feliciano no comía, no tomaba agua, no hablaba y apenas entreabría los ojos, Robertina se decidió a visitar un famoso nigromante de la comarca, de quien Feliciano era el barbero preferido. Se fue a ver ese brujo muy discretamente, evitando que Romelia se enterara, pues no quería ofenderla. Buscar ayuda

de otro poder sobrenatural que no fuera el de Santa Eloísa era un insulto al sacramento de Romelia y a la omnipotencia de su santa venerable. Ella salió sin que nadie se diera cuenta, convencida que si no hacía algo en ese mismo instante, la muerte de Feliciano era inminente.

“Don Rogelio, se me muere Feliciano.” Dijo Robertina al nigromante, sentada frente a él y al lado de un altar repleto de cuadros con las imágenes de múltiples santos. Se distinguía la imagen majestuosa y sentenciosa del Arcángel San Miguel en el centro del altar, en un cuadro montado en marco dorado con ribetes tejidos en lo que parecía ser un oro pesado, con la espada alzada, dos alas gigantescas abiertas de par en par y el pie izquierdo pisoteando el cuello de Lucifer.

“Yo esperaba que usted viniera, Tina.” Dijo don Rogelio con voz baja, mientras se mecía en una mecedora de caoba. “Yo creo que sé lo que tiene Feliciano.”

Don Rogelio era reconocido en la comarca por sus prácticas espiritistas. Era reconocido por sus poderes de espantar la lluvia, los tornados y detener la muerte con la permuta de almas. Un mulato alto y delgado de aspecto refinado, de sonrisa grande y siempre bien vestido. Usaba guayabera de algodón azul impecable con broches de oro de dieciocho quilates en las mangas, pantalones negros nítidamente planchados, zapatos de cuero bien lustrados y sombrero de pana. Se la pasaba visitando amigos y jugando dominó, cuando no tenía citas con sus clientes.

“Vine a verlo porque sabía que usted me podía ayudar.” Replicó Robertina con la voz cuarteada.

“Ya se está haciendo tarde, sin embargo. San Miguel ya espera a Feliciano para llevarlo a la puerta celestial, si no se hace algo rápido. Hoy mismo.” Sentenció el brujo.

“¿Y qué podemos hacer don Rogelio?”

“Se nota una sombra multicolor y de aspecto indefinido detrás del alma de Feliciano. No puedo distinguir qué es, pero le aseguro que no se trata de algo venerable.”

“¿Y qué podemos hacer, don Rogelio?” Insistía Robertina.

“Feliciano tenía un alma grande y transparente.” Rezonaba el nigromante, todavía con los ojos cerrados y desmenuzando algo invisible en su mano derecha, dando la impresión que él alcanzaba a visualizar en el mundo celestial, a través de sus poderes mentales y espirituales extraordinarios, el alma de Feliciano. “Para devolver el alma de Feliciano, la que ya ha comenzado a desandar y deambular en El Valle de la Sombra, hay que sacrificar una de las prendas más apetecidas en la familia.”

“¿A qué se refiere cuando dice una prenda?”

“Bueno, no es un miembro de la familia como tal, aunque fuera lo ideal, porque estaríamos en lo mismo. No queremos sacrificar a un ser querido por otro.” Dijo el brujo, con los ojos cerrados y la frente sudorosa, moviendo en círculo los dedos pulgar, índice e intermedio de la mano derecha como si desmenuzara algo bien pequeño. Con la mano izquierda, pasaba las seis cadenas de El Santo Rosario y apenas moviendo los labios rezaba los quince misterios. “Pudiéramos decir que el animal preferido, y con más valor de la familia.”

“¿Cree usted que el toro padrote de Manuel Santana puede servir? El que usted conoce.”

“Si él está dispuesto a perder el animal, habría posibilidad que el Arcángel San Miguel devuelva el alma de Feliciano.”

“¿Pero no es seguro?”

“Es tan seguro como el nivel de desprendimiento de Manuel Santana. Si en su corazón él no quiere sacrificar el toro, aunque verbalmente asienta, el poder del sacrificio para el trueque de almas no funcionaría.” Explicó el brujo todavía con los ojos cerrados y con dos hilos de sudor que le resbalaban por sus sienes.

“Yo se lo garantizo, don Rogelio.” Dijo Robertina, un poco animada, mientras se paraba para irse.

“El que tiene que garantizarlo es Manuel Santana. Vuelva por acá con la noticia. Entonces yo vendré a su casa para los ensalmes y las disposiciones precisas finales del Arcángel San Miguel.”

Robertina se regresó a la casa. Encontró a Feliciano sentado en la cama y por primera vez desde el día que regresara de Barranca aturdido del dolor de cabeza, Robertina pudo verlo abrir los ojos. Tenía los ojos grises y lánguidos.

“Felo, he ido donde don Rogelio y me ha dicho que te va a sanar.” Le dijo Robertina. Feliciano la miró con los ojos dilatados a medio abrir pero no balbuceó una sola palabra.

“Don Rogelio me dijo que ha visto una sombra detrás de tu alma. Una sombra sin forma ni color pero no alcanzó a distinguir con precisión lo que era. Parece que una mala brisa te pasó por encima en Barranca.” Explicaba Robertina a Feliciano también sentada en la cama, frotándole la espalda.

Ella le tocó el cuello con el revés de su mano derecha y se dio cuenta que a Feliciano se le había reducido la fiebre ese día; el único día que no

se le notara temblándole la mandíbula inferior por la calentura corporal y por el frío, durante las últimas tres semanas. Robertina respiró profundo y sintió un alivio al verlo notablemente mejor. Feliciano ese día también pudo tomarse media malta. Esa tarde, Robertina se animó y comió un poco también. Desde que él llegara enfermo, apenas cocinaba para los muchachos, pero ella no comía. No tenía apetito. Después de comer, se sentó en una silla detrás de la cocina, reflexiva, fumándose un cigarro, tomándose una tasa de café humeante y a contemplar el horizonte. Ver a Feliciano con menos fiebre y con los ojos abiertos por primera vez en muchos días, le había producido un poco de esperanza. Pensó en la propuesta de don Rogelio pero no se sentía motivada a hablar con Manuel Santana para proponerle que dispusiera de su toro padrote para que el brujo hiciera el trueque de almas, lo que terminaría de curar a Feliciano. En sus adentros, ella sabía que Manuel Santana no aceptaría, en su corazón, cambiar su toro padrote por la salud de Feliciano, aunque terminara diciendo que sí. Con aquella duda, ella no se sentía motivada a hablar con él, pues si lo hacía, probablemente morirían tanto el toro como Feliciano. “Que sea lo que Dios quiera.” Pensó Robertina un poco resignada pero también motivada por la mejoría exhibida por Feliciano, esa tarde. A Robertina tampoco se le había ocurrido llevar a Feliciano a la ciudad al hospital o a una clínica privada; no sólo porque tenía fe en la omnipotencia de Santa Eloísa y San Miguel Arcángel, y en los poderes curativos de las hierbas medicinales que por años su madre Romelia había utilizado para preparar las friegas poderosas y extraordinarias que habían curado miles y miles de gentes en toda la república y el extranjero, sino también que en realidad ella no tenía recursos económicos ni patrimonios para llevar a Feliciano a un médico.

Esa noche, Romelia les había pedido a los muchachos que se acostaran anticipadamente para apagar las lámparas temprano, de manera que los vecinos y amigos no viniesen a visitar y así permitir que Feliciano descansara un poco más. Ella misma se sentía abatida y con ganas de intentar echar un sueño. A las nueve de la noche ya todos estaban dormidos, excepto ella y Feliciano. Diferente a como Feliciano lucía en la tarde, al avanzar la noche él se tornaba trémulo de nuevo, la fiebre le subía y la respiración se le agitaba progresivamente. Robertina se levantó apresuradamente y tomó en sus manos la botella con el brebaje que le había preparado Romelia para que se lo aplicara a Feliciano. Rápidamente, comenzó a untárselo, de pies a cabeza. Al notar que Feliciano se tornaba cada vez más trémulo y que crujía con cada vez más fuerza los dientes, a las once y veinte minutos de la noche, Robertina se decidió despertar a los cuatro muchachos mayores, Rondo, Cando, Noemí y Karen. Les pidió a Rondo y a Cando que fueran a informarle a Romelia que Feliciano estaba grave y que necesitaba su ayuda. Noemí y Karen la ayudaban entre gimoteos a aplicar la friega a Feliciano, a ponerle paños húmedos en la frente y a mojarle los labios con agua. Fue entonces cuando notaron que Feliciano paró de crujir los dientes, relajó el cuerpo, dilató las pupilas de los ojos y repentinamente la piel de la cara ya no lucía trémula. Robertina les pidió a las niñas que se vistieran, que despertaran a los dos niños más pequeños y que buscaran pañuelos y toallas para limpiarse las lágrimas. A las doce en punto de la media noche, Robertina dejó de sentir el pulso en las manos, el palpito en el pecho y notó que el cuerpo de Feliciano se tornaba frío y rígido. Feliciano había muerto.

Romelia escuchó los gritos desconsolados de Robertina y las muchachas, desde lejos, y se imaginó lo peor. “Corran mis hijos, que

su padre está en las últimas.” Le comentó a Rondo y Cando. Cuando llegaron, ya la muchedumbre había invadido la casa. Esa noche nadie se detuvo de llorar hasta la tarde del día siguiente cuando ya Robertina había perdido la voz y ya tenían el cuerpo de Feliciano en el ataúd montado en dos bancos de caoba, listo para ser sepultado.

“Lo único que yo me acuerdo de ese día fue cuando dos hombres, parados de cada lado del ataúd donde estaba el cuerpo de mi padre, me cargaron y me pasaron tres veces por encima del ataúd. Lo propio ellos hicieron con mi hermano más pequeño, René. Supuestamente esa era una ceremonia necesaria para que el alma de mi padre y los espíritus que con ella deambulaban en Antón, no se acercaran a nosotros a molestarnos, pues supuestamente, como ambos estábamos sin bautizar, éramos vulnerables a las iras de las almas que desandaban.” Explicaba Robin, muchos años después.

Por años, tanto Robertina como Rondo y Cando siempre hacían la anécdota de ese día lluvioso cuando le comenzó el dolor de cabeza que terminó quitándole la vida a Feliciano. Se tejieron diversos rumores sobre su muerte. La mayoría de gente en Antón pensaba que simplemente él había muerto de un dolor de cabeza, pues ese era el síntoma mayor que Robertina, por semanas combatió con remedios caseros de toda clase, color y olor. Otro rumor era, y éste era el que contaba Robertina, que Feliciano había muerto a causa de una brujería. Robertina fundamentaba su razonamiento en su creencia que la tierra que Feliciano Trabajaba era deseada por otras personas envidiosas y de malos métodos en Barranca.

“A él le echaron un Guangá¹, traído de Haití.” Decía Robertina cada vez que se sentaba en el patio de La Gran Casona a fumarse un cigarro y a cavilar sobre su amado e inolvidable Felo. “Feliciano no pudo llegar al rancho, cuando la lluvia vino, porque la maldición del hechizo lo agarró y le hizo perder los sentidos. Por eso se perdió en el camino, cuando venía de desenyugar los bueyes.” Siempre rezongaba Robertina, con recóndita añoranza y lamento.

Otro rumor más creíble era el que contaba Juan Manuel, el hermano de padre de Feliciano y hermano de crianza de Robertina, quien decía que su hermano debió haber tenido un tumor en la cabeza y que el dolor que se le ensanchó ese día fue simplemente una coincidencia, o el resultado directo del tumor.

¹ Guangá era como le llamaban, en el argot popular y supersticioso, en el sur de La República, al espíritu diabólico o maldición, asumiendo en ocasiones la forma de animales o figuras pérfidas, en la tradición campesina del Siglo XX en zonas rurales.

27

La frágil y pequeña casa con paredes construidas de astillas de bayahonda, cementadas con lodo y excremento de vacas, cobertizo de hojas de palma y puertas de madera carcomidas por las termitas y la inclemencia del tiempo, se había ido ladeando poco a poco. El efecto de la escorrentía había socavado la base del bohío con el cuentagotas, cada vez que llovía. Ya varios años después del fallecimiento de Feliciano, Robertina todavía no había podido remplazar el cobertizo deteriorado por la lluvia y los ratones, por lo que en tiempos de lluvias, precipitaba afuera y escampaba adentro. Pero aquella era la morada que les había dejado Feliciano a ella y a los muchachos. Aún con los múltiples trabajos que ella había ido asumiendo para sustentar la familia, no había podido ahorrar suficiente como para poder invertirlo a la casa.

Después del deceso de Feliciano, el primer trabajo fuera de la casa que ella asumió fue como trabajadora doméstica. Robertina viajaba todos los días a la ciudad de San Juan, a unos veinticuatro kilómetros de Antón, a limpiar casas, cocinar, lavar y planchar ropas por paga, para traer ingresos al hogar. En su cruzada de casa en casa en la ciudad, un día una familia rica se impresionó tanto con ella que terminaron proponiéndole que se dedicara a trabajar sólo para ellos. Ellos se

fascinaron con la decencia, higiene y buenos modales de Robertina. Los Hazín era una familia adinerada de descendencia turca, quienes habían hecho fortuna con la importación de tela, perfumes y cosméticos desde Europa y el Medio Oriente. Robertina viajaba todos los días a la casa de Los Hazín, saliendo a las seis de la mañana de Antón de modo que tuviera tiempo para hacerle desayuno a aquella familia y llevar sus niños a la escuela. Al final del día, ella salía de aquella casa a las siete de la noche, después de haber preparado cena y dejar los niños listos para dormir. Durante el día, lavaba y planchaba, limpiaba la casa, despolvaba los muebles, barría los patios, cuidaba el jardín, caminaba el perro, cocinaba, buscaba los niños al colegio, jugaba con ellos y otros misceláneos e imprevistos que se presentasen. El pago que le hacían era mayor que el que usualmente ellos realizaban a sus trabajadoras domésticas, no porque Robertina se lo requiriera sino que ellos se sentían agradecidos de ella y confiaban en su honestidad. Los Hazín siempre vivían en zozobra con las trabajadoras domésticas porque terminaban llevándose la mitad de las compras de alimentos, los cosméticos, los juguetes de los niños, las prendas de la señora Hazín, las ropas, cualquier dinero menudo que se quedase descuidado en cualquier esquina de la casa y hasta la pasta de diente y los cepillos dentales. Esta paranoia se les había desaparecido desde que Robertina comenzara a trabajar en la casa, pues las compras de alimentos les duraban una eternidad, Robertina siempre encontraba algunos cambios de dinero mientras limpiaba la casa y siempre se los traía a la señora Hazín, con quien ella más se relacionaba y ya sus prendas no se le perdían. La pulcritud de Robertina se hizo evidente cuando ella rechazara los regalos que le hacía la señora Hazín, incluyendo comida, ropa y algunas prendas,

aludiendo que ella no traería nada donde sus hijos que no se hubiera ganado con el sudor de su frente. Los hijos de Los Hazín también se habían fascinado con Robertina, con su higiene, su dulzura con o sin la presencia de sus padres, con el sabor de la comida, con el tiempo de juego, con su cariño y una magia que los mismos Hazín adultos no podían explicar. Pero a pesar de la consideración y el aprecio que ellos sentían y expresaban a Robertina, ella nunca se sintió completamente satisfecha, pues en una parte recóndita de su mente se sentía triste y con remordimiento. Ella luchaba en su interior con el sentido de culpa que le causaba dedicarse en cuerpo y alma a atender una casa y a una familia que no eran las suyas. Aquello lo consideraba como una traición a sí misma, a sus hijos y a la memoria de Feliciano. Aquel horrible pesar y disgusto llevaron a Robertina a un nivel de estrés tan agudo que un lunes decidió no volver a trabajar en casa de Los Hazín y en vez se quedó en Antón para dedicarse a trabajar agricultura, cerca de sus hijos, aunque lo que ganase fuera una miseria comparado a lo que le pagaban Los Hazín. Robertina entonces comenzó a cosechar maíz, maní, frutas o cualquier otro rubro agrícola en la zona, como su opción de generar ingresos y al mismo tiempo estar cerca de sus hijos.

Al final de esa misma semana que Robertina se decidiera a parar de trabajar a donde Los Hazín, el viernes en la tardecita, un carro Cadillac negro, de brillo resplandeciente, cristales tintados, placa que leía 'EXONERADO' y aros acromados como si tuvieran una cubierta de oro, llegó a Antón. La gente de Antón nunca había visto un carro tan ostentoso y exagerado como ese, así que la mayoría se asomaron a las puertas de sus casas con una mano bloqueándose los rayos rojizos del sol al caer la tarde, perplejos ante tal maravilla. El carro rodaba lentamente

en sigilo sobre la carretera sin asfaltar como artefacto extraterrestre, como si los que aún estaban invisibles en su interior exploraban la comarca. De repente, el carro se paró, lo que causó que la gente desviara las miradas para no sentirse expuestos. Fue entonces cuando uno de los cristales traseros rodó hacia abajo lentamente hasta media persiana y un señor blanco pálido de aspecto árabe con nariz larga y curvada, cabellos negros y espesos, bigote copioso bien definido y gafas negras oscuras sacó la mano derecha y con el dedo índice hizo seña hacia una multitud que se había apilado al lado de la carretera. La gente se quedó un poco retraída e intimidada, redirigiendo la mirada e ignorando el ademán del forastero. El señor se despojó de las gafas y vociferó hacia el grupo.

“¡Hágame uno de ustedes el favor!”

El más extrovertido, Fausto Salazar, un oriundo de Antón de unos cuarenta años, quien portaba un machete en la cintura, fue el primero que se atrevió. Fausto abordó el vehículo en sigilo y muy precavidamente.

“Mande señor.”

“¿Dónde vive Robertina Sánchez, una señora de acá a quien le dicen Tina.” Dijo el forastero con voz firme y el entrecejo fruncido.

“En esa casita que se ve ahí.” Dijo Fausto señalando con el dedo índice de su mano derecha la casa de Robertina. El señor se puso las gafas de sol de nuevo y le tendió la mano derecha a Fausto con un billete, mientras le daba instrucciones al chofer.

“¡Saludos!, ¡saludos!” Dijo el señor Hazín al llegar a casa de Robertina.

“¡Don Hazín!” ¿Y qué hace usted aquí?” Preguntó Robertina muy sorprendida al ver al señor Hazín parado a la puerta del bohío.

“Alba, Nery y Julito me mandaron a buscarte. Además, estábamos muy preocupados porque no sabíamos si te hubieras pasado algo.”

“Mi señor, es que yo tengo mis propios hijos.”

“Eso lo sé Tina, pero tal vez podemos buscar una solución.”

“He decidido atender mis hijos.”

“No nos puedes hacer eso, Tina. A los muchachos no se les ha quitado una congoja desde el lunes cuando no viniste a trabajar.”

“Eso lo sé mi señor, pero entienda que mis niños sólo me tienen a mí y dos de ellos son muy péquenos y tengo dos hembritas.”

“Pero podemos buscar una solución. Múdate a la ciudad y te pagaremos más dinero y puedes traer comida de la que nos cocina para tus hijos, o cualquier cosa que necesites.” Insistía el señor Hazín. “Al menos debes venir por unos días hasta que los muchachos se acostumbren, pues están muy tristes.”

“Veré lo que puedo hacer señor.” Dijo Robertina bajando la cabeza y sintiendo un poco de remordimiento por haber causado pesar a los niños de Los Hazín.

“Gracias, Tina.” Le dijo el señor Hazín mientras le daba un abrazo a Robertina. “Te esperaremos.”

“Iré el lunes a las siete, como siempre.”

El turco finalmente se fue en su carro blindado y dejó a Robertina pensativa. Aunque le había dicho al señor Hazín que iría el lunes, ella todavía no sabía cómo lo haría pues no estaba dispuesta a dejar atrás al menos sus dos hijos más pequeños, Robin y René, y las dos hembras, Noemí y Karen. Fue entonces cuando le llegó a la mente su prima Susana, quien le había ofrecido que se quedara en su casa en la ciudad cuando se sintiera cansada y que no se sintiera en ánimo de irse

a Antón después de una jornada de trabajo. Robertina pensó que esa podía ser una buena solución, la de traerse los dos hijos varones más pequeños y las dos hembras por algunos días a donde Susana, así ella los tendría cerca y no tendría que viajar tanto, por lo que les dedicaría más tiempo a sus propios hijos, al menos a los más frágiles. Los hijos varones más viejos, Rondo y Cando, podían quedarse en Antón hasta que ella pudiera volver a visitar, tal vez cada quince días. Así lo hizo. Ya el domingo, ella preparaba su bulto con algunas piezas de ropas suyas y de los muchachos. Les informó a los hijos del plan. A las seis y media de la tarde de ese domingo, llegó Robertina con los muchachos a casa de su prima Susana.

“Prima, he venido a quedarme por unos días con usted. Me he traído los niños más pequeños y las dos hembritas a ver si puedo seguir con mi trabajo en casa de Los Hazín.

“Oh prima, usted sabe! Donde yo quepo cabe usted. Aquí cabemos todos, aunque sea empacados como sardina” Respondió Susana con una sonrisa natural.

Esa noche, Robertina y Susana hablaron hasta que quedaron exhaustas. Temprano en la noche, improvisaron una colchoneta con las ropas sucias de la casa y la tendieron en el piso de tierra en medio de la sala, donde se acostarían los cuatro muchachos de Robertina. Susana también sacó del aposento un catre y lo abrió en la sala en el que habría de dormir Robertina; además trajo dos sábanas, una para ella y otra para los muchachos. Ya para las nueve de la noche, los muchachos estaban cabeceándose, por el julepe del día, por lo que Robertina decidió acostarlos. Ella y Susana siguieron su conversación interminable fuera de la casita, sentadas en dos mecedoras de caoba sobre una acera

estrecha de cemento del frente de la casa, al amparo de una bombilla tímida que colgaba de una alambrada que se tendía de una esquina a la otra, debajo del aleo de zinc. Entre risotada y risotada, Robertina y Susana no paraban de matarse los mosquitos en las piernas, en la cara, en la espalda sobre la ropa. Parecía como si los mosquitos les hubieran declarado guerra y las atacaban por todos los frentes. Mientras pasaba el tiempo, la noche ya convertida en madrugada, los mosquitos parecían haber ganado peso pues estaban más lentos, pero repletos de las sangres de Robertina y Susana. Las manos ya ellas las tenían tintadas de rojo de sus propias sangres, pero el regocijo de la conversación las había hecho inmune a las picadas violentas y sin misericordia del enjambre de mosquitos. A la merced del insomnio, sin embargo, ya a las cuatro de la mañana, Robertina y Susana habían agotado el acerbo de recuerdos y anécdotas, por lo que comenzaban ya a sentir las picaduras de los mosquitos. De modo que ambas decidieron parar la conversación y dormir un par de horas, antes del amanecer.

Al entrar a la casa para acostarse, Robertina se dio cuenta que aunque los muchachos estaban dormidos, era evidente que también batallaban con los mosquitos. Al obsérvalos más de cerca, se percató que la sábana azul de algodón con la que estaban arropados estaba llena de pizcas rojas, lo que ella supuso era sangre, por las picaduras de los mosquitos. Al levantar la sábana, ella no pudo creer lo que vio. Los cuatro niños estaban completamente cercenados por los mosquitos, como si alguien hubiera usado un objeto punzante y los hubiera punzado en todo el cuerpo. Lucían en desasosiego como si lucharan con una pesadilla diabólica. Robertina buscó en su bulto y les aplicó un unguento tibio para las picaduras y decidió no dormir esa

noche. En vez, se sentó sobre sus talones en medio de donde yacían los muchachos. Usó las dos sábanas, la suya y la de los muchachos, y se las tendió por encima de la cabeza en forma de paraguas, de modo que los muchachos estuvieran cubiertos sin que la sábana les tocara el cuerpo, para evitar que las flechas venenosas de los mosquitos no siguieran, literalmente, drenando la sangre de ellos. Inmóvil, sirviendo de resguardo y mosquitero, se quedó allí hasta el amanecer, hasta que con la temperatura fresca de la mañana, los mosquitos se dispersaran como soldados belicosos hasta la noche siguiente. Ya a las seis de la mañana, Robertina estaba en pie de lucha. Preparó desayuno para Susana y los muchachos, se bañó y se preparó para irse a casa de Los Hazín.

Como le había prometido al señor Hazín, a las siete en punto de la mañana, Robertina tocó el timbre desde el portón de la verja del edificio.

“¿Quién es?” Dijo una voz a través de la pequeña bocina pegada a una de las columnas del gran portón de hierro de la mansión.

“Soy yo, Robertina.” Dijo con voz baja y serena.

“¡Entras, Tina!” Se escuchó una voz femenina al compás de un sonido metálico con el que se abría la pesada puerta.

“No te imaginas cuánta falta nos hiciste, Tina.” Dijo la señora Hazín cuando abrió la puerta de la mansión, todavía en bata de dormir. Robertina asintió con la cabeza, mostrando una sonrisa leve y mirando a la señora Nery Hazín con los ojos un poco húmedos y lánguidos por la travesía de la noche anterior. El perro salió como un bólido desde uno de los innumerables cuartos de la mansión y se lanzó sobre Robertina, moviendo hasta los dientes. Los niños le habían guardado

unos regalitos y la señora Nery Hazín le había guardado flores y una tarjeta con un mensaje de amistad. El gran recibimiento no extrajo mucha expresión de regocijo a Robertina, en parte porque no sabía qué hacer con tal despliegue sofisticado de cariño en medio de tanta suntuosidad, o tal vez simplemente porque los mosquitos y el insomnio de la noche antes la habían dejado un tanto menguada. Pero al menos Robertina mostró cara de agradecida, contenta y de buena onda, sin dar evidencia explícita de su aturdimiento físico y mental. Como de costumbre, desde que llegara comenzó mano a la obra. Trabajó duro y sin descanso todo el día para recuperar los atrasos por su ausencia la semana anterior. Durante la semana, ella logró volver a sus rutinas viejas con los quehaceres en la casa y con los niños.

Cada noche, al regresar a casa de Susana, ella encontraba comida hecha. Susana y las muchachas cocinaban. Temprano en la noche, Robertina la pasaba asegurándose que los muchachos estuvieran bien, que se bañasen cada noche, que cenaran y que las picaduras de los mosquitos no se les infectaran. Ella le había pedido permiso a Susana para realizar un sahumero en la nohecita en la casa y en los alrededores, para espantar los mosquitos. Sin embargo, cuando los muchachos se acostaban, los mosquitos comenzaban su ataque furioso como si fueran inmunes al sahumero y era entonces cuando la odisea comenzaba, particularmente cuando ocurrían apagones eléctricos, que era la mayor parte del tiempo, debido al sopor insoportable. Por toda la semana, no pudo conciliar el sueño. Considerando la intensidad con la que Robertina trabajaba, acompañado de la enorme cantidad de trabajo en casa de Los Hazín, y luego las noches de pesadillas cuando retornaba donde Susana, era para pensar que Robertina colapsaría a

los pocos días. Pero era increíble cómo ella era capaz de medirse a las circunstancias, sin que nadie percibiera alguna señal de extenuación. El estrés al que estaba sometida era brutal; y ella lo sabía que aquel modo de vida no era sostenible, pues tenía fresca la imagen patética de la muerte repentina de Feliciano, precisamente a consecuencia de los efectos enormes del trabajo intenso y descomunal.

Lo que finalmente convenció a Robertina que el modo de vida que ella llevaba no era sostenible no fue el estrés ingente al que ella estaba expuesta, fue la furia y la resiliencia de los mosquitos y la posibilidad que los muchachos terminan con dengue o malaria y murieran todos juntos allí apilados en una de sus noches de insomnio. Ya para el viernes, sin haber podido dormir más que unas cuantas horas, Robertina comenzaba a darse cuenta que no podía seguir en ese trajín, sólo esperando mansamente por la muerte de uno de los muchachos o de ella misma. El sábado en la mañana, recogió las ropas y preparó su bulto. Se fue bien temprano a casa de Los Hazín a informarles de su decisión.

“Mi señora, he venido a decirle que me voy a Antón para no volver, pues he decidido dedicarle más tiempo a mis hijos.” Le dijo Robertina a doña Nery Hazín, con lágrimas en los ojos.

“Yo sería una desalmada si tratara de convencerte de lo contrario, Tina.” Replicó doña Nery Hazín mientras la abrazaba, también con lágrimas en los ojos. “Mis hijos y nosotros te adoramos Tina, pero la vida sigue su curso y cada ser humano tiene el derecho de atender a los suyos. Que Dios te bendiga.”

Robertina se regresó a casa de Susana sin ni siquiera despedirse de los hijos de Los Hazín, lo cual entendió doña Nery para disminuir el aspecto dramático de la decisión de Robertina, principalmente por

la tristeza que esto causaría en los niños. De regreso donde Susana y después de preparar desayuno, ella se lo informó a Susana, que se iría ese mismo día.

“Prima, usted ha sido muy generosa conmigo pero he decidido regresar a Antón para atender a todos mis muchachos, incluyendo los otros dos que están solos allá.” Explicó Robertina con cierta emoción.

“Yo la entiendo prima. Como siempre, estamos a las órdenes aquí.” Replicó Susana. “Cuando se le ofrezca de nuevo, cuente conmigo.”

“Gracias prima.” Dijo Robertina, bulto en mano, mientras se despedía.

28

Ya en Antón, Robertina logró recuperar el sueño en los primeros días y asumió la decisión de no salir de Antón, al menos hasta que todos los muchachos estuvieran adultos e independientes. Aquella decisión la mantuvo hasta el día de su muerte. Al decidirse a echar raíces en Antón con sus hijos, con el tiempo ella fue cultivando relaciones estables y perdurables, algunas de las cuales resultaron ser sumamente cruciales por el resto de su vida.

Se había decidido a incursionar ella misma en la producción agrícola, como lo había hecho Feliciano. Igual que como lo hiciera él en vida, ella seguía sin aceptar las ofertas de tierras que todavía le hacía Manuel Santana, aunque ya aquellas tierras se habían reducido a apenas unas cuantas hectáreas de terrenos circundando la casa de Romelia. La mayoría de las tierras que Manuel Santana heredara de su padre, ya las había vendido, casi regaladas para sustentar su vida mundana de gallero, bebedor y mujeriego. Irónicamente, las tierras en las que ella se iba a dedicar a la producción agrícola para ese entonces pertenecían a Pedro Perdomo, el terrateniente que poco a poco fue adueñándose de las mismas tierras de herencia de Manuel Santana.

Robertina se dedicó a la actividad agrícola tan rigurosamente como lo hacía cualquier hombre en Antón; como lo hacía Feliciano, excepto que ella estaba dispuesta a echar el pleito en Antón, sin tener que irse lejos de los muchachos. Por suerte, don Pedro Perdomo se había convertido en su samaritano y no sólo le dejaba trabajar las tierras, bajo el arreglo de compartir beneficios, sino que también contribuía con insumos y cualquier recurso que Robertina necesitase para la actividad productiva, incluyendo hacerle avances de dinero para ser pagados con la cosecha. Es decir, Robertina, y sus dos hijos varones más grandes, Rondo y Cando, ponían sus esfuerzos para laborar la tierra, mientras don Pedro ponía la tierra y los demás recursos. Al final, los beneficios de la producción habrían de ser divididos mitad para Robertina y mitad para don Pedro. Era evidente que la intención principal detrás de la relación que don Pedro había desarrollado con Robertina y sus hijos era más de naturaleza bondadosa que de negocio. Con el tiempo, ellos fueron consolidando aquella relación mucho más de beneficio mutuo y de familia, pues Robertina también le tendía la mano a él de otras maneras. Don Pedro había migrado desde una comarca vecina a Antón, unos diez años antes. A principio, él trabajaba tierras arrendadas hasta que comenzó a comprar las tierras fértiles y baratas de Manuel Santana, adquiriendo con el tiempo inmensas extensiones de terreno. A medida que pasaba el tiempo, él también fue incursionando en la cría de ganado, en adición a la producción agrícola, luego a la compra masiva de productos para revenderlos en ciudades vecinas y en La Capital, hasta crear un sólido emporio y una enorme riqueza. La relación biunívoca entre él y Robertina se fundamentaba en la ayuda que él le daba a ella a través de la tierra y otros recursos mientras que Robertina le cocinaba,

planchaba, le limpiaba la casa y fungía como su madre. Don Pedro vivía solo, a pesar de haber procreado veinticinco hijos con dieciocho mujeres. Aquella relación permaneció mutuamente beneficiosa hasta que la muerte de ambos lo impidiera muchos años después.

Con el tiempo, Robertina se encontró otro samaritano, la profesora Ana La Sala, una maestra muy joven, recién llegada a Antón. Ella viajaba todos los días a Antón, desde la ciudad, igual que como lo hiciera la profesora Basilita por los previos treinta años, a quien la joven maestra recién había remplazado. Al llegar nueva al lugar, Ana trató de aprovechar las relaciones de amistad que Basilita había cultivado, principalmente la relación de familia con Los Santana. La profesora Basilita consideraba a Romelia como su madre. La nueva maestra, sin embargo, comenzó a relacionarse más con Robertina, en vez de Romelia. Robertina le cayó tanto en gracia a la nueva maestra que pronto terminaron tratándose como hija y madre también. Robertina le cocinaba, la cuidaba cuando se enfermaba, la acomodaba para que durmiera siestas, le preparaba mermeladas de frutas y siempre vivía halagándola y mimándola como una verdadera hija. La joven maestra le retornaba el favor con aportes económicos, así como también regalos y otras necesidades que a la luz de la pobreza de Robertina, era evidente que mucho lo necesitaba. Casi todas las semanas, la maestra traía regalitos como trastos de la casa, materiales de aseo, ropas, y así sucesivamente. Pero con el tiempo, el gran aporte fue su cariño hacia Robertina, de forma tal que los fines de semanas ella se regresaba a Antón a almorzar con Robertina y los días festivos como Navidad, Días de las Madres y Semana Santa, ella se los pasaba donde Robertina.

De modo que por muchos años, Robertina le sirvió simultáneamente de sostén socio familiar tanto a don Pedro como a la maestra.

Con Robertina en el medio, eventualmente don Pedro y la maestra se conectaron sentimentalmente, una relación platónica, hasta conformarse una trilogía entre Robertina, don Pedro y la maestra. Ambos atraídos en parte por Robertina, la relación entre don Pedro y la maestra evolucionó rápidamente, hasta convertirse en una relación virtuosa e interdependiente, en la que ambos se necesitaban mutuamente. Era una relación que no era ni de amor ni de amistad pero tan fuerte como la suma de ambos sentimientos. En ocasiones parecía un amor de padre hacia una hija tímida, de 23 años de edad y maestra novicia de escuela. Otras veces, parecía una atracción amorosa intensa de un hombre maduro pero abrumado por la exhuberancia y la juventud de una maestra, con quien soñaba y se perdía en un mundo de fantasías. Otras veces parecía una expresión de buena voluntad de un hombre de riqueza abundante hacia una mujer frágil que día a día se daba por completo a la causa de los niños de Antón. La joven maestra, tímida, hermosa, delicada y de buenos modales recibía, a veces confundida, toda aquella mezcolanza de sentimientos muy ecuánimemente y con alteza.

Aquella relación sin nombre y de sentimientos heterogéneos de don Pedro y la maestra, pronto comenzaba a causar cierto sentido de reminiscencia en una parte recóndita de la memoria de don Pedro. Él había migrado a Antón huyéndole al pavor de la vida mundana y mujeriega, la que dio lugar a la procreación de veinticinco hijos con dieciocho mujeres. Sin embargo, la exuberante belleza y el candor de la maestra le había hecho revisarse a sí mismo y se dio cuenta que sus facultades afrodisíacas todavía no estaban atrofiadas por completo y que aquella ambición carnal intrínseca que una vez lo hacía volar por

encima de los árboles detrás del olfato femenino simplemente estaba en letargo temporal. Fue entonces cuando una mañana bien temprano se apareció donde Robertina, tocando la puerta.

“Tina, me llevé una muchacha anoche.” Dijo don Pedro cuando Robertina abrió la puerta.

“¿Que se llevó una muchacha!?” Respondió Robertina después que se recobrara de la sorpresa de ver a don Pedro de visita tan temprano.

“Si, me traje a Melinda.”

“Bueno, me gustaría conocer a Melinda.”

“El único problema es que se trata de una mujer muy joven.” Decía don Pedro con su acostumbrado timbre de voz sereno y mirando lejos, como si se sintiera arrepentido. Al escucharlo y conocer la edad de don Pedro, Robertina se imaginó que a lo mejor se trataba de una mujer en los veintes o en los treintas.

“Tiene dieciséis años.”

“Oh, entonces es jovencita.” Dijo Robertina sin dar muestra de su gran sorpresa.

“Usted tendrá que enseñarle a cocinar, a lavar y a planchar.” Agregó.

Efectivamente, Melinda era una niña de dieciséis años procedente de una comunidad vecina y quien se dejara atrapar por el señuelo envenenado que les tendiera don Pedro a ella y a su padre. Parecía su nieta. De hecho, la mayoría de los nietos de don Pedro eran más viejos que Melinda. Robertina fue a conocerla y por los siguientes meses y años le sirvió como madre y protectora, enseñándole todas las técnicas de mujer diestra en menesteres de la casa y cómo atender a los hombres. Con el tiempo, ellas se convirtieron también en uña y mugre.

Por otro lado, aunque la relación entre don Pedro y la maestra había perdido intensidad, todavía don Pedro tenía sentimientos fuertes hacia ella, igual la maestra le devolvía la simpatía, lo cual en ocasiones causaba cortadas de ojos por parte de Melinda. Era Robertina, quien seguía siendo la atadura perenne, a través de quien cada uno se noticiaba del otro. Ella seguía fungiendo como la madre mimadora de la maestra y la amiga fiel de don Pedro.

“¿Y cómo está la maestra, Tina?” Siempre preguntaba don Pedro. “Haga una comida especial hoy para que le brinde a ella.” En ocasiones le pedía él a Robertina, con cara de picardía, al momento que le pasaba dinero para que preparara aquellos platos exquisitos que él sabía le gustaban a la maestra. Robertina, como siempre, se prestaba para aquel juego incauto del amor, con tal de hacerlos a ambos felices.

29

La relación con don Pedro, su mujer Melinda y la maestra Ana La Sala le sirvió de sostén a Robertina por muchos años. El consorcio no sólo le permitió seguir criando sus hijos decentemente, después de la muerte de Feliciano, sin tener que casarse de nuevo, sino que con el tiempo ella inclusive pudo meterles la mano a otros en la familia, y a veces a quienes no eran su propia familia. Ella no sabía decir que no. Su sentido exacerbado de caridad y de generosidad con el tiempo dio paso a que algunos familiares vinieran a buscar refugio y se quedaran a vivir con ella. Los primeros en venirse a vivir a Antón con ella fueron Beth y Bernardo, los hijos de su única hermana Mila, quien los había abandonado para huirse a La Capital con otro hombre diferente al padre de sus hijos. Luego llegaron Rossi, Manuela y Magdalena, hijas de su prima Eneida, viuda, y quien se enfermara de una enfermedad terminal y por lo tanto no podía cuidar las tres niñas. Luego se aparecieron Luis y Romeo, dos de los hijos que Manuel Santana había tenido en la calle con diferentes prostitutas, quienes después de parir vinieron y dejaron los niños abandonados a la deriva a la orilla de la carretera frente a la casa de Robertina. El siguiente en agregarse fue Eduardo, su propio nieto, hijo de Rondo y una mujer de La Capital, quien sólo viniera a Antón a

parirlo. Los últimos en sumarse al batallón fueron unos forasteros de una comunidad lejana, los hermanos De Óleo: Freddy, Vitervo y Esteban. Los hermanos De Óleo habían salido huyendo de la comunidad El Maniel, ubicada en el mero centro de la Cordillera Central, donde se vieron implicados en una riña en la que murieron varios. Como resultado de aquel enredo, un enjambre de gente los buscaba vivos o muertos. Pero Robertina tenía las puertas de su pequeña casa abiertas para quien sea que las necesitara, incluyendo esos forasteros de pasado turbio, de modo que también a ellos los recibió.

Al final, incluyendo sus propios hijos, sumaban diecisiete, más ella misma eran dieciocho, los que vivían en la casita ladeada por la escorrentía. El bohío sólo tenía dos cuartos, los cuales fungían como sala y aposento. La cocina era una estructura separada, un cuartucho construido de barrotes de bayahonda entrecruzados con cobertizo de hojas de palma. El cuartucho-cocina también estaba dividido en dos cuartitos, los cuales eran usados uno para cocinar, en el que se levantaba un fogón, y el otro para guardar alimentos como maíz, víveres y condimentos.

“Si Dios los mandó donde mí, es porque él mismo se encargará de darme los medios para sobrevivir.” Decía Robertina cada vez que le llegaba alguien.

Todo el mundo sabía que Feliciano no le había dejado a Robertina ni con qué caerse muerta. Por demás sabían que ella tenía que trabajar agricultura más que cualquier hombre y hacer muchas otras cosas, como lavar, planchar y cosechar frutas en fincas. Pero por alguna razón ella era como un imán.

Era inexplicable cómo dieciocho personas podían vivir felizmente en tan precarias condiciones. A medir por la placidez aparente y la algarabía de los muchachos cada noche, era para creer que aquel enjambre de gente vivía en bienestar.

Pero cada anochecer era también un vía crucis para Robertina, cuando todos se concentraban en la pequeña casa, particularmente cerca de la hora de acostarse, cuando se empacaban en la pequeña sala como pelotas de lombrices. En la casa sólo había dos camas en el aposento. En la sala había unas cuantas sillas y en la cocina se levantaba un fogón y había una mesita pequeña donde la maestra Ana La Sala almorzaba. Esos eran los atuendos principales de la casa. Al llegar la hora de acostarse, los arreglos para que cada hijo encontrara un espacio para dormir era una tarea titánica que comenzaba cuando el primer muchacho caía dormido. Robertina se había construido ella misma varias hamacas de telas de sacos de maíz y las tendía en la sala y en el segundo cuarto de la cocina. En las dos camas se acostaban ocho muchachos, en las hamacas de la sala se acostaban otros cuatro. En las hamacas del segundo cuarto de la cocina se acostaban cuatro más. Los últimos dos en acostarse terminaban improvisando una colchoneta de ropas sucias en el piso, debajo de las hamacas de la sala. Obviamente, los que dormían en el piso de la sala eran los primeros en levantarse para abrir paso a los demás y evitar ser atropellados por el transeúnte de las mañanas. Robertina era siempre la última en acostarse. Ella y tres de las hijas hembras dormían en una de las camas del aposento.

Eran muchas las noches que Robertina no llegaba a acostarse, pues a veces organizar la dormida de aquel tropel de gente le tomaba bastante

tiempo, más los quehaceres de la casa, los cuales, en su mayoría, hacía en las noches, después de llegar de la finca. En ocasiones el alba la sorprendía fregando, o lavando, o cocinando para el día siguiente, o remendando ropas y sábanas, o preparando té y remedios para alguno de los muchachos con fiebre o para cualquier vecino que se encontrase enfermo. Cuando la claridad del día la atrapaba en su propio enredo de matrona y conserje de albergue, ella misma decidía seguir haciendo los quehaceres, en vez de acostarse. Por supuesto que durante el día, nadie notaba su trasnoche y los efectos del insomnio porque de todas maneras ella era la primera que solía levantarse, en pie de lucha, sin quejas, sin mal humor, con las mismas ganas, con la misma gracia.

Las rutinas diarias, en un lugar donde vivían dieciocho personas y para las que obviamente se necesitaba un gran esfuerzo, sacrificio, persistencia y una voluntad descomunal de seguir cabalgando, arrojaron a Robertina por un buen tiempo. Aquel trajín brutal, con los años, le pintó a ella la cabeza de blanco, se llevó su dentadura, le arrebató su frescura, le endureció la piel, le cuarteó las plantas de los pies y las palmas de las manos, le quebró la voz, le pasmó la vergüenza al punto de no importarles orinar parada en cualquier orilla porque ni siquiera usaba ropas interiores. Ella parecía una locomotora humana, y se le pasaban días sin abrir la boca para hablar, pero continuamente trabajando como escarabajo de monte.

Al pasar de los años, algunos de los allegados a la casa terminaban independizándose y los propios hijos de sangre de Robertina se iban convirtiendo en adultos, hasta que en la casa sólo quedaban los dos niños más pequeños, Robin y René, más las dos hijas hembras, Noemí y Karen. Estas últimas ya comenzaban a enamorarse, pero también

representaban una gran ayuda en las labores de la casa. Los dos hijos mayores, Rondo y Cando, se iban por temporadas a vivir a La Capital y cuando se quedaban en Antón, ayudaban a Robertina a trabajar las tierras. De modo que con menos gente en la casa y con más ayuda de sus propios hijos, Robertina comenzó a sentirse mucho más sosegada y sin mayores contratiempos.

El único enfermizo de los hijos y quien le diera mucha agua de beber a Robertina fue Robin, pues el asma crónica casi le quitó la vida en más de una ocasión. Una de esas noches que ella se había dado por vencida y que sólo esperaba que Robin dejara de respirar para comenzar a gritarlo, ella estaba tan desesperada que lo único que se le ocurrió fue hacerle una promesa a la Virgen de la Altagracia, que si le dejaba a Robin vivo le dejaría crecer los cabellos como una mujer.

“Mi virgencita, si mi hijo se me salva, te prometo que le dejaré crecer los cabellos, como a una hembra y le haré trenzas hasta poderlo llevar a La Basílica y pelarlo frente a tu altar, a tu nombre.” Fue la imploración que hizo Robertina hincada de rodillas detrás de la casa, mirando la luna, aquella noche de sobresaltos.

30

Ya con nueve años, Robin tenía trenzas bien largas, las que le llegaban a la punta de las nalgas. Robertina todavía no había podido reunir dinero para viajar a Higüey, a La Basílica Nacional, a recortarlo frente al altar de La Virgen de La Altagracia. La Basílica estaba a unos 400 kilómetros de distancia, por lo que viajar a cumplir con la parte final de la promesa significaba no sólo un costo de transporte sino recursos para hospedaje. Además, ella tenía que hacer una inversión especial de ropas y calzados para ella y Robin.

En el ínterin, todo aquello para Robin, quien ya se sentía mucho más consciente de su propia apariencia, era un verdadero infierno y un sacrilegio. Mantenerse melnudo no sólo significaba la tortura de ser peinado todos los días al frente de sus amigos vecinos, como lo había también prometido Robertina en aquella hora de desesperanza, y aguantar el vaho endemoniado de la untura balsámica que Robertina le aplicaba para desenredar los cabellos crespos y encorchados por el polvo y el sudor, sino que también todos los amiguitos de Antón comenzaban ya a llamarle mujercita, Robin el Mariposita, o Robin Marley. Todos estos sobrenombres tenían a Robin al coger un camino y en más de una ocasión tuvo Robertina que pedir ayuda para sacarlo de abajo de

la cama donde se atrincheraba y juraba que de allí no lo sacaba nadie. Aquella pesadilla que él vivió por varios años, terminó un día que Juan Manuel, el hermano de Robertina, quien recién se hubiera convertido al evangelio, viniera a visitar. Juan Manuel, sumergido en cuerpo y alma en las enseñanzas bíblicas, comenzó a estrellar contra el suelo y lanzar hacia el monte los cuadros de los santos que Robertina guardaba en un altar, el que otrora pertenecía a Romelia desde los tiempos proféticos y de clarividencia de Santa Eloísa. Fue ese día que Juan Manuel, en su arrebato y rebeldía contra las creencias espiritistas absurdas de Robertina y de su propia madre Romelia, agarrara las tijeras de barbero que Feliciano usara cuando estaba vivo y le cortara los cabellos de tres tijerazos a Robin.

“¿Cómo es que usted todavía cree en santos de papel, mi hermana?” Dijo Juan Manuel absorbido en una soberbia infernal. Él se había convertido al evangelio y se había mudado a la ciudad. Al mudarse de Antón a la ciudad, se llevó a Romelia con él.

Juan Manuel y Robertina, aunque seguían con el mismo afecto recíproco de hermanos de crianza desde los tiempos que Robertina viviera en casa de Romelia, era evidente que ambos estaban ya sumergidos en sus propias vidas y por lo tanto se pasaban períodos largos sin verse uno al otro. Juan Manuel era el que de vez en cuando se aparecía por donde Robertina, pues a él se le facilitaba por tener carro. Con los años él también había formado su propia familia. Tenía sus hijos y esposa, Daniella, también evangélica. Pero durante el tiempo de promesa de Robin él no había venido a visitar a Robertina, hasta ese día.

“¡Usted cargará con la culpa!” Dijo Robertina, un poco contrariada pero sin enfrentar a su hermano, a quien le seguía guardando un aprecio y un afecto extraordinario.

Ya Robin se había curado y aquel episodio pronto se quedó en el olvido. Por un lado Juan Manuel hizo lo que él entendía correcto, amparado en su creencia voluntariosa en el evangelio, y por otro lado Robertina no sentía mucha culpa, pues ella también hizo lo que tenía que hacer, fiel a su promesa. Para Robin, aquel desenlace de su penitencia fue algo que él en realidad agradecía, ya que la tortura de jalones de cabellos diarios y el rigor de la burla de la que él era objeto fue una experiencia cruel.

Habiéndose Robin curado y a los seis años después de haberse muerto Feliciano, parecía como si Robertina hubiera alcanzado un modo de vida que no era tan agonizante. Los muchachos ya estaban más fuertecitos y las tierras de don Pedro que ella trabajaba a medias ya les pertenecían, como resultado de una reforma agraria del gobierno a través de la cual don Pedro había cedido una cuota de su hacienda para que se le fuese asignada a Robertina. De manera sorprendente, Robertina ya no sólo había logrado hacer una nueva casa mucho más grande, la cual llamó La Gran Casona, sino que tomó la decisión vigorosa de educar a los hijos más pequeños, a Robin y a René.

“Como Dios te me dejó vivo, te voy a hacer el primer ingeniero de Antón.” Le dijo un día a Robin, cuando él cumplió los diez años. Desde ese mismo instante, Robertina se sumergió en cuerpo y alma en la educación de Robin y René. La energía que otrora ella gastaba para mantener un batallón de gente, la comenzó a usar para empujar a sus dos vástagos más pequeños hacia un futuro más promisorio que el suyo. Pero como si el diablo se mantuviera al asecho, no bien Robertina comenzaba a levantar cabeza, comprando algunos ajueres para la casa, un día se apareció Tadeo de la Rosa, su padre, a quien ella

no veía desde los ocho años, cuando él la abandonara, hacía ya treinta y cinco años.

“Vine a verte.” Dijo con voz ronca y gastada.

Robertina lo reconoció.

“¿A verme?” Dijo ella entre sí, y sin demostrar la tremenda sorpresa. El anciano vino a verla, después de haber estado desaparecido por treinta y cinco años, malgastando su fortuna y su vida. Pero el corazón de Robertina no sabía guardar resentimiento y de inmediato lo que le vino a la mente fue una tremenda sensación de lástima. Lucía más viejo de la cuenta. Había perdido toda la dentadura y caminaba jorobado a pasos muy cortitos. No le quedaba una sola hebra de cabello en la cabeza, los ojos emanaban una grasa derretida y la piel la tenía árida y pálida. A pesar de sólo tener unos setenta y pico de años, lucía como un nonagenario abatido por el infortunio.

“A ver si me puedo quedar unos días en tu casa.” Dijo el anciano moribundo mientras se tambaleaba. Él expedía un penetrante olor a mierda y los pantalones los tenía mojados de orines, a juzgar por el olfato a amonio.

Robertina no le contestó y, en vez, lo agarró de mano hasta la parte de atrás de la casa, buscó una silla y lo sentó a la sombra del almendro. Rápidamente preparó una sopa condimentada con varios tipos de carnes y se la dio, pues era su impresión que su padre se estaba muriendo de viejo pero también del hambre. Después de darle la sopa, ella lo bañó y le puso ropas limpias. Desde ese momento se dio cuenta que su padre había venido a morir a su casa. No tenía la menor duda. Lejos de contrariarse, ese mismo día en la nochecita, Robertina salió en silencio al patio, abrió los brazos y miró hacia el cielo. Rezó El Padre Nuestro y

agradeció a Dios la oportunidad de ver a su padre vivo y poderle tender la mano. Al otro día, les pidió ayuda a don Pedro y a otros vecinos para que le ayudasen a construir un cuartucho alejado de la casa. Por lo visto, era imposible que don Tadeo tuviera la fuerza y el tino para convivir con más personas, incluyendo ser capaz de dominar sus propias facultades en momentos de apremios fisiológicos.

En cuestión de horas, al día siguiente, el cuchitril en el que el enorme anciano jorobado habría de pasar sus últimos días estaba construido, de astillas de bayahonda sementadas con lodo húmedo y heces de vaca, cobertizo de hojas de palma y puertas de hojalatas. Robertina compró un catre, un mosquitero y una alcarraza de porcelana para que el anciano realizara sus necesidades fisiológicas. Por casi dos años, Robertina prácticamente tenía que ayudarlo hasta a pestañear. Por supuesto que sólo ella podía soportar la pestilencia de aquel tugurio. El entorno de aquel cuartucho hedía a puro diablo, a una mezcla de pocilga, letrina y nido de guaraguao, hasta que a los diecinueve meses cumplidos muriera don Tadeo, de muerte natural.

Como por obra del destino, tan sólo días después de la muerte de don Tadeo, Robertina también recibió en secuencia a Romelia y a Manuel Santana, uno detrás del otro, quienes por diferentes razones llegaron a su casa a vivir el ocaso de sus vidas.

A Romelia un día le dio un derrame cerebral y perdió la movilidad, por lo que Juan Manuel se la trajo a Robertina para que la atendiera. A juzgar por lo que contaba la gente, el fanatismo religioso exacerbado de Juan Manuel, quien ya había ascendido a pastor de iglesias, y la imposición del evangelio por encima de las tradiciones espiritistas alrededor de Santa Eloísa y el curanderismo de Romelia, todo aquello,

había causado un estrés tan crónico en Romelia que un día terminó colapsando en plena iglesia, mientras Juan Manuel enseñaba el dogma del evangelio. Algunos de los feligreses que escuchaban el sermón de Juan Manuel y quienes se dejaban cautivar por el fervor del joven maestro de tabernáculos aquel día cuando Romelia colapsara, comentaban sobre el episodio con denotación de sorpresa y disgusto. Señalaban que cuando Romelia cayó tendida crujiendo sus dientes postizos y pataleando en el piso como una gallina acéfala, su hijo, el pastor, miraba desde lejos a su propia madre agonizando, como si él mismo tuviera sumergido en un trance profundo o poseído por los espíritus. Dicen que él continuó su homilía con los brazos abiertos hacia arriba, entregado en cuerpo, mente y alma a una corriente divina que lo envolvía o tal vez simplemente bajo los efectos de un arrebató típico de alguien tocado o mentalmente atrapado por el poder extraordinario de un mundo fantástico.

Pero a Robertina no le importaba la razón por la que Romelia se había enfermado o la razón por la que su propio hijo se la trajera a ella para cuidarla. Simplemente se sentía agradecida que ella tuviera la oportunidad de cuidar a Romelia. Robertina la cuidó con absoluta entereza hasta el día de su muerte. Con el tiempo, Romelia fue perdiendo las facultades de hablar, hasta que una noche se quedó dormida y al otro día amaneció muerta, sin dar la mínima señal de angustia.

El siguiente fue Manuel Santana, días después. Llegó donde Robertina arrastrando los pies, con la piel transparente y la mirada ida. A los pocos días murió de una complicación cardiovascular y deterioro hepático, producto de sus desafueros, pues aún después de viejo nunca paró de beber ron, comer chicharrones de puerco cubiertos de manteca y de enredarse con prostitutas.

Robertina nunca pensó que eventualmente ella fungiría como la matrona de la familia. Terminó enterrándolos a los tres. A su propio padre quien la abandonara a la edad de ocho años y a quien no veía por los últimos treinticinco años. A Romelia, a quien ella le debía su propia vida, el acervo moral que había heredado y el temple de mujer fuerte que ella poseía. Finalmente a Manuel Santana, el sanguinario padre de Feliciano pero que para ella era un pobre diablo hijo del infortunio quien siempre la trató con cariño y afecto. Esa era Robertina; para ella no importaba el pasado. A los tres los cuidó en sus días finales y los enterró con el mismo grado de dignidad, únicamente impulsada por la vergüenza y apego profundo a las enseñanzas morales de Romelia.

Robertina nunca le huyó a los retos que le presentaba la vida. Con la muerte de Romelia y Manuel Santana, particularmente por la forma en que murieron, Robertina confirmó su inexorable compromiso de asumir el papel de matrona. Esa realización la estimuló aún más a continuar con su plan de proveerles a sus propios hijos la oportunidad de estudiar, particularmente a los dos más pequeños, Robin y René. Obviamente, una cosa era pensarlo y desearlo, otra cosa era hacerlo. Los eventos inesperados, de los últimos dos años habían dejado a Robertina debilitada y aunque su determinación era incuestionable, los desafíos lucían monumentales.

Al iniciarse el año escolar una vez Robin terminara el tercero de primaria, a los diez años de edad, ya pasaban dos semanas desde que se iniciaran las clases, en agosto de 1973. Robertina no lo había podido inscribir a la escuela y los planes y arreglos para que él continuara estudiando no se vislumbraban en el horizonte. Al menos por ese año,

las cosas no pintaban muy promisorias. Al igual que los hermanos más viejos, él cursó los primeros tres grados de primaria en la escuela pequeña de Antón. Pero la escuelita ya no tenía programas más allá del tercero de primaria. Los niños de Antón que proseguían estudiando tenían que ser transferidos a otra escuela, en otra comunidad adyacente a unos diez kilómetros. Por lo general, esa transición de escuela representaba un desafío para familias humildes, en términos de compra de utensilios académicos, mejores vestimentas, dinero para meriendas, entre otras cosas, incluyendo los gastos asociados con la declaración legal de los niños. En Antón, familias pobres por lo general dilataban la declaración de los hijos, debido al costo inherente al transporte, fotografías e impuestos. Consecuentemente, eran muchos los niños de la comunidad, cuyo tope académico era el tercero de primaria, incluyendo, por supuesto, los hijos de Robertina.

Sin tener otra opción, después de Robin haber terminado el tercero de primaria, cierto día Robertina le pidió a Cando que saliera con el niño a trabajar por jornal, para ayudarla a mitigar la crisis con un poco de ingresos. Ellos salían a desyerbar siembras de maíz y maní del terrateniente don Pedro, quien seguía apoyando a Robertina. Cando y Robin utilizaban un garfio cultivador de hierro, arrastrado por Brinco, el viejo y fiel caballo de Feliciano. Cando sostenía el utensilio de aporcar y Robin sostenía a Brinco. El caballo halaba el utensilio, abriendo y revolviendo el suelo entre las hileras de maíz, removiendo así las malezas y aporcando los troncos de las plantas. Don Pedro pagaba jornal y medio por día de trabajo de Cando y Robin. Obviamente, con tan sólo diez años de edad, a Robin le pagaban nada más que medio jornal. El trabajo por jornal de los muchachos representaba una fuente

de ingreso adicional de la familia para recobrase un poco de los embates de los últimos dos años.

Cierto día en medio de la finca, a las doce y veinte del medio día, ya Robin comenzaba a ver brumas blancas en el horizonte, aturdido por el sopor brutal de un verano inclemente y por el efecto alucinante del hambre. El muchacho se movía tambaleante con las rodillas trémulas, empujado por los resoplos pestilentes de Brinco. A través del horizonte de la interminable finca de maíz, Robin alcanzó a ver un objeto rojo que se movía. De inmediato se imaginó que era Melinda, la esposa del terrateniente, ya con el almuerzo de ese día. Alcanzó a distinguir la refracción de la luz del sol desde la ponchera de aluminio en la que Melinda traía la comida. Efectivamente; a los cinco minutos, Melinda llegó con un locrio de pollo.

“¿Y por qué tú no estás yendo a la escuela, Robin? Le preguntó Melinda mientras esperaba a que ellos almorzaran, debajo de la sombra densa de una mata frondosa de naranja agria. Con la boca llena de locrio, Robin simplemente hizo una gesticulación, alzando los hombros y dejándolos caer, insinuando desconocimiento, mientras miraba lejos con cierta indiferencia.

“¡Tina no te puede hacer eso! ¡Ella tiene que mandarte a la escuela! ¿Acaso piensa ella que ésta es tu vida? ¿Cultivar maíz?” Volvió y vociferó Melinda, mirando tanto a Robin como a Cando, sin recibir ningún comentario de parte de ninguno.

Al día siguiente, sábado en la tarde, Melinda se apareció por donde Robertina, sosteniendo una funda de papel con el logo de la tienda principal del pueblo, Tienda Lama, con varios objetos en el interior y se la entregó a Robertina.

“Mire, eso es para Robin.” Dijo Melinda a Robertina. Le entregó la funda y siguió caminando hacia la pequeña cocina de la casa, la cual estaba a unos quince pies.

“¿Y quién la mandó a hacer esto?” Le dijo Robertina a Melinda mientras la perseguía hacia la cocina, expresando su rechazo al regalo que le acababa de hacer para Robin.

“¿Dónde está el café? Preguntó Melinda, ignorando adrede lo que Robertina le decía.

“Ahí tiene cuadernos, lápiz, zapatos, pantalones, camisa, ropas interiores y cincuenta pesos para que vaya el lunes a la ciudad y declare a Robin. Usted no puede hacerle eso a ese muchacho. Él tiene que ir a la escuela. ¿Acaso no le han dicho que Robin ha sido el mejor estudiante de la escuela? ¿No se acuerda usted cuando en careos con los estudiantes de toda la escuela Robin fue el mejor? ¿Incluyendo estudiantes más avanzados que él? Usted no le puede hacer eso a ese muchacho.” Repetía Melinda mientras se tomaba una humeante tasa de café, parada al lado de un ardiente fogón de leña, con el entrecejo fruncido y mirando lejos.

Al lunes siguiente, a las siete de la mañana, Robertina y Robin estaban en la carretera, esperando por el autobús público que los habría de llevar a la ciudad, a la oficina civil. Fue ese día que Robertina lo declaró como su hijo: Robin Feliciano Sánchez, nacido el 30 de Julio de 1963.

Ya, con Acta de Nacimiento en mano, utensilios escolares y sus notas de tercer grado con el enunciado “*El Niño Robin Feliciano Sánchez ha pasado a Cuarto Curso de Primaria*”, se preparó Robertina para llevar a Robin a su primer día de clases del cuarto curso. Obviamente, ya Robin había perdido dos semanas.

Era un día fresco, soleado y se respiraba un aire de bienaventuranza. Robertina llevaba a Robin a pie, hacia su próxima escuela, a su primer día de clases del cuarto curso de primaria. Antes de llegar a la escuela, Robertina se paró en el camino y se arrodilló frente a él.

“Robin, si tú quieres morir postrado en la ignorancia como lo han hecho todos en esta familia de mala raza; si quieres trabajar en los campos de maíz recibiendo el resuello pestilente de Brinco en tu espalda; si quieres morir como tu abuelo Tadeo, hundido en tu propia mierda o como Manuel Santana quien muriera carcomido por dentro por sus vicios y sus fantasías macabras; si tú quieres morir como tu propio padre quien muriera con el alma derretida por el inclemente sol y devorado por su propio orgullo absurdo o si tú quieres morir como yo voy yo a morir sin un solo diente en la boca y esclava de mi propio destino miserable.” Dijo Robertina a Robin, con sus dos manos descansando de los hombros de Robin y mirándolo intensamente a la cara. “Entonces tú sabes lo que tienes que hacer: no estudiar. Pero si por el contrario, tú deseas una mejor suerte y ayudar a otros en la familia a tener una mejor suerte, entonces tú sabes lo que tienes que hacer: Estudiar, estudiar y estudiar.”

Aquella retórica de Robertina que parecía salir del mero centro de su alma, penetraba la mente del jovencito Robin como embrujo y su contenido se adhería casi mágicamente a sus sentimientos como si fuera parte de su biología, de su aliento y de su vida. Robin jamás pudo separarse de aquel postulado sentencioso, el que siempre le sirvió de norte para cabalgar los caminos pedregosos de la vida y remolcar otros tantos, como lo fraguara Robertina con grandilocuencia en su plegaria de aquel primer día de clases del cuarto de primaria.

31

Robertina hizo lo que tenía que hacer para conducir a Robin hasta hacerlo bachiller, y Robin le había respondido de manera sorprendente. Durante los estudios del bachillerato, Robertina se las arregló sin mayores inconvenientes para cubrirle sus necesidades escolares. Ningún evento mayor había ocurrido desde la muerte en cadena de don Tadeo, Romelia y Manuel Santana. Ya en la recta final del bachillerato de Robin, ella se dio cuenta, sin embargo, que la odisea simplemente comenzaba y que el desafío se tornaba mucho menos manejable cuando Robin tuviera que ir a la universidad.

“Yo no quiero que tú te metas a la guardia mi hijo o te me vayas a La Capital, a estudiar en la universidad del gobierno, a pasar trabajo.” Le dijo Robertina a Robin un día. “Los guardias terminan matándose ellos mismos de un tiro en la cabeza porque las mujeres se les van con otros, o terminan vendiendo su responsabilidad ciudadana a un cacique del negocio brutal de las drogas o a un camaleón de la política, pues lo que les pagan es una verdadera miseria, o terminan enfermos con una enfermedad venérea terminal. Por otro lado, estudiar en la universidad gratis del gobierno, en La Capital, como no tenemos a nadie allí, sería muy dura la vida para ti. No quisiera que termines odiando la escuela

como lo han hecho muchos de Anton quienes regresan luego aquí sin hábito de trabajo a vivir de las apuestas y de las mujeres tontas.”

“Yo me voy a estudiar al Norte, Tina.” Dijo un Robin confiado y distraído mirando muy lejos.

“¿Al Norte dónde?”

“A la Universidad Católica y al Instituto Superior. Me haré ingeniero, como usted me lo pidió.”

“Pero, ¿con qué fuerza, mi hijo, se casa un guardia?”

“Me ganaré una beca. En el liceo me ha ido muy bien en matemáticas y me han dicho que a los que saben mucha matemática les dan becas para irse a estudiar al Norte, en un internado.”

“Yo hago lo que tenga que hacer para ayudarte, si ese es tu plan.”

“Compromiso.” Dijo él mientras le tendía el dedo meñique.

“Compromiso, Ingeniero.” Dijo ella con una sonrisa, entrelazando su dedo meñique con el de él.

La determinación de Robertina de hacer de Robin un ingeniero era tan intensa y poderosa como la sentida por ella cuando hizo su promesa a La Virgen de la Altagracia de mantener a Robin melnudo como una hembra, con tal de que él no se le muriera, cuando él sufría de asma crónica. Robin por su lado, había hecho suyo el deseo de Robertina y tenía bien presente en su memoria aquella sentencia leída por ella el primer día de clases del cuarto de primaria, sobre la parte agria de la vida cuando uno no se educa.

Por sus habilidades con las matemáticas, Robin se ganó una buena reputación en el liceo con los profesores y sus compañeros. Él mismo se hizo llamar “el ingeniero”. Algunos compañeros incluso venían de la ciudad a Antón a estudiar física, matemática, geometría y trigonometría

con él, lo cual llenaba de regocijo a Robertina. Con el tiempo, aquella creencia que ciertamente él se iría al Norte de La República a estudiar, fue fijándose en la mente de Robertina y en la mente de sus profesores y compañeros de clases. El sobrenombre de *El Ingeniero*, a veces usado de forma despectiva por muchos de sus compañeros, no contrariaba a Robin, pues en sus adentros, él sabía que ya aquella apuesta estaba echada y presentía que simplemente era cuestión de tiempo para que todo se consumara. En Antón también lo llamaban con el sobrenombre. Era frecuente escuchar los susurros, en el liceo o en Antón sobre su futura travesía.

“Ese es el muchacho que se va el año que viene a la Universidad Católica.” Susurraba alguien.

“Ese es el futuro ingeniero.” Susurraba otro.

“¿Dónde te gustaría trabajar después que te gradúes de ingeniero?” Otros le preguntaban.

“¿En qué tiempo crees que terminas la ingeniería?” Preguntaban otros.

Ya en la recta final del último año del bachillerato, el día que Robin tenía que tomar las pruebas de habilidades para optar por la beca del Instituto Superior y de la Universidad Católica, Robertina se levantó bien temprano. Ella preparó desayuno para que Robin se desayunara antes de irse y le preparó una alforja para que se llevara con él. A las siete en punto de la mañana, ya Robin estaba parado en la carretera frente a La Gran Casona, esperando el autobús de las siete y diez. Las pruebas se llevarían a cabo en la ciudad más poblada de la provincia, San Juan, a unos veinticuatro kilómetros de Antón. Eso también significaba que de toda la provincia, estudiantes se

reunirían allí a tomar el examen. El autobús estaba supuesto a pasar entre las siete y diez y las siete y quince. Ese día, Robin lucía sereno y confiado. Lo que Robin nunca se imaginó fue que así como él había pensado usar el autobús para irse al sitio donde tomaría el examen, otros cientos de estudiantes, incluyendo muchos de su misma escuela, también habían pensado lo mismo. Como consecuencia, Robin tuvo que conformarse con una neblina de polvo que lo arropó cuando el autobús pasó repleto de estudiantes, algunos parados sosteniéndose de las barandillas y otros simplemente colgando de las puertas de la guagua. Él no lo podía creer. Tampoco Robertina.

“No me comiences a llorar, muchacho, que se te van a hacer dos cárcavas en las mejillas por la escorrentía de tus propias lágrimas.” Le dijo Robertina cuando lo abordó y que se diera cuenta que Robin comenzaba su gimoteo, como lo hacía cada vez que lo traicionaba el azar. “¡Yo no sé dónde encuentras tanta lágrima!” Añadió, mientras lo halaba por un brazo y se lo llevaba a La Gran Casona. Le lavó la cara.

“Robin, ¿acaso crees que no vas a ir? Déjame darte esta noticia: te vas en el primer vehículo que pase, y si no en el segundo, o en el tercero; pero te vas.” Dijo, mientras lo halaba por un brazo y lo llevaba de nuevo a la carretera. “La otra noticia que te tengo es que tú vendrás con los papeles de la beca, porque ya eso está decidido.” Él asintió con la cabeza.

Cuando el siguiente vehículo se aproximaba, un ómnibus más pequeño que el que pasara a las siete y diez, Romelia comenzó a abrir los brazos cuando el vehículo estaba como a dos kilómetros. Ella se mantuvo ondeando los brazos mostrando una lanilla roja, con Robin agarrado de la mano, desde que vislumbrara el vehículo. En la medida

que el ómnibus se aproximaba, ella intensificaba sus ademanes y se adentraba cada vez más hacia la carretera, hasta que finalmente la guagua se detuvo, literalmente con Robertina al frente. Robertina abordó rápidamente el chofer.

“Mi hermano, mi hijo necesita estar en la ciudad a las ocho en punto. Necesito su ayuda.” Explicó ella al chofer mirándolo fijamente a los ojos sin pestañear una sola vez, con el ceño fruncido y los labios trémulos.

El chofer miró a Robertina de reojo de arriba a abajo sin decir una sola palabra y se le entreveía una sonrisa leve al comprobar que no se trataba de una demente sino de una señora desesperada al borde de la esquizofrenia pidiendo ayuda. El chofer, todavía sin abrir la boca mientras Robertina respiraba agitadamente y no le quitaba la vista de encima, hizo un gesto inclinando la cabeza hacia dentro del vehículo, lo que Robertina interpretó como señal de que él asentía que Robin se montara. Robertina haló con fuerza leonina a Robin y con la agilidad de una pantera en asecho lo llevó a la puerta del otro lado, desde donde colgaban varias gentes, pues el ómnibus también estaba repleto de pasajeros. Mientras el vehículo comenzaba a moverse, Robertina agarró a Robin por la parte de atrás de la correa, lo alzó y lo empujó con toda la fuerza que pudo, a través del tumulto de gente que sellaba la puerta, hasta lanzarlo como un resorte en el interior del ómnibus, sólo segundos antes que el vehículo despegara.

“Carajo.” Dijo Robertina entre los dientes, mientras caminaba resabiosa de vuelta hacia La Gran Casona.

Robin llegó a tiempo. Ese día, de un total de mil doscientos estudiantes de toda la provincia que se dieron cita para tomar las

pruebas, sesenta pasaron la primera prueba, treinta y tres la segunda y once la tercera y última. De esos once estudiantes, sólo uno era del Liceo de Las Matas de Farfan: Robin Feliciano Sánchez.

Exhausto y desanimado por el anticlímax de una misión cumplida, en la tardecita, Robin regresaba a Antón. Esa vez pudo encontrar asiento en el autobús que en la mañana lo había dejado envuelto en una sábana de polvareda. De los ciento veinte estudiantes que venían en el autobús, él era el único en el grupo que traía un fólder amarillo con el membrete verde del Instituto Superior, conteniendo en su interior múltiples formularios de connotación oficial del Instituto y la Universidad Católica, los cuales él tenía que llenar y devolver por correo.

“Aquí tiene doña.” Dijo Robin cuando llegó a La Gran Casona y le tirara el fólder sobre las piernas a Robertina, quien estaba sentada en la cocina.

“¿Qué dice ese mulato ingeniero?” Respondió Robertina con una sonrisa en la cara, sin abrir el fólder, al pararse y darle un abrazo a Robin, quien lucía cansado y hambriento.

La noticia se corrió en todo Antón y en el liceo, aunque la mayoría de gente lo daba por un hecho desde hacía más de dos años.

Al final de ese verano, Robin se fue al Norte de La República a vivir en el internado del Instituto Superior para estudiar la carrera de Ingeniería en el programa conjunto entre el Instituto Superior y la Universidad Católica; exactamente como lo habían programado él y Robertina, unos dos años antes.

Los primeros años fueron duros económicamente. Con el cuentagotas, Robertina fue vendiendo uno por uno todo lo que

respiraba a su alrededor, excepto sus propios hijos, para apoyar a Robin. Primero vendió, con una pena brutal, a Brinco, el caballo de Feliciano del que ella guardaba tantos recuerdos; la mayoría recuerdos hermosos. Luego le siguió la vaca de la casa y el becerro, las ovejas, las gallinas y así sucesivamente, hasta que no quedaba un solo animal o ave. Luego comenzó a tomar prestado a diestra y siniestra, empeñaba prendas personales o cualquier otro modo de conseguir recursos sin infringir su moral y honestidad, hasta que en toda la comarca era conocido que ella no tenía con qué pagar ni un solo centavo más, por lo que se llegó un momento que prácticamente nadie le prestaba. Increíblemente, uno que otro antoniano siempre se dignaba en ayudarla, básicamente regalándole algún tipo de recurso, en casos muy apremiantes, pues conocían la causa de su desespero. Sus amigos don Pedro, Melinda y la maestra Ana La Sala siempre estaban ahí prestos para ayudarla. Con el tiempo, la gran mayoría de los innumerables acreedores, que era prácticamente toda la comarca de Antón, y más allá, daban como perdidas aquellas deudas. Pero Robertina las tenía muy presentes y de hecho siempre les hacía visitas a los acreedores, muchos de quienes se sorprendían al verla, pues simplemente ya se habían olvidado.

No fue entonces hasta unos cinco años después, cuando Robin se graduara de ingeniero y que comenzara a trabajar, que todos y cada uno de aquellos compromisos que Robertina había hecho para invertir en su educación se fueron liquidando, con rédito y siempre con un regalito de agradecimiento.

“Yo no quiero que tú me regales nada mi hijo; primero los acreedores.” Le decía ella a Robin cada mes, por innumerables meses, hasta que todas las deudas fueran saldadas.

“Lo importante es que ya te hiciste ingeniero, mi hijo.” Siempre le decía ella a Robin con expresión de agradecimiento y orgullo, cada vez que tenía la oportunidad. “Ahora protegemos la honra y la dignidad, pagando cada centavo.”

“Tina, yo apenas comienzo.” Decía Robin.

“Bueno, ya yo hice mi parte. De ahí para allá usted es el que sabe.”

Aquel sermón, *estudiar, estudiar, estudiar*, que Robertina insertara en el ADN de Robin a los diez años, no sólo le sirvió a él como combustible intrínseco durante su bachillerato y luego en la universidad, sino que le serviría de estandarte para toda su vida. Cinco años después de graduarse de ingeniero en La República, Robin realizó su maestría en el extranjero y tres años más tarde logró lo que nunca ni él ni Robertina habían imaginado en sus más fantásticos sueños: un doctorado en ciencias.

“Explícame qué es un PhD, mi hijo.” Preguntaba Robertina un día mientras hablaba por teléfono con Robin. “Yo nunca pensé que te metería en la política y de hacerlo lo había de hacer en tu propio país. ¿Qué partido es el PhD?”

Ese día, Robin la había llamado para decirle que tenía su última presentación en la universidad para convertirse en un PhD. Él la llamó desde East Lansing, Michigan, donde terminaba su doctorado en la Universidad Estatal del Estado de Michigan, USA.

“Tina, PhD no es un partido, es el último nivel de estudios avanzados. Es el proceso de preparación para uno convertirse en un científico.”

“¿Y por qué dejaste la ingeniería?”

“No, no la he dejado, ni nunca la dejaré. Lo que pasa es que ahora soy más que ingeniero. Ahora puedo inventar cosas.”

“Inventar cosas . . . bueno, yo sé que siempre serán cosas buenas, sin quebrantar el orgullo y la moral.”

“Así es.”

“Mira a ver si puedes inventarte un teléfono para hablarle a Feliciano y contarle de lo que hemos hecho.”

“Ojalá yo, Tina. Estoy seguro que se sentiría muy orgulloso de usted.”

“¡Orgulloso de ti!”

“Primero de usted.”

“Ay mi hijo, ¿Y cuándo vienes?”

“Precisamente le llamo también para decirle que me caso en Los Estados Unidos y quisiera que usted venga a la boda.”

“¿Que te casa?! ¿Y no fue a estudiar que tú fuiste mi hijo?”

“Sí, pero tenía que casarme algún día y creo haber encontrado una nuera muy buena.”

“Si así tú lo dices. Yo confío en ti. ¿Y cómo se llama?”

“Ena. Se llama Ena Johnson.”

“Ese nombre suena bien.”

“Le estoy enviando los papeles para la visa y para el vuelo aéreo.”

“Tú sabes que yo nunca he volado mi hijo. A la edad mía, y con los problemas de presión que me aquejan, yo no sé qué puede pasar.”

“Usted estará bien, Doctora.”

“Ja, ja, Doctora.”

“Le mandaré los papeles y nos veremos en un mes.”

“Pues nos veremos en Nueva York. ¡Mira que nunca pensé que viajaría a Nueva York!”

“Doctora, no es Nueva York, es Michigan.”

“Primera vez que escucho ese país. Pensé que tú estabas en Nueva York.”

“Así lo cree casi todo el mundo en La República, que cualquier lugar en Los Estados Unidos es Nueva York. Así que usted no está sola. Pero le prometo que iremos a Nueva York.”

“Usted es el que manda, científico.”

32

La noche antes, Robin soñó que Robertina se había convertido en una momia en el avión y que al llegar a Miami la encontraron petrificada en un asiento. Él se había dado cuenta del suceso cuando lo vio por televisión cuando la sacaban tiesa como un garrote todavía usando los mismos anteojos de sol que le comprara una de sus nietas para el viaje. Ya la noticia se había diseminado como pólvora por el mundo entero y el papa inclusive había prometido llegar ese mismo día a Detroit para ser parte de aquel acontecimiento trascendental en la historia de la humanidad. Robin no sabía qué hacer, no sabía a quién llamar y ni siquiera podía levantarse de la cama, hasta que Ena lo removió con cierta violencia al notar que crujía la dentadura con un ímpetu inusual, viraba los ojos y se retorció en la cama como si un dolor fuerte le atravesaba el vientre. Él se despertó azorado con sudor en el lomo de la nariz y el corazón palpitándole como si se le fuera a salir disparado. De pronto se echó hacia un lado de la cama, asustado, cuando se percató que Ena lo miraba con los ojos claros como una gata enojada y con extrañeza. Él lucía nervioso y le preguntó a Ena con la voz trémula y apagada: “¿Cuándo la traen?”

“Nadie la va a traer, nosotros tenemos que ir a buscarla al aeropuerto de Detroit.” Respondió Ena mientras se levantaba, al darse cuenta que él simplemente se despertaba de una pesadilla.

Por toda la noche, Robin sólo pudo dormir por unas cuantas horas, suficiente como para sumergirse en aquel sueño lúgubre, en el que vio a Robertina por televisión convertida en momia. El resto de la noche la pasó preocupado por el viaje de Robertina. Ella nunca se había montado en un avión. De hecho, ella vino a visitar La Capital después de vieja y sólo lo había hecho por una o dos veces en toda su vida, cuando su hermano Juan Manuel la llevaba y la traía en su auto. Robin inútilmente trataba de sacarse de su mente aquel temor presagioso de que a Robertina le pasaría algo.

Ena ya había preparado desayuno, así como una alforja en la que incluía frutas y golosinas. Ambos habían acordado salir a las diez de la mañana, lo que era suficiente tiempo como para asegurarse que estarían en el Aeropuerto Internacional de Detroit a la una de la tarde.

El trayecto desde East Lansing a Detroit era de unas dos horas y medias, manejando. Robertina estaba supuesta a llegar a las dos de la tarde, desde Miami, de no producirse ningún retraso. Antes de salir, Ena llamó a la aerolínea y se aseguró que ya el avión hubiera salido de Miami.

Ena tendió la mano y le pidió a Robin que le dejara manejar, al darse cuenta que la noche antes él apenas había dormido. Sin decir una palabra, se sacó las llaves de uno de los bolsillos y se las pasó.

“Todo estará bien.” Le dijo ella, mientras le frotaba la pierna izquierda, al salir en el carro hacia Detroit.

A la una en punto de la tarde, ya ellos habían estacionado el carro en el parqueo de corta duración del aeropuerto. Teóricamente, todavía faltaba una hora para que llegara el vuelo en el que venía Robertina. Como si hubiera perdido la noción del tiempo, Robin cada cinco minutos miraba su reloj y se acercaba a uno de los monitores de llegadas y salidas de aviones. Fue tres veces al baño, chequeó el monitor de vuelos unas diez veces, y se acercó al pasillo de llegadas de pasajeros unas quince veces. Reconociendo su desespero, Ena de vez en cuando le frotaba la espalda y trataba de distraerlo. Fue entonces cuando a la una y cuarenta y cinco de la tarde, el vuelo 1902 de American Airlines desde Miami cambió de estatus en el monitor de horarios de “*en-tiempo*” a “*ha llegado*.” Fue cuando Robin vociferó a Ena: “Llegoooó,” con un tono tan alto y con la excitación de un niño que esperaba por su mamá, de modo que los que allí estaban se giraron y le dirigieron las miradas, las que aterrizaron sobre Robin como flechas afiladas. Obviamente, Robin se sintió expuesto y con vergüenza.

“Perdón.” Dijo él, timorato alzando la mano derecha a la multitud, en expresión de disculpa. Muchos de los presentes sintieron vergüenza ajena y redirigieron sus miradas rápidamente, mientras otros sonrieron en expresión de complicidad y solidaridad. Ena sonrió y le dio a Robin unas palmaditas sobre el hombro derecho.

“Llegó la tutumpota².” Dijo Ena también llena de regocijo, usando uno de los apodos alegóricos y de broma que Robin usaba para llamar a Robertina.

² Tutumpota era una expresión popular usada en La República para tipificar una mujer con función de matriarca o con acumulación de riqueza, poder e influencia.

Pasaron los siguientes cinco minutos, y después los siguientes cinco, y los siguientes cinco. Ya eran las dos y cuarto y Robertina no se aparecía, a pesar de que los pasajeros del vuelo AA 1902 aparentemente habían cesado de pasar. Robin chequeó varias veces la correa transportadora de maletas a ver si podía reconocer los bultos de Robertina, pero le fue imposible. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz y las plantas de los pies se le habían enfriado como si hubiera pisado sobre hielo. Ena suspiró un par de veces y aunque obviamente ella estaba menos nerviosa que él, no dejó de mostrar cierta preocupación. Fue entonces cuando ambos alcanzaron a ver al fondo del pasillo una figura diminuta que avanzaba con un bolso rojo y tomada de manos en ambos lados por un señor rubio y una mujer con camuflaje de azafata. Aunque la forma arqueada de sus pantorrillas y la cabeza ladeada se le parecían al contorno y la horma de Robertina, Robin no pudo distinguir en la lejanía si en efecto se trataba de ella. La duda le vino a Robin particularmente porque aquella mujer diminuta avanzaba de manos con un señor que no debía pasar de los veinte tres años, según la silueta y la mujer vestida de piloto que también la acompañaba parecía ser muy joven también. Robin siguió sudando profusamente hasta que finalmente pudo distinguir aquella dentadura postiza que se displayaba de risa mientras conversaba muy animadamente, y aquel rostro postrado, y aquellos ojos oblicuos, y aquella mirada mágica y llena de sortilegios, y aquel brumo de gracia que se cernía como embrujo en el pasillo del aeropuerto, los que le eran conocidos a Robin, porque habían sido parte de su propia vida.

“¡Tina!” Vociferó Robin mientras avanzaban él y Ena a alcanzarla.

“¡Mi hijo! ¿Eres tú? Clamó Robertina, abriendo los brazos y mostrando una sonrisa de oreja a oreja. Robin y Robertina se confundieron en un extendido abrazo. A él se le ocurrió quitarle los lentes y pedirle que cerrara los ojos para besarla sobre cada párpado, dos veces. El beso sobre los ojos, desde ese día se convirtió en un acto orgánico de afecto de Robin hacía Robertina hasta el día de su muerte cuando él besara por última vez su cuerpo sin vida.

“Tina, ella es Ena, su futura nuera.”

“Yo soy Robertina Sánchez.”

“Yo soy Ena Johnson.”

“Su figura hace honor al nombre, y el nombre hace honor a su figura.” Dijo Robertina con una carcajada y alzando sus dos manos hasta ponerlas en ambos lados del rostro de Ena, al tiempo que la halaba y la besaba en la frente.

“Te presento mis dos nuevos amigos: John y Kathy.” Dijo Robertina mirando a Robin y luego mirando hacia ambos lados a sus acompañantes.

“John habla un poco de español y Kathy me está enseñando inglés.” Agregó Robertina entre carcajadas.

“Mucho Gusto, soy Robin. Robin Sánchez.” Intercedió Robin.

“Yo soy Ena Johnson”, se introdujo Ena.

“Me los saqué en el avión.” Rezonó Robertina, de nuevo con una carcajada ingenua como si fuera una niña regocijada.

“Aquí les entregamos su princesa.” Dijo la azafata. “Ella es una verdadera Ada, con un encanto especial.” Añadió Kathy en inglés, a lo que también asintió John. Robertina movió la cabeza asintiendo y

mirando sus acompañantes, como si había entendido lo que ambos comunicaron.

“Robin, mi hijo, invítalos a la casa a cenar. Les he prometido que les cocinaría una cena típica de La República.” Decía Robertina con las dos manos descansando sobre su cintura y mirando fijamente a Robin. “Ahí traigo mermelada de naranja agria, café de pilón y mentas de guardia en el bolso, y me gustaría brindarles.” Insistía ella muy ingenuamente con su sonrisa de oreja a oreja y mirando tanto a Robin como a Ena y luego a John y a Kathy como si tratara de convencerlos a todos.

Obviamente, Robertina pensaba que podía continuar con su expresión de generosidad y su don de bonachona en cualquier parte del mundo.

“Ella los está invitando a cenar.” Tradujo Robin la demanda de Robertina tanto a John como a Kathy. Ambos rieron y la abrazaron. “Que dulce.” Pronunciaron casi a coro John y Kathy.

“Ella trae la tradición de La República y no tiene mucha noción de las distancias aquí en Los Estados.” Explicaba Robin como si se excusara ante John y Kathy. “Ella no tiene idea que la casa nuestra está a unas cien millas y que las de ustedes está tal vez a otras cien millas, o que talvez se regresan en el mismo avión.”

“Oh, nosotros entendemos. Le dice que en otra oportunidad.” Contestó Kathy. “Ella es tan dulce.” Agregó.

Cuando Robertina Abordó el avión en el Aeropuerto Internacional de La República, ella no tenía la menor idea hacia dónde iba, que subiría a 33,000 pies de altura y que una hermosa azafata le brindaría de todo, sentada en un asiento de cuero tan cómodo como aquellos que ella sólo se sentaba, de asecho, a descansar en casa de Los Hazín,

cuando trabajaba como trabajadora doméstica. Ese día, como ella había tomado mucho líquido desde la mañana bien temprano cuando salió de Antón, pronto después de montarse en el avión, comenzó a levantarse con frecuencia para ir al baño. Por suerte le tocó un asiento de pasillo. Por supuesto que Robertina nunca pensó que haría pis a 33,000 pies de altura, mucho menos que evacuaría en el aire.

La mayoría de los pasajeros hablaban español. La azafata rubia y otros pocos hablaban en inglés. A pesar que para ella montarse en una caja de acero con cientos de ventanitas y asientos muy cómodos pudo haberle causado pánico y nerviosismo, como se lo imaginaba Robin, muy por el contrario, Robertina lucía relajada y de vez en cuando desvelaba una sonrisa a quien sea que le cruzara la mirada. Aquel día que su hijo Robin le prometiera que algún día se subiría en un avión y que defecaría en el aire, había llegado. Desde ya, ella comenzaba a imaginarse cómo se lo contaría a su vecina Therma, la incrédula, quien siempre dudó que aquellos planes de viajar a Los Estados fueran ciertos. “¿A quien le va usted a meter cuentos? Decía la vecina Therma cuando Robertina le contaba que su hijo Robin, el científico, le estaba preparando viaje a Los Estados para su boda. Therma siempre pensó que todo aquello era un embuste de Robertina. “No sé quién le va a creer el embuste ese de que tiene un hijo científico. ¿Por qué no viene y le inventa una dentadura nueva o le endereza las pantorrillas jorobadas?” Siempre susurraba aquella vecina.

Pero Robertina estaba tan relajada en el avión que ni siquiera se le ocurrió sacar un pequeño catecismo y una copia de bolsillo de El Nuevo Testamento que su sobrina le había echado en la cartera para que los leyera en el avión. Lo único que le comenzó a molestar con el tiempo

fue la sordera, al punto que en un momento sólo notaba cuando la gente abría la boca. Fue entonces su primer encuentro con la azafata, cuando le hizo una seña con su índice derecho apuntándose los oídos, lo que la azafata interpretó sin problemas. Kathy le hizo seña que se sujetara la nariz y que tratara de expulsar aire con fuerza. Robertina ejecutó la maniobra hasta que finalmente pudo recobrar su capacidad auditiva. Desde entonces, lo hacía cada vez que ensordecía. En una ocasión, en la que Kathy pasaba por el pasillo frente a ella, Robertina le hizo seña que acercara la cara, como si le fuera a decir algo al oído. Robertina la besó en la frente y resbaló sus dos manos por las mejillas de la azafata.

“Gracias mi querida.” Le dijo Robertina. Kathy entendió lo de *gracia*, aunque no entendió lo de *mi querida* y se sintió muy contenta con el gesto ingenuo y el encanto de Robertina. Unos minutos más tarde, cuando Robertina caminaba de vuelta hacia el baño y que se cruzara con la mirada de la azafata, a quien le mostrara de nuevo una sonrisa, Kathy esperó a que Robertina saliera del baño. La azafata estaba acompañada de su compañero de vuelo, quien hablaba un poco de español y a quien ella le pidió servir de interlocutor con Robertina.

“Dice ella que gracias por el beso en la frente y que ella se llama Kathy.” Dijo el mozo. “Yo soy John, compañero de ella.” Agregó.

“¡Oh! ¡Dígale que de nada! Ella me ayudó con la sordera. Yo soy Robertina. Robertina Sánchez.” Explicó Robertina mientras salía del baño.

“¿Y qué significa mi querida?” Preguntó Kathy a John.

“My dear.”

¡Oooh! ¡Qué dulce!

Kathy siguió haciéndole preguntas, a través de John.

“Y, ¿hacia dónde se dirige?”

“Voy a Nueva York a visitar mi hijo, el ingeniero, quien se casa la semana que viene.” Respondió Robertina mientras se dirigía hasta su asiento.

A la azafata le quedó la duda, pues pensaba haber visto en el boleto de Robertina que ella se dirigía a Detroit. Fue entonces cuando fue a verla a donde ella se sentaba y le preguntó a la persona sentada al lado de Robertina si hablaba inglés, quien, efectivamente, era bilingüe.

“Ella dice que va a Nueva York, pero creo que es a Detroit.” Le comentó Kathy al señor. El señor le comunicó a Robertina que la azafata quería ver su boleto aéreo, el cual Robertina sacó de su bolso. Ciertamente, el vuelo AA 1902, su próximo vuelo, iba hacia Detroit y llegaba a la 1:45 de la tarde.

“Explíquele que el próximo vuelo que ella tomará en Miami es hacia Detroit, no hacia Nueva York.” Dijo Kathy. El señor le explicó a Robertina.

“Yo creía que era todo lo mismo.” Dijo ella.

“No, Detroit está a 700 millas de Nueva York.”

“Qué distancia son 700 millas.”

“Como veinte veces de San Juan a La Capital.”

“Eso es lejos, mi hermano.” Dijo Robertina asintiendo con la cabeza.

“Eso es lejos.” Replicó él moviendo la cabeza y abriendo los ojos.

“Dígale que yo la voy a ayudar a tomar el próximo avión.” Le pidió Kathy de nuevo al señor.

Fue así como Robertina se sacó a Kathy y a John en el avión, como ella misma posteriormente indicara.

33

Una vez en East Lansing, a Robin ya se le había quitado el nerviosismo, pues muy por el contrario a lo que él se había imaginado, Robertina lucía relajada como si esa era la enésima vez que ella viajaba a Los Estados Unidos. Ella se percibía totalmente indiferente a aquel mundo estruendoso, intimidante y capitalista que se vivía en Los Estados. Él la miraba y simplemente movía su cabeza en total asombro, al acordarse cómo él llegó al borde de la locura la noche antes, preocupado por ella, mientras ella se la ingeniaba durante el viaje para conquistar medio mundo, terminando una azafata y un mozo del avión rendidos ante su encanto.

“Tina, estamos en los preparativos de la boda y queremos que usted sea parte de todo el proceso.” Le dijo Robin mientras le pasaba una tasa de café.

“Yo pensé que yo había venido como turista y que mi función era sólo gozar y verlos a ustedes gozar.” Respondió Robertina muy seria y parada en medio de la sala mirando lejos a través de las ventanas de cristal, soplando el efluvio aromático que copaba la tasa de café que sostenía en su mano derecha, mientras descansaba su mano izquierda sobre su cintura. Robin la miró y notó que una sonrisa se fue dibujando

lentamente en su rostro, lo que le indicaba que Robertina simplemente bromeaba.

“Ooh, usted es una turista; y no cualquier turista. La ayuda que le estamos pidiendo es, precisamente, que disfrute a plenitud y cuando quiera opinar y dar órdenes sólo tiene que mandar a atención, al estilo militar.” Replicó Robin.

“Lo de disfrutar te aseguro que así será, pues desde que salí de Antón comencé a disfrutar y no me pararé hasta que regrese a Antón. Lo de dar órdenes, ten cuidado con lo que pides.”

Robin se alegró al ver a su madre en tan buena onda. Durante los siguientes días, Robertina fue parte de todas las actividades previas a la boda. Pronto, tanto Robin como Ena se dieron cuenta que Robertina, lejos de ser alguien a quien ellos tenían que guiar y acompañar a todos lados, ella tenía su propia presencia, su propio encanto y sus propias alas. En cada actividad, ya fueran cenas o tertulias de planificación de la boda, Robertina terminaba conquistando el afecto de alguien.

En East Lansing, vivía un buen grupo de la diáspora de La República. Algunos eran estudiantes en la universidad, otros eran inmigrantes quienes ya residían permanentemente en East Lansing o en Lansing, dos ciudades contiguas en el centro del Estado de Michigan. Esta comunidad pronto se interesó en la presencia de Robertina. Algunos venían a tomarse un café con ella y recordar sobre La República. Otros simplemente la iban a recoger a casa de Robin y Ena para llevársela a las plazas comerciales y a los parques a conversar.

“Es que ella personifica la abuela y la madre de cualquiera, esté su verdadera abuela o madre viva o muerta.” Decía Eduardo, un estudiante de historia de doctorado en la Universidad Estatal del Estado

de Michigan. “Ella refleja una dulzura especial y emite esa sensación indescriptible de cariño maternal que pone a cualquiera a recordar añoranzas muy de familia.”

“Ella trata a cualquiera como sus propios hijos o sus propios nietos y se le nota la ingenuidad maternal en el rostro.” Comentaba Sonia, una estudiante de educación en la universidad. “Ojalá se quedara conmigo.”

“Robin, todo pareciera como si yo conociera a tu madre por toda la vida. Ella abre su interior y le abre el interior a cualquiera que interactúe con ella, y en el mismo instante que le hablas y ella te habla se produce una conexión maternal.” Comentaba Pedro, un inmigrante de La República quien ya residía permanentemente en Lansing.

De modo que Robertina comenzaba a dejarse sentir en la diáspora de La República, quienes se disputaban oportunidades para platicar con ella. El mismo proceso y el mismo desenlace ocurrió con los padres y amigos de Ena así como con los profesores de Robin hasta que ya para el final de la primera semana de haber llegado, la visita de Robertina se convertía en el segundo acontecimiento de esos días, después de la boda de Robin y Ena.

El día de la boda, Robin se levantó temprano y le pidió a Robertina que le acompañara a dar una vuelta en lo que Ena descansaba, pues la noche antes se habían acostado pasada la medianoche. Pero además, era una buena ocasión para ellos reconectar; pensó Robin. Salieron en el carro hacia el parque de la rivera Oeste del río Grand River, localizado a una media hora desde dónde vivían Robin y Ena. Robin manejaba despacio por la avenida Grand River. Era un día fresco. La primavera llegaba a su final y dejaba una arboleda pintada de acuarela viva, las

plantas perennes con flores multicolores y un césped verde azul que se tendía por doquier invitando a quien quisiese a que se revolcasen en él. La magia de la naturaleza generosa no podía haberse manifestado en una forma más majestuosa y mística y en un tiempo tan oportuno para Robin y Robertina, como ese día.

“No se imagina usted la felicidad que usted me ha traído, Doctora.” Comentó Robin cuando se desmontaban del vehículo y caminaban a través del parque en dirección hacia un banco de madera frente al río.

“Ni siquiera en sueños se me ocurrió a mí que tú y yo compartiríamos en un sitio tan agradable como este y en un momento tan especial como este, con la mente libre y viviendo el presente.” Respondió Robertina con sus ojos oblicuos a medio cerrar por la refracción del sol y mirando a Robin de reojo. “Pero nunca perdí la esperanza, y por eso, precisamente, hoy más que nunca creo que vale la pena luchar en cualquiera de las circunstancias, sea cuando vivamos el presente y nos sintamos flotando en la bonanza de la vida o en momentos en los que nos sintamos en medio de la tiniebla.” Agregó Robertina mientras tomaba una pequeña pausa, mirando el movimiento sinusoidal suave del río. Robin no quiso intervenir pues pensó que tal vez ella estaba en medio de uno de sus momentos lúcidos.

“Lo que te quiero decir es que tú y yo somos ejemplos de que aún en el fondo del precipicio siempre hay esperanza. Pero también te debo advertir que es razonable pensar lo contrario, que en el tope de la gloria siempre habrá trabajo que terminar. Es la naturaleza infinita de nuestro deber como ser humano: no dejarnos abatir por los baches de infortunios por los que ineludiblemente tendremos que caminar, pero tampoco debemos dejarnos arropar por el delirio del éxito hasta caer en

la fosa de la inutilidad y la mezquindad.” Se expresaba Robertina con asombrosa elocuencia en lo que parecía ser una recitación que brotaba a través de sus labios áridos y en su voz serena pero la que a todas luces parecía ser la retórica filosófica insólita y clarividente de una sofista tupida y cultivada en medio de Alejandría, en medio de las sabidurías de ayer, de hoy y de siempre. Las palabras de Robertina perforaban los oídos de Robin y se asentaban muy adentro de su alma en un lugar en su memoria donde él sólo recopilaba contenidos que guardaría para siempre. Él sabía que aquellas palabras se desprendían de la mera esencia de una sabiduría intrínseca que guardaba Robertina muy adentro, y fue cuando él se sintió como si estuviera suspendido en el aire, flotando en una niebla de sortilegios y dilataba sus pupilas en completa hipnosis y vislumbraba a Robertina disuelta y colgando de su propia silueta en aquella bruma invisible pero balsámica y jugueteaba en el aire entre mariposas y flores multicolores que lo hechizaban hasta caer rendido ante el poder irresistible de su presencia. Cuando su propia razón lo sacara de aquel mundo apócrifo maravilloso, entonces se encontró de nuevo con Robertina, con su mirada extendida hacia el río, relajada y en descuido, obviamente disfrutando la compañía de Robin y la maravilla de la naturaleza, como el mismo Robin se lo había pedido.

“Lo que te quiero decir, mi hijo, es que el éxito es una ruta infinita con paradas tan frecuentes como tan férreo sea nuestro deseo y nuestro esfuerzo de seguir cabalgando en esa ruta. Naturalmente, hay que disfrutar cada parada, por eso estamos tú y yo aquí; pero en el sentido largo de la vida, donde estamos hoy es una mera parada, desde donde aún no alcanzamos a ver el final en el horizonte. Pero la buena noticia

es que vamos avanzando, la mala noticia es que nos queda mucho por avanzar.” Finalmente agregó Robertina.

Aquella salida de Robin y Robertina no sólo se había convertido para él en un despeje mental por lo hermoso del día y por la compañía exquisita de Robertina, sino que involuntariamente Robin había podido ordeñar una vez más la extraordinaria e insólita sabiduría de Robertina. Una hora después, regresaron a la casa. Ya Ena estaba despierta y conectada al teléfono y al Internet, re-chequeando los últimos detalles de la boda.

La boda se desarrolló sin mayores contratiempos. Las diferentes etapas, la ceremonia de la iglesia, las rondas de felicitaciones, la recepción y cena de gala, los discursos sobre los recién casados y la bailada. En cada una de esos pasos Robertina jugó un papel central. El regocijo mayor para ella llegó cuando durante los discursos en honor a los recién casados, Robin se paró y habló en público sobre Robertina y señaló que tiempo atrás él y Ena habían celebrado una boda privada, la cual tenía mucho valor sentimental para ellos, pero que la boda presente era la verdadera boda, y que aunque los casados eran él y Ena, el principal motivo de aquella ceremonia era poder compartir ese momento con amigos y familiares, principalmente su madre, Robertina Sánchez, quien había viajado desde La República. Robertina se llenó de regocijo y una corriente de emociones la hizo llorar. Probablemente la única vez que ella había llorado por alguna razón que no fuera de sufrimiento. Esa noche, Robertina no se paró de bailar y de reírse. Se memorizó los nombres y los apodos de casi todo el que estaba en la boda y con cada

uno hacía compromisos de tomar café y de visitar, como si ella tenía todo un año para gastarse en Los Estados.

Al día siguiente, Robin y Ena lucían exhaustos, pero Robertina lucía fresca como la verdolaga.

“¿Yo creía que nos íbamos a Nueva York hoy?” Preguntó Robertina mientras soplabla el efluvio de una tasa de café.

“Sí, nos vamos hoy, ¿usted sabe qué hora es?”

“La seis de la mañana.”

¿Ooh, ¡verdaderamente!” Debemos apurar. A las siete en punto deberíamos salir de acá. Dijo Robin mientras se entraba al baño a ducharse.

Salieron a las siete en punto. Habían calculado que llegarían a Nueva York en unas doce horas, incluyendo unas cuatro paradas para descansar, comer y echar combustible.

Así lo hicieron. Entre las paradas, algunas dormidas, algunos chistes y algunas risas extendidas, el viaje resultó placentero. Más bien sirvió para hacer recuentos a Ena de muchos de los pasajes de la vida de Robin y Robertina en La República y en Antón. Mejor que como lo planificaran, a las seis en punto de la tarde, Robin, Ena y Robertina entraban al Puente George Washington a la entrada de la Ciudad de Nueva York. Sin ningún inconveniente, a las seis y cuarenta y cinco ya Robin llamaba por teléfono a Jacobo desde la Broadway con la 173 St, para alertarlo que ya estaban buscando espacio para estacionar el carro.

“¡Pero Nueva York no es diferente a La Capital!” Dijo Robertina cuando se percató de las tiendas ambulantes en la Calle Saint Nicholas, las barbacoas repletas de plátanos, ñame, yuca, batata, mango y limones;

las carpas informales desde las que colgaban ropas usadas y baratas y otros cachivaches igualitos a los que ella veía en el mercado de las pulgas a la orilla del Malecón en La Capital.

“Mira a aquel gordo barrigón bebiendo Cerveza Presidente, y aquel otro panzudo comiendo chicharrón de puerco; aquella señora chupándose un frío frío; la gente caminando en tumultos chocándose uno con otro y con el mismo grajo.” Siguió Robertina comentando muerta de la risa y en asombro, mientras abría la boca y se la cubría con las dos manos abiertas. Para Robin era difícil explicarle a Robertina que ella estaba en Nueva York si todo el que le pasaba por el lado hablaba español y ella reconocía el acento del Sur cuando hablaban arrastrando la “r” o cuando hablaba un cibaño cambiando la “l” y la “r” por la “i” y viceversa. Ella tenía razón, era igual que en La Capital.

“Doctora, acá en Nueva York usted puede ver barrios completos parecidos a La Capital, como es el caso de este barrio, Alto Manhattan. Similar ocurre con otras nacionalidades. Los judíos, los árabes, los puertorriqueños, los palestinos, los chinos, y así sucesivamente. Por eso es que la Ciudad de Nueva York es la metrópoli más diversa del mundo, la que muchos países consideran su segunda capital. Pero esta noche o mañana la llevaremos a Bajo Manhattan, donde todo el mundo se mezcla, incluyendo los locales, los americanos.” Explicaba Robin de la forma más simple posible. “Nueva York es una muestra de lo será el mundo en cien años.”

“Bueno, en cien años mi alma estará en otro cuerpo y yo estaré convertida en dos onzas de polvo en algún rincón del cementerio.” Contestó Robertina en broma y con una sonrisa a flor de labios.

A Robertina todo aquello, por alguna razón, le causaba risa, pero al mismo tiempo quietud, pues después de todo, Nueva York no era aquel sitio tan diferente y tan intimidante del que la gente hablaba.

34

Ciertamente, la bulla era la misma de La Capital. La misma música alta, la bailada en la calle, las bachatas, los merengues, las salsas. El mismo olor a carne frita saliendo de los edificios, los mismos grafitos en las paredes, el mismo tufo a orine en las aceras, la misma basura al lado de los zafacones, y el mismo olfato a amonio debajo de las escaleras.

“¡Doña Tina, pero usted es igualita a mi mamá!” Dijo Rebeca cuando Robin, Ena y Robertina llegaron a la casa. Rebeca le dio un beso en la frente a Robertina y un abrazo que duró casi un minuto, como si se conocieran por mucho tiempo y tenían años que no se veían.

“Ay mi muchachita, tan linda.” Respondió Robertina con una sonrisa de oreja a oreja también abrazando a Rebeca. No se sabía cuál de las dos apretaba a la otra con mayor entusiasmo. Después del abrazo, Robertina le puso sus dos manos abiertas en ambos lados de la cara de Rebeca, le haló la cara hacia ella y le dio un beso en la frente, igual que como le hiciera a la azafata en el avión.

“¿Y se va a quedar aquí con nosotros?” Le preguntó Rebeca, cautivada por la figura diminuta, el semblante bonachón, sus ojos oblicuos, la sonrisa ingenua y la gracia de Robertina.

“Pues nos quedamos.” Dijo ella mirando a Rebeca de reojo, con una sonrisa a flor de labios y con sus manos todavía puestas sobre los hombros de Rebeca.

“Bueno, ya se encaramelaron aquellas dos.” Rezonó Jacobo mientras les daba un abrazo de bienvenida a Robin y a Ena.

“Ustedes se acaban de sacar una abuela, o una madre; la que más les convenga.” Respondió Robin.

“Y Rebeca estaría feliz de quedarse con ella.” Replicó Jacobo.

Jacobo y Robin se conocían desde la universidad en La República donde coincidieran por cinco años durante los estudios de ingeniería. Luego coincidieron de nuevo en Michigan en la universidad durante los estudios de posgrado, lo que permitió que profundizaran las relaciones de amistad. Rebeca, esposa de Jacobo, era también originaria de La República y se casaron cuando Jacobo vino a Los Estados Unidos a estudiar. Ella le servía de hermana y madre a Robin en Michigan cuando él llegó de La República y no conocía bien la cultura y el medio, principalmente el clima frío. Pero ni Jacobo ni Rebeca conocían a Ena o a Robertina. Jacobo era flaco de naturaleza, al punto que uno podía tocarle los huesos, pero enérgico y buena gente. Rebeca era más eficiente convirtiendo los alimentos a grasa corporal pero era un verdadero amor. Robin los visitaba en Nueva York cada vez que tenía la oportunidad, y esa era una buena excusa para traer a Robertina para que conociera a Nueva York.

Unos minutos después de haber llegado, Rebeca se llevó a Robertina a enseñarle el resto del apartamento y algunos regalitos que ella le había guardado, incluyendo un sombrero color azúcar del estilo Sedona Hat & Tote, de alas anchas chorreadas con cintillo negro. A los dos o tres minutos, Robertina salió del aposento, modelando, con

su sombrero de medio lado, las manos en la cintura y dando unos pasos cadenciosos por el medio de la sala. Por supuesto que ella misma estaba privada de la risa, con los ojos cerrados casi frenética. Robin y Ena estaban también muertos de la risa. Jacobo y Rebeca se reían hasta más no poder y no podían creer que aquella señora de perfil campesino, de semblante maltratado y que apenas llegase hacía tan sólo unos minutos a la intimidante ciudad de Nueva York se prestase a tan jocosas ocurrencias.

“Con este sombrero me pasearé en la ciudad de Nueva York como lo hacen las ricas cuando andan de turistas.” Comentó Robertina ya menos convulsionada por la risa, mientras se quitaba el sombrero y le daba vueltas en su mano, contemplándolo. Aquella ingeniosidad de Robertina, la que casi le sacara los orines de la risa a todo el mundo, incluyendo a ella misma, fue sólo el comienzo de un fin de semana lleno de buenos momentos. Desde ese instante, ella fue el centro de atención.

Como prometido, Robin llevó a Robertina a visitar los principales puntos de atracción en Nueva York, incluyendo La Estatua de la Libertad, El Centro Rockefeller, el Empire State Building y otros, incluyendo ir al servicio del domingo en la mañana de la Iglesia Trinidad de Manhattan. Por supuesto que un paseo por las tiendas populares como Macy y JC Penny no podía faltar. Visitaron otros lugares secretos, los que sólo Rebeca conocía su localización, donde vendían ropas y atuendos de vestir con las tres Bs (**bueno, bonito y barato**) y donde Robertina se compró un sin número de regalos para llevar de vuelta a Antón a los nietos y amigos. Y como lo había dicho, anduvo todo el fin de semana en Nueva York de turista con su sombrero de rica.

Ya el lunes en la mañana, sin embargo, Jacobo y Rebeca se preparaban para irse a trabajar y Robin, Ena y Robertina se preparaban para irse a su segunda y última parada del viaje, Boston, donde visitarían a Ana La Sala, la maestra de primaria de Antón, quien había migrado a Los Estados hacía ya mucho tiempo, y quien otrora era como una hija de Robertina.

“Ustedes sólo tienen que cerrar la puerta cuando salgan.” Le dijo Rebeca a Robin cuando salía a trabajar en la mañanita. “Lamentablemente, estas visitas no se prolongan tanto como uno quisiera.” Agregó, mientras les daba un abrazo a Robin, Ena y Robertina. Lo propio hizo Jacobo.

Ya a las nueve de la mañana, después de haber desayunado, Robin tenía un mapa en la mano, con la ruta Nueva York – Boston sombreada en amarillo.

“Son unas 220 millas hasta Lawrence, Massachussets; así que a la una de la tarde deberíamos estar estacionándonos donde mi madrina.” Comentó Robin mientras jugueteaba con las llaves del carro en una mano y sosteniendo un bulto en la otra.

“Yo creía que mi comadre vivía en Boston.” Comentó Robertina.

“Bueno, es que Boston es el nombre de la ciudad más grande alrededor de la cual se han levantado cientos de otros poblados, siendo uno de ellos Lawrence. Es como decir Nueva York, viviendo en los alrededores de la isla de Manhattan, donde estamos ahora, que es realmente el verdadero Nueva York.” Explicaba figurativamente Robin a Robertina. “En realidad, Ana vive a treinta millas del centro de Boston, hacia el Norte. Es decir, ella vive en Boston pero no vive en Boston, vive en Lawrence.”

“Bueno, te entiendo pero no te entiendo.” Dijo Robertina en su propio argot, muy locuazmente.

El viaje fue placentero. Se pararon varias veces a descansar y a cumplir con las demandas fisiológicas. También almorzaron. En total, sólo les tomó tres horas, así que ya a las doce del medio día, Robin estaba llamando a Ana por teléfono para informarle que ellos se acercaban.

Aquel fue un encuentro casi homérico, entre Robertina y Ana. Desde antes que se estacionaran frente a la casa, a Robertina le había cambiado el semblante. Diferente a como ella lucía en Nueva York, y durante el resto del viaje, relajada, curiosa, jocosa y con una sonrisa perpetua en los labios, la que le parecía pintada, esa vez su cara asumió una expresión triste y trémula, como si una corriente fuerte de emociones le había impactado bruscamente el corazón y el alma. Le comenzó a sudar el lomo de la nariz. Extendió los labios ligeramente como lo hacía cuando algo le perturbaba y los ojos comenzaron a refractar la luz multicolor de un sol tibio que perforaba los cristales del carro. Dos gotas de lágrimas descendían como trazos de tinta viva y cristalina hasta perderse en su pecho. Robin notó el silencio y sintió el sonido de su mirada dilatada que divagaba a la merced de un arco iris de recuerdos. Fue entonces cuando Robin miró por el retrovisor y vio el rostro de Robertina postrado y rendido ante un torbellino de emociones, al amparo de la expectativa de ver una persona con quien compartiera momentos tan singulares como los vividos en Antón veinte años atrás. Momentos de alegría, de tristeza y de soledad, en tiempos cuando ambas desnudaron sus almas y se la entregaron una a la otra; en tiempos cuando una no esperaba nada de la otra pero que ambas se entregaron por completa, una a la otra. Robin le dio el espacio

necesario para que se recuperara de aquella convulsión emocional súbita y abrupta. Él le pasó una menta, una botella de agua y algunas servilletas, sin decir una sola palabra, mientras compartía con Ena una miraba en silencio.

Finalmente Robin se terminó de estacionar frente a la casa de dos pisos donde vivía Ana. Ella vivía en el piso de arriba. A los pocos segundos, una señora con los cabellos sueltos a medio peinar, usando lentes grandes, vestido ancho color rojo, el que le llegaba a los tobillos, descendía lentamente por las escaleras desde el segundo piso de la casa. “Esa no luce como la madrina de apariencia fresca y belleza simple que por última vez vi hace veinte años.” Pensó Robin para sí. “¡Pero por supuesto que hace veinte años! No fue ayer.” Se retractó Robin al sentirse con cierta culpa por su imaginación morbosa. Pero era ella, Ana La Sala, quien extendía su mirada muy detenidamente hacia el carro. Robin le ondeó una mano.

“Esa es Ana, Doctora.”

Robertina no dijo una sola palabra y se bajó del carro con cierta ligereza. Se confundieron en un extenso abrazo, se miraron una y otra vez a la cara, se pasaban las manos por la cabeza y por las mejillas. Ambas lloraron de la alegría, por un buen rato.

Unos minutos después Ana y Robin se saludaron con mucho afecto también. Él introdujo a Ena. Luego subieron a la casa, al segundo nivel.

“Mi hermana, cuénteme qué ha sido de usted.” Dijo Robertina ya menos convulsionada.

“Tina, yo me he auto desterrado, con todos mis hijos aquí. Hasta el nombre me he cambiado. Lamentablemente, es lo que hace la mayoría

de los que emigran desde La República. Yo he seguido el mal ejemplo.” Explicaba Ana, ya con una sonrisa y menos emocionada. “Al menos ahora yo entiendo mejor el por qué tanta gente se desaparece cuando viajan a Los Estados Unidos.”

“¿Y por qué es eso, mi comadre?”

“Bueno, explicar el por qué es difícil.” Dijo y pausó, pero Robertina se quedó esperando más explicación.

“Son los papeles.” Dijo Ana con voz baja y mirando de reajo hacia afuera.

Aunque Robertina no entendió, necesariamente, la explicación de Ana, Robin comprendió que se trataba de un tema que tal vez Ana no quería hablar, por lo que interrumpió.

“La Doctora acá había estado esperando este encuentro y se ha preparado para recuperar el terreno perdido con usted.” Dijo Robin a Ana, obviamente desviando la conversación.

“¿Entonces se quedará acá por dos semanas, mi comadre?” Preguntó Ana.

“Sí, Ena y yo nos regresaremos esta tarde a Michigan, pero Tina se queda con usted y volará a La República desde aquí.” Explicó Robin sentado en un sofá a la derecha de Robertina mientras le frotaba la espalda a ella con su mano izquierda.

Ana lucía vieja para su edad. Cuando ella fue por primera vez a Antón a enseñar, sólo tenía veintitrés años y ya Robertina estaba en los cuarentas. Veinte años después, no parecía que Robertina fuera veinte años más vieja. Parecían de la misma edad.

“Pero la vida no es tan maravillosa en Nueva York como dice la gente.” Pensó Robertina cuando miraba a Ana de arriba abajo y

contemplaba a aquella mujer que otrora era su hija adoptiva de belleza exuberante pero que esa vez se miraba sin el brillo y arropada por un aire de desamparo.

Por supuesto que Robertina no conocía los detalles de los infortunios detrás de aquel rostro apagado y de aquella mirada indiferente que salían de los ojos de Ana como si quisieran volar lejos y dejar atrás unas huellas cóncavas de veinte años, una historia que tal vez había tenido muy poco de dulce. Una historia de soledad no por vivir en Los Estados, sino no porque en aquel lúgubre tránsito de veinte años la suerte no había estado de su lado. Todos sus hijos, aquellos niños de aspecto angelical que Robertina y Robin conocían cuando la vida aún les era color de rosa, al llegar a Lawrence cada uno seleccionó un lastre particular, ya sea alcoholismo, drogadicción u holgazanería. Cada hijo se había encargado de traer su cuota de desasosiego a Ana por veinte años.

Eran todos los detalles, de veinte años, y más, que Ana y Robertina tenían que compartir.

“Comadre, ¿entonces se cambió el nombre?”

“Sí, ahora me llamo Anaelia Vargas.” Dijo Ana mostrando su usual calma. “Pero usted me puede seguir llamando Ana.”

Una brisa de buenos augurios acariciaba los rostros que se delineaban a través de una niebla de expectación y emociones, dibujando unos contornos traslúcidos que enmarcaban dos almas postradas, las que colgaban entre ánimas y mariposas. Un alma fiel que flotaba en brumas de gozo quebrantaba la entropía con aliento y luz. Otra alma fiel descendía en aureola de antologías de amor y que se sumergía entera en un sueño azul sin dimensiones. Ciegas, sin peso y sin razón, las dos almas de aproximación perfecta, desafiaban la magia y la esencia del

misterio, hasta crear una estela de gracia y sortilegios que se extendía como aroma sutil, hasta adueñarse de sí mismas. Robertina y Ana se abrazaban una y otra vez como si quisiesen recuperar los abrazos que no se dieron en veinte años. Pero el mismo candor, la misma dulzura y aquel amor intrínseco exuberante y ubicuo en cada una de sus células estaba todavía allí, intacto, fiel, como niebla de sortilegios, tal cual como veinte años atrás. Robin las vio por el retrovisor, al iniciar él y Ena el regreso a Michigan, cómo se abrazaban y caminaban despacio por la acera, mirándose una a la otra. Él sabía que ambas tenían mucho que contarse y sabía que aquellas miradas elocuentes ya habían contado bastante.

35

El júbilo por ser Día de Nochebuena era evidente en el complejo de apartamentos donde vivía Robin, en La Ciudad Capital. Alrededor de las diez de la mañana, ya algunos vecinos tenían la música navideña en alto volumen, como era costumbre en las tradiciones de navidad de La República. Mientras unos simplemente escuchaban música, otros cantaban algunas de las melodías típicas de la época. Era parte del legado católico dejado por los españoles en la isla, para celebrar el nacimiento de Jesús, aprovechado por la gente para hacer fiestas, sostener encuentros íntimos familiares, comer abundante y expresar regocijo por la vida.

De repente, una bocina de carro insistente, desde el parqueo del complejo, hizo que muchos de los que vivían en el edificio bajaran la música y se pararan de cantar. Varios echaron un vistazo por las persianas de sus respectivos apartamentos, para curiosear. Robin fue uno de los que se asomaron a la persiana y al echar una mirada desde el tercer piso en su apartamento, se percató que se trataba de Robertina, quien salía de uno de los taxis amarillos capitalinos. En realidad Robin ya esperaba por ella, ese día. Robertina había venido desde Antón, unos días antes a pasarse las navidades a La Capital con algunos de sus hijos. El plan era

pasarse los primeros días de su estadía con Cando y René. Los últimos días de la navidad entonces se los pasaría con Robin y su familia.

Robin bajó rápidamente a recoger a su madre.

“Gracias hermano.” Le dijo al taxista, mientras le pagaba por el servicio.

“De nada mi señor.” Respondió el taxista a la vez que le pasaba una tarjeta de presentación a Robin. “Estamos a sus órdenes, si por alguna razón se le ocurre usar mis servicios.”

“Bendición Mamá.” Robin cumplía con la tradición católica de pedir la bendición a su madre, mientras la abrazaba efusivamente. Él le quitó los lentes y la besó sobre ambos párpados.

“Que Dios te bendiga, mi hijo.” Le contestó Robertina, mientras también ella lo abrazaba a él, dándole un beso en la mejilla y acariciándole la cara, como era su costumbre.

Sentada taciturna en el sofá grande de la sala, Robertina miraba lejos. En ocasiones se miraba las uñas, pero era evidente que no tenía mucho que decir. Los hijos de Robin y Ena, Marcos y Norah, de cinco y dos años respectivamente, jugueteaban alrededor de su abuela. Robertina a veces les tendía las manos desde donde estaba sentada, pero era notable que no quería pararse de allí, del sofá, a corretear con los nietos, como solía hacerlo. Su cara, la aridez de su piel y la falta de ese encanto natural que la había caracterizado todo una vida, brillaban por su ausencia ese día. Delgada y con el estómago un poco voluminoso, Robertina le había sembrado una horrible e instintiva sensación de preocupación a Robin, desde que la abrazara unos minutos antes en el parqueo. Robin comenzó a preocuparse y a tejer un sinnúmero de juicios, ninguno de los cuales era muy consolador.

Robin se sentó en el sofá a su lado.

“¿Qué dice esa reina?” Le preguntó Robin, mientras le frotaba la espalda. *Esa Reina* era uno de esos apodosos que Robin le tenía a Robertina en los últimos años. Otros apodosos anteriores eran *Esa Tutumpota*, *Esa Matriarca*, *Esa Empresaria*, entre otros, como forma de halagarla. La respuesta a cada uno de esos apodosos era una risa de oreja a oreja, seguido de un “*tú si bromeas, mi hijo, yo no soy nadie.*” Ese día, sin embargo, Robertina no tenía mucha expresión de regocijo en su cara.

“Todo bien mi hijo.” Replicó, con inusual desgano.

Era evidente que la Robertina que acababa de llegar a donde su hijo parecía ser otra persona; al menos física y anímicamente. Sentado a su lado, Robin inmediatamente se dio cuenta que Robertina no estaba muy bien, contrario a lo que ella le acababa de decir. Sin mirarla fijamente para que ella no se sintiera expuesta, le pasó de nuevo la mano suavemente por la espalda y por la barriga. A Robin le dio frío y comenzó a sudar. El estómago de Robertina se sentía duro. Sin dejar ninguna posibilidad fuera, sobre lo que le pudiera estar pasando a ella, incluyendo lo peor, Robin se auto convenció que su madre estaba enferma; probablemente muy enferma.

Desde ese mismo momento, La Navidad para la familia Sánchez tomó otro color y otra dirección, diferente a la de disfrutar la presencia de Robertina, comer en abundancia y degustar algunos vinos. Robin asumió de inmediato la determinación de que, mínimo, debía llevar a su madre al médico y conocer a ciencia cierta lo que le pasaba.

“¿Usted no cree que está medio enfermita, Tina?” Le preguntó Robin, haciendo un gran esfuerzo para no mostrar el grado de perturbación que se acababa de apoderar de él.

“Yo estoy bien mi hijo, no te preocupes por mí.” Replicó ella mientras frotaba su mano izquierda por la pierna derecha a su hijo, como en los viejos tiempos.

Robin se paró y avanzó en silencio hacia el aposento. Se encerró allí en el baño por los siguientes veinte minutos. Después de unos minutos de introspección, él llamó a su hermano Cando y a su hermana Noemí y les comunicó que llevaría a Robertina al médico ese mismo día. Ambos preguntaron que por qué la prisa, si se trataba del día de Nochebuena, aunque también ambos respetaron la decisión y se mostraron preocupados y prestos a unirse a la causa.

“Creo que Robertina está muy enferma. El mejor regalo de navidad de este año sería descubrir que ella no lo está, por eso necesito llevarla al médico. Se ve muy reducida, con el estómago abultado y notablemente muy desanimada.” Les comunicó él a Cando y a Noemí. Muy dentro de él, Robin se preparaba para lo peor.

“¡Hello! ¿Estás bien?” Preguntó Ena a Robin mientras tocaba con sus nudillos sobre la puerta del baño, al notar su prolongada estadía allí.

“Yo estoy bien, pero no estoy bien.” Le respondió Robin.

“¿Qué pasa?” Preguntó ella al abrir rápidamente la puerta del baño con el seño fruncido y las manos en la cintura, en muestra de preocupación.

“Robertina está enferma. Muy enferma.” Le dijo en voz baja y muy calmadamente, mientras salía del baño con el celular en una mano y un pañuelo de lino en la otra. En el ínterin, le hizo seña que cerrara la puerta del aposento para susurrarle algo.

“Mira Ena, Robertina no luce bien. No creo que yo dormiría o pasaría nada de comer por mi garganta sin antes saber qué le pasa a

ella. Yo sé que hoy es un día muy especial acá en La República, pero tengo que hacer algo por ella hoy mismo. Vendrán otros días como este. Jamás vendrá otra como Robertina.” Comentó, sin poder esconder el pesar y la desolación.

“Yo te apoyo. No lo había notado. Simplemente pensé que estaba un poco exhausta de viajar.” Dijo. “La doctora Minoska va a pasar por acá en unos minutos. A pesar de que ella es sólo pediatra y a lo que viene es a inyectar unas vacunas a Norah, ¿Qué te parece si le pedimos que le eche una mirada a Tina y que nos aconseje algo? Los Doctores todos conocen un poco de todo.” Dijo ella, de manera muy indulgente y solidaria.

“Esa es una buena idea.”

Robin se compaseaba con las manos en la cintura de un lado al otro en el aposento.

“Ella nos habrá de dar algunas pautas. Comenzaré a platicar con Tina sobre esa posibilidad, antes que la Doctora llegue.”

Robin salió del aposento y se acercó a Robertina, sin denotar el tormento que le azotaba interiormente. Se sentó a su lado y tamborileó con los dedos de su mano derecha, sobre la pierna izquierda de ella.

“Mi doña, la doctora de Norah va a pasar por acá un poco más tarde. Le vamos a pedir que le eche una mirada a usted. Dependiendo a lo que ella nos diga, hay posibilidad que vayamos al médico hoy mismo.”

“¿Tú crees, mi hijo? Hoy es Día de Nochebuena. Toda la familia está en fiesta. Si tú me llevas al médico, todo el mundo estará pendiente y preguntando por mí. Algunos hasta vendrán a verme. Yo no quiero ser la aguafiestas de la familia.” Dijo, con un tono de decepción,

mientras dejaba descansar su cabeza sobre la palma de su mano derecha y apoyando el codo sobre su pierna derecha, mirando hacia el piso, con el seño fruncido.

Obviamente, Robertina se sintió expuesta y, hasta cierto punto, sentía culpabilidad. Su expresión de rechazo a ser el centro de atención era típica de su carácter. Siempre se había valido por sí sola, teniendo el timón en sus manos y bajo su absoluto control. Contrario a lo que le pasaba ese día, ella había servido siempre de soporte a toda su familia y a muchos otros que no eran sus familias. Cuando ella tenía control, siempre pensaba en el bienestar del otro ante que el mismo suyo, incluyendo dejar de comer en ocasiones para darle su comida a una demente hambrienta y harapienta que deambulaba por la carretera. Fueron muchas las veces que ella dejó de comer para brindarle a un vecino que llegara a su casa justo cuando ella terminaba de servir la comida a sus hijos y se disponía a comer la suya. En esos casos, Robertina terminaba fumándose un cigarrillo y platicando con el vecino recién llegado. Era parte de su modo, ese desprendimiento ingénito que llegaba casi al sacrificio. Lamentablemente, ya ella no tenía el timón a los setenta y un años. En aquella navidad nada estaba en su control, ni siquiera su mismo cuerpo y ni aquel encanto orgánico que otrora se reflejara en cada sonrisa espontánea suya.

Unos minutos más tarde llegó la doctora Mynoska.

“¡Buenos días!”

“Buenos días, Doctora. Gracias por venir. Es usted muy gentil.”

Le dijo Ena, mientras se saludaban de besos en la mejilla.

“Gracias por venir Doctora, le agradecemos que un día como hoy usted haya sacado tiempo para venir a cuidar de nuestra Norah.” Le

dijo Robin al pararse del sillón, mientras también le daba un beso en la mejilla.

“Bueno, lo que pasa es que decidí no gastar tiempo en el consultorio hoy. Si me quedo allí a atender pacientes, ya usted sabe lo que va a pasar. Me estaría yendo a hacerles cena de Nochebuena a los hijos míos a media noche. Al menos hoy quiero cumplirles a ellos.” Comentó la Doctora con una gran sonrisa y mucha dulzura. “Por eso decidí pasar por acá, en vez de ver a Norah en el consultorio.” Agregó.

“Me imagino que esta es su madre.” Preguntó, mientras avanzaba hacia donde se sentaba Robertina. Se dobló y le dio un beso en la mejilla y le frotó la espalda con su mano derecha.

“Sí, ella es mi madre.”

“Usted no se parece a ella. A ella se le nota que en sus tiempos fue una dama hermosísima.” Dijo la doctora Minoska con una sonrisa, en tono de broma.

“Sí, yo saqué bastante de la genética de mi padre.” Contestó, Robin, sin poder expresar el nivel de humor que a lo mejor esperaba la Doctora.

La doctora Guzmán sacó una funda plástica de su cartera con una serie de medicamentos. Seleccionó el que inyectaría a Norah y le pasó el resto a Ena.

“Favor guardar eso. Son antibióticos y expectorantes para niños, por si acaso en estos días de fiestas los necesitas.” Dijo, mientras le pasaba la funda a Ena.

La doctora Minoska suplía la familia Sánchez de medicina para niños, y en ocasiones para adultos, cada vez que Ena visitaba su consultorio. Robin algunas veces se sentía con mucha pena. Cuando

el rubor en la cara de Ena o de Robin era muy evidente, la doctora siempre les recordaba que esos medicamentos se los regalaban a ella. Su generosidad era notable.

La doctora Minoska era de estatura pequeña, tal vez de unos cinco pies y medio. Esa estatura era promedio para la población femenina de La República. Con un poco de sobrepeso y cabellos sueltos alisados, resaltaba un poco más su corta estatura. Era una típica mulata. En realidad no tenía mucha talla de doctora pero era muy lista. Hablaba cuatro idiomas y fue líder por muchos años de la organización Panamericana de Pediatras. La oficina de su consultorio estaba repleta de certificados de entrenamientos y especialidades. Obviamente, esas evidencias contrabalanceaban la falta de una apariencia que impresionara mucho. A Ena y a Robin les dio mucho trabajo depositar plena confianza en ella, pues cierto día la vieron abrir una botella de vino en su propio consultorio y tomarse sendas copas. Su justificación era que había pasado un día horrible y ya no podía aguantar el nivel de fatiga. Con el tiempo, Ena y Robin entendieron que aquel fue un evento muy aislado. Por supuesto que una vez se lograba una comunicación con ella, era evidente que se trataba de una extraordinaria profesional y con un gran corazón. La familia Sánchez había desarrollado una buena relación de amistad con ella y ya había una confianza más allá del trato médico-paciente.

Después del chillido de Norah, por la inyección, Robin aprovechó y le puso su brazo derecho sobre los hombros a la doctora y le hizo seña muy discretamente apuntando con los labios e inclinando la cabeza, invitándola al aposento. Ambos caminaron y se encerraron allí, mientras Ena calmaba a Norah sentada en el sillón contiguo al que Robertina estaba sentada.

“Doctora, mi madre está enferma. No sólo he notado delgadez inusual y el estómago un poco voluminoso, sino que la embarga un desánimo espantoso. Ella no se ha movido de ese sofá desde que llegara a la casa, hace un par de horas. Me está consumiendo un escalofriante temor.” Le dijo Robin a la Doctora en susurro.

“¡No me diga! Yo creía que ella simplemente era de naturaleza taciturna.” Le dijo la Doctora con cara de pesadumbre.

“Sí, le quisiera pedir que me oriente. La quiero llevar al médico, hoy mismo. ¿Conoce usted algún gastroenterólogo que podamos visitar?”

“¿Por qué un gastroenterólogo?” Preguntó la Doctora.

“Bueno, mi madre ha sufrido de estreñimiento, y es lo que se me ocurre. De repente tiene algún mal en el estómago. Por lo pronto se le pudieran hacer algunos análisis básicos que nos indiquen hacia donde proseguir.” Explicó Robin.

“Tiene razón. Si ese es el único detalle que usted conoce, entonces es razonable llevarla a un gastroenterólogo y comenzar desde ahí. Pueden ser otras cosas, pero estoy de acuerdo que hay que comenzar en algún lugar.” Explicaba la doctora Minoska con expresión de solidaridad.

“Le puedo dar algunos contactos. Permítame echarle una mirada más de cerca.”

“Claro que sí. Lo único que no quiero es evidenciar pánico o dar muestras de que ella está en serios problemas.”

“No hay problemas. Déjeme darle una chequeadita.”

“Mi doñita, ¿Cuándo se regresa a Antón?” Preguntó, mientras se sentaba a su izquierda. La Doctora le puso el brazo derecho sobre los hombros, mientras con la mano izquierda tocó suavemente la barriga de Robertina.

“¿Usted siente algún tipo de dolor, mi doñita?”

“No, yo estoy bien. Lo único que siento es un peso grande en mi estómago y unos gases que borbotean dentro de mí.” Dijo Robertina con voz serena y débil.

“Usted debería llevarla al médico señor Sánchez. El cuadro clínico de ella no luce bien. El doctor Tirso Rojas es un buen gastroenterólogo. Él está a unas pocas cuadras hacia el Norte en la misma calle de mi consultorio. Ellos tienen equipos especializados de rayos equis, resonancia magnética y otras herramientas analíticas. Por lo menos él le va a decir si su problema es algo relacionado a su estómago.” Dijo la Doctora con visible pesadumbre.

“Gracias Doctora. Yo hubiera querido comenzar a celebrar La Nochebuena temprano, brindándole un trago de brandy, pero no puedo negarle que me siento un poco afligido por la situación de la doña. Robertina ha sido una mujer muy contenta toda su vida, aunque no extrovertida. Parece como si no fuera ella. Yo no la puedo ver así.” Dijo él en susurro.

“No, no hay problemas, yo le entiendo perfectamente. En realidad me compadezco de usted, pues sé por lo que está pasando.” Dijo la Doctora mientras agarraba su cartera como en demostración de que se preparaba para retirarse.

“Muchas gracias Doctora. No se imagina cuánto le agradezco.” Le dijo Robin, extendiendo su torso para darle un abrazo de despedida.

“Me saluda a Ena.”

“Por supuesto. Ella debe estar consolando a Norah por el agujonazo, en algún lado de la casa.” Le dijo, mientras la acompañaba hasta la puerta.

36

Una brisa fúnebre perforaba las rejillas del apartamento y entraba como maleficio a cada rincón de la casa, generando un ambiente deplorable. Las melodías navideñas afuera en las calles, típicas de la época, parecían antífonas lúgubres y una premonición insólita se asentaba en el interior de Robin y le amarraba las tripas hasta hacerlo sentirse con el estómago lleno y con contracción en el pecho.

“Mi doña, vamos al médico. Yo tengo que saber lo que le pasa a usted. Ya tengo donde ir, así que prepárese.” Dijo Robin con semblante descaído y las dos manos descansadas sobre su cintura, pero con espíritu de determinación.

“¡Tú si eres necio, mi hijo.” ¿Te atreves a alborotar tu día de fiesta, por mí? Dijo Robertina con visible pena, mientras se miraba las uñas de las manos.

“El día festivo no es importante. Usted es la importante hoy.” Le dijo. Ella miró a Robin, mientras movía su cabeza hacia ambos lados como en señal de contrariedad y resignación.

“Okay.” Le dijo, mientras hacía el intento de pararse. Robin le ayudó a parar y la acompañó al cuarto donde ella había puesto su bulto con sus pertenencias.

“Ena, me voy a llevar a Robertina al médico.” Le dijo él a Ena, quien aún estaba reconfortando a Norah en el aposento. Ella hizo seña que le esperara, mientras acomodaba la niña en la cama, ya dormida.

“Bueno, me mantienes enterada, por favor.” Le dijo ella a Robin, mientras lo miraba con simpatía.

“Claro, así será. Favor decirle a Marcos que vendré en un rato.” Respondió él. Marcos había estado jugando Zoo Tycoon por las últimas dos horas en la computadora de la oficina de la casa.

“Okay, le diré. También se lo diré a Norah cuando despierte.”

“¿Lista mi doña? Usted verá que todo estará bien.” Le dijo Robin a Robertina mientras le pasaba la mano por la espalda.

“Tú si eres insistente.”

“Asegúrese de traer su cédula y su cartera pequeña.” La alertó Robin.

Media hora después, Robertina y Robin estaban ya entrando hacia la Clínica Gastro Especialidades. Como lo había dicho la doctora Guzmán, la clínica estaba a unos cuatro bloques al Norte de su consultorio. Mientras se estacionaba en el parqueo de emergencia de la clínica, Robin sentía el temor de no encontrar doctores disponibles, por tratarse de un día feriado. Se estacionó en el parqueo de emergencia y le pidió a Robertina que esperara para ayudarla a bajar. “Agárrese de aquí mi reina.” Le dijo Robin mientras abría la puerta del jeep y le tendía el brazo izquierdo.

“Ay mi hijo, tú crees que yo me estoy muriendo. Yo no necesito que me sostengan como si yo fuera una niña.”

Subieron una pequeña rampa hasta llegar a la sala de emergencia. Una vez en la sala, Robin acompañó a Robertina hasta un sillón para

que esperara allí hasta que él estacionara el jeep en la parte trasera de la clínica, en el área de estacionamiento normal.

Ya de vuelta en la sala de emergencia, Robin preguntó por el doctor Tirso Rojas, a la enfermera de turno.

“El Dr. Rojas está disponible y atenderá la paciente en unos minutos.” Contestó la enfermera, mientras le hizo seña a Robin hacia el cuarto adyacente donde ya estaba Robertina tendida en una camilla. “Por suerte, el doctor Rojas está en la clínica, a pesar de ser Día de Nochebuena.” Pensó Robin. Ya la enfermera, por instrucciones del mismo doctor Rojas, había tomado los datos personales y de contacto y se disponía a tomarle las pulsaciones, temperatura y presión.

Unos minutos más tarde, llegó el doctor Rojas.

“Saludos. ¿Cómo les ha ido? ¿Por qué están por acá hoy? ¿Quién los refirió a esta clínica? ¿Desde cuándo se ha sentido usted con algún malestar?” Fueron parte de las preguntas que el doctor Rojas hizo de entrada, mientras tocaba a Robertina por todos los lados.

“Mi doñita, voy a tener que pedirle que se remueva las ropas, incluyendo las interiores. Creo que voy a tener también que tocar sus partes privadas.” Le dijo el Doctor. Robertina medio se sonrió y miró a Robin de reojo.

“Bueno, si eso tengo yo que aguantar para sanarme, no tengo otra.” Dijo ella, un poco ruborizada.

“Yo voy a tener que pedirle que salga del cuarto. Aunque presumo que usted es su familiar, me imagino que ella se sentirá mejor si sabe que nadie la está mirando.” Secreteó el médico al voltearse hacia donde estaba Robin parado, en el pequeño cuarto. “Claro Doctor, lo que usted diga. Yo soy su hijo” Le contestó Robin.

Robin salió al patio, a un pequeño jardín de la clínica a airearse un poco. Impaciente y sorprendido por la arbitrariedad cruel de la vida se compaseaba de un lado al otro. Era una de las pocas veces que Robin había deseado poder fumar. Todo el ritual de un cigarrillo, desde sacarlo de la cajetilla, golpear el filtro contra la uña del pulgar, encenderlo, inhalar y expulsar el humo lentamente hacia arriba le hubieran servido de terapia y distracción, mientras esperaba la llamada del Dr. Rojas. Para Robin era bien difícil ver a su madre postrada y abatida en esas condiciones.

Robertina tenía setenta y un años, cumplidos el 25 de octubre. Hacía un año, precisamente, que sus seis hijos, nietos y amigos se pusieron de acuerdo para darle una sorpresa y celebrarle sus setenta cumpleaños. Ese fue un día de muchas lágrimas de alegría y añoranza. Todos los que asistieron a la fiesta de cumpleaños agotaron un turno para contar historietas o vivencias relacionadas a la vida de Robertina. La única que no lloró ese día fue la propia Robertina, pero se le notaba la alegría y la salud. En su introspección, esperando que el Doctor hiciera su evaluación preliminar de Robertina, Robin recordaba sobre esa celebración. No pudo acordarse de ningún detalle que indicara que ella estaba enferma. En el ínterin, Robin aprovechó para hacer unas cuantas llamadas, enterando a sus otros hermanos, tío y amigos cercanos sobre la situación.

“¡Señor Sánchez! ¡Señor Sánchez! Vociferaba la enfermera, mientras le hacía seña ondeando una hoja blanca en su mano derecha con la que manguetaba a Robin para que regresara a la sala de emergencia. Robin se apresuró y entró a la sala.

“El Dr. Rojas quiere verlo, en su oficina, señor Sánchez.”

“Muy bien. ¿Dónde está su oficina?”

“Tiene que subir al segundo piso, al consultorio 2-B.” Replicó la enfermera. En el ínterin, su madre está todavía en el cuarto de chequeo rápido de emergencia y se quedará ahí hasta que usted hable con el Doctor.” Explicó la enfermera.

Robin no esperó el elevador y se decidió usar la escalera para hacerlo más rápido. Subió apresuradamente al segundo piso. Sin poder esconder el nerviosismo y con la respiración apretada por el esfuerzo súbito en las escaleras, Robin entró a la oficina del doctor Rojas.

“A sus órdenes Doctor.” Dijo, con voz un poco seca y con expresión expectante.

“Siéntese señor Sánchez.” Dijo el Doctor, mientras terminaba de escribir algo sobre un formulario con el logo de la clínica.

“Gracias Doctor.”

Robin se sentó en estado avizor pero febril, moviendo agitadamente una pierna, como reflejo involuntario de ansiedad y perturbación.

“Señor Sánchez, ¿me dijo que usted es hijo de la Señora Robertina? Preguntó el médico, reclinándose hacia atrás en su sillón, mirando intensamente a Robin y mordiendo levemente la punta de uno de los brazos de sus espejuelos.

“Sí, yo soy el penúltimo de sus seis hijos. Afortunadamente, o desafortunadamente, fui el primero en notar que nuestra madre no andaba bien y no quise esperar hasta que la navidad pasara para traerla al médico. Aunque le confieso, si fuera por ella no habiéramos venido.” Respondió expeditamente Robin, mirando también agudamente al Dr. Rojas.

“Dígame una cosa. ¿Cuándo fue la última vez que su madre visitó al médico? Si es que usted sabe.”

“La verdad que no le sé decir. Yo sé que ella tenía algunos problemitas con la diabetes pero nunca trascendió como un problema grave. La he estado motivando para que se mantenga visitando el médico y adquiriendo los medicamentos necesarios. Según me cuentan mis hermanas, el problema se ha mantenido bajo control, por los últimos años.”

“Bueno, primero déjeme decirle que su madre no hubiera podido esperar hasta que la navidad pasara, por lo que hizo bien con traerla hoy. Las enfermedades y los malestares físicos no reconocen cuándo estamos en días feriados. Por eso estoy yo acá hoy; es el sacerdocio de la medicina, servir los trescientos sesenta y cinco días del año, los siete días de la semana, las veinticuatro horas del día. Por otro lado, yo no creo que su problema sea de diabetes o nada relacionado. Su problema es otro, aunque desconozco la causa exacta y la magnitud del mismo. Lo único que sé es que ella tiene bastante líquido interno y por eso su abdomen luce y se siente abultado. Líquido en su vientre puede ser el resultado de tumores cancerígenos que con el tiempo comienzan a secretar fluido como resultado del proceso metabólico anormal de las células cancerosas.” Explicó el Dr. Rojas a Robin de manera muy explícita.

“Perdóneme Doctor, ¿me está usted diciendo que mi madre tiene cáncer? Inquirió Robin con la voz baja y entrecortada y el ceño fruncido, mientras se doblaba hacia delante, apoyando sus dos brazos del escritorio.

“Bueno, yo no dije eso exactamente. Lo que acabo de decir es que su madre tiene líquido interno que por lo general es el resultado

de tumores. Mi sugerencia la baso también en mi percepción como resultado de examinar el área cervical y uterina de su madre y palpar lo que aparenta ser un crecimiento celular anormal. Su madre me confesó que por los últimos treinta y seis años, nadie le había tocado sus partes privadas, por lo que pude inferir que ella nunca se ha hecho ni siquiera un Papanicolaou.” Explicaba el Dr. Rojas muy calmadamente.

Robin se quedó inmóvil mirando fijamente hacia un lugar del escritorio del Doctor, pero pensando lejos. Esa impresión horrible que se le había ido forjando en su mente, sobre el cuadro clínico de su madre, cada vez más parecía convertirse en realidad. “Robertina nunca se había hecho el papanicolau. Debe estar muy enferma. Un tumor.” Eran los pensamientos lúgubres que como centella cruzaban, en tan sólo milésimas de segundo, por la mente de Robin.

“En el ínterin, usted no puede llevarse a su madre, a menos que esté dispuesto a correr el riesgo. Ella no aguantará la semana siguiente sin intervenirla, pues tiene cualquier cantidad de fluido en su cavidad peritoneal. Hay una serie de opciones que debemos discutir lo antes posible.” Explicó el médico.

Robin no había pestañado por los últimos dos minutos. Se imaginaba, a la velocidad de la luz, lo que pasaría. Estaba ya a punto de asentarse en su mente la noticia más terrible de toda su vida. El Dr. Rojas se dio cuenta que tal vez Robin estaba petrificado por el impromptu de la noticia y que posiblemente no le estaba escuchando y optó por llamar su atención.

“Lo que le acabo de decir es que hay una serie de opciones que debemos discutir.” Dijo de nuevo mientras le lanzaba dos documentos

sobre el escritorio, uno sobre internamiento y el otro sobre liberación de responsabilidades.

“¿Y estos papeles, Doctor?” Preguntó Robin un poco confuso sacudiendo la cabeza y abriendo los ojos.

“El primero es una entrada de internamiento a la señora Robertina para atenderla en el ínterin, incluyendo drenarle un poco del fluido interno, hacerle sonografías, Rayos-X y analizar el fluido para determinar si se trata de un tumor maligno. El segundo documento es una protección legal de nuestra clínica, la cual usted tiene que firmar, de decidirse a llevar la paciente a la casa.”

Esta vez Robin escuchaba muy atentamente, pestañando rápidamente, con el ceño fruncido. También se había dado cuenta de la seriedad y del sentido de urgencia del Doctor.

“Doctor, excúseme si de repente luzco absorto. En realidad he venido acá porque quiero saber qué le pasa a mi madre. Usted me dice que hay varias opciones. Yo creo que sólo debe haber una opción: caracterizar el cuadro clínico de mi madre y tomar las medidas de lugar para su recuperación.” Replicó Robin de manera inequívoca.

“Bueno, me alegra que usted piense de esa manera, pues eso facilita la comunicación y hace más expedito el proceso. Por lo pronto, debemos trasladarla a un cuarto privado para drenarla y comenzar hacer los análisis. Eso nos conduce hacia dos cosas: Primero, liberarla un poco a ella del peso e incomodidad de una gran cantidad de fluido en su cavidad peritoneal, al tiempo que se le proveen asistencias como hidratación, analgésicos y otros bióticos. Este proceso permitirá que sigamos teniendo a su madre viva más allá del fin de semana. Segundo, hoy y en los próximos días, estaremos examinándola para determinar

y caracterizar su cuadro clínico, lo cual nos lleva a saber con seguridad cuál es, y la gravedad, de su problema de salud. Ya sabiendo a ciencia cierta cuál es el problema, estaremos entonces en la posición de poder delinear un plan a más largo plazo, ya sea acá en esta clínica o en otra.” Explicaba el doctor Rojas, mientras se levantaba del sillón y le hacía seña con su cabeza, inclinándola hacia la puerta de salida de la oficina, invitando a Robin a que fueran al cuarto donde estaba Robertina.

“Como no Doctor. Concuero con usted.”

Ambos salieron de la oficina y caminaron hacia el elevador. El doctor Rojas era un médico internista, pero también tenía especialidad en gastroenterología. Su estatura era de unos cinco pies y tres cuartos, con un par de pulgadas más bajas que Robin. Originario de la Ciudad Capital, graduado de la Universidad Iberoamericana de Santo Domingo y con especialidad de la Universidad Autónoma de Barcelona. De piel mestiza, lentes gruesos, bigote abundante y cabello cobrizo. Era de voz pausada pero firme y se le notaba gran humanidad. Era evidente que ejercía una medicina muy práctica y apegada al mejor código de ética. Con túnica y escarcela verdes impecables y claridad de pensamiento, el doctor Rojas inspiraba gran confianza.

“¿Cómo está mi doñita? No se preocupe, nosotros la vamos a cuidar. Ahora la vamos a trasladar a otra habitación más confortable.” Le dijo el Dr. Rojas a Robertina, mientras le frotaba el brazo derecho.

“Ay mi hijo. Yo te lo advertí. Tú no debiste haberme traído. Ahora todo el mundo estará preguntando y preocupándose por mí.” Rezongaba Robertina, tendida en una camilla reclinable y con las manos entrelazadas sostenidas sobre su pecho. Una sábana blanca le cubría de la cintura hacia abajo.

“Usted no debe preocuparse. Lo más importante para todos nosotros hoy es poder saber lo que le pasa a usted y hacer lo posible para que usted se reestablezca.” Replicó Robin frotándole la mejilla izquierda con las puntas de los dedos de su mano derecha, mientras entraba una enfermera con una silla de ruedas. “Ahora la vamos a trasladar a otra habitación como dijo el Doctor, para suministrarle algunos medicamentos que la van a mejorar. También vamos a tratar de removerle un poco de esos gases que usted se siente. El médico dice que usted tiene bastante líquido en su vientre, por lo que trataremos de drenarle un poco de ese líquido para que se sienta mejor.” Rezongaba la enfermera mientras manipulaba la silla de ruedas.

“Yo no necesito esta silla mi hijo. ¿Acaso crees que yo me estoy muriendo?” Decía Robertina mientras intentaba caminar hacia fuera del pequeño cuarto. Finalmente, el Dr. Rojas, la enfermera y Robin la convencieron de que usara la silla.

Era ese orgullo acérrimo y la convicción firme de auto valerse, parte de las creencias con las que ella había vivido por toda una vida. Esa predisposición de autonomía y control la hacía rechazar ayudas, aún en casos cuando desesperadamente las necesitaba. Ella siempre se pensaba indomable, invencible; pero no esa vez, ante la ira de la vida.

37

Un tubo plástico estaba adherido con cintas pegantes a la piel lateral izquierda del vientre de Robertina, con una jeringuilla color rosada en la punta, la que penetraba profundamente su piel, hasta llegar al interior de su cavidad peritoneal. Un fluido color sanguaza resbalaba profusamente por el tubo hasta caer como cascada en una alcarraza de porcelana ubicada debajo de la cama donde ella yacía. Aquello era difícil de comprender. Pasada una hora, ya Robertina había drenado dos galones de sanguaza desde su cavidad peritoneal. Era a eso que ella le llamaba gases en el estómago y que se le movían en el interior. Era ese el peso que ella sentía cuando más temprano en el día no podía pararse de un sofá a corretear con los nietos. Era esa sanguaza a la que se había reducido parte de su masa corporal, su encanto y su sonrisa.

El cuarto tenía una cama reclinable con sábanas blancas y un sofá tapizado de cuero marrón. Un televisor colgaba desde el techo, afincado sobre una plataforma de metal incrustada en la pared frente a donde yacía Robertina. Una garrocha portátil de metal sostenía el suero para hidratarla. Había también un teléfono inalámbrico en una mesita de noche. La enfermera había traído dos sillas adicionales, anticipando que más personas vendrían a verla.

“Cuando le parezca apropiado, señor Sánchez, pase por mi oficina para que conversemos.” Le dijo el Dr. Rojas a Robin, mientras reintroducía, después de visualmente chequear la alcarraza de porcelana que contenía la sanguaza drenada desde el vientre de Robertina, debajo de la cama. La enfermera ya había tomado varios frascos de muestras también, de aquel líquido ensangrentado.

“Yo le garantizo que lo que podamos hacer por usted para que se mejore, eso haremos. Sin titubeos.” Le decía Robin a Robertina cuando ya el Doctor y la enfermera habían salido del cuarto y mientras él le frotaba suavemente un brazo. “Yo te lo dije mi hijo. Tú no debiste haberme traído al hospital. Yo me hubiera curado yo misma con remedios caseros, una vez regresara al campo, a mi casa. Es lo que he hecho toda mi vida. Así no te hubiera causado tantos problemas a ti. Tu familia te espera para la cena de navidad.” Refunfuñaba Robertina mientras frotaba suavemente el brazo izquierdo de Robin.

Robin no pudo hablar por los próximos minutos. Se lo impidió un enorme anudo en la garganta y lo embargó una horrible congoja. Allí lloró profusamente en silencio, a la cabecera de la cama donde yacía Robertina, frotándole la cabeza y estremecido por el poder de la verdad. Ya en el ocaso del día, Robin no pudo soportar más el pesar allí en aquel cuarto donde estaba su madre tendida ante la furia de la vida. En espera hasta que llegaran otros de los hermanos, quienes habían prometido venir para hacer turnos, Robin se decidió caminar un poco en la parte de atrás del hospital. Por primera vez le había sorprendido el doloroso pensamiento de una posible partida a destiempo de Robertina.

“Doña mía, echaré una caminadita para distender las piernas. Le diré a la enfermera que esté pendiente por si acaso usted necesite algo.

Me imagino que también alguno de los muchachos estará llegando pronto.” Le dijo Robin mientras se secaba las lágrimas con el revés de la mano derecha.

“Oh mi hijo, claro que sí. Tú debes estar cansado. Yo estaré bien, no te preocupes por mí.”

Robin cerró la puerta del cuarto, mientras salía hacia la parte trasera del hospital. Al avanzar cabizbajo por el pasillo, escuchó el sonido y el eco de los tacos de unos zapatos de alguien que se acercaba de manera expedita.

“¿Qué pasó mi hermano?” Era Cando que venía con la respiración un poco apretada. Parece que tuvo que caminar un tramo largo de camino. Cando no tenía vehículo propio y por lo tanto tenía que tomar transporte público, dejándolo no menos de unos diez minutos caminado hasta llegar a la clínica.

“La Doña está enferma mi hermano.” Respondió Robin mientras le daba un abrazo y le frotaba la espalda con la mano derecha.

“Con Dios delante todo estará bien.” Replicó Cando con la cara chorreándole el sudor, con actitud optimista pero sin poder esconder la tristeza. Él tenía lo que parecía ser una biblia debajo del brazo izquierdo.

“Haremos lo que humanamente podamos para restaurar su salud. Ella está en la Habitación 112. Ha sido oportuna tu visita, hermano, pues acabo de salir para tomar un airecito.”

“Sí, pasaré a verla. Te veré cuando regreses.”

“Sí, sólo quiero dar unas vueltecitas y hacer unas cuantas llamadas. Regresaré en breve. Ella no está dormida, pero ten cuidado en provocar que ella tenga que hacer algún esfuerzo físico, pues se le está drenando un poco de fluido desde su vientre.”

“¿Cómo? No me digas.”

“No te alarmes. Es un procedimiento normal que se sigue a pacientes con su cuadro clínico, para mejorarle el estado de angustia y malestar. Te contaré luego los detalles. En el ínterin, pasas a verla. Yo te veré en unos minutos.” Expresaba Robin mientras proseguía hacia la salida de atrás del hospital.

Cando era el tercero mayor de los hijos de Robertina. De unos seis pies de estatura, mulato, con rasgos españoles heredados de Robertina. Pero también era innegable la catadura africana de su padre, como la nariz voluminosa y los cabellos crespos. Fue el primero en migrar desde Antón hacia La Capital, a la edad de diecinueve años. No pudo pasar del tercero de primaria. Pero se las ingenió para abrirse campo por sí mismo en La Capital. Aprendió plomería y electricidad, sirviendo de ayudante en el área de mantenimiento en un complejo turístico, en el Este del país. Luego tomó cursos técnicos y pudo escalar hasta ser el Encargado de Mantenimiento del complejo turístico Punta Cana, en el que ya había trabajado por veinte años. Con el tiempo, dejó de tomar alcohol y jugar lotería. Se refugió espiritualmente en la Iglesia de los Últimos Días, junto a su familia.

“¿Qué pasó, ma?” Preguntó Cando a Robertina con cierto encogimiento, al entrar al Cuarto 112, obedeciendo la sugerencia de su hermano Robin de no provocarle a ella ningún movimiento brusco.

“Oh, mi hijo. Aquí está tu madre, sometida a la obediencia.” Respondió Robertina con la voz baja, mientras giraba la cabeza y dirigía la mirada hacia Cando.

“La bendición Mamá.” Inquirió Cando mientras se secaba el sudor que le chorreaba por la frente. Era una tradición católica la de pedir

la bendición a los padres cuando hacía cierto tiempo que uno no los veía.

“Dios te bendiga.” Respondió Robertina.

“Todo estará bien con usted Tina. He estado rezando por usted. Lo importante es que ya los médicos están atendiéndola. Nos aseguraremos de comprar los medicamentos y tratamientos que ellos recomienden.” Comentaba Cando, mientras le frotaba la cabeza y la miraba de pies a cabeza.

“Debiste haberte quedado con tu familia, mi hijo. Hoy es un día muy especial. La familia debe estar reunida para regocijar juntos el nacimiento de Jesucristo. Acuérdate que siempre hice lo que tuvo a mi alcance para que ustedes tengan la mejor cena de Antón.” Comentaba Robertina con expresión de culpabilidad y cierta añoranza.

En el ínterin, Robin se compaseaba en las aceras cortas de cemento del pequeño jardín en la parte de atrás del hospital. Entre una llamada telefónica y la otra, trataba de absorber y compartir con familiares y amigos la información que momentos antes le había dado el médico, sobre Robertina. Él estaba consciente que Robertina estaba muy enferma. Mal enferma. Cuando la producción de líquido en su vientre era tan profusa, era evidente que algo andaba terriblemente mal. Y él lo sabía. Habiendo comenzado a asimilar lo que significaba el cuadro de salud patético de Robertina, su interior se derretía y, como nunca en su vida, no se paraba de llorar. Lloraba continuamente en silencio, de manera muy intensa y desconsolada. Él sabía que sólo un cáncer en estado de metástasis podía generar tanto líquido.

Al pensar en la imagen de Robertina emanando sanguaza de manera abundante lo hacía sentir una intensa compunción, culpa, resentimiento

e impotencia. Sentía una horrible pena al acordarse cómo ella llegó a la casa y sabe Dios desde cuando ella se había sentido enferma. Sentía culpa porque allí estaba la mujer que lo había dado todo por ellos y que ninguno de ellos en el momento más crítico de su vida no pudo identificar signos de su enfermedad de manera más anticipada. Era imperdonable que ella, a los setenta y un años no se hubiera hecho el papanicolau, por más leal que ella quisiese ser a su amado Feliciano. Aquello simplemente era ridículo en tiempos de modernidad. Robin también sentía resentimiento. Resentía de sus hermanas, de Noemí y Karen, quienes debieron haber sido más proactivas con la salud de Robertina, particularmente respecto a los detalles femeninos que tal vez el mismo Robin no conocía tanto como sus hermanas. Hasta resentía de Dios. ¿Por qué aquello tenía que pasarle a Robertina? No que tuviera que pasarle a alguien, pero ¿por qué a ella? Robin también sentía impotencia. El poder de la naturaleza era tan descomunal. El misterio de la vida y la muerte era tan indescifrable. Aquella realización se hacía más evidente que nunca en la memoria de Robin, con la situación incierta y grave de Robertina. “A ver, cuáles serán las opciones.” Pensaba él, dejando su mirada rodar a través del crepúsculo de un anochecer sombrío.

De camino hacia el cuarto donde estaba Robertina, Robin decidió pararse por la oficina del Dr. Rojas a ver si él todavía estaba en el hospital.

“Doctor, perdóneme que lo moleste.” Indicó Robin parado en la puerta.

“Oh, no hay problemas.” Respondió el Dr. Rojas quien estaba aún en su oficina, mientras pausaba por un momento de usar su celular para reconocer la presencia de Robin.

“He absorbido un poco la noticia, Doctor. Aunque dura, he podido calmarme un poco. Entiendo la gravedad de la situación con la doña y quisiera conversar abiertamente con usted sobre los escenarios futuros.” Señaló mientras se mordía el labio inferior y pestañeaba muy rápidamente.

“Claro que sí. Siéntese por acá, Señor Sánchez.” Respondió el Dr. Rojas, visiblemente cansado, haciéndole seña hacia una de las sillas al frente del escritorio. “Permítame enviar este correo electrónico y de inmediato le atiendo.” Agregó, al continuar manipulando su teléfono celular inteligente.

Robin se sentó vibrando involuntariamente su pierna derecha, como resultado de la ansiedad y la perturbación. Discretamente giraba la vista alrededor de la oficina del Dr. Rojas. De la pared derecha colgaban varios diplomas de los diferentes estudios avanzados, conferencias y certificados de especialidades. Del lado izquierdo de la oficina, se erigía un anaquel de caoba repleto de libros de medicina. En el centro del anaquel, cuatro portarretratos se inclinaban hacia atrás con las fotos de los que parecían ser su esposa e hijos. Dos hermosas niñas y un hermoso niño, quienes aparentaban ser ya adolescentes. En el fondo, una fotografía exhibía, en pose de estudio fotográfico, al Dr. Rojas y quien parecía ser su esposa. Inmediatamente detrás de Robin, había una camilla reclinable, con una colchoneta cubierta con un papel blanco paloma, donde era evidente que él examinaba sus pacientes, durante consultas privadas.

“Hermosa familia.” Dijo Robin cuando notó que el Dr. Rojas ya terminaba de maniobrar su teléfono celular y lo ponía a un lado sobre el escritorio.

“Sí, como pez alegre de riachuelo, me he dejado llevar a la deriva por ellos y, le confieso, gozo hasta el éxtasis cada minuto de esa aventura que representa cada día con ellos.” Respondió mientras se acomodaba en su sillón, reclinándose un poco y mirando fijamente a Robin como en señal de que ya estaba dispuesto a conversar con él.

“Estamos dispuestos a agotar todos los recursos a nuestro alcance con tal de proveer a la doña el mejor cuidado posible.” Inició Robin. “Pero entiendo que hay que reunir más información.”

“Usted es una persona muy inteligente, me parece a mí. Es por ello que quisiera hablarle muy sinceramente y lo más explícitamente posible. Su madre está muy enferma. Mañana bien temprano estaremos confirmando lo que hoy yo infiero a partir de los síntomas y lo que mi tacto me puede decir.”

“¿Qué es lo que los síntomas y su tacto le pueden decir por ahora, Doctor? Preguntó Robin mirándolo con mucha intensidad.

“Su madre tiene cáncer del ovario y aparentemente ya se ha diseminado en toda su área de reproducción y órganos conexos. A ese fenómeno se le llama . . .”

“Metástasis.” Completó Robin la expresión, cuando notó que el doctor Rojas pausaba.

“Es sumamente triste cuando algo así pasa a una señora tan llena de vida como es su madre. Tengo la impresión que todos sus otros órganos deben estar muy en salud. Luce ser una dama extraordinaria. Mantenerse fiel a un difunto por treinta y seis años es algo sumamente sorprendente, hoy día. Me confesó con mucha pena que hacía treinta y seis años que ningún hombre tocaba su cuerpo; me imagino que desde que enviudara. Se le nota que tiene un encanto especial y un

sentido de la lealtad fuera de serie. Por lo visto ustedes constituyen una tremenda familia.”

“Gracias Doctor. Agradezco su sinceridad. Dígame cuál es el siguiente paso.”

“El siguiente paso es confirmar con una biopsia, mañana, la naturaleza del cáncer. Simultáneamente, estamos haciéndole todos los otros análisis, incluyendo sonografía, rayos X, sangre, orina y coprológico. Ya eso nos permite mapear mejor su situación clínica. Adelantándonos un poco a los hechos, suponiendo que la impresión que tengo es correcta, entonces necesitaríamos la decisión suya para proceder. Aunque nosotros somos una clínica especializada en gastroenterología, tenemos consorcios con otros hospitales, quienes nos proveen servicios de cirugía especializadas en otras áreas. Esto significa que una cirugía para removerle los órganos reproductivos infectados es posible en nuestra clínica. Sin embargo, dado el estado avanzado de la enfermedad, ustedes tendrán que sopesar si quieren invertir en una operación para remover las áreas afectadas, seguido de tratamientos de quimioterapias. Esta secuencia de eventos, sin embargo, no garantiza la mejora prolongada de la paciente. De hecho, no sé si la posibilidad de una mejora prolongada exista ya. Es una decisión suya. Por supuesto, la otra opción es brindarle las condiciones familiares, espirituales y morales a doña Robertina para que pase sus últimos días en la paz de su familia y amigos.” Explicaba el doctor Rojas, con palabras frías, casi como vapor de glaciario, las que invadían cada célula de Robin, postrándolo aún más a la merced de la ansiedad y la desolación.

Robin le miraba, sobrecogido y abrumado.

“Lo que usted me acaba de decir es que la partida de Robertina es inminente.” Replicó Robin, con voz infringida y con la nariz exudada.

“Yo no lo he dicho de esa manera. Pero entienda que la partida suya y la mía es también inminente. Lo que quiero establecer es, de la manera más apropiada posible, cuál es el rango adecuado de opciones que conduzca a la mejora de Robertina, lo cual me produce cierto pesar, pues ninguna de las opciones luce ser muy promisorias. Para que usted me entienda, en estos casos, los médicos establecemos las opciones, con la expectativa que conjuntamente con los familiares encontraremos la mejor forma de proseguir, a partir de la noción que estamos haciendo lo correcto, para bien del paciente y de sus familiares.

Robin bajó la cabeza en silencio, sin responder al último comentario del Doctor. Dos gotas de lágrimas descendían por sus mejillas y caían sobre el piso de porcelana como rocío espeso. Un suspiro quebrantado rompió el mutismo, mientras se inclinaba hacia el lado izquierdo en el sillón para sacarse un pañuelo del bolsillo derecho trasero. El Dr. Rojas reconoció el apremio de hacer un espacio de recogimiento a Robin, saliendo discretamente de la oficina. Robin se secó los ojos humedecidos, sacudió y limpió la nariz, mientras suspiraba profundo nuevamente. Rápidamente notó la ausencia del Dr. Rojas, al momento que se paraba del sillón y se disponía a salir de la oficina.

Esta era la primera vez que Robin se conmocionaba tan intensamente, por muchos años, tan profundamente, al punto de tener que llorar profusamente. La última vez que Robin había llorado, casi sin control, fue veinte años antes cuando su compañero de habitación

en la Universidad Católica, Dioris Batista, se fuera de vacaciones de Semana Santa y jamás regresara. Dioris murió ese mismo fin de semana de las festividades de Semana Santa, de forma misteriosa. Al menos la información precisa sobre la causa de su muerte nunca llegó a la universidad. Era una gran persona, rebosante de salud, gentil y de buenos modales. El martes siguiente después de aquel fin de semana de Semana Santa todo el mundo en la universidad estaba en estado de choque, pero especialmente Robin, quien compartía habitación, jugaba softball y estudiaba frecuentemente con Dioris. Esa fue la primera vez que Robin cuestionó las decisiones del Ser Supremo, si era que un Ser Soberano Divino existía en su mundo.

Al salir de la oficina del Dr Rojas, caminando a través del pasillo central de la primera planta del hospital, hacia la Habitación 112, cabizbajo, Robin resentía la ausencia de una racionalidad evidente sobre lo que le pasaba a Robertina. Esa semana estaba supuesta a ser de encuentro familiar y regocijo. Al menos esa era la idea con la llegada de Robertina desde Antón a La Capital. Por otro lado, Robertina había vivido una vida ejemplar, casi inmaculadamente, y se merecía vivir hasta la ancianidad. Robin tampoco había podido cumplir todas las promesas hechas a ella durante su vida de adolescente y de estudiante. Era ese peso moral y familiar que le seguía pesando en su conciencia.

“¿Por qué ella? ¿Por qué ahora?” Eran las preguntas que lo torturaban y las que él se hacía una y otra vez.

Robin llegó a la Habitación 112 de regreso. Ya Robertina no estaba sola. Además de Cando, otros familiares habían llegado. René, el hijo menor, Beth, su sobrina la enfermera y a quien Robertina criara desde los cinco años, y Juan Manuel su único hermano que aún vivía. Todos

estaban en el cuarto, haciéndole compañía a Robertina. Noemí y Karen aún no habían llegado de Antón, pero estaban en camino. Beth le frotaba la mano por la cabeza a Robertina, parada a la cabecera de la cama. Cando leía la Biblia en silencio, cabizbajo y parado en vaivén hacia los pies de Robertina, mientras René y Juan Manuel estaban sentados en el sillón de cuero de visitas del cuarto. Al entrar Robin, lo hizo muy discretamente, para no interrumpir, si era el caso que Robertina dormía. Efectivamente, Robertina respiraba largo con la boca semiabierta e inclinada hacia su lado izquierdo. Robin fue y le dio un abrazo a su tío Juan Manuel, le dio la mano a su hermano menor, René y le dio un beso en la mejilla a su hermana Beth.

Robertina se veía tranquila, con los brazos cruzados sobre su pecho y arropada con una frazada de la cintura hacia abajo. Todavía colgaba de su estomago aquella tubería de drenaje del líquido que ella había retenido en su peritoneo. La alcarraza de porcelana se advertía por debajo del ruedo de la sábana. Estaba más de media del fluido ensangrentado. Debía haber habido unos dos galones, mínimos, de sanguaza. Todavía los recién llegados de la familia no conocían los detalles de la situación. Robin quería mantenerlo así por el momento, hasta que llegase la oportunidad de explicarlo con calma. Él quería suministrar la información lo más dosificadamente posible, para evitar alarma innecesaria en la familia.

“Vamos a dejarla que duerma lo más que pueda.” Musitó Beth.

“Esa es buena idea. A saber desde cuándo ella no podía dormir.”
Replicó Robin con voz baja.

“Beth, quiero hablar contigo. Favor seguirme al pasillo.” Le susurró Robin a su hermana.

“Okay, te sigo.”

Beth era enfermera. En Beth, Robin encontró un oído para conversar sobre Robertina, sobre todo para los pasos futuros. Caminaron lentamente por el pasillo. Él le echó el brazo izquierdo y ella se dejó llevar, mientras también echaba su brazo derecho alrededor de la cintura de Robin.

“¿Cómo están los muchachos? Preguntó Robin.

“Ellos están bien. Patricia ya termina este año en la universidad.”

Beth fue criada por Robertina desde los cinco años, hasta que se casara a los veinticinco. Su madre materna Mila, la única hermana de padre y madre de Robertina, la abandonó desde muy pequeña. Beth, como las demás hijas de Robertina, no pudo pasar del tercero de primaria, como educación formal. Sin embargo, cuando llegó a La Capital desde Antón, comenzó a abrirse su propio camino, estudiando enfermería en un instituto técnico profesional. Luego tuvo la oportunidad de trabajar en una clínica privada, en la que había permanecido por los últimos veinte años. Se ganó la confianza de los dueños de la *Clínica Dr. Romano* hasta llegar a ser la enfermera principal preferida del Dr. Romano, en la sala de cirugía. Era notable el conocimiento de medicina de Beth cuando hablaba, al punto que cuando viajaba a Antón, la gente tenía la impresión que ella era doctora en medicina.

“Mira Beth, Tina está muy enferma, como puedes ver.” Dijo Robin mientras caminaban a la par muy lentamente a través del pasillo. Beth observaba en espera de más detalles.

“Conversando con el Dr. Rojas, el diagnóstico no es muy dúctil. Tenemos un gran desafío por delante.”

“Cuentas conmigo hermano.”

“Sí. Quisiera contar contigo. Quiero que tú te conviertas en mi socia, en los próximos días, a ver qué podemos hacer por la doña.”

“Por supuesto. Estoy presta a hacer lo que sea necesario.”

“En el ínterin, quisiera manejar la información sobre su situación con mucho cuidado, de manera que no se cree un ambiente infuncional en la familia, en términos de pánico y ansiedad.

“Así será.”

“Por ahora, la hemos estado drenando para relajar un poco su vientre. Aparentemente tiene un tumor en sus ovarios, el cual ha progresado en toda el área reproductiva. El Dr. Rojas nos informará mañana con todos los detalles.”

Beth se quedó mirando a Robin pero no pudo contener la conmoción. Obviamente, haciendo un esfuerzo, se limpió los ojos y cruzó los brazos para seguir escuchando a Robin.

“Por lo pronto, tenemos que conversar con la enfermera para que remueva la alcarraza que está debajo de la cama y remover los tubos de drenaje. Para hacer esto, quisiera que tanto tío Juan Manuel, así como Cando y René salgan del cuarto. Yo me encargaré de sacarlos del cuarto para hablar un poco con ellos e irlos informando. Tú hablarás con la enfermera para remover los tubos y la alcarraza.”

“Así será hermano. Yo pienso quedarme a dormir con ella hoy, también.”

“No es necesario. Yo me quedaré. Tú tienes tus hijos solos.”

“Y tú también.”

“Bueno, luego decidimos.”

Ya en acuerdo entre ellos, ambos regresaron al Cuarto 112. Cando aún leía la biblia parado cabizbajo y en vaivén, Manuel y René aún

estaban sentados allí en el sofá. Robertina todavía dormía, inmóvil. Muy disimiladamente, Robin les hizo seña con la mano derecha a su tío Juan Manuel y a sus hermanos para que le siguieran al pasillo. Se sentaron los cuatro en una sala de espera, al fondo del pasillo.

“Bueno, la doña se nos ha enfermado. Estamos en espera de los resultados para tener una idea más clara de su situación de salud.” Les comentó Robin.

“¿Y cuándo están los resultados disponibles?” Preguntó René.

“Mañana.”

“Debemos estar preparados para cualquier noticia. Lo que sí quisiera compartir con ustedes es que exploraremos todas las posibilidades con tal de proveer a Robertina todo el apoyo que ella requiera.”

Los cuatro reflejaban la expresión común de angustia y pesadumbre. Robin, aunque se veía en control, sus ojos no proyectaban su usual mirada viva. Se le advertían los labios notablemente resecaos por la deshidratación y el seño fruncido en señal de introspección. Él irradiaba candor y confianza a los demás. Cando apretaba una Biblia debajo de su brazo izquierdo, mientras fijaba su mirada lejos, posiblemente contrariado porque sus oraciones diarias no se habían traducido en un mejor día de Nochebuena. O tal vez, tratando de reconciliar consigo mismo que el azar sí existe y que ese día les había tocado a Robertina y a él, o que simplemente se trataba de una prueba de reconfirmación de su fe y su convicción espiritual. René, el hijo más pequeño, pestañeaba agitadamente mientras escuchaba a Robin. Hablaba con voz cortada y casi al borde del llanto, en visible aflicción. Juan Manuel inclinaba su cabeza hacia un lado y miraba hacia abajo, mientras le rodaban

dos gotas de lágrimas que los forzaron a sacar el pañuelo de lino que siempre cargaba en uno de sus bolsillos traseros de sus pantalones.

“Bueno, que sea lo que Dios quiera.” Rezonó Juan Manuel, al expulsar un largo sollozo.

“Esta noche, le daremos la oportunidad a Robertina para que descanse, pues parece que ella tenía varios días que no podía dormir. Uno o dos de nosotros nos quedaremos con ella.” Explicó Robin.

“Yo me quedaré.” Dijeron a coro Cando, Manuel y René.

“Yo creo que Beth se va a quedar. Como ella es enfermera, creo que es buena idea que ella se quede. Otra persona sería suficiente. Tal vez René que vive solo.”

“Sí, yo me quedo.” Dijo René.

“Nos turnaremos en los días por venir.” Replicó Cando.

Al regresar al Cuarto 112, ya Robertina había despertado y estaba entretenida hablando con Beth y mirando una telenovela en el televisor del cuarto. De reojo, Robin chequeó debajo de la cama para asegurarse que ya le hubieran removido la tubería de drenaje del estómago a Robertina. Ya la alcarraza de porcelana no estaba allí.

“Dos galones y medio” Le susurró Beth a Robin.

“No me digas.” Respondió Robin en completo choque.

Le habían extraído dos galones y medio de sanguaza a Robertina. Con razón ella no podía casi caminar, ni sentarse, ni dormir. Dos galones y medio de sanguaza eran unos 9.5 litros de líquido. Con una densidad similar a la de la leche, estábamos hablando de aproximadamente veintiuna libras. O lo que era lo mismo que un feto con el peso de tres embarazos de siete libras cada uno.

“A Robertina le habían extraído veintiuna libras de un líquido que contenía parte de su cuerpo, parte de su vida. Un líquido que era el resultado del proceso de licuefacción de su interior.” Pensaba Robin, mientras su cerebro giraba a alta velocidad, tratando de digerir la información que recién le daba Beth.

“¿Tú no crees que ahí hubo un error? Preguntó discretamente Robin.

“No, yo misma lo medí.”

Robin le dio un beso en la frente a Robertina y salió aturdido del Cuarto 112. Se paró por la unidad de enfermería y le comunicó a la enfermera de turno que él se iría a la casa y que su hermana Beth y su hermano René se habían de quedar con Robertina. Eran las 9:12 de la noche. Se montó en su vehículo y se marchó. Robin sólo había comido el desayuno, unos minutos antes que llegara Robertina a la casa. Pero no tenía hambre.

38

Después de deambular por varias horas manejando despacio en la ciudad como duende a la deriva, Robin llegó a la casa. Ya los niños estaban durmiendo, pero Ena estaba despierta esperándole.

“¿Cómo me haces eso? ¡He estado llamándote toda la tarde y la noche y no había podido conseguirte! ¡Estaba muy preocupada!” Expresó Ena con semblante petrificado, a la llegada de Robin.

“Perdón. Estuve bien apurado con Robertina y mi familia estableciendo el ambiente y el estado de ánimo más adecuado que nos permita manejar la situación lo mejor posible, sin causar pánico y desesperación.”

“Perdóname, no estoy reprendiéndote, entiendo la situación. Simplemente quería expresar mi solidaridad y apoyo.” Replicó Ena al abrazar a Robin.

“¡Estás frío y lánguido! Tienes que comer y bañarte para que te mejores un poco. Por supuesto que quisiera también conocer los detalles sobre Robertina.”

“Robertina está muy enferma. La dureza de su vientre era en parte debido a 2.5 galones de líquido que había ido reteniendo en su peritoneo. Aparentemente ha habido un crecimiento anormal en sus

ovarios. Ya sabes lo que significa eso.” Explicaba Robin, mientras Ena fruncía el entrecejo, abría la boca y se la cubría con las dos manos, en señal de sorpresa.

“Oh mi Dios. Claro que entiendo. Lo siento.” Respondió Ena mientras seguía a Robin, quien entraba al cuarto de oficina de la casa y meneaba el ratón de la computadora para reactivar la pantalla.

“Te daré espacio. Sólo quería expresarte mi solidaridad y mi incondicional apoyo.”

“No tienes que decírmelo. Buenas noches. Te mantendré al tanto, pero las cosas no lucen muy halagadoras.”

Era una noche pesada y de desamparo, sin horas ni minutos. Robin se sentó en la oficina y respiró profundo, mientras se aseguraba, al menear el ratón de la computadora, que ésta estaba conectada. Luego se sumergió en su propia aureola y se fue alejando en un viaje virtual hasta perderse en el mundo estridente e infinito del Internet. Leía e imprimía un documento tras el otro con una avidez espantosa, tratando inútilmente de saciar una hambruna cognoscitiva recóndita. Como locomotora humana, él permaneció allí manipulando el ratón de la computadora toda la noche hasta el día siguiente a las siete y media de la mañana, cuando Marcos, su hijo, lo hiciera venir al comedor para que le preparara cereal con leche. Era la tercera vez en su vida que Robin pasaba la noche en vilo, sin dormir ni un minuto. La primera noche fue a los dieciocho años cuando en una de esas tardes de musa exuberante, Robin decidió escribir una novela, precisamente sobre Robertina. Esa noche, Robin comenzó a escribir a las nueve de la noche, cuando Robertina le suplicara que no permaneciera muy tarde antes de irse a dormir.

Al otro día, a las ocho de la mañana, Robertina lo encontró en el mismo sitio y lo felicitó por haberse levantado temprano a estudiar. Por supuesto que Robertina no pensó que él hubiera permanecido allí toda la noche. Él tampoco la desengañó. La segunda noche en vilo sin dormir que pasó Robin fue una semana antes de presentar su tesis doctoral, cuando hacía el intento inútil de memorizarse todas las rutas metabólicas de producción de aromas en los tejidos de frutas. La tercera noche fue esa noche fúnebre de Nochebuena en la que, aturdido por la sofocante e inexplicable noticia de la enfermedad de Robertina, cargó su cerebro y su escritorio de literatura sobre temas como cáncer de ovario, secreción de líquido por tumores, quimioterapias, estirpe de tumores ováricos, biopsia, metástasis, detección rápida de cáncer, entre otros.

Al día siguiente, ya media familia estaba bien temprano en el hospital en la Habitación 112, donde yacía Robertina. Con por lo menos veintiuna libras menos, notablemente delgada pero con buen ánimo, Robertina tenía una cara más relajada y la congoja era menos abrumadora. Ya a las siete de la mañana le habían traído sopa y puré de papa con jugo de chinola. Beth y René tenían cara de trasnoche pero se veían un poco menos consternados.

“Anoche hablamos muchísimo con La Tutumpota”. Dijo Beth.

René lucía exhausto, sentado en el sillón de visitas de la habitación, con las piernas y los brazos cruzados y con la cabeza recostada en el espaldar del sillón. Aún pestañaba agitadamente. Diferente a Robin, su trasnoche no lo pasó perdido en un océano cibernético. Pasó la noche en vilo barruntando, imbuido en un mar nebuloso de amargura y desamparo. La figura fuerte e indomable bajo cuyas alas él se había

criado, y a quien siempre había visto como un ser invencible, estaba allí rendida y postrada a la merced de la piedad. Se sentía estéril y lo embargaba un horrible sentimiento de impotencia. De haber podido, él se hubiera atrevido a quitarle la enfermedad a Robertina y adjudicársela a él mismo, y morir si era necesario. René era el menor de los hijos de Robertina, su consentido, su último aserrín, quien sólo tenía un año cuando Feliciano muriera. Ver a Robertina tendida allí era para él una imagen desesperante, un escarmiento que según él venía del Ser Divino y que lo postraba en una nebulosa de congoja brutal. Pero él sabía que aún en el más desolador de los casos, como la partida súbita de Robertina, las intenciones del Todopoderoso eran, para él, justas y sólo servirían para endurecer su creencia y su fe en la omnipotencia de Dios, en su bondad y en su misericordia. Imbuido en aquella introspección intensa, René abrió su alma de par en par y se aferró a la magnificencia de El Criador, hasta emanciparse espiritualmente de cualquier ambivalencia pérfida y seguir creyendo en la perfección de Dios y en sus intenciones para con Robertina de glorificarla y llevarla al estadio ulterior de la verdad y la beatitud.

Noemí y Karen ya habían llegado de Antón. Algunos nietos y sobrinos también habían venido a ver a Robertina, la matrona de la familia. Alotados allí en la Habitación 112, todos la miraban, entre suspiros y sollozos.

“Mis hijos, escuchen bien.” Dijo Robertina, mientras se establecía un silencio rotundo en el cuarto. Todos se miraron, esperando con anticipación lo que ella pronunciaría.

“La muerte es parte de la vida. De hecho, sin la muerte la vida no tuviera mucho sentido. Precisamente porque la muerte es la etapa

no existencial de los seres humanos, es que valoramos la vida como tal. ¡Mírense ustedes! Todos mis hijos, mi hermano Juan Manuel, mis nietos y sobrinos. ¡Todos ustedes son hermosos y saludables! por lo que me siento agradecida de haber vivido y ser parte de esta maravillosa familia, la que ustedes representan y que representarán después que yo muera. Con ustedes acá hoy, confirmo que mi propósito no ha sido solamente vivir imbuida en mi propio ser. He sido parte de ustedes; de cada uno de ustedes. Por eso están acá hoy. Es por ello que estoy lista para morir, en cualquier momento. Creo que he cumplido con mi propósito existencial. Con esto no quiero subestimar el pesar que les causaré al morir. Pero dentro de mí creo que mi muerte completa ese ciclo maravilloso que es la vida. Agotar en su totalidad mi etapa existencial significa morir; y de eso estoy clara. Con esto no les estoy diciendo que voy a morir hoy, mañana o el año que viene, aunque no me importaría. Y de importarme, poco puedo hacer para evitar las decisiones de nuestro Dios y sus providencias soberanas; después de todo, nuestra existencia en la tierra es el preámbulo de la vida eterna, por lo que no deberíamos sorprendernos que El Criador nos conceda la oportunidad de unirnos a su gloria. Sí les confieso, disfruto y vivo, casi al éxtasis, el amor que me dan. Pero les quiero pedir que valoren el legado que les he ido dejando, con los años, del cual todos y cada uno de ustedes forman parte elemental. Ese legado moral, de profundo sentimiento hacia unos y otros, el que ustedes mismos han construido con sus propias manos y almas. Es que estoy segura que la persona que encarno hoy morirá y lo que quedarán son mis enseñanzas, ese legado que Dios me asignó para que forjara con la ayuda de ustedes. Me llena de regocijo hoy saber que más allá de mi inminente partida quedará

esa atadura invisible, pero poderosa, entre ustedes, ese patrimonio magnífico, esa bendición, esa creencia, esa herencia que perdurará por los siglos: La Familia Sánchez.”

Robertina ofreció su homilía, con una elocuencia impecable. Toda la familia escuchó muy atentamente. Algunos comenzaron a gimotear, otros simplemente salieron del hospital a caminar cabizbajos en retrospectiva. Era evidente que Robertina había dejado la impresión de que se trataba de su despedida. En el ínterin, Beth y Robin fueron a visitar al Dr. Rojas para discutir la estrategia a seguir.

“Yo tengo los resultados preliminares acá, señor Sánchez.” Dijo el Dr. Rojas al pasarle un fólder con los resultados de los análisis de laboratorio.

Robin agarró el fólder y lo abrió rápidamente. Beth miraba con mucha anticipación. Ambos dirigieron sus miradas hacia la sección con el título *Biopsia*. Ya Robin había estudiado, bajado y leído suficiente literatura del Internet la noche antes como para poder reconocer e interpretar algunos de los resultados. Beth, al ser enfermera, también tenía el conocimiento básico para entender la naturaleza e implicaciones de la mayoría de los resultados. Pero ambos dirigieron sus miradas directamente al *Examen CA-125*. Este examen usaba un antígeno carcinogénico para medir los niveles de proteínas producidas por células anormales en los ovarios y en la pelvis de las mujeres. No sorpresas. El CA-125 fue positivo. Tanto Beth como Robin no tenían que ver el resto del resultado para entender la gravedad del cuadro clínico de Robertina.

“Doña Robertina tiene metástasis.” Dijo el Dr. Rojas.

“Esa información ya la esperábamos.” Dijo Robin al pararse del sillón de visitas, dando unos cuantos pasos, cabizbajo. Beth salió, sin poder

contener la consternación y entre profusas lágrimas y sollozos fuertes se cubría la cara con un pañuelo de lino que cargaba en su cartera.

“Yo le había comentado sobre las opciones.”

“Sí. Y ya nosotros tenemos un plan.” Replicó Robin, mientras continuaba compaseándose en la oficina del Dr. Rojas. Aunque era evidente que Robin lucía perturbado y afligido, él también había asumido unilateralmente la determinación ineludible de servir de anclaje moral y emocional a la familia en aquellos momentos de tribulación y desolación, como lo desearía Robertina, por lo que su praxis era inequívoca, ecuánime y en control.

“¿Cuál es el plan?”

“Estamos decididos a proseguir con cirugía, para extirpar los tejidos malignos visibles, seguido por quimioterapia. Es lo mínimo que podemos hacer por ella. Sin embargo, quisiera explorar otras posibilidades, en términos de facilidades y tiempo.”

“Siéntese Señor Sánchez.” Dijo el Doctor, señalando hacia una de las sillas frente a su escritorio. “Explíqueme mejor.” Agregó.

“Quisiéramos explorar otras posibilidades para la cirugía, pues tenemos algunos amigos que quisiéramos consultar. Si es que podemos esperar un par de días.” Explicó Robin con voz trémula.

“Le entiendo. Al menos hoy conocemos más sobre lo que le pasa a su madre. Además, tiene unas veintiuna libras menos de peso.”

“Así es. Y le agradezco sinceramente, Doctor.”

Los días festivos de fin de año pasaron de forma muy desapercibida, en recogimiento y en congoja para la familia Sánchez. Todos los días venía alguien de la familia o amigo muy cercano desde Antón a visitar a

Robertina desde que ella saliera del hospital. Todos preguntaban sobre el siguiente paso a seguir. En el ínterin, Robin y Beth habían hecho los contactos con el Hospital Dr. Romano, donde trabajaba Beth, para internar a Robertina, operarla y someterla a un tratamiento de quimioterapia. La familia había tomado la decisión de esperar una o dos semanas para internarla, en parte porque algunos de los médicos del hospital no estaban disponibles durante las festividades de fin de año. Al menos esa fue la decisión tomada a partir de la expectativa que Robertina aguantaría unas dos semanas. Sin embargo, como no estaba en las facultades de Robin ni de Beth, o de cualquier mortal, controlar la ira de la naturaleza, desde que Robertina saliera del hospital, su estómago comenzó a crecer progresivamente, como si fuera una vejiga carnosa soplada con una bomba de viento. Era como si ella se derritiera por dentro con el cuentagotas, destilando sanguaza como noria fecunda. Con los limitados conocimientos médicos de Beth, ella pudo drenarla al menos una vez cada dos días, lo que le daba un sosiego temporal a Robertina. Pero la agonía comenzaba a adueñarse de la Familia, a medida que el vientre le crecía y era obvio que se estaba disecando y muriendo lentamente. Fue entonces cuando en la mañana del 3 de enero de 2003, Beth y Robin se decidieron a llevarla a la sala de emergencia del Hospital Dr. Romano.

“Hermano, la llevaremos a emergencia. Ellos tienen que atenderla hoy mismo.” Le dijo Beth a Robin cuando ya era evidente que Robertina no resistiría viva una semana más. Así lo hicieron. A las diez y media de un viernes frío, de horas mudas y de providencias inciertas, llegaban Robin y Beth con Robertina al hospital. Ella lucía impasible, rendida ante el rigor abrumador de la verdad. Ellos abrazaban con vehemencia

el desdén de la vida, dispuestos a cabalgar con arrojo los caminos espinosos de la incertidumbre.

“Dr. Romano, es Beth. Usted tiene que apoyarme hoy. Tengo a mi madre en la sala de emergencia de la clínica.” Hablaba Beth por teléfono al cirujano y propietario del Hospital Dr. Romano, el doctor Félix Romano.

“Estaré en una hora en la clínica. Favor drenarla si es que aún tiene líquido y suminístrale anestesia, como tú lo haces a mis pacientes de cirugía con similares características.”

Tres horas más tarde, ya Robertina era regresada desde la sala de cirugía hasta la Habitación 219, cubierta en un lienzo blanco y aún inconsciente.

“Le drenamos un galón y medio de líquido y le removimos todos sus órganos reproductivos.” Le susurraba Beth a Robin en el pasillo.

“¿Estuviste todo el tiempo con ella?”

“Claro que sí. Fui parte del equipo.”

“Gracias hermana.”

“¡No hay por qué! Es lo mínimo que debo hacer por ella”

“¿Y le removieron toda la parte dañada?”

“No. Fue imposible. Nuestra fe ahora está en la magia de la quimioterapia.” Replicó Beth, mientras le hacía seña a Robin que le acompañara al final del pasillo. Robin asintió con la cabeza mientras veía cuando transferían a Robertina de la camilla hasta la cama reclinable. Al transferirla, aquel lienzo blanco que la cubría, levemente se levantó con el efecto de la gravedad y la brisa de un abanico que giraba en el cuarto. De reojo, Robin entrevió el cuerpo de Robertina, todavía con gasas y húmedo. La piel de su vientre lucía frágil y distendida. Era

difícil para él aquella imagen de su matriarca fuerte, la que siempre supo vencer todas las adversidades que le llegaran. Allí estaba ella, a la merced de la misericordia, de lo incompresible, del misterio de la vida y de la muerte.

“Mira hermano, el crecimiento de células anormales está bien avanzado ya, como nos había avanzado el Dr. Rojas. Durante la cirugía se confirmó el diagnóstico. Ya tú sabes lo que eso significa.”

“Te comprendo.” Contestaba Robin con el ceño fruncido y mirando lejos. “Te comprendo.” Replicó de nuevo.

Robin se quedó parado allí, al final del pasillo, con la mirada larga mirando a través del cristal de una persiana. Ya con celajes de resignación pero con una mezcla de emociones brutal, hacía un gran esfuerzo mental para mantenerse ecuánime. Sabía que tenía una tarea difícil por delante, con desenlaces inciertos pero, tal vez más que nunca en su vida, necesitaba calma y determinación.

Durante los próximos cuatro meses, Robertina fue sometida a dieciocho ciclos brutales de quimioterapia. Cada ciclo representaba una tortura despiadada, la pérdida progresiva del cabello y días menos de los cuatro meses que los médicos le habían dado de vida.

Durante el tratamiento, Robertina permaneció viviendo en La Capital, en casa de su hijo Cando. Las hijas, Karen y Noemí, quienes todavía vivían en Antón, también se mudaron a La Capital para atender su moribunda madre. Como Beth vivía en La Capital, ella seguía dándole seguimiento a Robertina cada semana y continuaba recibiendo el apoyo incondicional de su jefe y oncólogo cirujano, el Dr. Félix Romano. A las pocas semanas después de la operación, cuando ya los hijos y los familiares cercanos habían poco a poco mentalmente digerido

y asimilado la condición grave de Robertina, inconscientemente, la gente comenzó a aceptar la realidad inminente de su eventual deceso. Nadie hablaba de esa realidad, pero todo el mundo la tenía presente: La partida inminente de Robertina. Afortunadamente, a pesar de los sinsabores de las quimioterapias, Robertina paró de producir líquido en su peritoneo, y aunque todos sabían que otros órganos ya estaban dañados, al menos el malestar del líquido en su interior y el abultamiento de su vientre ya habían desaparecido.

Entre un ciclo de quimioterapia y otro, Robertina recibía familiares y amigos que venían a saber de ella, particularmente desde Antón. Toda la familia, muy frecuentemente se reunía a conversar con ella. Más allá de los malestares de los tratamientos, Robertina se mantenía siempre de buen ánimo. Algunos amigos suyos muy queridos venían y se quedaban días con ella, conversando y rememorando. Los días de las despedidas, sin embargo, eran siempre dolorosos, pues tanto Robertina como sus amigos, en sus subconscientes, sabían que cada adiós podía ser la última expresión entre ellos en la tierra.

Robin aprovechó aquella pausa en el deterioro acelerado de la salud de Robertina para ir organizando algunos asuntos relacionados a los últimos días de vida y póstumos de ella. Muy discretamente, hizo los arreglos para que se construyera un mausoleo en el cementerio municipal de Antón, donde la sepultarían, en el mismo sitio de sepultura donde yacían los restos de Feliciano. Respondiendo al deseo mismo de Robertina, él también había mejorado La Gran Casona de la familia en Antón, donde Robertina había expresado su deseo de vivir durante el ocaso de su vida. Todos esos pasos se habían dado con el cuentagotas.

A los cuatro meses de haberse operado, ya cumpliéndose la sentencia de vida, o de muerte, dada por los médicos, todo estaba preparado para la inminente partida. Era entonces tiempo para que Robertina se regresara a Antón a vivir sus últimos días de vida, como lo había pedido y deseado. Antes que Robertina fuera llevada a Antón, Beth fue a recoger con anticipación los últimos resultados de la tomografía y el CA-125. Beth le había pedido a una prima que estudiaba medicina que le acompañara a buscar los resultados al laboratorio.

“Robin, te habla María Elena.”

“¡Hola mi amor! ¿Como estás?”

“Te llamo para decirte que los últimos resultados de tía salieron muy bien. Ella está limpia, según los resultados.”

“Tú me bromeas, Magie. Sólo quieres darme un poco de estímulo y te lo agradezco, porque en realidad lo necesito.”

“No, yo no puedo jugar con eso, Robin. En el laboratorio hicieron réplicas del análisis y los resultados están limpios. Ella no tiene ningún tejido produciendo ningún síntoma o ninguna reacción anormal de su sistema que pueda ser detectable con los métodos de análisis existentes.” Explicaba María Elena con voz serena, por teléfono.

“Te creo Magie, te creo. Pero no quiero creerte.” Replicaba Robin con voz pausada. “Porque un entusiasmo seguido de un anticlimax no es bueno.”

“Me imagino que se lo comunicaste a Beth ya.”

“Sí, Beth está conmigo. Apenas recogimos los resultados, así que pronto estaríamos comunicándoselo a la misma Robertina y a los demás en la familia.

Por supuesto que la noticia se diseminó rápidamente. Todo el mundo la recibió con júbilo, amigos, vecinos y personas quienes llegaron a conocer a Robertina. Muchos amigos y familiares ya expresaban su regocijo y su agradecimiento al Ser Supremo, por haber respondido a las oraciones y las promesas espirituales, hechas en silencio por la vida de Robertina. Otros como Robin y Beth, estaban más cuidadosamente contentos, esperando con anticipación que se haya materializado aquel milagro.

Como consecuencia de los resultados milagrosos sobre el estado de salud de Robertina, tanto Robin como Beth y los médicos habían decidido dejarla en La Capital, cerca de los hospitales y del cuidado de los médicos, por unos meses más. Por supuesto que aquella decisión no fue muy bien recibida por Robertina quien quería irse a Anton lo antes posible, pero era muy poco lo que ella podía hacer. En el ínterin, como un verdadero milagro, por los siguientes meses a Robertina le comenzaba a cambiar el color de la piel y la brillantez de sus ojos. Era como si su alma se revitalizara y comenzara a habitar de nuevo su cuerpo, con nueva luz, con nueva esencia, con nueva magia. Como capullo verde que se abría con fuerza al asecho tenaz de luz y carbono, Robertina comenzó a comer de todo, con una avidez colosal, como si en anticipación a su muerte ella tratara de recuperarse de las hambrunas que pasó en Antón. Como feto exuberante que rompía fuente, hambriento de oxígeno, sus cabellos plateados y brillantes retoñaban como rayos de luz en un alba misericordiosa, adornando de nuevo su sonrisa ingenua y su determinación de vivir. Fue entonces cuando, a los once meses de haberse operado, Robin la invitó a Antón.

“Vamos a Antón; su casona está muy bonita.” Le dijo Robin a Robertina con una sonrisa, mientras le pasaba la mano por sus cabellos suaves recién retoñados. Robertina se puso las dos manos en la cintura y miró incrédulamente a Robin de reojo, ciñendo el entrecejo y con una sonrisa.

“¿De veras?”

“De veras.”

“Ay mi hijo. Hiciste mi día hoy. En seguida arreglo mi bulto.”

“Es lo mínimo que debo hacer por usted. Usted también hizo mi día hoy. Se ve hermosa y sus ojos irradian un preludio sacrosanto”.

39

Era sábado en la tarde. La Capital mostraba unas calles menos congestionadas que de costumbre, con menos bulla, un cielo azul infinito y se percibía un aire de calma y descanso como si la gente, deliberadamente, hubiera tomado una tregua del diario arduo trajinar. Robin se había decidido a complacer a Robertina, por lo que mentalmente se preparaba a llevarla de regreso a Antón, a vivir a La Gran Casona. Él había invitado a Beth para que los acompañara en el viaje. Tanto Noemí como Karen, quienes habían permanecido en La Capital por los últimos once meses atendiendo a Robertina, también se estaban regresando a Antón. De modo que Robin, Robertina, Noemí, Karen y Beth completaban el flete que viajaría a Antón, ese sábado. Robertina lucía rejuvenecida, como si apenas cumpliera sus cincuenta años. A los setenta y dos cumplidos y recién salida de un tratamiento brutal de quimioterapia que incluyó dieciocho ciclos de suministro de químicos venenosos que la hacían vomitar hasta las tripas, no era para menos pensar que algo de milagroso tenía el hecho que ella no sólo se había sanado de un cáncer que le había carcomido el interior, sino que lucía como si hubiera experimentado una metamorfosis genética. Había regenerado la piel, los cabellos,

las pupilas de los ojos, las uñas y hasta la sonrisa. Parecía como si los genes de la juventud de repente se le hubieran activado y comenzaron a regenerarla, desde adentro, incluyendo a su propia voz. Aquel hilo de voz trémula y debilucha con la que se le escuchaba hablar durante los cuatro meses de su tratamiento, ya había desaparecido y en vez, se le escuchaba hablar firmemente y sin pausas. La piel la tenía fina y suave, los cabellos, que ya le habían rebrotado de nuevo con mucho más vigor que antes, los tenía brillosos y saludables; las uñas le crecían como a un recién nacido; las pupilas las tenía vivas y la piel de la cara se le veía impecable. Y ella lo sabía y lo sentía, lo cual reflejaba en su semblante y con una nueva actitud; no la actitud de resignación a morir que por casi un año había sentido desde que le descubrieran el cáncer, sino una actitud más optimista como testimonio de su resolución a vivir una segunda vida. Era aquella segunda oportunidad que le había dado la vida que ella quería gastarse, precisamente, donde vivió su primera vida: en Antón, en La Gran Casona. Allí fue donde ella crió sus hijos y desde donde había de vislumbrar la infinidad del valle y escuchar en concierto los grillos en las noches frescas, y trabajar de nuevo la tierra, y hacer reminiscencia de un pasado que tal vez estuvo minado de infortunios, pero también un pasado donde ella hizo cita con el destino y cosechó delirios y cultivó una gracia y una magia que la llevaron a ver, con sus propios ojos, el lado dulce de la vida. Robertina convenció a Robin y a los demás hijos de que ya ella de nuevo podía valerse por ella misma, en Antón, por unos cuantos años más. Con los análisis indicando la ausencia de cáncer, con su apariencia rejuvenecida y la actitud positiva y optimista, era poco el contra argumento que se podía hacer.

Aunque Robin estaba sumamente agradecido por aquel desenlace milagroso del cuadro clínico complicado de Robertina, y de hecho ya él había podido conciliar el sueño, simplemente al ver lo bien que ella evolucionaba, en su subconsciente, Robin no estaba cien por ciento convencido que ella estaba completamente curada. Era que en las horas y horas que él había gastado educándose en Internet sobre el fenómeno de la metástasis cancerígena avanzada y en sus conversaciones con médicos parientes y amigos, todavía no conocía de ningún caso de alguien enfermo de cáncer maligno expandido que comenzara minando el útero, los ovarios y siguiera cubriendo por completo el epiplón hasta impactar casi todos los órganos vitales, que hubiera sobrevivido. Robin todavía tenía muy fresca en su memoria aquella imagen horrorosa de los varios galones de sanguaza y aquel material negrusco, el que ya no era su carne sino pedazos de cadáver, que le extrajeran del vientre a Robertina, el día que la operaron, y el hecho que las células cancerígenas estaban ya distribuidas en todo su cuerpo, incluyendo en su propia mirada. Pero en el ínterin, era motivo de celebración, aquel milagro, y Robin reflexionaba utilizando una de las analogías de La Madre Teresa que rezaba: *“Si nos detenemos a ver todos los detalles malos de la vida, los cuales siempre existirán, no tendremos tiempo para disfrutar el lado dulce de ella.”* De manera que Robin se decidió a disfrutar con Robertina aquella segunda oportunidad y comenzó con complacerla y llevarla de regreso a Antón, a vivir en su casona. A partir de ese día, él disfrutó cada segundo de vida de Robertina, comenzando con el viaje de esa tarde.

Les tomó casi dos horas atravesar La Capital, en parte porque se habían detenido a recoger a Beth por su casa, donde tuvieron que

esperar un poco, pero ya a las cinco y media de la tarde estaban cruzando la estación del peaje de la Carretera Sánchez. Tampoco no era que había prisa. Robertina estaba feliz de regresar con una nueva vida, las muchachas estaban contentas de regresarse a sus respectivas casas; para Beth el viaje era una escapada del caos atosigante de La Capital y Robin se había decidido hacer de aquel viaje una travesía memorable, la que dedicaría a Robertina, a hablar con ella, a reírse con ella y a explorar y disfrutar su legado. Desde hacía varios meses, empujado en parte por aquella experiencia patética y la desazón infligida por la enfermedad demoledora de Robertina y la creencia, en la parte más recóndita de su mente, que la muerte de ella era inminente, Robin había estado deseando la oportunidad de conversar con una Robertina sin dolor. Él quería navegar más en la vida de aquella mujer extraordinaria, que por ser su madre y tenerla siempre tan cerca, nunca había sentido el apremio de andar en su pasado y conocer su interior y descubrir su magia, su sabiduría y su encanto. Por ejemplo, a Robin le sorprendía la sabiduría congénita de Robertina. Nunca fue a la escuela, pero leía la Biblia, con interpretaciones de los pasajes bíblicos muy personales e inusualmente inteligentes. A Robin le llamaba poderosamente la atención cuando Robertina planteaba que Jesucristo no era Dios ni su hijo, y de ser su hijo, no era más ni menos hijo que cualquier otro mortal. Pero al mismo tiempo, establecía que Jesucristo sí era uno de los seres humanos más humanos y más extraordinarios que jamás pariera la tierra, quien encarnara por primera vez el perdón y el sacrificio en la humanidad. Ella decía que, precisamente, por ser el maestro humanista y de justeza asombrosa, se atrevió a casarse con una mujer muy humilde y a quien acusaban de prostituta, María Magdalena, quien sólo tenía el defecto

de ser pobre, pero de belleza interna sublime y corazón extraordinario. Ella decía que Jesucristo había sido ejemplo del perdón y sacrificio, dos atributos del hombre que ella misma consideraba como elementos fundamentales en una sociedad con humanismo. Fue basada en ese razonamiento que Robertina pudo perdonar a Feliciano cuando él le fuera infiel, y decía que eso ella lo hacía porque Feliciano era un gran hombre, digno y de valores. No sólo era sorprendente que Robertina fuera capaz de razonar tan fríamente, y con una lucidez asombrosa, sobre tópicos tan filosóficamente y emocionalmente complicados como el perdón, el sacrificio, la fidelidad, el humanismo, sino que ella lo practicaba, cada día. “Mis hijos, hay que tener fe, dignidad y valores.” Decía ella cuando se refería a estos caracteres del hombre. Por ejemplo, ella nunca dijo que le había sido fiel a Feliciano, aunque lo fue aún treinta y seis años después que él muriera. Feliciano fue el único hombre que ella conoció y al morir, siguió siéndolo, al extremo que por treinta y seis años, desde que él muriera, nadie le hubiera tocado sus partes privadas, hasta el día que el doctor Tirso Rojas le descubrió el cáncer de ovario. Incontables hombres anduvieron detrás de su amor y nunca hubo una pizca de correspondencia de su parte. Por lo general, los hombres terminaban siendo sus compadres, pues Feliciano siempre fue el centro de sus sueños de amor y sus reminiscencias sentimentales. Era aquella persona de estatura gigantesca, de corazón tierno y de alma extraordinaria que Robin quería explorar.

“¿De dónde heredó usted su sabiduría, Tina?” Preguntó Robin con mirada distante, ya en las afueras de La Capital. Robertina no contestó de inmediato, pensando que aquello era una broma de Robin, de aquellas que él solía hacer. Pero cuando se percató que Robin le hacía

la pregunta muy seriamente, ella se echó a reír en carcajadas y dijo: “¿Y esa pregunta, mi hijo? La sabiduría te la da Dios.”

Pensando que a lo mejor era muy rápido en el viaje, Robin no quiso inducir una conversación larga con Robertina por el momento, por lo que se concentró en manejar por un buen rato.

Pero el ocaso de la tarde ya se comenzaba a sentir. Se tendía el crepúsculo del anochecer y la carretera muerta invitaba a continuar la buena conversación. De haber sido más temprano, las intenciones de Robin eran hacer tantas paradas como le fueran posibles, para disfrutar más la compañía de Robertina y las muchachas, contemplar las huellas de la naturaleza y sus magias en la parte sur de La República. A Robin siempre que viajaba a Antón lo impresionaba la aridez ancestral del Valle del Suroeste, lo seducía la resiliencia contra la inclemencia del tiempo de los cactus y las tunas, el azul negro mágico del Mar Caribe, la espectacularidad de las dunas durmientes, el susurro apagado del estrello bravío y prodigioso de los oleajes en las costas y la perspectiva sinusoidal de las fieles montañas que abrazaban el valle como si fueran andamios naturales de protección de una región olvidada, donde tal vez una vez, muy lejos en el tiempo, se escondieran tesoros de importancia cósmica.

Lamentablemente, ya llegaba la noche y las muchachas, que poco habían hablado en el asiento trasero, lucían agotadas y parecían como si lucharan duramente con el aturdimiento y el sueño; aunque no lo mismo con Robertina, quien lucía fresca y a quien se le dibujaba una sonrisa inocente en testimonio de un regocijo casi tangible.

“¡Ustedes pueden echar su sueñito, muchachas!” Dijo Robin, mirando a través del retrovisor. Las muchachas simplemente sonrieron, impulsadas sólo por la fuerza de la costumbre, mientras reclinaban sus

cabezas y se acomodaban unas contra las otras echándose a dormir casi a la par como si tan sólo estuvieron esperando el mandato de Robin.

“De lo que se perderán.” Vociferó Robertina mirando de reojo hacia atrás pensando que ellas aún estaban despiertas. “Porque en un rato nos pararemos en el Balneario El Paraíso.” Agregó, mientras se daba cuenta que las muchachas ya se habían rendido ante el sueño y la fatiga.

“Las pobrecitas, deben estar muertas. Han sido mis esclavas por once meses.” Dijo, al verlas aturcidas y dominadas como ángeles salvaguardia postrados.

“Usted fue su esclava por más tiempo.” Dijo Robin.

Pero Robin se quedó pensando en la broma de Robertina, en torno a la posibilidad de hacer una parada en el Balneario El Paraíso. Ese lugar era una playa popular en la Región Sur de La República, donde los viajantes a veces hacían una parada para disfrutar la brisa fresca del mar y degustar algún plato de comida local usualmente basado en pescado. Robin se acordó que una vez él y Robertina se pararon allí. Aunque tal vez no se bañaran en la playa en aquella oportunidad por lo tarde que habría de ser cuando llegasen al lugar, él pensó por un momento que aquella había de ser una aventura interesante. Él echó un vistazo hacia el cielo, a través del cristal delantero del vehículo, pero la refracción de los faroles del carro no le permitió visualizar la infinidad del cielo y ver si aquella iba a ser una noche estrellada.

Unas dos horas más tarde, llegaron a la cercanía del balneario.

“Doctora, ¿entonces se quiere dar un baño?” Preguntó Robin, mitad en broma y mitad en serio.

“Ja, ja, ja, ja; Doctora. Llamando a una enferma como yo Dotora.” Murmuró Robertina mirando lejos en dirección opuesta, a través del

crepúsculo. “¡Tú si me relajas!, mi hijo. No me hagas propuestas que tú no estés dispuesto a cumplir. Tú me conoces que doy para todo.” Agregó con una cara de niña ingenua dispuesta a jugar el juego. Robin interpretó que Robertina no sólo estaba dispuesta a pararse en el balneario sino que su comentario inicial fue la expresión de un deseo verdadero.

“Pues nos pararemos.” Replicó Robin. “Así dejaremos que las guardaespaldas echen sus sueñitos más tranquilas, a la orilla del mar. No todo el mundo se da ese gusto.” Agregó Robin indicando con la punta de los labios hacia el asiento trasero, donde todavía dormían las muchachas.

“La única condición que pongo es que en el restaurante del balneario nos preparen una sopa de pescado.” Expuso Robertina ciñendo el entrecejo y mirando de reojo a Robin.

“Así será Doctora. ¡Y más! Hasta la dejaré mirar unas cuantas estrellas, desde la penumbra divina de la costa del Mar Caribe.” Respondió en tono de broma y correspondiendo a la actitud de buena onda de Robertina.

“De acuerdo.” Respondió ella en carcajadas. “¿Entonces si tú no dispones las estrellas se mantienen escondidas en el cielo?” Agregó, gesticulando confirmación con la cabeza.

“No, no es eso. Lo que pasa es que las estrellas se esconden, cuando sienten celo al mirar hacia abajo y darse cuenta que una de las suyas está aquí en la tierra disfrutando de la brisa fresca y divina del mar y degustando una succulenta y prodigiosa sopa de pescado.”

Robertina se echó a reír con unas carcajadas que le salían de los mismos huesos y no paró de carcajear por varios minutos, al punto de

salírsele las lágrimas y hasta tenía que presionarse el estómago, porque ya le dolía.

“Ay mi hijo, no me hagas reír tan intensamente, que me duele el estómago.” Dijo, mientras se secaba los ojos. “Hacía mucho que no encontraba motivos para reír.”

Al llegar al balneario, Robin estacionó el carro en el parqueo del establecimiento, pero era evidente que no había mucho movimiento allí. El lugar lucía muerto. “Este lugar lo cerraron.” Rezongó Robertina. Se entreveía, a través de la penumbra, una piscina seca, una enramada grande con cobertizo de hojas de palma y dos faroles de luces tímidas en el centro con un montón de mesas y sillas rodeando lo que parecía ser una terraza de cemento que aparentaba ser una pista de baile. En el fondo, hacia la infinidad, se advertía el celaje trémulo de la superficie del Mar Caribe, el cual ondeaba con sus oleajes y sacaba sus lenguas de aguas saladas, lamiendo la arena una y otra vez. Robin se desmontó y le pidió a Robertina que esperara en el vehículo con las muchachas, quienes aún dormían. “Si esos faroles están encendidos, es porque debe haber gente aquí.” Pensó Robin para sí, mientras avanzaba hacia el interior de la enramada a través de las mesas en dirección a lo que parecían ser las oficinas del negocio.

“¡Saludos!”

“¡Saludos!” Repitió Robin, hasta que escuchó el sonido de las bisagras oxidadas de una puerta que crujían en el interior de la cabaña.

“A sus órdenes.” Dijo un señor mulato en camiseta con pantalones cortos y sandalias, apretujándose los ojos como si recién se despertara.

“¡Perdóneme mi señor!” Replicó Robin con un poco de apuro. “Es que quisimos pararnos un rato acá, pero parece que ya han cerrado el negocio. A mi madre le encanta este lugar, así que le había prometido pararnos por un rato a comernos una sopa de pescado y a mirar el mar y las estrellas.” Explicó.

“Bueno, ha sido un día muy agitado hoy, desde muy de mañana, por lo que me eché a dormir más temprano.” Explicaba el señor mirándose un reloj que portaba en la mano izquierda. Eran las siete y media de la noche.

“Entiendo perfectamente y me imagino que debe estar muy agotado, por lo que le pido excusas.”

“No se preocupe, usted no es el primero, ni será el último; es parte del precio que se paga por tener un negocio de este tipo.”

“¿Cree usted que le molestaremos si nos sentamos un rato, sólo a contemplar el mar?” Preguntó Robin, al darse cuenta que el señor no estaba muy dispuesto a interrumpir su descanso.

“Bueno.” Volvió y dijo el señor mientras se miraba de nuevo el reloj y sin mostrar mucho interés en la propuesta de Robin.

“Mire mi señor, mil disculpas. No quise perturbarlo. Pase una feliz noche.” Dijo Robin levantando la palma de la mano derecha para despedirse. Sintiendo desconsuelo, caminó hacia el vehículo, cuando a los pocos segundos escuchó que lo llamaban.

“¡Señor! ¡Señor!” Vociferó el propietario del lugar. Robin se detuvo y volteó la cabeza en dirección hacia donde segundos antes había dejado al señor parado.

“Dígale a su madre que se baje del vehículo. Le prepararemos la sopa de pescado y se podrán sentar en la terraza a mirar el mar y las estrellas.” Vociferó el señor.

Robin asintió con la cabeza y levantó los dos dedos pulgares en demostración de alegría.

“Desmóntese Tina.”

40

Robin abrió las persianas del carro y las dejó abiertas, pensando que la brisa fresca confortaría aún más las muchachas, quienes seguían durmiendo como si se recuperaran de un insomnio de meses. En realidad, tenían meses de sueño atrasado. Al llegar a la terraza del balneario, Robin y Robertina halaron cada uno una mecedora y se sentaron tan cerca del mar como les fue posible, posicionándose en dirección a la infinidad oceánica. Ella echó un respiro profundo, como si le saliera de los huesos, y mostró una sonrisa espontánea como si en complicidad con ella misma se liberara de algo interno que la preocupaba; o como si simplemente al dirigir la mirada hacia el sinfín del mar, y al abrir sus ojos y sus otros sentidos, se dispondría a disfrutar a plenitud aquel momento que por meses, tal vez por años, había deseado. Robin, casi simultáneamente, relajó los hombros, cerró los ojos por unos segundos, respiró profundo y comenzó a mecerse, al amparo de una brisa fresca que lo peinaba y de un celaje de luz multicolor de una luna que se posicionaba en el mero centro del cielo y que refractaba su brillo sutil en la superficie movediza del mar. El cielo estaba estrellado. Se dibujaba bien definida e imponente en el sur del cielo la constelación Orión, sobre el mismo lomo de La Cordillera de Bahoruco. El Cuadrado

de Pegaso se delineaba como si fuera una obra de pintura astral en el Oeste. Casiopea brillaba más que nunca, en expresión elocuente de su belleza mitológica, desafiante y radiante, en el Norte. La Osa Mayor y La Osa Menor, las eternas y fieles reinas del Hemisferio Norte se configuraban armoniosamente como estandartes siderales. Andrómeda, la princesa de las constelaciones, también se exhibía con esplendor en la infinitud del universo. El escenario cósmico no podía ser más perfecto, a lo que el mar respondía con oleajes serenos ondulantes y un sonido de caracol capaz de seducir al más alborotado.

“Ay mi hijo, si no fuera por estos momentitos, la vida no tuviera mucho sentido.” Irrumpió Robertina con los ojos cerrados y meciéndose, absorbida en la magia de aquel momento.

“Y para usted, ¿Qué es la vida?” Replicó Robin mientras se mecía suavemente. “¿Qué ha significado la vida para usted?”

“La vida para mí no significa nada por el simple hecho de estar viva, como les prediqué a todos ustedes aquel día en el hospital. La vida para mí son los detalles, las experiencias buenas y malas, los sufrimientos, las aspiraciones y las creencias que llevamos muy adentro.”

Robin no se sorprendió con aquella respuesta locuaz de Robertina, pues él sabía que ella a veces se transmutaba y articulaba unos razonamientos filosóficos que en ocasiones no parecían ser sus propios pensamientos. Era como si se transformara y las palabras simplemente salían de sus labios, como si estuviera poseída por los espíritus de Sócrates, Jesucristo, Buda, René Descartes o la Madre Teresa.

“Explíqueme un poco más.”

“A detalles me refiero a las pequeñas cosas que pasan a cada instante: la aroma del café que me tomo en la mañana, al saludo con agrado del

vecino, a una conversación sana, a una llamada de teléfono de uno de ustedes, al beso que tú me das sobre los párpados de los ojos, a una foto, a una carcajada que salga del alma hasta que me duela el estómago, a una buena dormida, al tarareo espontáneo de una canción vieja, a la visita de un buen amigo, a un momento de soledad para mirar el cielo y suspirar profundo, recibir una sonrisa sincera de un conocido, el sonido de la lluvia, el olor a tierra mojada, beber agua del río, el silencio de la noche, la fidelidad de un perro . . .”

“¡Saludos, saludos, mi gente!” Irrumpió el propietario del balneario. “Yo soy Tony Gilberto y me dicen Togi.” Añadió.

“¡Oh! Mi don, gracias. Yo soy Robin y ella es mi madre, Robertina.” Se introdujo Robin mientras se incorporaba de la mecedora. “Como le conté, a ella le encanta este lugar y la sopa de pescado que preparan ustedes acá. Le agradezco el favor.”

“Quisiera saber si su mamá tiene alguna limitación en cuanto a ingredientes, como sal y especias.”

“No. Me gusta la sopa tal y como ustedes la preparan acá. No tengo ninguna limitación.” Intervino Robertina.

“Perfecto. En unos minutos le traigo su sopa.” Dijo el propietario, asintiendo con la cabeza y limpiándose las manos una con la otra.

“Gracias mi don.” Dijo Robin al ver que Togi se volvía.

Robin se quedó pensando en los detalles que Robertina fue enumerando, los que para ella le daban sentido a su vida. Aunque parecían detalles sencillos, era evidente, a medir por la intensidad y el regocijo que se reflejaba en su semblante, que se trataba de una convicción profunda y de una filosofía de vida sublime e intrínseca.

“Me parece hermoso, su idea de los detalles.” Retomó Robin la conversación. “Y cuando usted habla de las experiencias, ¿a qué se refiere?” Preguntó Robin después de la pausa.

“Bueno, las experiencias buenas y malas me han servido para percibir la vida diferente y agradecer el hecho de estar viva.”

“¿Por ejemplo?”

“El hecho que mi madre muriera cuando yo era muy pequeña, y que mi padre me abandonara cuando yo sólo tenía diez años, me sirvió de motivación para que yo buscara amparo donde Mamá Melín, de quien aprendí a ser fuerte y de mente independiente, sin perder el sentido del candor y la consideración a los demás, algo que tal vez yo no hubiera podido adquirir de mi madre Roberta ni de mi padre Tadeo. Ahora reflexiono y me doy cuenta que mi madre era muy sumisa, lo cual eventualmente le trajo la muerte. Por el otro lado, mi padre no tenía ni una pizca de consideración y humanismo.” Explicaba Robertina muy despacio al compás del vaivén de la mecedora.

“La moraleja es que, en la vida, cuando se te cierra una puerta, simultáneamente se te presenta la oportunidad para abrir otra puerta. Pero, si te dejas agobiar por la pesadumbre, por habértese cerrado una puerta, no podrás abrir la siguiente, y por lo tanto te convertirás en presa salvaje de las tragedias ineludibles que le presenta la vida al hombre.” Añadió Robertina con una elocuencia asombrosa.

Pero Robin se quedó pensando sobre lo que Robertina dijo de su madre biológica. Mientras Robin conocía muy bien los cuentos de su abuelo biológico materno, Tadeo De La Rosa, quien era reconocido por su avaricia, su apego a lo material y por abandonar a sus hijos

pequeños, incluyendo a Robertina, él desconocía el detalle de que Roberta, su abuela biológica materna era sumisa y que ese atributo le había costado la vida.

“¿Y por qué la condición de ser sumisa le causó la muerte a su madre biológica?”

“A pesar de que mi padre Tadeo era un hombre de fortuna, mi madre pasó mucho trabajo y hasta hambre, porque tenía miedo de abrir la boca ni para decir cuando estaba enferma. Tampoco tuvo el coraje de abandonarlo, aunque tal vez entonces yo no tuviera viva y tú no tuvieras vivo. Ella sucumbió ante su propia miseria e impotencia. Un día cayó enferma y de repente murió, sin que a nadie le importara, incluyendo a mi propio padre, su esposo.”

Robin se quedó pensativo, tratando de interpretar las analogías de Robertina. Él razonó y entendió que aquella experiencia de seguro le habría causado a ella un gran pesar y un gran dolor. Era penoso pensar que por un lado su madre muriera estando ella, Robertina, aún muy joven y que por el otro lado su padre la abandonara. Pero Robin podía concebir, cómo aquella experiencia, sin embargo, pudo haber tenido un impacto positivo en Robertina, a largo plazo.

“Doctora, usted sólo extrajo la parte positiva de sus padres.”

“¿Cómo así?”

“Yo sé de facto que usted nunca ha sido sumisa pero tiene un corazón del tamaño del cielo.” Dijo Robin con la voz baja y los ojos cerrados.

“¡No es para que te me duermas ahora, Robin! Evadió Robertina al escuchar el halago de Robin.

“Sígame contando de sus experiencias.”

“Tú las conoces tanto como yo.”

“Pero quiero escucharlas de usted.”

“La muerte de tu padre cuando él apenas tenía 37 años de edad, me dejó por un tiempo vacía y postrada en el desamparo, pero al mismo tiempo me sirvió para poner en ejercicio mi dedicación y mi amor por ustedes, lo cual, con el tiempo, se tradujo en felicidad. El regocijo mayor, sin embargo, lo sentí cuando ya ustedes todos eran adultos y de repente me percaté que Dios me había premiado al permitirme moldearlos a ustedes en orden y semejanza de los principios y valores que yo aprendí de Mama Melín.” Explicaba Robertina mientras asumía una pausa para voltear la cabeza y mirar en dirección hacia la cocina del balneario. “La sopa como que Togi la mandó a pedir a La Capital.” Comentó.

“¿Y cuáles son esos valores y principios?” Retomó Robin la conversación.

“Oh mi hijo, tú si preguntas. Ya me estoy cansando de tanto recordar.” Dijo ella ciñendo el entrecejo. “El trabajo duro, la independencia de pensamiento, la fidelidad, la honestidad, la consideración a los demás, la fe en Dios y tener orgullo. Esos son los principios y valores que yo aprendí de Mamá Melín y que se los he pasado a ustedes. ¿No te has dado cuenta que de ningún otro lado pudieron ustedes haberlos conseguido? Manuel Santana era un gallero vagabundo, mi madre murió joven, mi padre era un cretino tacaño y miserable, y en Antón no abundan los buenos modales. Así que agradécele a la memoria de Romelia las buenas costumbres que tú puedas exhibir hoy.”

“Gracias Doctora, no me sorprende su buen juicio y su buena memoria. No sabe usted cuánto me enorgullece ser su hijo.” Dijo Robin inclinándose hacia ella y mirándola a los ojos.

“Bueno, a veces se me salen los celajes de inteligencia y de buen tino que he heredado; pero eso no sucede todos los días, ni yo tengo control de cuándo sucede o no sucede.”

La conversación entre Robin y Robertina no pudo ser más encantadora, para ambos. Robertina fue muy expresiva, sorprendentemente locuaz y se le notaba que hablaba desde una parte muy recóndita del alma. Robin escuchaba, casi hipnotizado y seducido por la magia de Robertina y por la idoneidad de aquel lugar para una conversación, una interacción y una conectividad como la que ocurrió entre ellos. Finalmente, Togi le trajo la sopa y Robertina la degustó. Fue un caldo casi divino, como se lo había imaginado. Además de saborearla y disfrutarla con avidez y sin limitación alguna porque en ese preciso momento comenzaba a vivir una segunda vida, aquella sopa también le sirvió de subterfugio para desvanecerse con su imaginación a través de la infinidad del mar y de la majestuosidad del cielo. Ella disfrutó la espectacularidad de las estrellas, la perspectiva extraordinaria a través de la penumbra del mar blancuzco y callado y el sonido de las olas que acariciaban la arena. Robertina abrió su alma y dejó salir su voz pura, tal vez como nunca antes y posiblemente por última vez. Robin la escuchó y se albergó en su magia y en su razón.

“Hasta luego don Togi.” Dijo Robin al propietario del balneario al despedirse del lugar, pasándole un billete de mil pesos, lo que significaba una paga múltiple del valor de la sopa.

“¿Usted cree que yo me hubiera molestado a preparar una sopa si el objetivo mío era material?” Preguntó Togi mirando de reojo a Robin. “En ningún momento le dije que les daría un servicio, pues fue lo primero que le dije, que no estaba en negocio.”

“Oh, don Togi, no me haga eso. Lo he sacado de su confort y me ha hecho un gran favor.” Replicó Robin con cierta pena en el semblante.

“Ya usted lo ha dicho, le he hecho un gran favor. Esa era precisamente mi intención. La paga ha sido simplemente darme la oportunidad de hacerles el favor y facilitar que un deseo de su madre se hiciera realidad.” Contestó don Togi con una sonrisa de bonachón en la cara. “Yo espero que les haya encantado el lugar y que vuelvan otro día.”

“La pasamos de maravilla, don Togi. Las mejores de las suertes en su negocio.” Le dijo Robin al propietario con expresión acentuada de agradecimiento, mientras tendía los brazos para abrazarlo. Togi también le dio un abrazo a Robertina, mientras ella y Robin se disponían a salir.

El grupo continuó la travesía. A las once de la noche ya habían llegado a Antón, a La Gran Casona. Una vez se desmontaron del vehículo, Robertina le dio una vuelta a la casa por fuera para apreciar a través de la penumbra el nivel de remozamiento de la vivienda. Luego inspeccionó escrupulosamente cada cuarto y se aseguró que todas sus pertenencias estaban ilesas. Tocaba cada cosa con las puntas de sus dedos, como si quisiera confirmar que eran reales y se quedaba mirando con regocijo las pinturas y las fotografías que colgaban de las paredes de la sala y de su habitación.

“¿Usted pensaba que le hubiéramos dislocado la casa?” Le preguntó Robin en medio de un bostezo y mostrando una sonrisa cansada.

“No, yo sabía que ustedes cuidarían de mis cosas.”

Las muchachas se quedaron a dormir donde Robertina esa noche. Era evidente que ya todos estaban muy cansados y uno por uno

fueron cayendo en la cama, aturcidos del viaje, incluyendo a la propia Robertina.

Al día siguiente, domingo, Robertina se levantó temprano como en sus días. Preparó desayuno, limpió la cocina, despolvó un poco los muebles y el interior de la casa. Era obvio que sentirse libre y dueña de sí misma le causaba regocijo. Por ratos se paraba al borde del patio trasero de la casa y se distraía mirando en la lejanía, hasta que su imaginación caminaba lejos en el tiempo y la transportaba hasta la época en la que ella y Feliciano vivían solos en el rancho y que se conjugaban entre el uno y el otro hasta rendirse ante la intensidad del placer. “Que tiempos.” Añoraba ella.

Al subir el sol, la gente se levantaba, uno por uno, y fueron pasando por la cocina a desayunar con el manjar de antaño, preparado al estilo Robertina: yuca hervida, huevo frito con cebolla y chocolate caliente. Los que además tomaban café como Noemí y Karen, también encontraron una cafetera con café humeante, como en los viejos tiempos. “Caramba, parezco como si estuviera viva.” Dijo Robertina al sentirse que ella era la anfitriona y quien mandaba en La Gran Casona, de nuevo.

“Usted está vivita y coleando.” Dijo Robin mientras se desayunaba. “Y por un buen rato.” Añadió.

Más tarde en esa mañana, la gente de Antón, una vez noticiados del regreso de Robertina, comenzó a llegar a La Gran Casona para verla a ella. Algunos lloraron, visiblemente regocijados y emocionados al ver a una Robertina con una vida nueva, rejuvenecida y con una actitud de beneplácito que tal vez nunca antes habían visto. Otros simplemente la contemplaban de arriba a abajo, sin decir una sola palabra pero

contentos de verla. Ella no pudo aguantar la emoción con algunos vecinos y amigos, por lo que también lloró en ocasiones.

Después de desayunar y después de haber saludado tantos vecinos y amigos hasta que le dolían los brazos, Robin le pidió a Robertina que echaran un conversado privado entre ellos dos, en el que él le aconsejaba que no hiciera muchos descomedimientos físicos y que durmiera y comiera mucho. Él aprovechó para entregarle dinero en efectivo suficiente para sus necesidades de comida, medicamentos y otros materiales básicos de la casa. También le dio su palabra sobre apoyo monetario para solventar cualquier compromiso en el que ella incurriera como resultado de cualquier emergencia. Acordaron que él y Beth, vendrían a visitarla todos los meses. El hecho que Beth vendría era importante, por su condición de enfermera. Con aquel arreglo entre Robin y Robertina, él procuraba dejarla con tranquilidad mental. Por otro lado, Robin logró que ella se comprometiera a dar seguimiento a sus compromisos médicos en La Capital, los cuales incluían hacerse sus chequeos cada tres meses con el médico y hacerse los análisis exploratorios de sangre y radiografías, para monitorear su condición, cada seis meses. Robertina estuvo de acuerdo con todos los compromisos y con su llegada a Antón lucía feliz como si fuera una niña cuyo padre dejara de vacaciones en su lugar soñado de aventuras.

Ya cerca del medio día, Robin y Beth, a quien él había prometido llevarla de regreso a La Capital antes que oscureciera, estaban preparándose para salir. A las doce en punto, ya ambos estaban en la carretera con el frente hacia La Capital.

Desde aquel día, y por los siguientes meses, todo se mantuvo como programado. Robin y Beth regresaban cada fin de mes a visitar a Robertina. Con el tiempo, ella engordó, se le doró la piel traslúcida de lagarto tierno que había traído de La Capital como resultado de su metamorfosis post operación, los cabellos le crecieron como antes y volvió a su rutina de servir de anfitriona perpetua del vecindario, colando café, haciendo relatos, saludando a compadres y comadres, echando la bendición a cuantos niños le pasaran por el lado y haciendo mermeladas de cáscara de naranja agria para llevar a los hijos cada vez que visitaba La Capital.

41

El teléfono sonó con el sonido distintivo de verbena que Robin había seleccionado para los números en su teléfono que correspondían a familiares. Desde que Robertina regresara a Antón, él siempre tomaba el teléfono cuando se trataba de un familiar. Ese día, sin embargo, Robin manejaba su vehículo en La Capital y aunque por el timbre supuso que se trataba de un familiar, por un instante pensó no responder la llamada por lo que se decidió a sólo echarle un vistazo a la pantalla del celular para ver de quién se trataba. Era su hermana Noemí.

“Espérame un momento, Noemí, hasta que me pueda detener y estacionarme en un lugar donde pueda conversar.” Dijo Robin al darse cuenta que era su hermana. Alcanzó a ver una gasolinera a unos trescientos pies a la derecha, donde terminó estacionándose, unos cincuenta segundos después.

“Okay.” Respondió Noemí.

“Robin, no es nada grave, pero te llamo con respecto a la doña.” Dijo la voz femenina del otro lado del teléfono. Por supuesto que ella se refería a Robertina. Obviamente, a pesar de la advertencia de Noemí, Robin no pudo evitar una cadena lúgubre de pensamientos.

“La doña se rompió un brazo.”

“¿Fue lo único que le pasó?”

“Sí. Ya lo tiene enyesado y está reposando en la casa.”

“¿Y cómo le ocurrió?”

“Se cayó del tanque de almacenamiento de agua, mientras lo limpiaba.”

Lo primero que le pasó por la cabeza a Robin fue la ironía que Robertina se cayera de unos doce pies de altura, posiblemente, al imaginarse el tanque del patio trasero de la casa, el que alimentaba de agua a La Gran Casona, montado en una plataforma de cemento a unos doce pies de altura, mientras tal vez una multitud le observaba. La propia multitud a la que ella misma le colaba café y en ocasiones hasta se quedaba sin comer para darle su propia comida. Aquella multitud de compadres, comadres, ahijados, ahijadas, vecinos y amigos quienes tal vez ofrecieron ayudarla pero que Robertina a lo mejor rechazara tal ayuda, pues nunca creyó que necesitaba ayuda porque ella se creía autosuficiente, poderosa y omnipotente. Aquel era el otro retrato de Robertina: una mujer de soberbia, testaruda y con profunda certidumbre que podía desafiar hasta la muerte. Y hasta ese momento tenía razón. Ella había desafiado la muerte por años; por eso nunca pensó que se enfermaría y que un cáncer le carcomería el interior. Ella había desafiado por años su propia mente y su propio cuerpo, haciendo casi lo imposible para alimentar un dogma, una filosofía de vida; para alimentar la creencia de la emancipación, porque su propia madre había sido víctima de la sumisión y de la subordinación. La creencia de la lealtad casi patológica hasta atreverse a serle fiel a Feliciano, su marido, por los siguientes treinta seis años después de su muerte, porque esa fue

la promesa que ella le hiciera cuando ambos se derritieron en un amor orgánico y existencial inconmensurable, a pesar de que él mismo había roto la promesa. Por eso nunca permitió que ni siquiera un médico le tocara sus partes privadas, porque aquel sería un acto de traición a su sacramento, el cual ella pretendía mantener hasta morir. Y así había sido; protegió con resiliencia colosal aquel tesoro sacramental hasta que, irónicamente, sus mismas partes privadas menoscabaran, con el tiempo, hasta también morir. Pero la vida, o la muerte, le había dado una segunda oportunidad, y allí seguía ella sin dar las mínimas señales de debilidad. Aquella cadena de pensamientos patéticos sobre Robertina le llegó de sorpresa a Robin, mientras trataba de registrar el accidente de Robertina que le reportaba Noemí.

“Ay mi hijo, me caí como un saco viejo sobre mis pobres nalgas arrugadas; pero lo que se me rompió fue un brazo.” Dijo Robertina con una carcajada cuando Robin le llamara por teléfono. “Me dicen que los viejos ya no sueldan los huesos, así que tendrás una madre manca, por el resto de los días que le quedan viva.” Agregó Robertina con notable buen humor. Al Robin percatarse que Robertina no estaba grave y que muy por el contrario ella estaba hasta bromeando, él cambió de opinión de adelantar su viaje a Antón, algo que había entretenido instintivamente al escuchar lo que Noemí le contaba sobre Robertina, y en vez se decidió esperar hasta fin de mes, como lo tenía planeado.

A fin de mes, cuando Robin y Beth volvieron a Antón, Robertina ya estaba recobrada de la caída y había vuelto a sus rutinas diarias de hacer los oficios en la casa y de realizar sus trabajos agrícolas en la hacienda, como si nada le hubiera pasado, excepto que esa vez sólo podía utilizar su brazo derecho.

“Doctora, se dejó tumbar de un tanquecito de agua.” Le dijo Robin mientras la abrazaba. Ella descansó ambas manos en la cintura, frunció el ceño y miró a Robin de reojo. “Tú si bromeas, mi hijo.” Respondió.

El yeso en el brazo roto lo tenía mugriento por el humo de la cocina, el polvo mezclado con lluvia en la hacienda, las salpicaduras de leche ya fermentada de cuando ordeñaba la vaca y los sinnúmeros de grafitos de los nietos y otros niños que la visitaban. Cuando Robin la miró más de cerca, sin embargo, una premonición extraña lo invadió como maleficio en todo el cuerpo y un nudo se le formó en el estómago. Cuando él abrazó a Robertina, la sintió fría y los ojos no le lucían llenos de vida como antes. La piel la tenía árida y era evidente que había rebajado de peso.

“¿Qué te parece la doña, Beth?” Preguntó Robin a Beth cuando ésta completara su rutina de enfermera con Robertina.

“Ella está como un roble.” Dijo Beth. “No le noté nada anormal en su presión, oídos, ojos, garganta y el sonido de sus pulmones.” Agregó.

“Mi sexto sentido me dice que ella no es la misma que dejáramos la última vez.” Le dijo él en susurro. “Al menos ha estado pasando hambre y a lo mejor tendrá un poco de anemia, pero su mirada y el color de sus ojos no son los mismos.” La imaginación de Robin se fue lejos y pensó que la Robertina que estaba frente a él se parecía a aquella Robertina que dos años antes, el día de Nochebuena, llegara a su casa con el interior carcomido, atrapada por las garras de un cáncer letal que ya le había comido el ánimo, la mirada y casi todos los órganos vitales.

“¿Cuándo le toca ir a chequearse, Doctora?” Le vociferó Robin a Robertina desde el patio.

“En dos semanas.” Dijo ella mientras salía de la cocina y se sentaba en una silla a hacerle compañía a Robin debajo de la mata de almendro.

“¿Por qué no se va con nosotros e intenta hacerse los análisis un par de semanas antes?”

“¿Y por qué?” Contestó ella con una expresión de contrariedad. “¡Yo tengo responsabilidades aquí!, las que no puedo abandonar de golpe y porrazo.” Añadió.

“¿Es que me notas enferma? ¿Por qué no me lo dices? ¿Crees que me voy a asustar?” Rezonó ella mientras se paraba apresuradamente de la silla y entraba de prisa a la casa.

“No, usted no está enferma, pero acuérdesse que el que madruga Dios lo ayuda.” Comentó Beth al notar que Robertina se había contrariado con la propuesta de Robin. Por unos minutos, Robin se quedó en silencio. Aquella actitud de Robertina también tenía un gran significado. Aquella actitud no era la mima con la que ella había regresado unos seis meses antes, con la que contempló la infinidad del mar y la majestuosidad de un cielo estrellado en el balneario El Paraíso.

“Okay, en dos semanas, entonces.” Dijo un Robin resignado y profundamente impactado por aquella premonición extraña que lo invadía.

“Además, yo no sé si yo estoy dispuesta a ir a hacerme tales análisis.” Replicó Robertina moviendo sentenciosamente su dedo índice de la

mano derecha. “Les digo desde ahora: yo no vuelvo a someterme al tratamiento con químicos venenosos que hacen a uno vomitar hasta las tripas. Prefiero tratarme con remedios naturales, aunque dure más tiempo en curarme, si es que me voy a curar. Tampoco le tengo miedo a la muerte, si es que les interesa saber mi punto de vista.” Agregó Robertina muy enfáticamente, mostrando una mezcla de expresión de renuencia y resignación. Fue entonces cuando Robin se dio cuenta que él tenía que hacer un trabajo arduo de convencimiento, antes de regresarse a La Capital, ese fin de semana.

“Doctora, usted sabe que queremos lo mejor para usted.” Dijo él calmadamente y echándole el brazo derecho sobre su hombro derecho, estando ella parada en la cocina preparando el almuerzo. Robertina no replicó y se le notaba la perturbación en el semblante.

“Indistintamente del tratamiento que se le vaya a dar, Tina, si es que las pruebas indican alguna anomalía, hay que seguir las instrucciones del médico con relación a los análisis, para prevenir cualquier revés.” Explicó él, lo menos enfático que pudo para evitar empeorar la actitud de renuencia de Robertina. “Así que si no hay nada que tratar, seguiremos tranquilos, pero si hay algo que podamos hacer para prevenir cualquier eventual aflicción suya, entonces con las pruebas médicas tendremos los detalles necesarios para tomar la decisión más apropiada, aún cuando sea la decisión de no hacer nada.”

“Bueno, si a ti no te importas tu dinero, yo no tengo problemas en ir al médico, pero te advierto que no tomaré más veneno, a menos que tú me quieras ver muerta después de la primera dosis, con las tripas afuera de vomitar.” Sentenció Robertina, un tanto encolerizada.

“Haremos por usted lo que la haga sentir mejor.” Replicó Robin con la voz calmada. “Eso sí le prometo.” Añadió al verla suspirar y notarle arropada por enojo y soberbia.

Al aproximarse el medio día, y Robertina aparentemente convencida de ir a hacerse los análisis médicos, Robin se dio cuenta que tenía que ir recogiendo para salir a La Capital y honrar su compromiso con Beth de regresarla a su casa antes que anocheciera. Robin miró el reloj mientras se dirigía hacia la sombra del almendro, donde se sentaba Beth.

“¿Ya se quiere ir, señor?” Preguntó Beth al incorporarse de la silla.

“Creo que sí; de lo contrario tendré que pagarte la renta de una casa porque tu marido te dejará fuera de la casa.” Bromeó Robin.

“Tú lo dices y no lo sabes. Ya él me lo ha advertido varias veces.” Contestó ella.

Robin y Beth salieron de Antón un poco taciturnos; Robin porque había visto una Robertina con la mirada enferma y Beth porque el único día de la semana en el que ella echaba un respiro lo había invertido en una visita a Antón y en vez de encontrar a una Robertina recobrada, había dejado una Robertina con el semblante tenso y enfermo. Beth era una de esas enfermeras de las que a veces no dormían por días consecutivos, pues por su reputación de asistente médica muy lista eran varios los médicos que requerían de sus servicios en días de emergencias y apuros. Eran muchas las ocasiones que los galenos mismos terminaban buscándola durante horas no de trabajo para que asistiera, aún cuando tuvieran que ir a su propia casa, tocarle la puerta y suplicarle a su marido para que la dejara salir.

“No me lució bien la doña.” Comentó Robin ya estando en el camino, con un tono luctuoso, después de un suspiro profundo.

“¿Eso crees?”

“Sí, su actitud resabiosa y su semblante enfermizo lo dicen todo.”

“No me pareció a mí. Sólo noté que ella estaba tensa. Pero confío en tu instinto, para bien o para mal. A ver qué dicen los análisis en dos semanas.”

“Me temo lo peor. Le noté que el estómago no lo tenía plano como cuando la trajimos de La Capital.”

“Dios es el que sabe, pero sabemos que él nos la ha prestado casi por dos años.” Dijo una Beth notablemente apesadumbrada.

“Estamos listos para lo que sea.”

“Eso lo sé.”

“Hablando de estar listos, tengo que hacer una parada por no más de media hora aquí en la ciudad.” Dijo Robin al entrar al pueblo de San Juan. Beth sólo asintió con la cabeza, mientras dejaba rodar su mirada lejos, pero muy cerca, distraída y rendida ante el cansancio y el sopor, como si sólo esperara el primer silencio para echarse a dormir. Minutos después, Robin puso la direccional izquierda al cruzar el último puente de la mesopotamia a la entrada de la ciudad. Robin se detuvo y estacionó el vehículo al ras con el contén de la acera. Era el único espacio para estacionarse en aquel lugar. “Un negocio tan viejo y todavía no tiene su propio estacionamiento de vehículos, por lo que los clientes tienen que parquearse en plena carretera.” Pensó para sí Robin. Él suspiró profundo, haciendo buche con aire y dejándolo escapar extendiendo los labios. Le sudaba el lomo de la nariz y los dedos de las manos y los

pies. Beth notó que Robin estaba un poco ansioso. Al entrar al lugar, a Robin le dio escalofrío, a Beth se le había espantado el sueño y los ojos ya los tenía tan abiertos como un búho. El olor peculiar a pintura fresca y a formaldehído usado para curar la madera de los ataúdes y el silencio sepulcral que se sentía allí daba la misma sensación fúnebre sentida al llegar a un velorio. Los ataúdes estaban clasificados por tamaños, color y diseños, escalando de construcciones muy sencillas de maderas meramente pulidas hasta cajas ultra trabajadas y decoradas de maderas preciosas. Era la Funeraria San Juan Bautista, una de las más viejas en toda La República, pero parecía como si no hubiera evolucionado. Todavía con cobertizo de hojas de zinc y paredes con tablas de palmas, polvorienta y solitaria. Beth ya se había imaginado el objetivo de la parada, por lo que ni siquiera le pidió clarificación a Robin y simplemente continuó acompañándole. Él se notaba absorto, como si lo arrojara una depresión brutal. Con las dos manos descansadas sobre su cintura, Robin se paró en medio de la primera sala de la funeraria y miró hacia todos los lados a ver si alguien le interceptaba la mirada. “Este lugar se parece a un calabozo tenebroso.” Pensó Robin. Al fondo, frente a él, advirtió unas escaleras que se dirigían a un segundo piso, las que supuso conducirían a las oficinas del negocio.

“¡Saludos! ¡Saludos!”

La voz de Robin se transformó en un eco estruendoso que se expandió hasta cada rincón de aquel sombrío lugar, y fue cuando se escuchó un murmullo sordo, como si cada ataúd hubiera emitido un gemido a la vez, como expresión de clamor. Aquel gemido extraño en el que se había transformado el eco de la voz de Robin se sintió como brisa fría que salía de cada rincón de la funeraria y se transformaba en

un remolino al salir del lugar fúnebre, sobre la acera frente al vehículo de Robin. El torbellino cobró fuerza y comenzó a levantar papeles, hojarasca, polvo y cachivaches urbanos y se fue alejando a través de la ciudad, estremeciendo a medio pueblo y volando los techos de zinc y los alambres del tendido eléctrico hasta llegar a la iglesia del parque central de la ciudad, donde sonó la campana. A Beth la invadió una indisposición extraña, mientras Robin cerraba los ojos y apretaba los labios alzando los hombros en expresión de sobresalto repentino, como si esperara que algo explotara en cualquier momento. Era el sonido pertinaz de los campanazos resonantes de la iglesia que penetraban los oídos de Robin como maleficio péfido, hasta dejarlo casi ensordecido. Fue cuando el dueño de la funeraria se apareció en las escaleras frente a Robin y Beth, persignándose.

“Avemaría Purísima.” Dijo, mientras miraba hacia fuera a través de la puerta del frente y observaba como aquel extraño siniestro bravío se envalentonaba y golpeaba la ciudad con furia, como una fuerza oscura y misteriosa de la naturaleza. A todo esto, todavía el dueño de la funeraria, encandilado por la luz radiante de medio día que penetraba por la puerta, no se había percatado que Robin y Beth estaban allí, también sorprendidos por la rareza y la naturaleza misteriosa de aquel remolino tempestuoso.

“Son las ánimas sueltas que andan enojadas.” Dijo Beth desde la penumbra.

“¿Qué?!” Demandó sorprendido y tembloroso el dueño de la funeraria, echando un paso hacia atrás en los escalones.

“¿Y quiénes diablos son ustedes?”

“Perdone señor mío, es que habíamos llegado justo cuando se creó el remolino.” Explicó rápidamente Robin. “De ninguna manera hemos querido asustarlo.” Agregó.

“¿En qué podemos ayudarlos?” Dijo el propietario, ya más calmado. “Si es que ustedes no son ánimas ambulantes.” Agregó con cierto humor.

“Mi don, somos ánimas pero no andamos deambulando.” Respondió Robin también con un poco de broma. “Queremos comprar un ataúd. Yo soy Robin y ella es Beth.” Agregó, al abordar el señor y extenderle la mano derecha.

“Yo soy Rafael Matos.” Dijo el propietario. “Parece que se morirá una persona muy querida en la provincia.” Abundó el propietario con el ceño fruncido y poniéndose el dedo índice derecho perpendicular a su mentón.

“¿Y por qué dice usted eso?”

“Porque hace como treinta años que un ventarrón similar azotó la ciudad y al día siguiente murió una de las personas más queridas del pueblo: la profesora Celeste Nadal. El suceso provocó un gran desconsuelo en toda la provincia. Desde entonces, la gente habla del ventarrón de las ánimas de Celeste. Esa vez la ciudad se hundió en una neblina de polvo y las campanas de la catedral también sonaron, aterrorizando a los creyentes, los que decían que era la ira de Dios reclamando más compasión, arrepentimiento y bondad entre la gente. Los que no eran creyentes pensaron que era un remolino cualquiera como los que ocurren en todas partes del mundo. Pero al día siguiente murió la profesora Celeste, de repente, y entonces casi todo el mundo,

creyentes y no creyentes, pensó que el ventarrón del día anterior era ciertamente la expresión profética de las ánimas de Celeste, enojadas porque San Miguel Arcángel ya tenía el alma de la profesora desandando, para luego llevársela al Valle de las Sombras.” Concluyó el enorme hombre de panza puntiaguda su exposición de cábalas sobre el tornado que recién ocurriera. Beth comenzó a llorar porque todo aquello le producía una premonición muy sombría. Robin no se impactó tanto por la historieta de Rafael, pero estaba apesadumbrado por la decisión que estaba a punto de hacer: comprar la caja fúnebre en la que sepultaría a Robertina.

“¿Y qué tipo de ataúd anda usted buscando?”

“Uno que no sea suntuoso y pomposo, pero elegante y bien construido.”

Después de mirar unas cuantas opciones, finalmente Robin y Beth apartaron el ataúd en el que eventualmente sepultarían a Robertina. Beth no se detuvo de llorar hasta mucho después que salieran de la funeraria.

“Usted me la protege acá y yo le estaré llamando.” Dijo Robin mientras se paraba del sillón que se había sentado en la oficina del propietario, a quien le estrechaba la mano derecha en señal de que se marchaba.

“Ojalá no sea por ahora.” Replicó el panzudo propietario.

Robin asintió con la cabeza, mientras se mordía el labio inferior y se volteaba para salir. Él y Beth abandonaron la ciudad a la una y media de la tarde. A los minutos de salir, y vencida por el cansancio, Beth se

quedó dormida y Robin aprovechó para pensar largo y meditar sobre la inminente muerte de Robertina. Aquellos campanazos, todavía se los imaginaba y le resonaban en la cabeza como maleficio pertinaz.

42

Por los siguientes dos meses, después que Robertina se hiciera los análisis médicos en los que se le detectara metástasis de nuevo, Robin y Beth habían intensificado las visitas a Antón y en vez de ir una vez por mes, viajaban todos los fines de semanas, sin fallar. A la diez de la mañana de cada sábado Robin y Beth ya estaban con el frente hacia Antón y a la una y media de cada domingo ellos estaban ya en la carretera de Antón con el frente hacia La Capital. Algunos familiares, y uno que otro amigo, conocían de aquella rutina semanal de Robin y Beth, por lo que a veces, alguien más les acompañaba en el viaje.

El revés de la salud de Robertina fue una etapa verdaderamente difícil para todo el mundo, principalmente para la misma Robertina. Increíblemente, ella rebajó de peso tan sólo en días, como si algo en su interior le fuera carcomiendo el cuerpo pedazo a pedazo. La gente, tanto en Antón como en La Capital, se notició de su estado grave y comenzaron a visitarla todos los días y a cualquier hora.

Robin y Beth mantuvieron religiosamente sus rutinas, sin mayores inconvenientes. Beth traía sus atuendos para monitorear presión, temperatura, oído, garganta y pulso. También traía sueros, analgésicos y comprimidos para las fiebres, así como jeringuillas gruesas y caños

finos de plástico para drenarla. Era que el estómago le crecía a Robertina como si fuera una vejiga carnososa que se soplaba continuamente con una bomba de viento. El peritoneo se le llenaba de sanguaza como si súbitamente hubiera reiniciado aquel proceso despiadado de licuefacción natural y acelerada de sus órganos internos, como ocurrió la primera vez que se le descubriera el cáncer y que como consecuencia fuera operada de emergencia, aproximadamente dos años antes.

Cuando Beth la drenaba, aquellos eran episodios sumamente patéticos y a cualquiera ponía a pensar sobre la fragilidad del ser humano y la insignificancia o significado de la vida misma. Robertina tendida de lado en la cama, para facilitar el drenaje con la jeringuilla insertada a través del cuero de la barriga y sujeta con gasas y cintas pegantes, era un cuadro que simplemente golpeaba a mansalva el alma. El líquido rojizo descendía por la tubería de plástico y caía en un orinal de porcelana, el que Beth posicionaba debajo de la cama y cubría con el ruedo de la sábana. Aquello parecía un experimento de patología en los laboratorios o en la morgue de algún hospital oncológico en el que se drenaba un cuerpo y al que se le suplía continuamente una tintura líquida roja para estudiar la capacidad de retención de tejidos descompuestos. Era ese escenario que simplemente intoxicaba el alma. Literalmente, la tubería de drenaje se podía dejar permanentemente conectada a su barriga y aquel líquido iba a seguir saliendo porque era como si su cuerpo continuamente se deshiciese, con el cuentagotas.

Cada fin de semana, lo primero que hacía Beth cuando llegaba a Antón era desaguar a Robertina. Sorprendentemente, después de cierto tiempo a Robertina no le preocupaba ni le molestaba aquel proceso, como evidentemente les dolía y les preocupaba a sus hijos y

amigos. No era extraño verla, cuando tenía la jeringuilla incrustada en su estómago derramando su propio cuerpo hecho sanguaza, hacer anécdotas entre carcajadas. Una vez ella conociera los resultados de los análisis de laboratorio que indicaban manchas en su interior y exceso de proteínas indicadoras de células cancerígenas en todo el cuerpo y que ella rechazara de plano los tratamientos con quimioterapia, ella había asumido una notable y extraña actitud positiva como si en su subconsciente ella misma se viera como una obra consumada o terminada, o como una misión cumplida. Era penoso ver aquel retrato de un ser humano como ella, ya entregado a la muerte e indiferente a la vida.

Robin y los demás hijos nunca hablaron de cáncer frente a ella o de la muerte, o de enfermedades terminales. Pero ella siempre lo supuso y lo sabía todo. Ella sabía que cuando se enfermó por primera vez y que la daban por muerta, su estado era crítico, para no decir insalvable. Ella también sabía que cuando pudo sobreponerse y rebasar los brutales tratamientos de quimioterapia, de los cuales tuvo que resucitar una y otra vez por cuatro meses, y que luego por obra de la misericordia la diagnosticaran limpia y sana, que aquello era demasiado bueno para ser verdadero y que en realidad aquello era un sueño, reconociendo que simplemente se trataba de una segunda oportunidad que la vida le otorgaba, un chance que podía durar una semana, o un año, o cinco años, y que por eso se decidió a disfrutarlo a plenitud y en cuerpo y alma. Sus epifanías eran tan ciertas como su realización de que el ocaso de su vida se aproximaba, al compás de cada anochecer lúgubre. Ella sabía que cuando su cuerpo comenzó a desgastarse de nuevo, aquel segundo chance que la vida le había dado ya llegaba a su culminación. Fue por

eso que a la postre, a la luz de los resultados explícitos que indicaban un revés en su salud y consecuentemente su autoconvencimiento de su inminente partida y su impotencia ante el poder omnipotente de la madre naturaleza, la invadió una pesadumbre feroz y luego una resignación orgánica profunda, seguido por la satisfacción intrínseca y espontánea por haber cumplido su misión en la tierra, y por sentirse que ella simplemente representaba una obra terminada. Alcanzar aquel estado mental en el que ella había logrado paz consigo misma fue un proceso natural asombroso. La gente en Antón no se cansaba de contemplar su coraje y su complacencia en plena transición hacia la muerte.

Cuando Robin la visitaba, ya en los días finales de vida, él y ella se sumergían en largas e interminables conversaciones, hasta que él a veces caía tendido sobre la cama al lado de ella, o en alguna silla donde se sentase, rendido ante el aturdimiento y siempre terminaba ella hablando sola. “La gente no entiende que nosotros los humanos no valemos ni dos centavos y que una vez uno cae mal enfermo, hasta ahí llegó todo y no importa que usted sea pobre, rico, famoso o barrendero; al final todos valemos lo mismo: nada; y Dios libre que estemos llenos de pecados cuando ya la muerte nos toca la puerta porque el martirio será horrendo, por eso es que hay que hacer el bien sin mirar a quien porque ese regocijo es lo único que uno se lleva al cielo, a menos que durante en vida nos dejemos seducir por la lujuria, la angurria, la envidia y la malicia y nos creamos que cagamos oro; por eso ya no me importa que me lleven con los pies hacia delante porque al que no le he hecho un bien tampoco le he hecho un mal; y son muchos los bienes que he hecho a gentes que ni mis parientes son ni les conozco;

es por eso que les aconsejo a ustedes mis hijos que sigan los mandatos de Dios; les ruego desde el fondo de mi alma que no se dejen arrastrar por la ignorancia y la vanidad y no se olviden de las buenas formas y guarden en lo más recóndito de los huesos la dignidad y el orgullo, porque es lo único que uno se lleva; lo demás se derrite y se transforma en polvo, incluyendo nuestros propios cuerpos, y los gusanos hacen de las suyas si es que los familiares de uno le hacen el favor a uno y lo entierran en el suelo y así uno se transforma a la forma original: dos onzas de polvo; del polvo vinimos y al polvo llegaremos; pero ni siquiera eso ya se puede lograr porque la gente de hoy cree más en la apariencia y en la superficialidad que en la fuerza y la providencia de la naturaleza y ya los cementerios se han convertido en laberintos de concreto donde viven y de lo que viven criminales y profanadores de tumbas, el escondite de los farsantes e ignorantes que se creen que al darse una borrachera y arrodillarse como mendigos miserables al amparo de una noche de tiniebla frente la tumba del rey del cementerio con una vela prendida en cada mano y mal rezar un Padre Nuestro ya podrán resolver sus miserias matrimoniales, impotencia e infortunios producto de la holgazanería y el mal genio.”

Era evidente que Robertina aprovechaba sus días de moribunda para expresarse sin el menor reparo y enunciar lo que eran sus deseos antes y después de su muerte.

“Lo único que le pido a mi Señor es que no me ponga a sufrir porque no me quiero morir con enojo y tristeza en mi cara.” Le dijo Robertina a Robin un día.

Al pasar el tiempo y al observar el desgaste físico progresivo de Robertina y al ser testigo de sus dolorosas alucinaciones y retahílas

interminables, Robin se fue convenciendo, con el cuentagotas, que desafortunadamente el final estaba más cerca que nunca. Aquel nudo en el pecho que le causaba contracciones estomacales desde que en sus adentros concibiera la muerte inaplazable de ella, se había ido disipando como resultado de la indiferencia y la resignación. Más bien estaba atento a cumplir con los deseos finales de ella, tanto aquellos que ella aspiraba todavía en vida como aquellos que ella esperaba se consumaran después de su muerte.

“Quisiera que antes que me muera todos ustedes vinieran juntos delante de mí y me garanticen que se mantendrán unidos y que mantendrán la fe en Dios.” Le pidió ella a Robin, el penúltimo fin de semana en el que Robin y Beth visitaran. Ese día, Robertina casi no podía abrir los ojos y apenas se movía. Dado el estado agónico de ella, aquel deseo podía ser el último, si acaso había de ser posible, pues significaba que todos los hermanos tenían que viajar a Antón en los siguientes dos o tres días, lo cual era difícil, pero que Robin estaba dispuesto a intentar.

Ya en La Capital, el 31 de diciembre, viernes, era un fin de semana frío y se sentía una brisa espesa y lúgubre que crinaba la ciudad. Robin se levantó temprano y aunque el día era asueto, instintivamente se dirigió en su vehículo hacia su oficina. Se paró en una esquina y compró el periódico, a pesar que en su subconsciente él sabía que no estaba en ánimo de leer nada, ni siquiera el periódico. Como era de esperarse, el guardián que atendía la puerta del recinto, El Centro de Biotecnología, la tenía cerrada por tratarse de ser un día feriado. Como si no reconociera el Jeep de Robin, el guardián miró a través de las rejas del portón de hierro con una mano sobre la frente cubriéndose de los

rayos del sol y con la otra mano sosteniendo la escopeta. Robin abrió el cristal del vehículo y sacó la cabeza, al percatarse que el guardián obviamente no reconocía el Jeep y que debido al tintado de los cristales tampoco podía distinguir el conductor. Finalmente el guardián abrió la puerta y Robin entró hasta su oficina. Hacía un silencio sepulcral en las oficinas de El Centro de Biotecnología; pero era precisamente ese silencio que el subconsciente de Robin buscaba.

“Me cosquillea la terrible premonición que si no vamos hoy a Antón, no podremos ver viva a Robertina la próxima vez que vayamos a visitar.” Le dijo Robin a Ena, cuando la llamara para informarle que se había ido a la oficina por un rato.

“¡No me digas!”

“Sí. Ella desearía vernos a todos juntos antes de morir. Creo que mañana será tarde.”

“Que pena. Lo siento.”

“Trataré de convencer a los demás hermanos que viven en La Capital para que nos vayamos hoy mismo.”

“Has lo que tengas que hacer. Me dices si necesitas mi ayuda.”

“Gracias.”

Robin comenzó a llamar a los hermanos que vivían en La Capital para comunicarles posiblemente el último deseo de Robertina. René, el más pequeño, quien trabajaba en una ferretería, no podía irse ese mismo día por tratarse de uno de los días de mayor comercio durante todo el año. Cando, el plomero de los hermanos, y quien también vivía en La Capital, tampoco podía salir ese mismo día porque todavía estaba en la parte Este de La República, haciendo algunos trabajos

de plomería y no regresaría a La Capital hasta el día siguiente, el Día de Año Nuevo. Beth, la enfermera de la familia y quien había estado yendo religiosamente con Robin todos los fines de semana, tampoco estaba disponible porque estaba cubriendo una emergencia en el Hospital donde trabajaba. Era evidente que Robin había de irse solo si era que quería llegar a Antón ese mismo día. Una gran decepción lo embargó, como consecuencia, pues se sentía comprometido con Robertina de llevarle los hermanos y jurarle juntos que cuidarían su honra y su legado moral.

“Yo creo que si ustedes no están disponibles para ir hoy a Antón, o a más tardar mañana de madrugada, tendrían que ir en los próximos días al entierro de la doña, pues creo que vive sus últimas horas.” Robin fue comunicando su enfático y fúnebre augurio a cada uno de los hermanos, al llamarlos de nuevo por teléfono. “Yo me estoy yendo hoy con o sin ustedes.”

Robin se regresó a la casa y le comunicó a Ena que se iría a Antón ese mismo día. Pero cuando estaba a punto de salir, recibió una llamada de René para decirle que él lo acompañaría a Antón, si era que habían de salir de madrugada el día siguiente, en vez de ese mismo día. Robin asintió y le pidió a René que llamara a los demás hermanos para comunicarles el cambio de planes. Al conocer de la noticia, que posiblemente los hijos que vivían en La Capital viajarían en la madrugada del día siguiente, Robin aprovechó y llamó a Robertina.

“Doctora, nos vemos bien temprano mañana.” Dijo Robin por teléfono a Robertina. “Los muchachos vienen conmigo y mañana, si Dios quiere, estaremos reunidos todos con usted, para prometerle que

salvaguardaremos el patrimonio moral y la dignidad de la familia.” Agregó él sin escuchar una respuesta de parte de Robertina.

“¿Usted me oye, Tina?” Preguntó Robin. Pero Robertina para esa entonces ya no tenía mucho qué decir.

“Ella casi no puede hablar.” Dijo Noemí del otro lado del teléfono.

“Aquí los esperaré.” Finalmente dijo Robertina, con un hilo de voz quebrada y muy debilitada. Aquella vocecita moribunda era ya la última expresión de Robertina. Una expresión ajena y sin vida. Era la expresión de despedida; la expresión de su cuerpo abatido por la fuerza poderosa de la naturaleza y rendido ante la ira de la muerte. Ya era tan sólo su palabra que como aliento etéreo habitaba en su cuerpo maltratado y virtualmente sin vida. Pero siempre mantuvo su palabra y era precisamente lo único que le quedaba; y Robin lo sabía que sólo encontrarían su palabra diluida, esperando por ellos para luego morir. “Ojalá tengamos la suerte de poder ver su último soplo de vida.” Deseó Robin para sí.

43

Un silencio cargado y espeso le abría paso al alba fría y parsimoniosa del Día de Año Nuevo. Robin, René, Cando y Beth ya a las cinco de aquella mañana sombría, tenían el frente hacia el Sur de La República. Sus rostros lucían petrificados y parecían como si todavía durmieran o como si sus almas flotaran en el albedrío más recóndito de una nebulosa de desamparo.

Dado que los demás hermanos vivían en Antón, Robin tenía la certidumbre, a pesar de reconocer que ya Robertina estaba orgánicamente muerta, que en unas cuantas horas más tarde de ese día, estarían todos los hermanos frente a ella, hablándole y cumpliéndole con su deseo.

No hubo mucho qué hablar en el camino, por lo que fue un viaje callado y luctuoso. A las ocho y quince de la mañana, llegaron a la ciudad de San Juan, desde donde Robin llamó de nuevo a Robertina. Esa vez Robin habló con Noemí, a quien le informó que en quince minutos estarían llegando, tiempo que se tomaba conducir el trayecto de la ciudad a Antón.

“Ella ha estado preguntando que si ya vienen cerca.” Respondió Noemí con voz desconsolada. “Le diré que ya están llegando. Apenas puede mover los labios y ya casi ni se mueve.”

Ante aquella triste certidumbre sobre la inminente partida de Robertina y la conversación con Noemí, al entrar a la ciudad Robin propuso que se detuvieran por unos quince minutos en la funeraria para chequear el ataúd y hablar de la logística del eventual deceso de Robertina, ya durante esa semana, o ese fin de semana. Como proyectado, la parada sólo les tomó unos quince minutos, de modo que media hora más tarde ya estaban entrando a La Gran Casona.

Robin lo sabía cuando vio el tumulto de gente y al escuchar los gritos inconsolables. Eran las nueve de la mañana. Robertina había muerto quince minutos antes; exactamente los quince minutos que Robin y los muchachos pararon en la funeraria. Robertina no pudo aguantar más. Las lágrimas espesas que rodaban por las mejillas de Robin y la terrible desolación cuando Noemí, Karen y Beth lo abrazaron frente al cadáver de Robertina, no eran tanto por el profundo desconsuelo que le producía su muerte, sino más bien por el terrible pesar que le causaba el hecho que no había podido cumplirle a ella, como le prometiera una media hora antes, de reunirse todos los hijos y prometerle frente a ella que seguirían unidos y que protegerían el honor, los valores y la dignidad de la familia. Robin estaba seguro que Robertina se había mantenido peleando vehementemente con la muerte, como ella siempre lo hacía, para mantenerse viva por las últimas horas, sólo esperando que llegaran los hijos de La Capital y que aquella parada efímera impidiera que ocurriera algo casi milagroso: que cuando los siete hijos estuvieran frente a ella, en obediencia, cumpliendo con su plegaria hierática, y

que al final de tan solemne ofrecimiento, en ese mismo instante ella muriera. Así fue que ella lo planificó, pero su alma se fue primero, cuando tenía que irse.

Al morir, Robertina relajó los músculos de la cara y por primera vez en los últimos días, se veía feliz. De hecho, mucha gente, en sus adentros, estaba también feliz no sólo por haber conocido a la extraordinaria Robertina en vida, sino también al saber que ella había muerto feliz, dejando una sonrisa dibujada sobre el rostro de su cadáver. Irónicamente, la gente se alegró de su partida al saber que ya ella no sufriría más los embates despiadados de una enfermedad brutal y una agonía lenta y dolorosa. De no haber sido porque Robin sentía un gran dolor y una decepción espantosa por no haberle cumplido a Robertina con aquella promesa antes de morir, él también se hubiera sentido liberado de aquella tortura y de aquel pesar que le causaba verla derretirse por dentro sabiendo desde hacía mucho tiempo que su muerte era inminente. Pero al menos a él le daba cierta tranquilidad el hecho que todos los hermanos estaban en Antón, y que todos conocían del deseo de Robertina. “En parte, es por eso que el rostro de su cuerpo luce feliz.” Pensó Robin mientras miraba consternado el cadáver. A Robin también le daba cierta tranquilidad saber que Robertina sabía que ellos todos estarían juntos ese día frente a ella, o frente a su cuerpo, y que su deseo iba a ser honrado. Robin intuía, en su muy adentro, que aquella felicidad reflejada por su rostro sin vida era testimonio locuaz de que su alma se había despedido conforme.

El entierro fue programado para las tres de la tarde del domingo dos de Enero. Amigos, hijos e hijas, familiares y admiradores de Robertina se unieron todos en procesión para sepultarla. Al igual que como lo había

hecho cada fin de semana por los últimos dos meses, Beth acompañó a Robin en su vehículo durante la procesión fúnebre. Noemí y Karen también se montaron en el vehículo con él.

Era un día soleado pero de brisa fresca en el valle. La procesión comenzó a las tres en punto de la tarde, desde el frente de La Gran Casona. Un silencio inerte se adueñó del valle, sólo interrumpido por el gimoteo inconsolable de la multitud y el murmullo sordo de la caravana de vehículos que se movía lentamente, al amparo del vaivén litúrgico de la arboleda. Al igual que como se sintiera dos años antes, justo cuando Robertina fuera diagnosticada con cáncer terminal, Robin se sumergió en cuerpo y alma en una profunda desolación y congoja al llegar el día en el que dejarían el cuerpo de Robertina en el cementerio. No paró de llorar durante toda la procesión, en silencio.

A las cuatro en punto de la tarde, Robin y Cando sostenían el ataúd por la cabecera, mientras que René y Rondo lo sostenían por el extremo más fino, donde estaban los pies del cuerpo. Los cuatro hermanos avanzaron lentamente hacia la parte Oeste del Cementerio Municipal de Antón, a través de los pasillos poliformes del camposanto hasta llegar al nicho donde depositarían el féretro.

“Un momento.” Vociferó alguien desde la multitud. “Hay que golpear el ataúd con un martillo hasta dejarlo desfigurado, pues si se deja intacto, vienen en la noche y se lo llevan.” Agregó la persona.

“¿Qué se llevan qué?” Preguntó otra persona.

“Rompen la tumba, echan el cadáver a un lado y se llevan el ataúd para revenderlo.”

Aquellas intervenciones repentinas que habían roto el silencio propio de aquel momento solemne provocaron un murmullo exacerbado y todo el mundo miraba a Robin.

“¿Y ustedes piensan que yo voy a martillar el ataúd de mi madre?” Preguntó Robin moviendo la cabeza en confirmación.

“El mundo se está acabando.” Dijo alguien.

“Ni los muertos se salvan.” Dijo otro.

Mientras tanto, Robin le hizo una seña a Cando para que continuaran el proceso de sepultura.

Como Robertina lo hubiera deseado, Robin utilizó la solemnidad del ceremonial para decir unas cuantas palabras de agradecimiento a los amigos y familiares. Él también aprovechó para hacer público el deseo de Robertina de que la familia continúe unida y que continúe las buenas tradiciones y costumbres de modo que puedan mantener en alto la frente y hacer honor al legado moral que dejó ella en su travesía por la vida.

Pronto después del panegírico de Robin, la multitud se diluyó, quedando al final sólo los hermanos, hermanas y familiares cercanos. Al dejar el cementerio detrás, a Robin lo embargaba un presagio extraño y sentía una incertidumbre brutal en sus huesos, más allá de la sensación de temor que le habían inculcado sobre la posible profanación de la tumba de Robertina. Tampoco era la aguda aflicción que él sentía por haber llegado quince minutos después que Robertina muriera y que por lo tanto le fallara en su última promesa. Aturdido por aquella congoja inexplicable, les pidió a los demás hermanos y hermanas que en vez de irse a La Gran Casona de vuelta, que se detuvieran en casa de

Karen, para conversar y coordinar la logística y asegurarse que para los novenarios y el rezo final ellos honrasen los deseos de Robertina.

“Ella era una mujer simple y austera, así que deberíamos seguir su régimen comenzando con un novenario con mesura y sin despilfarro.” Dijo René, a lo que los demás asintieron con la cabeza. Así como lo hiciera René, fueron en círculo y todos hablaron en reminiscencia y se comprometieron a mantenerse en concordia y actuar al amparo de las enseñanzas de Robertina. Al caer la noche, era evidente que ya todos estaban exhaustos y aturcidos por la nostalgia. Pero Robin todavía sentía aquel nudo en el pecho, desde que saliera del cementerio, que le causaba contracciones en el estómago, y seguía sin poder distinguir qué era lo que le causaba tan aguda ansiedad. Fue entonces cuando en una parte muy recóndita de su mente visualizó la imagen de él y Cando cuando sostenían el ataúd con el cuerpo de Robertina y comenzó rápidamente a buscar en aquel retrato triste imaginario algún detalle que provocara que su corazón palpitase más de prisa. Imbuido en aquel brete mental de epifanía, Robin logró alcanzar a ver una luz en su entelequia, la que lo hizo visualizar, a través de una bruma de espejismo, el momento en el que él y Cando depositaban en el nicho el ataúd con el cuerpo sin vida de Robertina.

“¿Los muertos se entierran con los pies hacia delante, verdad?” Preguntó Robin mientras se paraba rápidamente de la silla y mugaba el entrecejo y abría los ojos en señal de sorpresa. “Enterramos a la doña con los pies hacia atrás, en dirección hacia el Oeste.” Agregó mientras se halaba el llavero del bolsillo del pantalón con la llave del vehículo.

“¡Es cierto!” Dijo Rondo. “René y yo sosteníamos el ataúd por el extremo donde estaban sus pies y fuimos los últimos en empujar el ataúd.” Agregó Rondo.

“Tenemos que regresar al cementerio de inmediato, antes que termine de anochecer por completo.” Dijo Robin mientras se dirigía hacia el vehículo. Los demás le siguieron. Se llevaron las herramientas y materiales necesarios y salieron hacia el cementerio.

El chillido seco y tenebroso de las bisagras oxidadas del portón principal del cementerio rompió el silencio de catacumba que imperaba en aquel atardecer apagado. Al abrir el portón de hierro para dirigirse a la parte Oeste del camposanto, donde unas dos horas antes habían enterrado al revés el cuerpo de su madre, Robin sintió un murmullo en la lejanía. Empujado por un instinto perspicaz, se devolvió y abrió la gaveta del carro y agarró una pistola 45mm que tenía allí y se la echó en el bolsillo del gabán. En silencio y visiblemente afligidos, los siete hijos e hijas caminaban parsimoniosamente hacia la tumba, cuando a través de la penumbra del anochecer alcanzaron a ver un celaje en dirección hacia donde estaba ubicada la tumba de Robertina. Robin se detuvo y abrió los brazos a la altura de la cintura y los empujó hacia atrás indicándoles a los demás hermanos y hermanas que caminaban detrás de él que se detuvieran. Al focalizar la mirada hacia la lejanía, se dieron cuenta que aquel celaje parecían ser tres individuos que golpeaban la tumba de Robertina. Robin echó rápidamente la mano en el bolsillo derecho del gabán y extrajo la pistola y la cebó. Los profanadores ya se habían dado cuenta que no estaban solos en el lugar

por lo que muy rápidamente echaron a la huida, saltando la cerca del cementerio y corriendo a través de los arbustos del contorno. Robin apresuró el paso, corriendo y saltando de una tumba a la otra hasta llegar al alambrado desde donde alcanzó a ver los tres individuos que se desplazaban a través de los matorrales. Él comenzó a disparar hasta que sólo uno de ellos se podía ver en la penumbra entre los cambrones. Robin tomó buena puntería en la mera parte de atrás de la cabeza del último profanador y disparó las balas que le quedaban en la recámara de la pistola. Finalmente, la imagen del último profanador también desapareció, ya sea porque los tres habían escapado o porque ya los tres estaban muertos o mal heridos. A Robin no le interesaba confirmar cuál de esas posibilidades era la real, porque no le importaba. Si no les pasó nada, Robin no había de sentir ninguna decepción, pues no había venido al cementerio a matar o, si por el contrario, les pasó algo, tampoco Robin iba sentir ningún sentido de culpa. Después de todo, aquel no era un mal lugar para que tres sanguinarios profanadores murieran. “Pensó.”

Ya frente a la tumba a medio abrir, Cando, el plomero y carpintero de la familia dirigió los trabajos de terminar de destapar la tumba. Irónicamente, con la vuelta al cementerio, ellos no sólo pudieron enfrentar ellos mismos, y tal vez hasta eliminar, los profanadores, sino que allí estaban los seis hermanos y hermanas de sangre, más Beth, la hija de crianza, solos, frente a la tumba de Robertina, algo que hubiera sido más complicado durante el entierro en sí o durante los días finales de agonía de Robertina. Media hora después, ya de noche y por lo tanto teniendo que utilizar linternas, Cando ya había terminado de remover la tapa del nicho. Los cuatro hermanos, en la misma posición

que cuando depositaran el cadáver durante el entierro, extrajeron el ataúd. Efectivamente, el extremo donde estaban los pies del cadáver estaba en dirección hacia el Oeste. Según las tradiciones, los muertos enterrados al revés, sus almas se habrían de quedar deambulando en las terrazas del purgatorio, sin la oportunidad de jamás poder entrar por la puerta de la gloria. Robin aprovechó, al término del desenlace de su epifanía, para cumplir con su promesa a Robertina de prometerle que sus hijos seguirían unidos y que conservarían y protegerían la dignidad y los valores de la familia. Él les pidió a los hermanos y hermanas que se unieran en un abrazo, frente a la tumba de Robertina donde jurasen en coro seguir sus huellas y que cuidarían el buen nombre que ella dejó atrás. Finalmente, Cando reposicionó la tapa del nicho, una vez el ataúd fuera reintroducido correctamente.

Aquel nudo inexplicable que Robin tenía en su pecho, el que le provocaba contracciones estomacales, misteriosamente ya había desaparecido. Sin proponérselo, con su súbita epifanía, él no sólo había resuelto la situación del posicionamiento incorrecto del ataúd, sino que mínimo había ahuyentado a los profanadores de tumbas, así como también había logrado reunir a los hermanos y hermanas frente al cuerpo de Robertina para cumplir, aunque póstumamente, con su ofrecimiento final a ella. En vez de sentir aquella aflicción profunda e inexplicable que duramente lo torturaba desde el entierro de Robertina, por primera vez en muchos días, Robin sintió un alivio orgánico en lo más profundo de su ser, y se sentía como si flotara en un mar de bálsamo, lo que lo hizo relajar los músculos de la cara y reasumir su semblante natural.

“Ella era simplemente un ser humano especial.” Rezongó Robin para sí, mientras salían del cementerio, al amparo de la penumbra azul

de una noche de luna llena que se tendía en Antón, ya sin la presencia física de Robertina. Robin se sentía muy satisfecho con el desenlace de aquella epifanía sacrosanta y pensaba que aquel momento fue muy privativo, del que todos los hijos fueron partes. “Fue casi como un juego divino, donde todos los componentes del juego se movilizaron a la perfección. Esas cosas sólo le pasan a seres como Robertina.” Pensó Robin con una sonrisa espontánea y sutil en los labios, por primera vez en los últimos meses. “Ella poseía un sortilegio intrínseco único.” Pensó, al suspirar profundamente de nuevo, echando un vistazo hacia atrás. “Y tal vez me utilizó a mí para expresarse.” Terminó su soliloquio imaginario. Salieron del cementerio y él recorrió la vista a través de la penumbra enigmática que arropaba el camposanto. Se montaron en el Jeep y se dirigieron hacia La Gran Casona. Todos lucían cansados y afligidos. Pero Robin sentía un aire de paz interna y un sentimiento positivo de misión cumplida que se diseminaba como oxígeno puro por toda su sangre, por todo su interior, mientras tamborileaba con los dedos de sus manos sobre el timón del vehículo.

44

Cinco años después. Robin ya vivía en Chicago, con su familia. Un lunes de esos de otoño en el Medio Oeste de Los Estados Unidos donde oscurecía a las cinco de la tarde, Robin manejaba desde la ciudad en la Autopista 80-90, en dirección Este. La idea era luego tomar la Autovía 65 Sur, la cual conducía al corazón de la ciudad de Indianápolis, Indiana, donde él pernoctaría por una noche para asuntos de su trabajo el día siguiente bien temprano. Al entrar a la rampa hacia La Carretera 65, sonó el teléfono. Por el riesgo de sólo usar una mano en el timón y la distracción de hablar por teléfono, Robin no estaba seguro si contestar el teléfono en medio de la rampa. Pero de pronto se acordó que su hijo varón, Marcos, la noche antes había tosido mucho con la gripe, por lo que el instinto de padre prevaleció y terminó convencido que podía ser Ena para hablarle del niño. Así que casi involuntariamente levantó el teléfono.

“Hello.”

“Robin, llamó René.”

De pronto, Robin echó un suspiro en señal de alivio y se concilió con la idea que nada había pasado a Marcos y que simplemente Ena quería informarle que su hermano había llamado desde La República. Pero en

cuestión de milésimas de segundo, una extraña premonición se asentó en la mente de Robin y de inmediato imaginó que pudo haber pasado algo en La República, a alguno de los hermanos o hermanas. Él pensó que algo de insólito había en aquella llamada, pues era inusual que René llamara a esa hora en un día de semana y que por otro lado Ena lo llamara para informárselo. Por lo general, las raras veces que René llamaba, lo hacía los fines de semana, cuando él presuponía que Robin estaba en la casa. Si Robin no estaba en la casa, Ena simplemente escribía una nota y la adhería sobre la puerta del refrigerador para que él la viera a su regreso. De modo que, expectantemente, Robin esperó en silencio del otro lado del teléfono a que Ena le diera los detalles de la llamada de René.

“Me dijo algo que te vas a enojar.” Agregó Ena con voz suave pero sin poder esconder cierto sentido de perturbación. Era percible, por el tono de su voz, que a ella le daba reparo tener que darle aquella infamación, pues ella sabía que él estaba manejando lejos de la casa.

La premonición de Robin y la sospecha de que algo había sucedido en La República fue confirmada con la advertencia de Ena. Pero Robin siguió su proceso imaginativo y de conjeturas, al notar que Ena le dosificaba la información. Pensó que si en realidad se trataba de algo que simplemente lo enojaría, no se trataba entonces de una desgracia o un evento producto del destino o del azar como la muerte natural o por accidente de alguien muy querido. Imaginó que tal vez le había pasado algo a alguien que de verdad le importaba mucho a él. Sumergido en aquel proceso perspicaz vertiginoso, su instinto lúcido e inquisidor se dirigió hacia su hermana Karen: “Ernesto mató a Karen.” Pensó Robin. En parte, aquella premonición fatalista le llegó a Robin a la mente porque el día antes él había hablado con su hermana y ésta se le quejaba

que su ex marido, Ernesto, había estado violando la resolución de La Corte que lo sentenciaba a mantenerse alejado de ella a una distancia mínima de 500 metros. Aquella resolución de La Corte era el resultado de la conducta violenta y los maltratos físicos y emocionales a los que Ernesto había sometido a Karen, por más de veinte años, resultando en la disolución de su matrimonio.

“Te tienes que parar. No quiero que estés manejando cuando escuches los detalles.” Explicó Ena.

“Estoy en medio de una rampa y no me puedo parar, pero creo que me puedes decir los detalles.” Replicó Robin, asumiendo aquel aire de coraje y confianza que los hombres casi siempre asumen bajo la creencia machista y omnipotente de que ningún evento en la tierra de los mortales es superior a la compostura y al poder intrínseco indómito del hombre.

“René llamó para decir que la tumba de Tina la violaron.” Explicó Ena de la forma más escueta y menos dolorosa que pudo.

Por un instante, Robin no encontraba qué decir. Ni remotamente había anticipado aquella noticia. Una mezcla de sentimientos de impotencia, resentimiento, culpa, humillación y abominación invadió su cabeza como torbellino y parecía como si cada célula de su cuerpo se debilitaba. Comenzó a sentir una dolencia en su interior. Un dolor casi con forma, tamaño y color. Fue un gran dolor que por un instante le quitó la voz, el aliento y aquella fuerza orgánica de hombre invencible de la que él se sentía dueño, sólo minutos antes.

“Yo lo llamaré.” Fue lo único que alcanzó a decir.

Como pudo, Robin siguió manejando, pero era evidente que aquella carga de sentimientos y emociones pondrían a pruebas su habilidad

de balancear un estado mental de desconcierto con la necesidad imperativa de manejar con prudencia en una carretera de alto tráfico, bajo el crepúsculo espeso de una noche frívola y sin luna. Un nudo casi tangible se le fue formando en el estómago, el que se hacía cada vez más grande y cada vez más caliente, al pasar de los minutos. De todos los sentimientos que se revolcaban estruendosamente en su interior, estaba el de culpa exacerbada. Él se sentía culpable por su reacción el día que sepultaron a Robertina y que ya introducían el ataúd con el cadáver a la cripta, cuando algunos de los presentes sugirieran que se golpeará el ataúd con un martillo hasta físicamente deformarlo, porque era práctica en la comarca el robo de ataúdes, a lo cual Robin se opuso. Robin se acordaba de su interpretación de aquel acto tan inicuo, de golpear un ataúd en el que se sepultaría un muerto, en aquel caso a su madre, hasta físicamente deformarlo. Él consideraba aquel acto tan desalmado como el mismo negocio ignominioso de venta de ataúdes usados. Se acordaba que ante tan desmoralizante y lúgubre dilema, él había decidido arriesgarse y autorizó a que el ataúd con el cadáver de Robertina fuera introducido intacto en el nicho. Aquella tarde, después del entierro de Robertina, a Robin lo embargaba un sentido profundo de culpa, pues sabía que si la tumba de Robertina habría de ser sometida a tal barbaridad, él no iba a poder con el remordimiento brutal que le embargaría. Al mismo tiempo, Robin pensó que el tiroteo en el cementerio horas después del entierro pudo haber ahuyentado a los profanadores, o que posiblemente los había matado cuando ellos huían en los matorrales. Pero todo parecía que esa indeseada y abominable profanación había ocurrido.

“El cadáver a veces lo dejan tendido afuera del nicho.” Recordaba Robin a un vecino decir el día del entierro. “Se les llevan cualquier prenda que el muerto porte, incluyendo cadenas, pulsas y dentaduras de oro y plata.” Rememoraba él.

Con el tiempo Robin fue dejando atrás aquel sentimiento agudo de culpa, pues después de todo la tumba no había sido profanada durante los siguientes cinco años; y quien sabe, tal vez los profanadores estaban muertos. Cinco años era también un período suficientemente largo para pensar que el ataúd ya se habría descompuesto, por lo que de todas maneras la caja no serviría como prenda en el negocio de cajas fúnebres usadas. Era el razonamiento que por un buen tiempo le daba cierta quietud a Robin. Hasta ese día que René llamara para informar, precisamente, sobre el desafortunado hecho que la tumba había sido violada. Era aquel sentido de culpa, el que se había diluido con el tiempo, que se recrudecía como llamarada candente y como maleficio pertinaz en el interior de Robin, al conocer que los bandidos y desalmados profanadores de tumbas habían perpetrado el tan pavoroso hecho, el que no sólo mutilaba la honra, la memoria y la pureza de Robertina, sino que acribillaba y cercenaba de manera humillante la dignidad de sus hijos, vecinos y amigos.

Ese sentido de culpabilidad revigorizado, mezclado con impotencia, era el elemento principal de aquel nudo casi tangible que se había formado en el interior de Robin, ya del mismo tamaño de su estómago, el que se expandía como ósmosis perversa agresiva, el que lo quemaba como corriente eléctrica de alto voltaje y el que le dolía como punzada de sable afilado. Robin también se acordaba que en el ocaso de su vida,

Robertina le había implorado que cuando ella muriese la enterraran en el suelo, argumentando que ese era el lugar digno para los muertos porque así era como el hombre completaría su ciclo natural, volviendo a su forma original: el suelo. Por mucho tiempo, ella se negó a la idea de ser sepultada en un mausoleo, también porque lo consideraba metálico, artificial y pretencioso. Hasta casi el día de su muerte, ella defendió aquella filosofía naturalista, arguyendo también que *“en este mundo de mierda ya la gente no respeta ni la dignidad de los muertos y que en una sociedad corrompida, materialista, profana y reduccionista el hombre negocia hasta con su propia alma con tal de vivir unas lujurias aberrantes, sin tener que hacer el mínimo sacrificio y sin ningún respeto a las tradiciones, a la vida o la muerte, y donde los bandidos desalmados andan sueltos cercenando cementerios para robar, sin el menor de los reparos.”* Sin encontrar contra argumentos igualmente poderosos, como los expuestos por Robertina, Robin pasó varios meses tratando de encontrar un método efectivo con el que convencería a su madre, pues la tesis que los tiempos habían cambiado y que la vida se vestía de diferentes colores con el pasar del tiempo no lograba persuadir a Robertina. Era un tema delicado. Por el papel de líder de la familia que con el tiempo Robin había desarrollado, él era el único que podía traer a Robertina a razón en torno a ese tema. Fue entonces cuando un día, Robin compartió un sueño con Robertina, en el que él había visto a Feliciano, tendido sobre el césped azul de un valle frondoso. Feliciano lucía conforme y feliz y parecía como si albergara la esperanza implícita de que Robertina se uniría a él en aquel valle de paz. Aunque Robin pudo haber interpretado aquella clarividencia como que era también el deseo de Feliciano que Robertina fuera enterrada en el suelo, como

lo fue él enterrado, treinta y seis años antes, Robin interpretó el sueño convenientemente a su manera. Él interpretó aquel sueño como una clarividencia sacrosanta que indicaba el deseo de Feliciano de que Robertina fuera enterrada en una cripta sobre el suelo. Esta última interpretación fue la que Robin compartiera con ella.

“Si eso te hace feliz a ti y a la memoria de tu padre, que así sea, mi hijo.” Rememoraba Robin a una moribunda Robertina finalmente convencida o resignada.

Era aquel sentido de culpa que germinaba dentro de Robin como hechizo ante la sospecha de lo que había pasado con la profanación de la tumba de Robertina. Abatido por aquel sentimiento recóndito de culpa, transformado en un nudo duro y caliente del mismo tamaño de su estómago, él entonces se decidió a llamar a Karen, su hermana, pensando que ella debería saber los detalles de lo que había pasado, bajo la percepción que fue ella, no René, quien había encontrado la tumba de Robertina profanada. Ella era la única de los hermanos que aún vivía en Antón.

“Karen, qué pasó.” Dijo Robin en el teléfono cuando su hermana lo levantó.

“Ay mi hermano. ¿Te contó René? Yo le dije que te llamara.”

“Ena sólo me dijo que René había llamado y me dejó el mensaje que la tumba de Tina la violaron.”

“Sí, el Día de Finado, cuando fui a poner flores, me encontré que los bandidos habían violentado la tumba.”

“Pero no comprendo el motivo, si ya el ataúd debe estar descompuesto y no les servirá para nada.”

“No, no fue por el ataúd; fue por sus huesos.”

La extrañeza que sintió Robin al pensar que a los cinco años de la sepultura de Robertina todavía los profanadores de tumbas les interesara su ataúd fue clarificada con la corta explicación de Karen.

“Se le llevaron el cráneo; los estudiantes de medicina de La Capital.”

Todo hacía sentido después de la explicación de Karen. El negocio ya no era de ataúdes porque se les hacía difícil a los profanadores de tumbas encontrar cajas fúnebres intactas, el negocio era de huesos con valor orgánico y anatómico, el cual alcanzaba su punto óptimo cinco años después de haber sepultado el cadáver. Por lo tanto, aquella teoría que Robin había presentado a Robertina para convencerla de enterrarla en un mausoleo sobre el suelo, basado en el argumento que los tiempos habían cambiado y que la vida se vestía de diferentes colores con el pasar del tiempo, se había vuelto contra él. Los tiempos habían cambiado en Antón y en La República, al punto que ya los cementerios no se consideraban campos santos y que aquellas reflexiones de Robertina que una vez alimentaban su escepticismo y su animadversión respecto a la desnaturalización de la sociedad y del mundo, no podían ser más verdaderos y certeros. Irónicamente, aquella predicción cobraba realismo con su propia madre, con el cadáver y la tumba de su propia madre.

El fenómeno de profanar tumbas para robar cráneos era inducido por una ambición temeraria, pretenciosa e indignante, como lo había establecido Robertina con una elocuencia que sólo ella podía exhibir. Eran estudiantes de medicina, principalmente extranjeros, quienes compraban los cráneos como parte de sus atuendos anatómicos de estudios en las diferentes universidades de La República. “La compran a cinco mil pesos.” Dijo Karen al final.

Aquella realización hizo que el tumultuoso proceso reflexivo de Robin evolucionara de un sentido de culpa, por sentirse parte central de aquel lúgubre desenlace que resultara en el acribillo de la dignidad y la memoria de su madre, a otro estado mental igualmente tétrico, enclavado en un resentimiento súbito y tormentoso, desde lo más profundo de su alma, y el que le seguía provocando el mismo nudo interior con forma y tamaño, y el que irradiaba calor como fuego en llamaradas, haciéndolo sudar profusamente como si estuviera envuelto en una lucha física brutal. Él resentía los bandidos desalmados profanadores de tumbas quienes con instinto salvaje, despiadado y monstruoso, cercenaban cementerios sin el menor reparo a la memoria de los muertos o a la dignidad de sus familiares y amigos. Robin resentía que en algún momento en su vida en una de sus visitas a Antón y movido por el sentido de generosidad y bondad producto de las enseñanzas de Robertina, iba a tener que tenderle la mano a alguien de la comarca que la necesitara para brindarle comida, una cerveza, o un refresco, o simplemente un abrazo con afecto, y a quien inexorablemente iba a tener que figurar en su mente martillando con una mandarria la sepultura de Robertina. Era aquel resentimiento extemporáneo, doloroso y profundo que carcomía el interior de Robin, casi como el mismo cáncer que mató a Robertina y el que esa vez ponía a pruebas su sentido de generosidad y bondad, y el cual crecía y se complicaba en su interior, como hechizo sombrío. El resentimiento sólo se agigantaba con el tiempo, en la medida que Robin continuaba con su proceso de análisis filosófico y cuando pensaba en los siguientes eslabones de aquel negocio pavoroso de venta de cráneos de muertos que incluía el de su propia madre y la triste realidad que los muchachos de

Antón eran simplemente una pequeña parte de aquel enclave tenebroso. Era obvio que los muchachos de Antón sólo profanaban tumbas bajo la expectativa que comerciantes de La Capital comprarían los cráneos y que últimamente médicos y estudiantes de medicina comprarían las mercancías óseas.

A Robin le era doloroso pensar en el hecho que los estudiantes de medicina y prospectos galenos estaban supuestos a fundamentar su marco conductual sobre una base de humanismo, honorabilidad, moralidad y respeto a la vida y al misterio de la muerte, pero que por el contrario habían comenzado su fundación sacramental, de galenos pulcros en naturaleza, violando parte de la mera esencia del ser humano: el sentido de perpetuidad de la dignidad. Eso lo resentía Robin con dolor. “La dignidad no perece cuando la gente muere, porque ésta representa la sustancia ligamento del hombre, la familia y la sociedad, que dura para siempre y le da significado a la vida. La dignidad es un elemento fundamental de la Ley Natural, en la que se enclava la razón, la moral, el respeto y la ética.” Pensaba Robin. A él le causaba aversión pensar que en La Capital o en Chicago existía la posibilidad que, en algún momento en la vida, él iba a visitar un médico y que en una vitrina, o en un anaquel o sobre un escritorio atiborrado de libros intimidantes de medicina, biología y anatomía, él iba a ver un cráneo, expuesto con solemnidad y como prueba del sacerdocio de la medicina, y que él no iba a resistir la tentación inexorable de palparse su propio cráneo, el borde óseo de sus ojos y la horma de sus mandíbulas y su nariz para comprobar alguna similitud entre su propio cráneo y aquella pieza ósea de laboratorio que podría muy bien ser la calavera de su propia madre. Era aquella parte irónica de la vida que le causaba una repulsa

abrupta y pensar en la realidad patética detrás de médicos honorables en batas blancas o azules, gorros emblemáticos y estetoscopios mágicos, en hospitales prestigiosos, para tratar gentes con cáncer, quienes en la mayoría de los casos cesarían de estar enfermos porque terminarían muriendo, como le ocurrió a Robertina, pero quienes alimentaron la cultura aberrante de la profanación de tumbas para perpetrar el robo de cráneos. Para Robin, esa cultura era el reflejo penoso de aquel malestar congénito en la sociedad al que se refería Robertina, en el ocaso de su vida, como un cáncer colectivo enclavado en el mero centro de una sociedad enferma y corrompida, un cáncer que se diseminaba, más allá de la vida, más allá de los individuos, más allá de los hospitales y los departamentos de medicina de las universidades, un cáncer que atacaba la dignidad, la Ley Natural, la razón y la mera esencia de los vivos y la memoria de los muertos, un cáncer que cercenaba los cementerios, aniquilaba el sentido humano y sembraba resentimiento, impotencia y desesperanza.

45

Aquella noche de desenlace sombrío, desde la llamada telefónica de Ena, no podía ser más tétrica para Robin. Navegando en aquel mar convulsivo de desamparo y oleajes bravíos de sentimientos muy poderosos, corrientes emocionales de alto voltaje, resentimiento, culpa y analogías morales, éticas y filosóficas complicadas, y aquel sentido de impotencia, desde cien mil pies de altura parecieran demasiado para alguien que unas horas antes sólo pensaba en ver un juego de béisbol de la Serie Mundial entre los Yankees de Nueva York y los Filis de Filadelfia y luego dormir temprano para una jornada más de trabajo, el día siguiente.

Pero era el mismo Robin que no aceptaba la noción que aquel laberinto embarazoso de pensamientos lúgubres era algo inmanejable, aún cuando el sentido de impotencia lo torturaba inclementemente. Fue cuando de repente se dio cuenta que él empujaba su pie derecho hacia el acelerador casi involuntariamente y con una fuerza inusual, como si alguien de presencia extraña y virtual le empujara la rodilla y a él mismo le fuera indiferente la velocidad del vehículo. Una realización súbita y poderosa rápidamente lo hizo percatarse que manejada como centella, con un instinto estúpido y suicida. El corazón le palpité

apresuradamente. Miró hacia los asientos traseros del vehículo para asegurarse que nadie le acompañaba, pues sentía en su olfato inconsciente una presencia péfida y el olor a alguien con aliento azufrado como si aquel acto suicida de manejar irreflexivamente era la obra de aquel espécimen extraño y anónimo imbuido en el crepúsculo del asiento trasero del vehículo. Se le debilitaron las piernas al ver que el odómetro marcaba cien millas por horas, en una carretera cuya velocidad límite era de setenta millas por horas. Todos tipos de presagios fúnebres le llegaron a la cabeza, incluyendo los tantos venados que saltaban por aquella carretera sin más ni más y sin el menor de los avisos, o los camiones cargados que avanzaban a la mitad de la velocidad a la que él manejaba.

Aquel momento de estupidez, de temperamento temerario y suicida le hacía acordarse de un motorista amigo suyo en La República quien se estrellara con la cola de un camión a cien millas por hora y los pedazos de su cuerpo se recogieron en pequeñas porciones en los campos de arroz adyacentes a la carretera. El susto exacerbado lo hizo sudar profusamente, respirar más de prisa, reducir la velocidad y posponer aquel proceso de análisis fútil y autodestructivo en el que se había sumergido desde la llamada de Ena. Trató de concentrarse en manejar y entretener la idea de ver el quinto juego de la Serie Mundial, como se había propuesto al salir de su casa en Chicago esa tarde.

A las siete y diez de la noche, hora Central, ocho y diez hora del Este, Robin se registró en el hotel donde pernoctaría esa noche, en la ciudad de Indianápolis. La hora también significaba que ya el juego tenía diez minutos de haber comenzado. Debido a la falta de apetito como resultado del nudo interior que le había invadido el vientre en el

trayecto Chicago-Indianápolis, Robin sólo se detuvo en una gasolinera a comprar jugo, agua y galletitas saladas, en la mini tienda de la estación, anticipando que no saldría a cenar esa noche.

Durante el juego, y por el esfuerzo consciente que él hiciera para detener el proceso de análisis masoquista y autodestructivo que lo mantuvo casi al borde de la locura y del suicidio involuntario, por tres horas, él logró despejar la mente. Al terminar el juego, sin embargo, sintió cierta mezcla de soledad y nostalgia no sólo porque los Yankees habían perdido, sino también porque el embrollo de emociones ardientes que lo había traído frenético y arropado por una inexplicable y pertinaz pesadilla, todavía subyacía allí, en el mismo sitio en su mente, en su estómago, en su alma, como fiera salvaje aguerrida durmiente, esperando para zarpar e impactar con descarga pavorosa.

De modo que Robin no tenía otra opción, más que echarse en la cama y tratar de dormir. Sabiendo que aquel nudo del mismo tamaño de su estómago eventualmente erupcionaría descargas de sustancias extrañas que atravesarían cada pulgada de su carne como maleficio ubicuo y causarían un efecto de contracción muscular y un calor casi irresistible, Robin se aseguró de calibrar el termóstato del cuarto a una temperatura de cincuenta grados Fahrenheit, o diez grados Celsius. “A ver.” Dijo, cuando apagó la última luz y se arropó de pies a cabeza. Sin haberlo percibido, la zozobra intensa de las últimas horas le había causado un agotamiento profundo, por lo que sin mucho esfuerzo, al acostarse se quedó dormido. Un sueño inducido principalmente por la fuerza del aturdimiento. Pero fue sólo por unos minutos, hasta que aquel nudo volcánico de corriente en letargo del tamaño de su estómago descargara calor dentro de él con una fuerza colosal y lo hiciera saltar en

la cama sintiendo unas contracciones en el interior como si le aplicaran un torniquete a cada uno de sus órganos. Robin se palpó la cara y el cuello al sentirse empapado de sudor y los ojos los tenía tan abiertos y alertas como si ya hubiera dormido por todo una noche. Eran las doce y quince de la noche. Él lo sabía que ya no dormiría más esa noche, y tal vez por las siguientes varias noches.

Fue entonces cuando se auto convenció que no tenía opciones fáciles y que era inevitable enfrentar de nuevo aquel proceso reflexivo tortuoso que había parado cuando se dio cuenta que deslumbraba y cuando casi perdía la razón al manejar vertiginosamente como si sus rodillas las empujaban manos extrañas virtuales endemoniadas con presencia páfida y olor azufrado. Era ineludible que él tendría que seguir navegando en aquel mar de emociones sombrías y agotadoras, de oleajes bravíos y laberintos mentales con túneles escabrosos de dudas, culpa, resentimiento, impotencia, conflictos conceptuales y filosóficos en torno a temas tan complicados como el sentido de justeza de Dios, el azar, el existencialismo, la vida, la muerte, la existencia o ausencia de un ser supremo y la teoría del relativismo agnóstico. No el relativismo físico, sino el filosófico, ético, moral y conductual, desde la perspectiva de una sociedad mutante, pero agonizante en su propia desidia. Robin cruzaba por el enredo conceptual anclado en el hecho que todo en la faz de la tierra siempre debería tener una lógica de ser, en el contexto universal que parte de la misma naturaleza universalmente insignificante del hombre; a lo que él llamaba relativismo agnóstico.

Como resultado, una andanada de ideologías y pensamientos le llegó a la mente; todos al mismo tiempo, en forma de flechas, las que se incrustaban en su carne como hechizo y materia misteriosa. Fue

entonces cuando se sintió atrapado, físicamente atrapado, al borde de la asfixia y lo abrumaba una sensación insoportable de que se derretía por dentro.

Inhaló aire, se apretujó el pecho y miró a su alrededor a través de la penumbra del cuarto. Aterrorizado por un aire de desamparo espantoso y enigma que súbitamente se adueñaba de la habitación, Robin tuvo que bajar de la cama rápidamente y ponerse de pie para bloquear un poco aquella horrible impresión de cautiverio de la que se sentía objeto. Percibió que todo en el cuarto se movía, que cada objeto tenía ojo avizor y que lo vigilaban. Se agarró con fuerza, con las dos manos, del marco de la puerta que daba acceso al baño, mientras el sudor profuso le resbalaba por toda parte del cuerpo. Abrió los ojos aún más y miró alrededor, sigilosamente, para percatarse de cualquier movimiento de agresión desde la penumbra del cuarto. Le temblaban las rodillas y la respiración se le aceleraba. Se quedó en sigilo por un instante mirando un hilo de luz tenue del pasillo que se resbalaba, como resoplo sentencioso de maleficio, por la rendija debajo de la puerta de entrada a la habitación, para advertir cualquier presencia extraña en el pasillo del hotel. El silencio pertinaz inalterable, a esa hora de la noche, lo hizo escuchar y sentir su propio aliento caliente de desespero; y se dio cuenta que él estaba solo en el cuarto, en compañía únicamente de su propia entelequia. Fue cuando se decidió caminar lentamente en las puntas de los pies hasta donde estaba el interruptor de la luz, y lo subió. La luminosidad lo encontró plegado en sí mismo, mojado de un sudor profuso y caliente, con un rostro ajeno y la mirada perdida en un torbellino de paranoia. “Esto es ridículo.” Rezongó para sí cuando se dio cuenta que se había dejado atrapar por el juego péfido

de la desolación y la impotencia. Se tomó un vaso de agua, sacudió la cabeza, en expresión de decepción consigo mismo, y decidió seguir con el proceso reflexivo, sin dejarse aprisionar por la alucinación.

Así lo hizo. Él se preguntaba el por qué de tales aberraciones como las de cercenar cementerios para escamotear cadáveres, quemar iglesias, los suicidios a nombre de Alá con el precio de la vida de inocentes, el sufrimiento de medio mundo y la justificación de las guerras, incluyendo las guerras culturales entre grupos de la misma raza humana. También él dejó rodar su imaginación y por primera vez le atemorizó una premonición intensa que le dejaba en la mente la imagen espantosa del advenimiento eventual inexorable de un evento de magnitud mortífera sobre la faz de la tierra. Aquella imagen horripilante se configuraba en la mente de Robin y asumía las características de una sequía global que aniquilaba la raza humana en su totalidad, o una escorrentía pavorosa que arrastraba el contenido de la tierra y lo estrellaba contra el vacío del universo hasta desaparecer cada vestigio del hombre; o una nevada espesa inclemente de cien días que soterraría la tierra y sus criaturas, los ríos, los océanos, los lagos y las montañas, y los rascacielos de las metrópolis que por años habían perforado con imponente y desafiante soberbia la estratosfera. O simplemente una sacudida de la tierra hasta dejar la raza humana completamente sumergida en su propia entelequia, hasta que el siguiente superhombre descendiente del homo sapiens llegue con más arrogancia, más ambiciones y más fuerzas autodestructivas, a cumplir otro ciclo fútil de medio millón de años más.

Aquellas divagaciones esotéricas servían sólo para alimentar aquel resentimiento exacerbado que arrojaba a Robin y su convicción de que el hombre mismo cava su propia tumba en su búsqueda irreflexiva de

cómo saciar su lujuria y su angurria, sin ningún reparo por la moral, la ética y la dignidad. Era aquella la analogía que a veces, y muy sutilmente, también establecía Robertina en sus momentos de lucidez.

Sumergido en aquel torbellino mental Robin también se preguntaba por qué el concepto de dignidad y moralidad era tan desconocido para muchos, mientras que para otros era tan esencial y vital que en su defensa padecían, se enfermaban y morían. Robin cuestionaba por qué si el hombre convenientemente creía en el relativismo agnóstico, de fe, ético y moral, por qué no aceptaba el hecho que hay individuos en cada encasillado, los que no creen en el significado de dignidad, en las leyes naturales, los que no creen en el credo de la ética y la moral, en la muerte, en la vida, en la existencia de un Dios o en la ausencia de un Dios. ¿Por qué no creer que si existe un Dios y un Diablo que también es posible que ninguna de estas figuras de fe exista? Consecuentemente, Robin cuestionaba la hipocresía del hombre de creer en valores, en la fe, en divinidades sólo por conveniencia y ser indiferente al hecho tácito de que no existe el bien sin el mal, o que tal vez la realidad más patética es que no existe ni un Dios ni un Diablo y que en esa maraña filosófica cargada de hipocresía, conveniencia e ignorancia se hace evidente el poder descomunal de la arbitrariedad, el azar y la ubicuidad ecuménica del sentido aleatorio de la vida y del universo. Era simple sentido común, pensaba Robin, que si existía un Dios o no, dependía ulteriormente de si existía el Diablo; por la simple razón que no existe el bien sin el mal, igual que no existe el calor si no existiera el frío.

Llegar a ese punto de dudar intrínsecamente que Dios existiera, y que por lo tanto tampoco el diablo existiera, y reconocer el valor real

de la filosofía del relativismo moral y ético y el poder extraordinario de la casualidad fue una realización sumamente poderosa que le llegó a Robin de sorpresa, pues él todavía albergaba aquella creencia intuitiva desde niño a través, precisamente, de las enseñanzas de Robertina de creer en un Ser Supremo, de rendirse ante la fe y la omnipotencia divina, de creer en el destino prescrito, en El Valle de las Sombras donde reina la paz absoluta pero también en las llamaradas candentes del infierno. Las enseñanzas de Robertina no le daban a Robin la opción de dudar, como él comenzó a hacerlo en aquel proceso tortuoso de retrospectiva filosófica en el que se había sumergido en búsqueda de respuestas en torno al significado de la vida y el misterio de la muerte a raíz de la muerte de Robertina, la obstinación y arbitrariedad del hombre en su conducta avasalladora y reduccionista reflejada en sucesos como el cercenamiento de cementerios para el robo de cadáveres.

Era que ya en lo más profundo de su ser no tenía otra opción, más que reflexionar y forjarse dudas en torno al argumento de si en realidad existía un Dios, el que definía Robertina como justo y perfecto, y razonaba que al amparo de esa justeza y esa perfección, si había una persona en la faz de la tierra que merecía seguir viviendo, esa tenía que ser Robertina; y si había un ser divino omnipotente con el ultra poder de influenciar la voluntad del hombre, la tumba de Robertina debió haber sido una de las menos indicadas para ser profanada; porque si había alguien o algo que debía conocer con profundidad los atributos nobles de Robertina tenía que ser ese ser divino justo y perfecto. Fue ese simple razonamiento que indujo en Robin una metamorfosis intrínseca momentánea en la que él comenzó a verle también sentido al extraordinario poder y significado de la casualidad y el azar cuyas

repercusiones en la vida y en la muerte, desde su perspectiva, había de tener influencias inmensurables.

Robin interiorizó la analogía de la casualidad en lo más profundo de su ser y comenzó a creer que en aquella concepción se escondían respuestas a incógnitas alrededor de la vida y la muerte, las que antes para él eran simplemente misterios inexplorados e inexplicables que lo empujaban al estadio de la fe irracional. Al amparo de la casualidad, él le veía más sentido a la muerte repentina de Robertina y la profanación de su tumba. “La casualidad no tiene forma, color ni tamaño, pero nadie la cuestiona.” Pensaba Robin. Pensó que él mismo era producto de la casualidad, pues reconocía que en esencia él era una simple ocurrencia aleatoria producto de la naturaleza arbitraria y randomizada de la vida, sin una causa especial prescrita o un motivo único con finalidad predeterminada. Con aquel razonamiento se acordó de un pasaje conceptual del famoso filósofo británico Bertrand Russell que decía:

En el mundo visible, la vía láctea es un pequeñísimo fragmento; de ese fragmento, el sistema solar es una infinitésima pizca, y de esa pizca, nuestro planeta es un punto microscópico. En ese punto, unos pequeños lúpulos formados de carbono y agua impura, de estructura complicada y con cualidades físicas y químicas inusuales, se mueven por unos cuantos años, hasta que luego se disuelven de nuevo a su forma original: carbono y agua. Desde esa perspectiva, la raza humana es un mero accidente, sin ningún significado universal.

Ese pasaje locuaz alimentaba aquella cadena de pensamientos en la mente de Robin en torno al significado de la vida y a dudar de la relevancia del hombre por el simple hecho de estar vivo. Era evidente

para él que el sentido de la vida se lo daba el mismo hombre y las leyes naturales que emanaban de la razón, valorándose entre uno y otro y apreciando los detalles que constituyen la esencia de la vida: la dignidad, la generosidad, la fe, el perdón, el sacrificio, la lealtad, la moralidad, la ética, la solidaridad, la consideración y la ingenuidad. Con aquella aproximación, Robin comenzó a albergar un poco de esperanza de mitigar la horrible ansiedad que se lo comía por dentro, poco a poco durante las últimas ocho horas. Se aferró a aquel significado universal de la arbitrariedad, la casualidad y al poder aleatorio extraordinario y misterioso de la vida para encontrar paz mental ante tan profundamente dolorosos sucesos para él como la muerte repentina por un cáncer fulminante de Robertina y la profanación de su tumba por individuos indiferentes a los conceptos de dignidad, consideración y moralidad pero individuos que también servían de agentes naturales y funcionales, no menos que el mismo Robin o la misma Robertina, para completar el ciclo de la vida y la raza humana.

Fue al sumergirse en aquella creencia que él le veía sentido al cercenamiento de cementerios para robar cadáveres, para ser usados por estudiantes de medicina y galenos venerables, o simplemente para ser utilizados en el juego fantástico de nigromantes y adivinadores de suertes. Fue en esa creencia que él veía una funcionalidad en aquellos sucesos inexplicables y absurdos. Robin comenzó a creer entonces que los profanadores de tumbas simplemente cumplían también con un objetivo universal, tan vital como el papel de los gusanos, los que devoran el cuerpo del hombre para convertirlo en sus elementos originales: carbono y agua; hasta completar el ciclo vicioso universalmente insignificante de la vida material. Y Robin reflexionaba

que aquello lo sabía Robertina, quien con una lucidez espantosa se lo explicaba a él en el ocaso de su vida.

Como resultado, la noche le pasó por encima a Robin. Como lo predijo, no pudo cerrar los ojos. Anduvo de una analogía a la siguiente como un duende sin rumbo hasta que lo sorprendió el alba, mentalmente agotado, pero con una sensación extraña de alivio. Sentía que se emancipaba de un gran peso que cargaba encima, al abrirle paso en su interior a la creencia que la casualidad y las leyes naturales producto de la razón tenían tanto sentido, desde el punto de vista universal, como cualquier fuerza divina o más que el destino prescrito, o más que un dogma profético. Robin reafirmó la concepción de que fue la fuerza omnipotente de la casualidad que se hizo expresión tangible con la muerte de Robertina y la posterior profanación de su tumba. Sin haber dormido más que unos minutos, pero al sentirse menos agobiado por el tortuoso proceso reflexivo, Robin estaba determinado a asumir una postura filosófica definitiva e inequívoca que a la postre le siguiera dando paz mental. Fue ante el poder extraordinario de la casualidad que Robin finalmente se rindió y en el que terminó encontrando refugio, logrando liberarse de aquel nudo del tamaño de su estómago, que albergaba desde la noche antes. Aquella postura filosófica le permitía comenzar a ver la vida a través de otro filtro, menos apegado a la fe irracional y a la creencia en una figura omnipotente divina única, por lo que también comenzó a verle sentido a la inherencia del lado arbitrario y aleatorio de la vida, elemento tan esencial como la fe misma y tan relevante para el hombre y el universo como las leyes naturales producto de la razón.

Fue al confirmar su creencia en la prominencia del poder extraordinario de la casualidad que él pudo liberar aquel sentido casi tóxico de culpa, resentimiento e impotencia que lo invadiera desde que su hermana Karen le explicara sobre la profanación de la tumba de Robertina. Desde el punto de vista universal, era claro para él que ni la muerte súbita de Robertina ni la profanación de su tumba, eran sucesos que tenían nada que ver con lo que ella fue en vida. Igualmente, el mismo Robin se dio cuenta que él no tenía por qué sucumbir ante el sentido tortuoso de culpa, o ante una carga nociva de resentimiento, y ante un estado de impotencia pertinaz, si lo sucedido pudo haber sido simplemente la obra virtual de la casualidad, no necesariamente la falla inexplicable de un ser supremo justo o la obra pérfida de un misterio perverso. Pero al mismo tiempo, al reconocer la relevancia de la casualidad y al sentirse emancipado, todavía el enigma de la vida, de la muerte, de un Ser Supremo o de una figura pérfida continuaban siendo misterios indescifrables para él; por lo que al concluir aquel proceso tortuoso de introspección y epifanías poderosas también aceptaba, como lo aceptara Robertina en el ocaso de su vida, que el mejor modelo a seguir por el hombre era el camino de la fe íntima, guiado siempre por la fuerza poderosa de la Ley Natural y la razón.

Finalmente, Robin logró conciliar su percepción con el hecho que, para él, Robertina no sólo fue un extraordinario ser humano, ejemplo excelso de condiciones nobles intrínsecas, raras veces vistas en un mortal, y asidero de una sabiduría congénita asombrosa, sino que fue también receptora del secreto ubicuo y maravilloso de la casualidad y la razón, lo que la hacía aproximarse al enigma de la perfección.

“Su sortilegio trascendió la vida; y la muerte.” Pensó Robin. “Y sigo creyendo, como ella, que una profunda fe en la bondad intrínseca del ser humano y en el poder de la razón nos crea una gracia alrededor que nos envuelve como aureola, y es entonces cuando podemos ver el lado dulce del sufrimiento y el peligro en el gozo delirante, hasta sentir una exuberante paz orgánica en el interior.”